

El Bajo
Imperio romano
(284-430 d. de C.)



Averil Cameron



«

»

«

»

«

»

«

»

Averil Cameron

**El Bajo Imperio romano, 284-
430 d.C.**

Título original: The later roman empire

© 1993 Harper Collins Publisher Ltd.

© 2001 Ediciones Encuentro, S.A.

Traducción Pablo Carbajosa e Inmaculada Utande

Revisión Susana Pulido

Diseño de la colección: E. Rebull

238 págs. La paginación no corresponde al original.



Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

PREFACIO

Las principales ideas y los énfasis que aparecen en este libro y en el volumen paralelo, *El mundo mediterráneo en la Antigüedad tardía, 395-600* (Barcelona, 1998), se han ido desarrollando a lo largo de más de veinte años de enseñanza y actividad académica. Aunque en el curso de este período el Bajo Imperio romano se haya puesto de moda, sobre todo bajo la novedosa etiqueta de «Antigüedad Tardía», no existía todavía, curiosamente, ningún libro de texto para estudiantes de habla inglesa. Me siento por eso muy satisfecha de poder cubrir esa laguna. Mi propio enfoque debe mucho a la influencia recibida durante años de mis colegas de Historia Antigua, sobre todo de aquellos con los que he mantenido relación en los *Ancient History Seminars* del Institute of Classical Studies de Londres. De entre ellos no ha sido poca la influencia de Fergus Millar, que puso en marcha los seminarios y ha alentado una concepción amplia y generosa de la historia antigua, insistiendo a la vez en la gran importancia que tiene una presentación clara y útil. Lo más destacable de todo ha sido, no obstante, las generaciones de estudiantes de Clásicas y de Historia que, aun no siendo especialistas, me han hecho volver una y otra vez a los viejos problemas y animado a buscar nuevos hallazgos.

El libro se elaboró con prontitud y con un enorme placer, en parte como respiro de proyectos más dificultosos y recalcitrantes. Si bien puede decirse infinitamente más de lo que se abarca en este limitado abanico, espero que por lo menos ofrezca un buen punto de partida desde el que los estudiantes puedan acercarse a este fascinante período. Una característica de este tipo de libros consiste en incorporar fragmentos traducidos de fuentes contemporáneas; en el caso de Amiano Marcelino, las he tomado de la edición Penguin de W. Hamilton. Quiero manifestar mi gratitud a Oswyn Murray, editor de la colección en la que aparece este volumen, por su sabia manera de guiarme, así como a otras personas por su ayuda en diversos aspectos, sobre todo a Dominic Rathbone y Richard Williams. Aunque sobra decirlo, no son responsables de los defectos de este libro.

I. INTRODUCCIÓN: EL TRASFONDO DEL SIGLO III

Una muestra del cambio espectacular que se ha producido en nuestra percepción histórica del mundo antiguo lo señala el hecho de que, cuando se inició la *Fontana History of the Ancient World*, colección en la que apareció originalmente este libro, no se incluyó el Bajo Imperio romano, o la Antigüedad Tardía, como se suele denominar actualmente. Por contraposición, hoy lo extraño sería no incluirlo. Dos libros de carácter muy diferente han resultado particularmente influyentes a la hora de provocar este cambio, por lo menos en lo que respecta a los estudiantes de habla inglesa: en primer lugar, la monumental *History of the Later Roman Empire. A Social, Economic and Administrative Survey* (Oxford, 1964), de A. H. M. Jones; y, en segundo lugar, el breve pero refrescante bosquejo de Peter Brown, *El mundo en la Antigüedad Tardía* (Madrid, 1991). Por supuesto, el tema nunca había sido descuidado por parte de los especialistas académicos británicos serios, ni tampoco entre los restantes especialistas europeos; sin embargo, sólo en la generación posterior a la publicación de la obra de Jones ha despertado el período un

interés más amplio. Desde entonces, se ha convertido en uno de los campos de mayor desarrollo de la enseñanza e investigación actuales.

El lapso temporal que abarca este libro discurre, en efecto, desde el acceso al trono de Diocleciano en el 284 d. de C. (la fecha convencional de inicio del Bajo Imperio romano) hasta fines del siglo IV, cuando, a la muerte de Teodosio I en el 395 d. de C, el Imperio se dividió entre sus dos hijos, Honorio en Occidente y Arcadio en Oriente. No se trata, por tanto, de un libro sobre la Antigüedad Tardía en general, pues es un período que, de forma plausible, se puede considerar que discurre entre el siglo IV y el siglo VII y que se cierra con las invasiones árabes, sino sobre el siglo IV. Fue éste el siglo de Constantino, el primer emperador en abrazar y apoyar el cristianismo, fundador de Constantinopla, la ciudad que iba a convertirse en capital del Imperio bizantino y que seguiría siéndolo hasta su toma por parte de los turcos otomanos en 1453. La gran obra de Edward Gibbon, *Historia de la decadencia y ruina del Imperio romano*, prosigue su narración hasta esta última fecha, considerándola como el verdadero final del Imperio romano, en lugar del 476 d. de C, cuando se depuso en Occidente al último emperador. Hoy pocos estarían de acuerdo con Gibbon, pero los historiadores todavía disputan respecto a cuándo acabó Roma y comenzó Bizancio y en ese debate la visión de Gibbon, llena de colorido, de la decadencia moral que él pensaba que se había asentado una vez rebasado el cenit de la civilización romana bajo los emperadores Antoninos en el siglo II d. de C, sigue siendo muy influyente. Todos los estudiosos del siglo IV deben adoptar una posición sobre lo que constituyen, de hecho, cuestiones subjetivas: ¿el régimen del Bajo Imperio era un sistema represivo que evolucionó como respuesta al caos que había germi-

nado en el siglo III? ¿Pueden verse las señales de decadencia que condujeron al derrumbamiento y fragmentación del Imperio romano de Occidente en el siglo V? ¿Ayudó de algún modo al proceso de declive el que Constantino adoptara el cristianismo abandonando finalmente anteriores valores romanos, como pensaba Gibbon?

Todos estos puntos de vista han sido y son aún ampliamente sostenidos por los historiadores y se traslucen en buena parte de lo escrito sobre este período. Enseguida quedará claro que este libro adopta un enfoque distinto. Las concepciones previas, y sobre todo los juicios de valor, no se pueden evitar por completo en la historia, pero no ayudan desde luego ni al historiador ni al estudiante. Además, es mucho menos probable que hoy día, teniendo en cuenta el desafío a los valores tradicionales que se ha registrado en nuestra sociedad, nos ciñamos al Principado como encarnación del ideal clásico y se asuma que cualquier desviación respecto al mismo debe representar necesariamente la decadencia. Por último, hay acaso más cautela que en anteriores generaciones de historiadores ante el poder y los peligros de la retórica y nos sentimos menos inclinados a tomar *prima facie* la retórica imperial del Bajo Imperio romano. Al período que arranca con Diocleciano se le denomina a veces el «Dominatum», puesto que el emperador recibía el tratamiento de *dominus* («señor»), mientras que en el Alto Imperio (el llamado «Principado») se le había tratado de forma muy distinta: simplemente como *princeps* («primer ciudadano»). Pero el término *dominus* no era en modo alguno nuevo; además, lo que los emperadores del siglo IV quisieran —así como la forma bajo la que deseaban aparecer— era una cosa y otra muy distinta qué clase de sociedad era el Imperio en su conjunto.

Para apreciar la diferencia no se comenzará con Diocleciano o con el sistema «tetrárquico» que instituyó en un intento de recuperar la estabilidad política (de acuerdo con el plan de Diocleciano, dos emperadores —*Augusti*— habían de compartir el poder, cada uno con un cesar que, a su debido tiempo, habrían de sucederle); se comenzará con el siglo III, que señala una evidente línea divisoria entre dos sistemas en contraposición. Tradicionalmente los historiadores han visto en ello una época de crisis (la llamada «crisis del siglo III»), señalada por una constante y rápida sucesión de emperadores entre los años 235 y 284, por un estado de guerra, interior y exterior, casi ininterrumpido, combinado con el desmoronamiento completo de la moneda de plata y el recurso del Estado a las exacciones en especie. Esta funesta coyuntura quedó parcialmente bajo control con Diocleciano, cuyas medidas de reforma se vieron luego continuadas por Constantino (306-337), sentándose así las bases de la recuperación del siglo IV. En dichas circunstancias, de las cuales no es difícil encontrar testigos contemporáneos, resulta tentador suponer que la gente se volviera de muy buena gana hacia la religión en busca de consuelo o de evasión y que aquí se encuentran las raíces del mundo supuestamente más espiritual de la Antigüedad Tardía. Pero buena parte de ello es cuestión de juicio subjetivo, producto también de leer las fuentes *prima facie*. Las quejas respecto a los recaudadores de impuestos, como, por ejemplo, las encontradas en fuentes rabínicas de Palestina y en los papiros egipcios, dicen lo que de todos modos era de esperar, a saber, que a nadie le gusta pagar impuestos; no cuentan si la carga fiscal había aumentado tanto como parece implicar en principio. Aunque había problemas graves en el siglo III, sobre todo en relación con la estabilidad política y el funcionamiento de la acuñación de

moneda, casi todos los componentes concretos del concepto de «crisis del siglo III» se han cuestionado en años recientes. Y, si la crisis fue menos grave de lo que se ha imaginado, puede ser también que se haya exagerado la envergadura de la transformación acontecida entre los siglos II y IV.

«Crisis del siglo III», «época de transición», «era de los emperadores soldados», «edad de la anarquía», «monarquía militar», como quiera que se la denomine, los historiadores se han puesto de acuerdo en que el período crítico del siglo III comenzó con el asesinato de Alejandro Severo en el año 235 y duró hasta el ascenso de Diocleciano en el año 284. El primer síntoma, y el más evidente en manifestarse, lo constituyó la rápida sucesión de emperadores después de Severo; la mayoría duró sólo unos meses y encontró un final violento, a menudo a manos de sus propias tropas o en el curso de otro golpe de Estado. Galiano (253-268) fue el que más permaneció en el poder de todos ellos, mientras que Aureliano (270-275) fue el que tuvo más éxito, pues consiguió derrotar al régimen independiente que la reina Zenobia había establecido en Palmira (Siria) tras la muerte de su esposo Odenato. Pero Valeriano (253-260) fue capturado por Sapor I, rey de la poderosa dinastía de los Sasánidas, que habían sucedido a los partos como gobernantes de Persia en el año 224, mientras que desde el año 258 al 274 Póstumo y sus sucesores gobernaron de forma casi independiente en la Galia (en el llamado «Imperio galo»).

La sucesión de emperadores (la distinción entre emperador y usurpador se hizo cada vez más difusa) estaba íntimamente ligada al segundo síntoma de crisis: el constante estado de guerra, que proporcionaba un papel todavía mayor al ejército, o ejércitos, que el que había desempeñado con los Severos. Los sasánidas representaban una grave e imprevista

amenaza para Oriente que iba a durar trescientos años, hasta el hundimiento de su Imperio con motivo de las victorias de Heraclio en el año 628. El conflicto con los sasánidas impuso un alto precio a Roma en hombres y recursos. El más destacado de sus reyes durante el siglo III, Sapor I (242-c.272), fijó las pautas al invadir Mesopotamia, Siria y Asia Menor en los años 253 y 260, tomó Antioquía y deportó a miles de sus habitantes a Persia; hizo que sus victorias se recordaran en una grandiosa inscripción en Naqsh-e-Rustam, con relieves que muestran al emperador Valeriano humillado. Al norte y al oeste, las tribus germánicas siguieron ejerciendo presión sobre las fronteras, lo que tantas dificultades había causado a Marco Aurelio y, antes de la captura de Valeriano por parte de Sapor, Decio ya había sido derrotado por los godos (en el 251). Las razones subyacentes de las incessantes incursiones bárbaras y los verdaderos objetivos de los invasores están lejos de ser claros. Es un error pensar en oleadas de miles de bárbaros cayendo sobre el Imperio, puesto que las cifras reales eran en todas las ocasiones muy reducidas. No cabe duda, sin embargo, que estas incursiones fueron percibidas por el siglo III como el precedente de lo que luego alcanzaría una enorme magnitud en el Bajo Imperio y al que iba a atribuirse una responsabilidad primordial, por parte de muchos historiadores, en la caída del Imperio de Occidente. En uno u otro momento, todas las provincias septentrionales y occidentales sufrieron las invasiones de los bárbaros, así como Capadocia, Acaya, Egipto y Siria, y ni siquiera Italia se libró de ellas con Aureliano. Es factible que los contemporáneos consideraran la situación como el principio del fin.

El ejército ya había adquirido una importancia bastante superior de la que disponía antes, como resultado de las reformas de Septimio Severo, y la crítica situación del siglo III

le otorgó una peligrosa preeminencia. No resulta extraño que cada uno de los ejércitos de las provincias propusiera un candidato propio a emperador y que lo asesinara rápidamente si así lo decidía. Nada había que pudiera detener la repetición del proceso: el Senado nunca había controlado directamente a sus ejércitos y, aunque hubiese un emperador en Roma, en esas agitadas circunstancias tenía pocas oportunidades de controlar lo que sucedía en la periferia del Imperio. No se trataba tanto de que las amenazas externas provocaran la inestabilidad interna (aunque desde luego contribuían a ello), sino que caían sobre un Imperio que de por sí ya era inestable, como gráficamente había quedado de manifiesto en las guerras civiles que estallaron a partir del reinado de Marco Aurelio. En el siglo III, sin embargo, pronto aparecieron otras circunstancias: el ejército aumentó sus dimensiones y lo mismo hizo su demanda de recursos, y, en contraposición a las pacíficas condiciones del Alto Imperio, cuando los soldados se mantenían en su conjunto apartados de las provincias del interior ahora se les podía encontrar por doquier, en las ciudades y en el campo, y no siempre estaban controlados. Cuando Diocleciano y Constantino introdujeron un sistema militar más sólido, la situación se reconoció en parte como algo dado y el ejército del Bajo Imperio, en lugar de permanecer en su mayor parte acuartelado en la frontera, se dispersó por provincias y ciudades en unidades más reducidas.

No resulta extraño que bajo tanta presión el sistema de soldadas y suministros militares se quebrara. El ejército había recibido siempre la paga en su mayor parte en *denarii* de plata, procedente de los ingresos fiscales producto de la recaudación de esa misma moneda. El porcentaje en plata del *denarius*, la «ley», ya se había reducido en fecha tan lejana

como el reinado de Nerón, pero a partir de Marco Aurelio se fue rebajando sistemáticamente, mientras se aumentaba la paga militar como parte del intento de mantener un ejército fuerte y controlado. El proceso llegó a tales extremos que hacia la década del 260 el denario casi había perdido por completo su ley de plata y se hacía en su totalidad de mala ley. Asombra, en cambio, que los precios no subieran de golpe en cuanto las devaluaciones monetarias comenzaron a producirse. Pero el Imperio romano no era como un Estado moderno, en el que esas variaciones se anuncian de modo oficial y se efectúan de inmediato. Las comunicaciones eran lentas y el gobierno, si es que puede emplearse dicho término, tenía pocos medios a su alcance para controlar monedas o intercambios a escala local, incluso en sus épocas más boyantes —y desde luego no en circunstancias tan agitadas—. Las sucesivas devaluaciones, que hubieron de tener graves consecuencias, fueron mucho más el resultado de medidas *ad hoc*, adoptadas para asegurar la continuidad del pago de la soldada a las tropas, que fruto de una política a largo plazo. Pero, como es natural, los precios subieron, y bien rápido, creando dificultades reales para el intercambio y la circulación de bienes. No se trataba de inflación en el sentido moderno; era más bien el resultado de la circulación de ingentes cantidades de monedas de baja ley, producidas de forma interesada por los efímeros emperadores del siglo III, y de la conciencia gradual por parte del pueblo de que los *denarii* ya no correspondían a su valor inicial. Su inevitable efecto consistió en poner fuera de circulación las monedas más antiguas y de ley más pura: una enorme proporción de las monedas romanas hoy conservadas provienen de los tesoros aparentemente acumulados en el siglo III. Oro y plata desaparecieron de la circulación a un ritmo tal que Diocle-

ciano y Constantino tuvieron que instituir impuestos especiales pagaderos sólo en oro o plata con el fin de recobrar metales preciosos con destino al Tesoro. Una vez puesta en movimiento la espiral, fue todavía más difícil de detener y, a pesar de los esfuerzos de Diocleciano por controlar los precios, los indicios papirológicos muestran que seguían subiendo con espectacularidad bajo Constantino.

Éste es el trasfondo de la vuelta al intercambio en especie que muchos historiadores han considerado un retorno a la economía primitiva y un síntoma clave de crisis. No sólo se pagaba parcialmente a las tropas con bienes en lugar de con dinero; los impuestos se recaudaban asimismo en especie, y la parte del león de los ingresos fiscales había ido siempre destinada al mantenimiento del ejército. Pero, a la vista de la experiencia de nuestro propio mundo, debería sorprender menos el abandono de la monetarización que el éxito con el que se definió y obró un estudiado sistema de requisas a escala local y con el que las necesidades se ajustaron a los recursos. También es pertinente hacer notar que las exacciones directas siempre habían formado parte de la práctica romana de proveer las *annona militaris*, el suministro de grano para el ejército, así como las *angareia*, el transporte militar; no era la práctica lo que resultaba nuevo, sino su escala. Pero las condiciones eran extremadamente inestables, sobre todo a mediados de siglo, y las poblaciones locales se veían sometidas a exigentes recaudaciones sin previo aviso que ocasionaban verdaderas penurias. A Diocleciano le cupo el empeño de tratar de sistematizar las recaudaciones regularizándolas.

Al hecho de que al ejército se le estaba pagando, aunque no fuera más que parcialmente, en especie (los pagos en moneda nunca se interrumpieron del todo), le siguieron otras consecuencias como, por ejemplo, la necesidad de obtener

suministros de zonas lo más próximas posible, por razones evidentes que guardan relación con las dificultades del transporte a larga distancia. Se observa, por tanto, que el ejército del siglo IV se dividió en unidades más pequeñas acantonadas a menor distancia de los centros de distribución. Hubo nuevos cambios entre los mandos: los prefectos pretorianos, que habían empezado como comandantes ecuestres de la guardia imperial, habían ido adoptando gradualmente funciones de mando; con estos cambios generales en las *annona* y las requisas fueron haciéndose cargo del sistema administrativo provincial y sólo el emperador les superaba en poder. De forma parecida, los comandantes ecuestres en general asumieron un papel mucho mayor en la administración, por ejemplo en el gobierno de las provincias, tradicionalmente en manos de los senadores. Fuentes posteriores sostienen que Galieno excluyó a los senadores de esos puestos por medio de un edicto (Aur. Vict., *Caes.* 33-34), pero está claro que nunca hubo una prohibición formal y algunos continuaron; es más probable que el cambio se produjera como resultado natural de la descentralización y el deterioro de la relación de patrocinio necesaria para dichos nombramientos entre el emperador de Roma y los miembros de la clase senatorial. Era más práctico y más lógico para los emperadores criados en provincias y procedentes del ejército, como era el caso de la mayoría, nombrar gobernadores entre la clase que conocían y tenían a sus órdenes.

El indudable declinar del Senado en el siglo II es parcialmente atribuible al hecho de que los emperadores ya no residían ni se elegían en Roma; el estrecho vínculo entre el emperador y el Senado se había roto y fueron pocos los emperadores del siglo III que vieron su ascenso al trono ratificado por el Senado, de acuerdo con las prácticas tradicionales.

Mientras tanto, el Senado perdió buena parte de su papel político, aunque formar parte del mismo seguía confiriendo prestigio, así como valiosas exenciones fiscales. Por tanto, los emperadores de este período no alcanzaron la gloria debido a la aceptación del Senado, sino en el campo de batalla, rodeados de sus tropas. La herencia de esta dispersión de la autoridad imperial puede observarse también con Diocleciano y la Tetrarquía, cuando, en lugar de mantener la corte en Roma, los augustos se dedicaron a viajar y a residir en una serie de centros diversos como Serdica y Nicomedia, algunos de los cuales, sobre todo Tréveris y Antioquía, habían adquirido ya un *status* semioficial en el siglo III. Roma jamás volvió a convertirse en la principal de las residencias imperiales. Por otro lado, Roma y el Senado siempre habían ido de la mano, pero Constantino varió el orden senatorial al hacerlo más accesible, de modo que la participación en el mismo adquirió una escala imperial, sin necesidad de que su funcionamiento y residencia tuvieran a Roma como sede.

En realidad, lo que se produjo a mediados del siglo III no fue tanto una crisis espectacular cuanto la continuación regular de procesos que habían comenzado anteriormente, lo que a su vez condujo a que después Diocleciano y Constantino adoptaran medidas que se identifican por lo general con el establecimiento del sistema tardorromano. ¿Cómo se deberían valorar los indicios de colapso monetario en este contexto? Se trata de una de las preguntas más difíciles de responder si se desea comprender qué es lo que estaba pasando verdaderamente. Hay que cuestionarse en qué medida el aumento de precios se debía a una crisis económica general y en qué medida era resultado de un derrumbe monetario provocado por razones específicas. Un fenómeno que se cita con frecuencia en apoyo de la anterior argumentación es la vir-

tual interrupción de la construcción de edificios públicos en las ciudades durante este período. La nobleza local, que se había mostrado tan ansiosa de ornar sus ciudades con espléndidas edificaciones durante el apogeo de la prosperidad romana en el siglo II, ya no parecía disponer de fondos o inclinada a continuar construyendo. El tipo de patrocinio cívico conocido a menudo como *euergetismo* (de la palabra griega para referirse a «benefactor»), que había constituido un rasgo tan destacado, llegó prácticamente a abandonarse. A partir del siglo IV las dificultades económicas de los municipios se convierten en uno de los principales temas que aparecen en las fuentes. Pero el revés de fortuna de las clases altas no es más que una de las posibles explicaciones para la interrupción de la construcción; está claro que el mantenimiento de los edificios públicos ya existentes, que recaía en los concejos, constituía un problema ya a finales del siglo II. Continuar construyendo podía suponer un apuro en lugar de motivo de gratitud. La incertidumbre de los tiempos a mediados del siglo III hacía que la idea de nuevas construcciones en muchos terrenos, lo mismo que el patrocinio al viejo estilo, pareciera inadecuada; en las ciudades que se sentían vulnerables a la invasión o la guerra civil el interés prioritario de las administraciones estribaba en la supervivencia o la restauración. Algunas ciudades mostraban una considerable resistencia después incluso de sufrir serios ataques. Antioquía y Atenas fueron gravemente dañadas por los sasánidas y los hérulos respectivamente y, sin embargo, lograron recuperarse. Por el contrario, las ciudades de la Galia que resultaron afectadas durante las invasiones del siglo III quedaron más dañadas que las de Oriente, más prósperas y densamente pobladas, y cuando se llevó a cabo la reconstrucción y fortificación su espacio urbano se contrajo de forma caracterís-

tica, como sucedió en Amiens y París. Mientras que en el Alto Imperio las ciudades no habían necesitado sólidas defensas, ahora empezaban a dotarse de murallas y a cambiar su apariencia por la de la ciudad amurallada tan típica de la Antigüedad Tardía; así, en Atenas se fortificó la zona al norte de la Acrópolis. Pero en el norte de África, una vez más, la situación era distinta, pues el siglo III fue testigo de la continuidad de la construcción y del crecimiento urbano. Hasta cierto punto a salvo de la inseguridad de otros lugares, la economía del norte de África sacó partido del aumento de la producción de aceitunas, y las ciudades norteafricanas del siglo IV se encontraron entre las más seguras y prósperas del Imperio.

Resulta evidente que, dada la rápida sucesión de emperadores, el funcionamiento fluido de las relaciones entre el centro y la periferia se vio gravemente trastornado. El Imperio se había mantenido desde un principio sobre la base del equilibrio, y ese equilibrio estaba ahora en peligro. Anteriormente se habían conseguido nivelar los intereses locales e imperiales, y su momento culminante fue la época de los Antoninos. Durante el siglo III las culturas locales se hicieron mucho más visibles. Desde la Galia hasta Siria y Egipto, los estilos locales se hacen evidentes en el arte y los intereses locales tuvieron ocasión de dejarse sentir, como queda patente en el denominado «Imperio galo» y en el empeño de Zenobia por la independencia de Palmira. Otra evolución importante en el siglo III fue la extensión de la ciudadanía romana a todos los habitantes del Imperio, bajo el emperador Caracalla, por medio de la llamada *Constitutio Antoniana* del año 212; aunque es posible que los motivos de Caracalla tuvieran más que ver con la obtención de mayores impuestos que con la generosidad o el idealismo; esta medida ens-

anchó la noción de lo que se entendía por «romano», que agrupaba ahora a multitud de culturas de orígenes y lugares divergentes. Aunque el equilibrio del poder volvió a desplazarse de algún modo hacia el centro con Diocleciano y la Tetrarquía (284-305), la fragmentación política y militar a mediados y a fines del siglo III tuvo también implicaciones a largo plazo para el molde cultural de la Antigüedad Tardía... A partir de ese momento, tanto el siriaco como el copto surgieron como lenguajes literarios principales utilizados por gran número de cristianos en Siria, Mesopotamia y Egipto. La Iglesia cristiana también sacó provecho: pese a la persecución de Decio (249-251) y Diocleciano, pudo desarrollar una sólida estructura institucional que le fue muy útil cuando recibió el favor de Constantino.

El siglo III fue sin duda un período difícil, cuyos problemas no fueron todos fruto de la mano del hombre. La peste que asoló el Imperio en el reinado de Marco Aurelio fue mucho menos grave que los brotes de peste bubónica que golpearon al Imperio de Oriente en el siglo VI y a Europa occidental en el siglo XIV, pero, a buen seguro, peste y otras enfermedades endémicas se dieron en el mundo antiguo en todo momento, siendo uno de los factores, junto a los efectos de las invasiones y la guerra, que condujeron a una reducción de la población y, con ello (puesto que la tierra necesita mano de obra para producir riqueza), a una disminución de la base económica. La cuestión resulta enormemente controvertida; aunque se ha aducido la escasez de mano de obra como razón de la presunta decadencia del Imperio, las argumentaciones carecen de una base sólida. Sin embargo, las consideraciones generales, junto a la evidencia de la contracción urbana, sobre todo en las provincias occidentales, sustenta una hipótesis precavida de la reducción de la pobla-

ción. Pero resulta esencial observarlo a lo largo de un período más prolongado; el Imperio de Oriente fue capaz en todo caso de recobrase y hay buenas pruebas de un aumento real de la población desde finales del siglo IV y durante el siglo V.

Los historiadores modernos, por diversas razones, se han apresurado a recalcar los aspectos negativos de este período. Pero resulta menos evidente que los contemporáneos de la época lo consideraran en esos términos. A nuestros ojos, las distinciones sociales y legales entre *honestiores* («clase alta») y *humiliores* («clase baja») constituyen un rasgo llamativo del Bajo Imperio; sin embargo, se habían ido desarrollando desde mucho antes del período de la crisis del siglo III. De nuevo, la imagen de los emperadores galos como un régimen separatista probablemente sea una idea moderna, pues, como indica Tácito, durante mucho tiempo uno de los «secretos del Imperio» fue que se podían legitimar emperadores fuera de Roma. Además, las visiones negativas expresadas por los contemporáneos, de las que dependen muchas opiniones actuales, tienen habitualmente una explicación. Obispos como Cipriano de Cartago, que sufrió martirio en la persecución de Valeriano en el año 258, recalcaron los males de la época. Por otro lado, las actividades culturales eran florecientes. El filósofo Plotino seguía dictando sus lecciones sobre platonismo en Roma y atrayendo a un multitudinario público elegante que acudía a escucharle, junto a alumnos provenientes de lugares muy lejanos. P. Herenio Dexipo, que había dirigido a los ciudadanos atenienses en su resistencia a los hérulos, escribió una historia de las invasiones góticas y escitas, de la que por desgracia sólo han sobrevivido algunos fragmentos. Se tiende a caer en juicios errados respecto a este período debido a que no se ha conservado ningún relato de la época que dé cuenta de los cincuenta años cruciales de

mediados del siglo III, de forma que sólo se dispone de la *Historia Augusta*, a menudo fantasiosa y trivial, que se lee más como una columna de cotilleos de la prensa amarilla y que, una vez leída, es difícil de olvidar.

Al mirar retrospectivamente, sobre todo desde la ventajosa posición del racionalismo moderno, resulta muy tentador suponer, como hacen E. R. Dodds y otros, que la «era de espiritualidad» (como se ha denominado a la Antigüedad Tardía) nació de la inseguridad experimentada en el siglo III, o, dicho en otras palabras, que la gente se volvió hacia la religión, y quizás sobre todo hacia el cristianismo, en un intento de encontrar significado o de huir de las aflicciones de la época. Los emperadores responsables de las persecuciones, Decio, Valeriano y Diocleciano, creyeron que el abandono de los dioses ponía en peligro la seguridad del Imperio y que era necesario meter en cintura a grupos refractarios como los cristianos. Del mismo modo, Constantino se creyó encargado por el mismo Dios de asegurarse que su culto tuviera lugar y se dirigiera de modo apropiado. Pero una cosa es suponer una conexión general entre la religión y el deseo de consuelo y seguridad y la necesidad de dar una explicación al sufrimiento, y otra muy distinta imaginar que los tiempos difíciles provocan la aparición de movimientos religiosos o, por decirlo a la inversa, que la evolución religiosa ha de explicarse haciendo referencia a factores sociales adversos. Que la Antigüedad Tardía fuera verdaderamente una época de mayor espiritualidad que los tiempos que la habían precedido es algo que ahora mismo se encuentra en tela de juicio; se trata de una presunción que tiende a ir de la mano de la noción de que el paganismo estaba desacreditado o se hallaba de alguna manera en decadencia y de que el cristianismo surgió para llenar el vacío resultante. Pero este punto de vis-

ta no se ajusta a los recientes estudios de la animada y diversa vida religiosa del Alto Imperio, y las razones del crecimiento y la expansión del cristianismo no pueden descubrirse más que llevando a cabo un estudio más amplio y no apelando simplemente a una presunta decadencia del paganismo.

La cristianización, así como las profundas consecuencias que tuvo para el Imperio y la sociedad la adhesión de Constantino al cristianismo, forman una de las vetas que diferencian a la Antigüedad Tardía del Alto Imperio. Pero hubo muchas otras, entre las que debe concederse un papel especial a una serie de reformas y a los cambios administrativos, económicos y militares que fueron evolucionando durante los cincuenta años (284-337) que cubren los reinados de Diocleciano y Constantino. Aunque hubiera, por supuesto, notables diferencias entre ellos, que quedan vivamente reflejadas en las fuentes que se han conservado, se debería adoptar una visión amplia y considerar que sus reinados, agrupados, señalan un período de recuperación y consolidación tras la «edad de la anarquía» que duró cincuenta años, según la frase de Rostovtzeff. Contrariamente a lo que suele subrayarse, el logro de estabilizar la situación no se debió tanto a Diocleciano y Constantino, cuanto más bien a una combinación y convergencia de factores, de los cuales surgieron de hecho muchas de sus «reformas», poco a poco y *ad hoc*. Así considerada, la crisis de mediados del siglo III recuerda menos a una época de «crisis» de la cual salió el Imperio merced a los esfuerzos de un emperador enérgico e incluso totalitario (a Diocleciano se le considera a menudo un «déspota oriental» debido a que adoptó un estudiado ceremonial cortesano al estilo persa), y más a una fase temporal en un sistema imperial en desarrollo y en evolución.

II. FUENTES

En abierta contraposición respecto al siglo III, las fuentes disponibles para el período que comienza con el reinado de Diocleciano, y más todavía el que va de finales del siglo IV en adelante, son extremadamente ricas y variadas. Esto es atribuible no sólo a la abundancia de escritos cristianos sino también a la enorme cantidad de escritos seculares tanto en latín como en griego. El volumen de textos latinos conservados de finales del siglo IV es tal que sobrepasa incluso a la época de Cicerón, y hace de éste uno de los períodos mejor documentados de la historia romana. Amiano Marcelino, el único gran historiador romano posterior a Tácito, completó sus *Res Gestae* con posterioridad al año 390, mientras que las voluminosas cartas de Q. Aurelio Símaco, un Plinio tardío, nos dan una idea de las prioridades y las limitaciones de un senador pagano de fortuna y posición, aunque no se tratara de uno de esos adinerados inolvidablemente descritos por Amiano (véase *infra*). Por añadidura, es ésta la época de los grandes autores cristianos, de hombres como Jerónimo, Ambrosio y, sobre todo, Agustín, cuyos colegas griegos eran Basilio de Cesárea, su hermano Gregorio de Nysa, Gregorio Nacianceno y Juan Crisóstomo, obispo de Constantinopla por dos veces exiliado. Estos hombres, obispos todos y en su totalidad muy versados en el estilo secular tradicional, conti-

nuaron la tradición de la retórica clásica, que dirigieron hacia fines cristianos en discursos como la oración fúnebre que pronunció Ambrosio en honor del emperador Teodosio I (395). Otro ejemplo, el discurso fúnebre sobre Basilio, obispo de Cesárea, obra de Gregorio Nacianceno (379), ha sido descrito como la mayor pieza retórica griega desde la muerte de Demóstenes. Los siglos IV y V representan la edad de lo que se denomina literatura «patrística», que recoge las obras escritas por los grandes Padres de la Iglesia, hombres que, liberados de la persecución durante el reinado de Constantino, pasaron a adoptar a menudo el papel público de estadistas además del de obispos.

Con esto se alcanza a dar una idea preliminar de la riqueza del material literario disponible. No puede sorprender que tardara cierto tiempo en florecer, habida cuenta de lo aparentemente gravoso que resultaba escribir en el siglo III y los cambios sociales que tuvieron lugar bajo Diocleciano y Constantino. Desde mediados del siglo IV, sin embargo, comienza a verse un aumento de escritos de diferentes clases motivado por el estímulo de un orden social más asentado que ofrecía grandes oportunidades a quienes poseían talento literario. Ausonio, poeta y rétor de Burdeos, ascendió a la cúspide y se convirtió en prefecto pretoriano y cónsul después de conseguir el puesto de tutor del futuro emperador Graciano, mientras Claudiano, un alejandrino de lengua griega, conseguía fama y fortuna en Roma escribiendo panegíricos latinos, poemas muy elaborados y retóricos en alabanza del general vándalo Estilico, así como de Honorio, que sucedió a su padre, Teodosio I, como emperador de Occidente. Los emperadores del siglo IV trataron de frenar la movilidad social por medio de la legislación con el propósito de asegurar ingresos fiscales, pero la educación retórica, es de-

cir, clásica, era una senda por la que podía ascenderse en la escala social.

En la mayoría de los casos los grandes hombres de la Iglesia de la época también contaban con una formación de retórica clásica, por lo que no resulta fácil definir la relación de la cultura secular con la cristiana (véase capítulo X), y a veces ambas se mantenían en estrecho contacto. El filósofo y rétor pagano Temistio, por ejemplo, sirvió a los emperadores cristianos aparentemente sin dificultad y, en cambio, perdió el favor imperial durante el reinado del pagano Juliano (361-363). Juliano, único emperador pagano posterior a Constantino, además de tratarse de un autor de interés, había sido educado como cristiano en su primera juventud. Se convirtió al paganismo cuando fue exiliado siendo un muchacho, después de que sus parientes varones de más edad hubieran sido asesinados por sus rivales, hijos de Constantino, y cuando se le permitió —lo que resulta bastante sorprendente— someterse a la influencia del neoplatonismo ateniense. Una vez proclamado emperador, produjo una serie de obras excéntricas, todas ellas en griego, entre las que se cuenta una sátira que lleva por título *Los cesares* (en parte dirigida a Constantino), una invectiva contra los «galileos», como llamaba él a los cristianos (la mayor parte se refería en realidad a Moisés y el Antiguo Testamento), un himno al dios-sol («Rey Helios») y un pasquín llamado «El odiabarbas», en el que se defendía de su impopularidad ante los ciudadanos de Antioquía. Antes había compuesto un panegírico a su odiado patrón y predecesor, Constancio II (337-361), en el que mantenía todavía oculto su paganismo.

Ciertos autores deben ser examinados con más detalle antes de pasar a fuentes sin origen literario. Durante el reinado de Diocleciano apenas si tienen utilidad sus contemporá-

neos, pues no se ha conservado ninguna historia relativa al mismo, y es necesario atenerse al insidioso panfleto *Sobre las muertes de los perseguidores*, de Lactancio, un cristiano converso que había sido anteriormente rétor en la corte de Nicomedia. Escrito en torno al año 314, poco después de que Licinio y Constancio hubieran declarado la tolerancia de todas las religiones en el llamado «Edicto de Milán», el objetivo de Lactancio estribaba en utilizar como ejemplo las horribles muertes sucedidas a los perseguidores de los cristianos, lo que refiere con gran detalle, sobre todo en el caso de Galerio. Esto le convierte por tanto en un testigo muy poco fiable en lo que respecta a los fines seculares de Diocleciano, que había iniciado la persecución en el año 303; por desgracia, el capítulo que dedica a las reformas administrativas y militares de Diocleciano (*De mortibus persecutorum*, 7) a menudo se toma *prima facie*. La parte pertinente de la *Nueva historia griega* de Zósimo, el escritor pagano de fines del siglo V o principios del VI, se ha perdido, pero de haberse conservado habría inducido igualmente a confusión, puesto que, en directa contraposición a Lactancio, el pagano Zósimo alabó a Diocleciano y culpó a Constantino de todos y cada uno de los males que posteriormente había sufrido el Imperio.

En el caso del reinado de Constantino se trata de una historia un tanto diferente, puesto que se conserva una serie de obras importantes de Eusebio, obispo de Cesárea en Palestina, gran autor y erudito cristiano. Eusebio estableció los nuevos géneros cristianos de crónicas e historia de la Iglesia y, lo que es todavía más importante, es la principal fuente para entender a Constantino. Su *Historia Eclesiástica*, hoy recopilada en diez libros, quizá se iniciara antes del estallido de las persecuciones en el año 303, aunque hay controversia en cuanto a esta fecha; en cualquier caso, se reescribió varias

veces a medida que la situación iba cambiando. El primer cambio se produjo cuando se interrumpieron las persecuciones en el año 311; el siguiente, cuando Constantino derrotó a Majencio en nombre del cristianismo en la batalla del Puente Milvio en el año 312; Constantino prosiguió su lucha en dos campañas más contra Licinio, que culminaron con su victoria en el año 324. La *Historia Eclesiástica* recibió sus últimos toques después de esta victoria, pero antes del concilio de Nicea, convocado por Constantino en el año 325 y que Eusebio describe en su obra posterior, la *Vida de Constantino* (VC, *Vita Constantini*), completada tras la muerte del emperador en el año 337. Las variantes de los manuscritos de la *Historia Eclesiástica* dejan claro que el autor revisó sus anteriores versiones y las retocó con el fin de eliminar de ellas a Licinio (previamente presentado en términos neutrales o de modo favorable como aliado de Constantino) y defender y glorificar a Constantino como sostenedor del cristianismo.

La *Vida de Constantino*, en cuatro libros, tiene menos de biografía que de panegírico ampliado y extremadamente tendencioso, cuyas exageraciones y distorsiones han llevado en el pasado a que muchos especialistas dudaran sobre la autoría de Eusebio. Algunos todavía sospechan que ciertos pasajes son de fecha posterior, pero una comparación detallada con las técnicas de los demás escritos de Eusebio sobre Constantino ha demostrado de forma convincente que la obra en su conjunto pertenece a Eusebio. Este autor redactó también discursos oficiales destinados a la consagración de la iglesia constantiniana del Santo Sepulcro, en Jerusalén, en el año 335, y un panegírico enormemente retórico de Constantino para el trigésimo aniversario del reinado del emperador en los años 335-336, conocido como *Oración tricenal* o LC (*Lacus Constantini*, *Alabanza de Constantino*).

Existen algunos problemas evidentes en las informaciones de Eusebio sobre Constantino. En primer lugar, resulta extremadamente unilateral; desea persuadirnos de que Constantino fue un cristiano modelo en todo lo que hizo. Sin embargo, está claro que la *Vida de Constantino*, sin duda escrita con un ojo puesto en la inestable situación que siguió a la muerte del emperador en mayo del 337, lleva mucho más allá lo dicho en su *Historia Eclesiástica*, adornándolo y añadiendo detalles en verdad tendenciosos. De este modo, la famosa historia de la visión de Constantino antes de la batalla del Puente Milvio la cuenta Eusebio por vez primera en su *Vida* (1.28), pero está completamente ausente del relato de dicha batalla en la *Historia Eclesiástica* (HE IX. 9), que es en general y de forma clara la base de la narración posterior de Eusebio. El tema de la juventud de Constantino y la supuesta simpatía de su padre por la Iglesia se trata de forma similar y se extiende aún más que en la obra anterior; la campaña contra Licinio es puesta al día como si se tratase de una guerra santa; y el papel desempeñado por el hijo mayor de Constantino, Crispo, que se menciona en la *Historia Eclesiástica*, resulta aquí omitido por completo a fin de ocultar su embarazoso final al ser ejecutado por orden de su padre en el año 326. Todo ello contribuye a sospechar de la honradez de Eusebio como relator. No mejora esta situación el hecho de que buena parte de lo que sabemos sobre Constantino provenga de la *Vida* de Eusebio, que (como el Libro X de la *Historia Eclesiástica*) incluye gran número de cartas y edictos, bien supuestamente transcritos de copias oficiales o traducciones de los originales en latín, bien resúmenes del mismo Eusebio. En la mayoría de los casos no existe otra evidencia mediante la que comprobar su exactitud, unido al hecho de que se ha demostrado que la supuesta variedad de ese material en rea-

lidad era bastante limitada; no conoció personalmente al emperador hasta el concilio de Nicea, en el 325 d. de C, por lo que antes de esta fecha su acceso a los documentos y la información referida a la mitad occidental del Imperio, en la que gobernaba Constantino entonces, hubo de ser muy restringido. Eusebio es, asimismo, el único testigo ocular del concilio de Nicea, del que no se conservan *Actas* oficiales, y resulta un testigo notoriamente falso puesto que él mismo, como simpatizante del arrianismo, desde hacía poco condenado por otro Concilio, tenía mucho que explicar; así pues, glosa las cuestiones doctrinales en la medida en que le es posible y en cambio se centra en el fenómeno sin precedentes de la aparición de Constantino como patrono de la Iglesia:

Atravesó la asamblea como un ángel celestial que despidiera un luminoso resplandor como de ráfagas de luz, centelleando con ardientes rayos púrpura, y ornado con la brillante luz del oro y las piedras preciosas. Tal era su apariencia física. También podría decirse que su carácter se adornaba con el temor de Dios y los ojos bajos, con su compleción rubicunda, su porte y otros aspectos de su apariencia, además de su estatura, que sobrepasaba la de todos los que le rodeaban (11.10).

Las limitaciones de Eusebio como historiador preciso ilustran vivamente su propósito ideológico de apologeta cristiano, algo en lo que iba a tener continuadores en muchos autores cristianos posteriores. Su *Historia Eclesiástica*, la primera en su género, toma la historia de la Iglesia desde tiempos de Jesús hasta el presente de Eusebio. Aunque no está en modo alguno falta de pretensiones estilísticas, se diferencia de la historia clásica en el hecho de que intenta probar algo e incluye documentos textuales destinados a tal fin. Su *Crónica*, conservada en siríaco y en la versión latina de Jerónimo, es

esencialmente una tabla cronológica que comienza con la Creación, presenta los reinos del Antiguo Testamento y el conjunto de la historia griega y romana como parte de una progresión lineal que culminaría con la Segunda Venida y el fin del mundo. El pensamiento lineal de Eusebio se desarrolló en sus obras apologéticas posteriores, la *Praeparatio Evangélica* y la *Demonstratio Evangélica*, que exponían el punto de vista según el cual toda la historia anterior era en realidad una preparación para la venida de Cristo y el establecimiento del cristianismo. Su *Crónica* iba a proporcionar la base de posteriores crónicas del mundo cristiano, que se convirtieron en una reconocida forma histórica medieval tanto en griego como en latín. Al contrario que la *Vida de Constantino*, quizá por lo específico del tema, la *Historia Ecclesiástica* y la *Crónica* se convirtieron inmediatamente en obras de referencia; la primera se tradujo al latín y la continuó Rufino en el siglo IV, convirtiéndose en modelo de posteriores historiadores eclesiásticos como Sócrates y Sozómoeno, abogados ambos, que escribieron sus obras en el siglo V en Constantinopla.

El público de esas obras era en su mayor parte, si no del todo, cristiano, pero también había necesidad de obras históricas de género secular y puede que ésta sea la explicación de la serie de breves compendios históricos en latín que datan de mediados del siglo IV e incluyen *De Caesaribus* de Aurelio Víctor y el *Breviarium* de Eutropio. Con los cambios sociales y culturales del siglo III, sobre todo con la decadencia del Senado y el desplazamiento del centro de interés histórico de Roma, habían dejado de escribirse historias del Senado al modo de Tácito y tampoco ha llegado a conservarse intacta una historia griega del reinado de Constantino escrita por un pagano llamado Praxágoras. Pero desde finales del siglo

IV la historia secular en griego resurgió considerablemente, continuando hasta la época de Teofilacto Simocatta, que escribió sus obras en el siglo VII; la *Historia Nueva* de Zósimo pertenece a esta categoría, aunque no sea en modo alguno uno de los mejores ejemplos. También debería incluirse aquí la *Res Gestae* de Amiano Marcelino, en latín, con diferencia la obra histórica más importante del siglo IV, que merece parangonarse con los autores clásicos de la República y el Alto Imperio, con un vigor y una fuerza característicos.

Cuando finaliza su obra, Amiano nos dice que la hace arrancar en el año 96, durante el reinado de Nerva, el mismo punto en el que tanto Tácito como Suetonio habían concluido:

Ésta es la historia de los hechos acontecidos desde el reinado del emperador Nerva hasta la muerte de Valente, que yo, griego y antiguo soldado, he compuesto lo mejor que he podido. Pretende ser la verdad, que nunca me he aventurado a pervertir mediante el silencio o la falsedad. Dejo el resto para que lo escriban hombres mejores cuya capacidad se encuentre en pleno vigor. Pero si escogen emprender esta tarea les aconsejo formular lo que han de decir siguiendo el gran estilo.

Tal como aquí nos cuenta, termina con la desastrosa derrota romana del emperador Valente en Adrianópolis, en el año 378. Puesto que la parte de que disponemos —que comienza en el año 354, a finales del reinado de Constancio II, y comprende 18 libros— está escrita de modo muy prolijo, la primera parte (probablemente hasta la sección dedicada a Constantino, que por desgracia se ha perdido) debe de haber sido considerablemente breve en comparación; algunos especialistas académicos han supuesto que escribió dos obras separadas, pero es poco probable. En cualquier caso, el cen-

tro de atención de Amiano cambió en los últimos seis libros, que tratan con célebre detalle de Roma y los vicios de su clase senatorial a fines del siglo IV; aunque era pagano, la mordaz vehemencia con la que condena el amor por el lujo de estos grandes de Roma hace improbable que se beneficiara de su patrocinio o que actuara como portavoz de una presunta «reacción pagana» de los senadores (véase capítulo X); el libro 28 incluye un largo excursus sobre los vicios de la nobleza (28.4; cf. también 14.6), en el curso del cual Amiano observa que «algunos de ellos odian como veneno el estudio, pero leen a Juvenal y Mario Máximo con avidez. Son los únicos libros que tocan en momentos de ocio». Parece resonar aquí una nota personal, pero su verdadero entorno durante su estancia en Roma sigue siendo un enigma, lo mismo que la identidad de sus patrocinadores, de tener alguno; hay muchos detalles respecto a él que permanecen en la misma oscuridad, como, por ejemplo, cuál era exactamente su relación con autores latinos contemporáneos suyos, incluyendo al de la misteriosa *Historia Augusta* (véase más abajo). Tampoco está claro cuándo empezó a escribir o en qué medida cambió la concepción de su obra durante el largo período en el que viajó, que duró desde la muerte del emperador Juliano (en el año 363) hasta su llegada a Roma poco antes del 384. La finalización de la obra se produjo a principios de la década del 390.

Amiano se describe como «griego» y en general se cree, aunque no existen evidencias concluyentes, que procedía de Antioquía, sede principal de la administración imperial en Oriente, donde el latín se habría utilizado en círculos oficiales y militares. Su inspiración la constituyó desde luego el emperador Juliano, en cuya malhadada expedición sirvió como oficial, y sus libros sobre Juliano (20-25) son obras maes-

tras de escritura. La muerte inexplicada de Juliano durante esta campaña debida a una herida de flecha (25.3; cf. la necrológica de Juliano redactada por Amiano, 25.4) debió de suponer un duro golpe para el mismo Amiano; de algún modo, sin embargo, el material que había recogido mientras participaba en la campaña se convirtió en la base de una gran historia imperial, que se remonta en el tiempo hasta el 96 y alcanza hasta el 378.

Amiano es original. De opiniones firmemente conservadoras, admiraba a Juliano no sólo por sus cualidades personales, sino también por sus intentos de reavivar la independencia de las ciudades. Lo mismo que a Juliano, a Amiano le disgustaban las políticas centralistas de Constantino, y su desaparecido relato sobre éste, que podía haber sido la respuesta al de Eusebio, es una gran pérdida. Como pagano, Amiano no muestra gran aprecio por la Iglesia cristiana y sus libros ponen de relieve la indecorosa conducta de grupos cristianos de Roma en la década del 370 y el 380, pero su criterio se mantiene independiente y la idea de Juliano de impedir que los cristianos extendiesen sus enseñanzas como modo de reducir la influencia de éstos se ganó las críticas del autor:

Las leyes que promulgó no fueron opresivas, y lo que imponían o prohibían se establecía de modo preciso; pero existieron unas cuantas excepciones, entre ellas un severo decreto que prohibía a los cristianos enseñar gramática o retórica a menos que volvieran a los dioses paganos (25.4).

En general, sin embargo, una mirada apresurada a la elección de su vocabulario, así como a las opiniones personales que expresa con frecuencia, muestran que tenía fuertes prejuicios; mientras profesaba aborrecer cualquier forma de exceso y recomendar moderación en todas las cosas, él mismo veía el mundo, y especialmente a los seres humanos, en tér-

minos funestos, tal como queda de manifiesto en su célebre juicio sobre el emperador Valentiniano (29-3), de quien hace notar que tenía «dos osas salvajes devoradoras de hombres, llamadas Polvo de Oro e Inocencia, de las que era tan devoto que ordenó que colocaran sus jaulas cerca de su dormitorio».

A menudo se ha criticado a Amiano por su latín presuntamente tosco, que muchos especialistas académicos han atribuido al hecho de que el griego fuese su lengua materna; pero su latín, aunque con frecuencia sea desmañado, es intenso, hasta melodramático, y su vocabulario, enormemente colorido —lo que se pone de manifiesto incluso en traducciones—, le da un sabor único. La comparación con los autores de su época muestra que lo que se ha atribuido al latín áspero de Amiano es de hecho el uso convencional del latín tardío. La viveza de la escritura de Amiano y su ojo avizor ante lo extravagante le han llevado a ser considerado como un autor esencialmente no clásico. Sin embargo, hoy día esta visión oculta un juicio de valor, que va de la mano con la noción de que existe una «decadencia» cualitativa en el paso de lo clásico a lo medieval. Gracias a la revalorización de la Antigüedad Tardía, puede estudiarse a Amiano tal como era (como hizo Edward Gibbon) y reconocerle como uno de los grandes escritores de la Antigüedad.

No es éste el caso del autor de la *Historia Augusta*, que parece haber redactado su extraña obra en Roma en fecha muy cercana a la terminación de la *Res Gestae* de Amiano. Bajo la pretensión de ser la obra de seis autores que escriben en época de Constantino, se trata de una recopilación de biografías imperiales que comienzan con Adriano, a principios del siglo II, y que van haciéndose progresivamente más fantásticas y escandalosas y menos históricas conforme llegan a

los emperadores de mediados y fines del siglo III. Su finalidad no aparenta ser realmente el de la historia seria y, desde luego, tal como se ha visto, Amiano escribe mordazmente acerca del gusto contemporáneo por dichas biografías, tan distintas al riguroso propósito de su propia obra. Aunque algunos especialistas han considerado la *Historia Augusta* como un documento de propaganda anticristiana, es difícil considerarlo como otra cosa que no sea lectura ligera. Por lo que toca a la fecha constantiniana, hay evidencia de muchos anacronismos, suficientes como para convencer de que se trata de una obra de fines del siglo IV; por ende, el análisis estilístico realizado con la ayuda de técnicas de ordenador sugiere que se trata de la obra de un solo autor («el bromista», como le llama Syme). Es una verdadera lástima tener que depender tanto para la historia del siglo III de lo que no era más que una concesión al gusto popular predominante.

Es preciso mencionar una última obra en latín de finales del siglo IV en relación con el resurgimiento pagano. Se trata de los *Annales*, hoy perdidos, de Nicómaco Flaviano, el senador pagano que se suicidó tras la derrota del usurpador Eugenio por Teodosio I en el río Frigidus, en septiembre del año 394. Al igual que la *Historia Augusta*, esta obra, conocida a partir de inscripciones contemporáneas, se ha convertido en un hito de la teoría de un resurgimiento pagano fuertemente ideologizado entre la clase senatorial de la época, que se presume se habría ampliado a su visión del pasado romano. Pero aunque el mismo Nicómaco Flaviano consideró la batalla del río Frigidus como un enfrentamiento evidente entre cristianismo y paganismo, y lo cierto es que los autores cristianos afirman que se citaron oráculos paganos que prometían una victoria pagana y la supresión del cristianismo, apenas se sabe nada de la obra en sí. El mismo Nicómaco tra-

dujo del griego al latín la tendenciosa *Vida* del santo pagano Apolonio de Tiana, obra de Filóstrato, un autor del siglo II. Habría resultado de veras extraño que la producción literaria pagana de un período tan tenso como la década del 390, cuando la legislación antipagana de Teodosio había fomentado desórdenes en varias ciudades, no reflejara de algún modo su posición ideológica; al fin y al cabo, como se ha visto, los autores cristianos interpretaban constantemente los acontecimientos históricos de forma que demostrasen el triunfo del cristianismo o explicaran sus reveses. La mayor obra de este género, de veintidós libros, es la *Ciudad de Dios* (*De Civitate Dei*) de Agustín, escrita, al menos en parte, para explicar por qué había permitido Dios el saqueo de Roma por el visigodo Alarico en el año 410. No parece probable, empero, que los *Annales* de Nicómaco fuera una obra filosófica o meditativa semejante. Es cierto que en la teoría general del resurgimiento pagano se ha expuesto una serie de problemas sustanciales en relación con las fuentes literarias concretas, de las cuales se hablará con más detalle en el capítulo X.

El género biográfico, la *Vida*, desempeña un importante papel en las fuentes literarias del período. El encomio o panegírico siempre había contenido elementos biográficos, aunque también le debía algo a la tradición ya existente de vidas de filósofos y santos. Posteriormente, a lo largo del siglo VII, tanto cristianos como paganos desarrollaron aún más esta forma de escritura. La obra clásica por parte cristiana fue la *Vida de Antonio*, el eremita egipcio (muerto en el año 356), que con frecuencia se considera el primer ejemplo de hagiografía cristiana (vidas de santos) y se atribuye a Atanasio, obispo de Alejandría desde el año 328 y figura central en las controversias religiosas del siglo IV. La obra existe

tanto en siriaco como en griego y sus orígenes están rodeados de incertidumbre. El texto griego que se conserva presenta a Antonio como a alguien que está por encima de preocupaciones mundanas como la educación retórica; se trata de una posición adoptada por el propio Atanasio, pero el rechazo de la cultura era cuestión de grado: la *Vida* no duda en hacer que Antonio dirija exquisitas alocuciones o reciba misivas imperiales de Constantino. Sea o no obra de Atanasio, la *Vida* se tradujo rápidamente al latín y fue difundida por Jerónimo entre círculos cristianos de Roma, donde se convirtió en el texto clave en la promulgación de la forma de vida ascética. Agustín habla en las *Confesiones* del papel que tuvo en su desarrollo espiritual (véase más adelante). La *Vida de Antonio* fijó un modelo moral y literario: pone de relieve la renuncia ascética (simbolizada por el desierto) a expensas del conocimiento mundano, y presenta la vida del santo cristiano en función del progreso del alma hacia Dios. El santo se distingue por su santidad, lo que queda indicado para los demás por los milagros que puede llevar a cabo (en el caso de Antonio, amansar animales salvajes). Este patrón literario, a menudo influido por el encomio retórico secular, se repitió en incontables obras desde el siglo IV hasta la Edad Media. La hagiografía puede variar y, de hecho, varía enormemente en la medida de su contexto histórico, de lo prácticamente inexistente a lo sólidamente circunstancial; cada obra ha de juzgarse según sus propios méritos, pero fue sin duda la *Vida de Antonio* la que proporcionó el modelo clásico, y resulta difícil no sobrestimar su importancia. De forma característica, Jerónimo trató de mejorar este modelo, redactando él mismo en latín las vidas de dos eremitas rivales, Hilarión y Pablo, así como la *Vida de Malco*, siendo las tres en lo esencial imitaciones literarias de la *Vida de Antonio*.

Se pueden citar otras dos interesantes *Vidas*, ambas de mujeres. En primer lugar, la *Vida de Macrina*, escrita en griego por su hermano Gregorio de Nisa. Se trata de una obra muy literaria y filosófica, que se apoya en el *Fedro* de Platón en su presentación de la inmortalidad del alma. Macrina y Gregorio procedían de una familia de terratenientes que también incluía a la gran figura de Basilio de Cesárea. Como da a conocer la mencionada *Vida*, al ser mujer, Macrina no había recibido la misma educación secular que sus hermanos, sino que se quedó en la casa con su madre, en Pontos, y estableció posteriormente una especie de comunidad religiosa en el hogar familiar. Ella, según Gregorio, era la verdadera filósofa y no Basilio, pese a todos los brillantes premios que había conseguido en Atenas. La otra *Vida*, muy diferente, es la que se escribió sobre Melania la Joven (muerta en el año 439), que a la edad de veinte años persuadió a su marido, Piniano, con quien se había desposado a la edad de trece años, para renunciar a las enormes propiedades heredadas con el fin de llevar una vida dedicada al ascetismo y la religión. La *Vida de Melania la Joven* se conserva tanto en versión latina como griega; son similares, aunque no idénticas. Es probable que, en torno al año 452, Geroncio escribiera el original en griego, siendo diácono en el monasterio de Melania en el Monte de los Olivos de Jerusalén. Como ya se ha visto, las obras cristianas eran inmediatamente traducidas, y desde luego Melania hablaba con fluidez ambas lenguas. La evidencia de la *Vida* es de gran importancia, no sólo por la misma Melania y sus relaciones familiares con la aristocracia senatorial romana, sino también como documento de primera mano de historia económica, pues proporciona información detallada sobre las haciendas de Melania y las fuentes de riqueza senatorial. Se trata de un buen ejemplo de un texto

hagiográfico que combina el tema ascético (la «vida angélica») con gran cantidad de sólido material histórico. Por último, tanto la *Vida de Macrina* como la *Vida de Melania la Joven* atestiguan un rasgo de la escritura cristiana para el que es difícil encontrar parangón en las fuentes clásicas: su elección de una mujer como tema principal. Mucho había de hostil en la Antigüedad Tardía hacia las mujeres y, sin embargo, el hecho de que mujeres cristianas de buena familia como Macrina y Melania (y se conoce a muchas otras de fines del siglo IV y principios del V) se convirtieran en objeto de obras de autores masculinos resulta de por sí notable.

Uno de los frutos literarios más célebres de este período son las *Confesiones*, consideradas a menudo como la primera autobiografía de la Antigüedad. Con todo, esta opinión no hace justicia a las complejidades filosóficas de la obra, cuyos trece libros discuten asuntos como la memoria o la naturaleza del tiempo; contiene, no obstante, un relato detallado de la vida, la formación y el desarrollo intelectual de Agustín que es de gran importancia para la historia cultural, así como la inolvidable narración de su conversión en un jardín de Milán (VIII. 14-30). Sintiendo la llamada de Dios, Agustín se resistió «sólo un poco más, por favor» (*Conf.* VIII. 12), hasta que cierto Ponticiano, cristiano bautizado, vino a visitarle y habló a Agustín y a su amigo Alipio de Antonio, a quien no habían oído nombrar antes, y de cómo uno de sus amigos se había convertido leyendo la *Vida de Antonio*. Tras oír esta historia, Agustín salió al jardín y luchó, con sus sentimientos encontrados, sobre todo contra su desgana por renunciar a su sexualidad y comprometerse desde entonces con una vida de castidad cristiana. Siguiendo un misterioso impulso, que describe como la voz de un niño que le hablaba, abrió el texto de san Pablo en Romanos 13,13-14: «Entregaos al Señor

Jesucristo y despreocupaos de la carne y sus deseos» y, sintiéndose en paz consigo mismo, entró y comunicó a su madre, Mónica, lo que le había sucedido. El rasgo más llamativo de las *Confesiones* es la honradez y el poder de observación psicológico de Agustín sobre sí mismo y sobre la naturaleza humana en general. Su comprensión hacia los sentimientos, las emociones y la sexualidad penetra las *Confesiones* y puede encontrarse constantemente hasta en sus obras teológicas más intelectuales. Agustín es una figura excepcional y descollante; pero este enfoque sobre lo individual se puede ver también en otros lugares de la literatura cristiana que se estaba desarrollando por aquel entonces, por ejemplo en el importante conjunto de cartas escritas por Agustín y sus contemporáneos, como Ambrosio, Jerónimo y Juan Crisóstomo. Por lo que respecta a las *Confesiones*, se trata de una de las grandes obras de la literatura universal y resulta difícil imaginarla como procedente del mundo clásico.

Dos textos latinos de finales del siglo IV y principio del V son de particular importancia para el ejército tardorromano: el tratado anónimo conocido como *De Rebus Bellicis*, de finales de la década del 360, y el documento oficial que establece el estamento militar, la *Notitia Dignitatum* («Relación de grados»), del que se conserva una copia de principios del siglo V. El primero es obra de un autor bastante original, si bien desconocido, que dirigió a los emperadores reinantes, Valentiniano y Valente, un memorándum en el que esbozaba una serie de ingeniosas invenciones mediante las cuales mejorar el rendimiento militar. Se trata claramente de un pagano, que culpa a Constantino de sus extravagancias con el gasto público, y se queja a un tiempo de que las defensas del Imperio son débiles y de que se gasta demasiado en el ejército. La comprensión de este autor anónimo deja bastante que

desear, ya sea como analista económico o como comentarista militar, pero su opúsculo es como un soplo de aire fresco y es una lástima que no se sepa siquiera si se leyó o no, y mucho menos si tuvo alguna repercusión. Por lo que respecta a la *Notitia*, se dispone de la copia de un documento, iluminado, por cierto, con interesantes representaciones de las insignias militares, que se propone dar toda clase de detalles sobre los estamentos provinciales, civiles y militares. Se trata, por tanto, *prima facie*, de una fuente documental de extraordinaria importancia. Sin embargo, debe utilizarse con mucha cautela, por varias razones. En primer lugar, el texto que se conserva es posterior a la división del Imperio en el año 395, y es un documento occidental; las partes orientales parecen guardar relación con una fase anterior a la occidental, de modo que el documento en su conjunto contiene una serie de discrepancias y anomalías. En segundo lugar, y fundamental, la *Notitia* consigna la situación como se suponía que era, de lo que no se deduce necesariamente que en realidad fuera así en ningún momento determinado. Como los códigos legales, es prescriptiva, no descriptiva; se corre el peligro, por tanto, de tomar sus cifras sin pruebas, a menos que puedan corroborarse por otros medios.

Similares precauciones se aplican a una de las fuentes más importantes: el *Codex Theodosianus*, una recopilación de la legislación desde Constantino en adelante, recogida en Constantinopla entre los años 429 al 438 por un grupo de comisarios legales, como parte de un proyecto legislativo más amplio ordenado por el emperador Teodosio II, y una fuente de vital importancia para la historia del período. Las constituciones están dispuestas de forma temática y en orden cronológico dentro de los encabezamientos temáticos, en un total de 2.500. Comienzan en el año 311, y se basan en dos re-

copilaciones realizadas bajo Diocleciano, el *Codex Gregorianus* y el *Codex Hermogenianus*. Los historiadores han de mostrarse muy cautelosos al utilizar los indicios que proporciona el Código. En primer lugar, no está completo: las leyes se encontraban dispersas y los comisarios se encargaron de la ardua tarea de recopilarlas. La posterior recopilación de Justiniano incluye muchas constituciones que no se encuentran en el Código de Teodosio. Además, aunque se tuvo buen cuidado de conservar la redacción original, se abreviaron muchas constituciones y los comisarios se encontraron a merced tanto de sus fuentes (no siempre buenas) como de su propio criterio.

De forma general, muchas constituciones se repetían de un emperador a otro con pequeñas variantes, de manera que resulta difícil saber en qué medida representan una respuesta a una situación real y en qué medida se toman simplemente de precedentes anteriores. La repetición constante de ciertas leyes, sobre todo de las que limitan la libertad de movimiento de los decuriones (miembros de los ayuntamientos) y *coloni* (arrendatarios agrícolas), alentó la visión del siglo IV como un régimen represivo e incluso totalitario, hasta que se apuntó que esa repetición constante indicaba que habitualmente las leyes en cuestión eran ineficaces.

Resulta esencial entender que el Código consiste en una serie de recomendaciones, no cuenta qué sucedió en realidad. Además, otras fuentes sugieren que el proceso de legislación mismo era bastante menos franco de lo que podría imaginarse. Las constituciones que se aprobaban en nombre de cierto emperador no han de vincularse necesariamente al mismo; la responsabilidad del proyecto descansaba en el *quaestor sacri palatii*, una figura establecida bajo Constantino, cuya labor consistía en desplegar el elaborado estilo re-

tórico que convierte el Código en una lectura tan tortuosa. Comunicar las leyes a la población era otro asunto que exigía considerable habilidad. Aunque a los gobernadores provinciales les correspondía la tarea de hacerlas públicas, la ignorancia de la ley era lo habitual, como con frecuencia revelan las mismas constituciones.

La administración y la burocracia del Bajo Imperio eran enormemente complicadas, incluso en la teoría; en la práctica, el sistema estaba lleno de agujeros y se hacía caso omiso de las reglas, en ocasiones, incluso, con la abierta connivencia de las mismas autoridades responsables de su cumplimiento. La gran cantidad de material que se conserva en el Código revela tanto cuál era el ideal como las constantes desviaciones del mismo.

A tan extensos y a menudo contradictorios indicios puede añadirse lo entresacado de otras fuentes no literarias, entre las que se cuentan muchas inscripciones, papiros y monedas conservadas. Entre las inscripciones más importantes se cuenta el *Edicto sobre precios máximos* de Diocleciano (301), del que se conocen varias versiones, y su denominado *Edicto de revalorización*. Como las leyes del Código, un género del cual éste constituye un ejemplo de inscripción, el Edicto de precios adopta un tono moral elevado, estableciendo terribles penas para aquel que ose subir los precios fijados para cada artículo:

¿Quién se muestra tan insensible o falto de sentimientos humanos que no es consciente o no ha advertido que los precios excesivos se extienden por el comercio de los mercados y la vida cotidiana de las ciudades, y que el ansia desmedida de ganancias no la aminoran ni la abundancia de suministros ni los años de buen fruto? [...]. Puesto que estamos de acuerdo en que en tiempo de nuestros antepasados

era la costumbre aprobar leyes que prescribieran una pena, dado que una situación provechosa para el género humano rara vez se acepta de modo espontáneo, y teniendo en cuenta que la experiencia nos enseña que el temor es la guía más eficaz y la mejor regulación del cumplimiento del deber, nos complace que cualquiera que viole las medidas contenidas en este estatuto sea, por su osadía, sometido a la pena capital.

A despecho de esa retórica, y a pesar de las numerosas inscripciones y papiros que hicieron público el edicto, se sabe que en este caso se convirtió en letra muerta en muy poco tiempo; el gobierno, simplemente, carecía de la maquinaria necesaria para hacerlo cumplir. Hay muchas otras inscripciones de la época que son menos espectaculares, como, por ejemplo, las referidas a la carrera de la clase senatorial, que aumentó su número tras su restablecimiento por parte de Constantino, o las numerosas inscripciones de las ciudades orientales de Grecia, que empezaban entonces a utilizar el verso de orientación clásica para registrar la carrera de los funcionarios municipales. A éstas hay que sumar un nuevo tipo: las de la consagración de iglesias y las inscripciones funerarias cristianas. Respecto a las monedas, son una fuente importante para conocer las titulaciones y los movimientos imperiales, sobre todo durante la Tetrarquía y el reinado de Constantino. Muchos aspectos de la acuñación romana de monedas de bronce siguen siendo oscuros, pero el *solidus* de oro, introducido por Constantino, continuó en vigor y sin rebajar su ley durante muchos siglos.

A este respecto, no se hace aquí ningún intento por describir o valorar los indicios arqueológicos o visuales del período. Ello se debe, en parte, a que la variedad es tan extensa que sería imposible hacer un resumen. La otra razón es que

hoy resulta sencillamente imposible escribir la historia de este período sin referirse constantemente a los indicios arqueológicos y visuales. Mientras que Jones podía tomar como base su exhaustivo conocimiento de las fuentes literarias y documentales, el objeto de estudio ha avanzado de modo espectacular en las tres últimas décadas del siglo. Los arqueólogos han vuelto sus ojos con creciente expectación hacia este período, sobre todo desde que se ha desarrollado un sistema para fechar la cerámica romana; el interés general en la historia urbana de cualquier período ha centrado la atención en la riqueza del material originario de las ciudades tardorromanas de que se dispone; y, por último, a medida que la historia política y narrativa ha perdido su atractivo, la mayoría de los historiadores se han hecho conscientes de la necesidad de utilizar indicios materiales, además de los literarios. Por lo que respecta a las artes visuales, hay dos factores que han producido una integración con los registros literarios y documentales: primero, una creciente disposición a aceptar indicios cristianos, amén del arte cristiano, y, segundo, los efectos de una tendencia presente en otros períodos de la historia antigua, quizá derivada de comparaciones modernas, de poner el énfasis en el entorno visual y en el poder de las imágenes como medio de comunicación. Para resumir, los autores principales siguen siendo, por supuesto, los mismos, aunque en muchos casos se aparecen de manera diferente; por el contrario, la envergadura del objeto de estudio se ha ensanchado hasta hacerse irreconocible.

III. EL IMPERIO NUEVO: DIOCLECIANO

En el período que va desde el ascenso al trono de Diocleciano en el año 284 hasta la muerte de Constantino en el 337 quedó bajo control la alborotada situación de mediados del siglo III y el Imperio atravesó una etapa de recuperación, consolidación y cambios sociales y administrativos de importancia. En efecto, se instituyó el sistema de gobierno que iba a prevalecer en Oriente hasta principios del siglo VII y en Occidente, si bien con menos éxito, hasta la caída del Imperio occidental en el año 476. Resulta natural atribuir el logro a estos dos enérgicos emperadores, que gobernaron durante un período de 53 años, sobre todo porque ésa es la tendencia de las fuentes antiguas; pero es necesario recordar que el proceso real entrañó menos una planificación anticipada y más un desarrollo paso a paso de lo que podría sugerir una visión retrospectiva. La cautela se hace especialmente necesaria en vista de la tendencia de las fuentes a fijar una distinción bien definida entre Diocleciano y Constantino, debido a sus diferencias religiosas, y permitir que esa distinción se imponga a la interpretación de la política secular de ambos.

Diocleciano subió al trono en el año 284, tras haber ascendido desde un origen humilde en Dalmacia hasta el mando de los *domestici*, la guardia imperial. Fue, por tanto, uno de los soldados-emperadores de Iliria que llegaron al poder tras la muerte de Galiano en el año 268. El emperador Aureliano (270-275) había logrado rechazar la invasión de Italia por los alamanes, derrotar a Zenobia en Palmira y poner fin al «Imperio galo» de Tétrico. Al igual que Galiano y tantos otros, Aureliano fue asesinado, pero en esta ocasión se castigó a los asesinos, y Probo (276-282) no sólo hizo retroceder a los invasores germanos procedentes del Rin, que habían cruzado en gran número, sino que concluyó un tratado que establecía la presencia militar romana más allá del Rin y tomó numerosos rehenes y reclutas para el ejército romano. Cuando Probo fue asesinado por sus propias tropas, Caro (282-283) se embarcó en una importante y exitosa expedición a Persia, aunque murió mientras su ejército se encontraba en el Eufrates. Su hijo Numeriano dirigió la retirada romana, pero también fue asesinado en sospechosas circunstancias en el camino de regreso. Diocles fue encumbrado en Nicomedia en noviembre del año 284, acusando presuntamente a su rival, el prefecto pretoriano Aper, de haber asesinado a Numeriano y apuñalarle mortalmente delante de sus tropas al tiempo que citaba a Virgilio (SHA *Vita Cari* 13); adoptó luego el nombre de Diocleciano. Al año siguiente derrotó al otro hijo de Caro, Carino, en una gran batalla en la antigua Yugoslavia y se encontró con el dominio absoluto. Aún más apremiante que la cuestión de la seguridad militar era la de cómo poner fin a la rápida sucesión de emperadores. La respuesta de Diocleciano consistió en el establecimiento en el año 293 de un sistema de reparto del poder conocido como *Tetrarquía* (gobierno de cuatro), mediante el cual existirían dos au-

gustos y dos cesares, destinados estos últimos a la sucesión a su debido tiempo. Una vez establecido, el sistema tetrárquico perduró hasta que fue destruido por Constantino, que se había elevado a la muerte de su padre, Constancio, quien fue primero cesar y luego augusto durante el reinado de Diocleciano. El proyecto de Diocleciano no se introdujo inmediatamente después de su ascenso al trono. Su primer paso consistió en alzar a otro soldado de Iliria, Maximiano, al puesto de cesar, adoptando a la vez a su hijo, aunque fuera sólo unos años más joven que él mismo (año 285). La división *ad hoc* de responsabilidades otorgó Occidente a Maximiano mientras Diocleciano se ocupaba de Oriente; el hecho de que cierto Carausio se hubiera declarado augusto en Britania influyó sin duda en Diocleciano para convertir a Maximiano en augusto en el año 286. Por entonces el paso siguiente de nombrar a dos cesares no se había producido, cosa que ocurrió en marzo del 293. Constancio y Galerio se convirtieron en cesares de Maximiano y Diocleciano, respectivamente; los acuerdos se sellaron por medio de matrimonios dinásticos y la adopción del nombre de la familia de Diocleciano, Valerio, y se anunció en monedas y en el panegírico oficial. Diocleciano y Maximiano, que se reunieron formalmente en Milán en el invierno del 290-291, ya habían emparentado con los dioses Júpiter y Hércules tomando los títulos divinos de Jovio y Herculio, y sus cesares compartían los mismos títulos y vinculaciones religiosas. Como heredero de su padre Constancio, también hay referencias de Constantino como Herculio en el 307.

Un grupo estatuario de pórfido, que puede hoy contemplarse labrado en San Marcos de Venecia, muestra a los tetrarcas como figuras rechonchas en uniforme militar, abrazándose unos a otros. Los panegíricos que se han conservado

en latín, como la *Historia Augusta*, recalcan la unidad y la concordia:

Cuatro gobernantes del mundo valientes, sabios, gentiles, generosos, respetuosos del Senado, amigos del pueblo, reverenciados, fieles, piadosos (SHA Vita Cari 18).

Esa propaganda tan contundente deja traslucir la fragilidad del nuevo acuerdo, pues no descansaba en nada sólido que no fuera el consentimiento. Carausio, que se había hecho con el poder en Britania, fue asesinado y sustituido por su rival Aleto en el año 293; Aleto fue, a su vez, derrotado por Constancio en el 296, y a continuación entró en Londres como libertador (*Pan. Lat.* 8 (5)). Pero no se trataba de que la derrota fuese recompensada con la legitimidad en contra de la usurpación, como naturalmente sostuvieron los vencedores, porque Carausio había sido reconocido augusto en Britania y el noroeste de la Galia y había acuñado moneda en calidad de tal.

La propaganda, y el aura religiosa que se invocaba para la Tetrarquía, contribuyó sin duda a impresionar a sus súbditos, así como a tranquilizar a Diocleciano y a sus colegas, pero era en realidad el éxito militar y, por extensión, el político, el que confería legitimidad. El sistema de Diocleciano permaneció en vigor hasta que se puso en tela de juicio desde el interior, después de que el mismo Diocleciano se retirase en el año 305. Afortunadamente para el Imperio, aunque la Tetrarquía se viera amenazada en sus primeros años por el régimen de Carausio, sin embargo consiguió en última instancia proporcionar un período de estabilidad que duró casi veinte años, tiempo suficiente para introducir cambios de gran envergadura.

Cualquier valoración de la naturaleza de las reformas de Diocleciano resulta difícil por dos factores: primero, la insa-

tisfactoria naturaleza de los indicios literarios que se han conservado de su reinado y, segundo, el hecho de que muchos cambios se produjeron en un estadio posterior o sólo han quedado atestiguados tardíamente. Otro problema es el que ocasiona la exagerada contraposición entre Diocleciano y Constantino predominante en las fuentes; por el contrario, las medidas políticas seculares de Constantino, e incluso ciertos aspectos de las religiosas, deberían considerarse como continuación de la línea general establecida por Diocleciano.

Una de las prioridades de Diocleciano fue la militar: no sólo era necesario poner bajo control, centralizar y convertir al ejército en una fuerza capaz de defender la seguridad del Imperio, sino que también hacía falta aprovisionarlo de modo fiable. Las fuentes literarias atribuyen a Diocleciano los cambios fundamentales que el sistema militar romano había experimentado desde los días de Augusto, y la mayoría de los especialistas académicos modernos las han seguido; se puede sospechar, sin embargo, que la ruptura con lo que había existido anteriormente no fue tan abrupta como esto sugiere. El camino ya lo habían preparado anteriores emperadores, incluyendo a Marco Aurelio, Septimio Severo (193-211) y Caracalla (211-217). En el curso de sus reinados se dobló la paga militar, se instituyeron los donativos a los soldados, se amplió el ejército y se incrementaron las oportunidades que se abrían a los jóvenes en la administración militar. Ciertamente se crearon más unidades a lo largo del siglo III. El enemigo Lactancio asocia las reformas de Diocleciano con el establecimiento de la Tetrarquía:

Nombró a tres hombres para compartir el mando, dividiendo el mundo en cuatro partes y multiplicando los ejércitos, pues cada uno de los cuatro se esforzaba por disponer

de un número mayor de tropas del que había dispuesto cualquiera de los anteriores emperadores cuando gobernaban el Estado en solitario (DMP 7.2).

Pero apenas si puede tomarse en serio a Lactancio cuando afirma que el ejército se había cuadruplicado, sobre todo teniendo en cuenta que ya se había incrementado durante el siglo III a algo más de 350.000. Lo más probable es que esto, como otras observaciones del mismo capítulo, constituya una exageración hostil y tenga más de burla que de juicio mesurado. Diocleciano incrementaría las cifras (es seguro que se crearon nuevas unidades), pero no pudo ir mucho más allá de reconocer y reglamentar el status quo. La columna vertebral del ejército la habían constituido tradicionalmente las legiones, unidades bien armadas y entrenadas de unos 5.000 soldados de infantería. A juzgar por los indicios que se deducen de la lectura de la *Notitia Dignitatum* (véase capítulo II), Diocleciano formó nuevas legiones a una escala considerable, nombrándolas como Iovia, Herculia, Diocletiana y Maximiana, mientras otras se habían creado ya durante el siglo III, pero el aumento de legiones no entraña necesariamente que se doblara el número real de tropas. Los descubrimientos arqueológicos sobre las dimensiones de las fortalezas legionarias y las evidencias literarias muestran que las legiones del Bajo Imperio eran mucho más reducidas que sus antecesoras, pues, por lo general, sólo comprendían a un millar de hombres aproximadamente y los destacamentos especiales (*vexillationes*) se componían de quinientos hombres o menos; esto indica que los cálculos totales basados en normas anteriores son muy equívocos y sugiere que el total verdadero era considerablemente menor de lo que suele suponerse.

Calcular el volumen del ejército tardorromano resulta bastante difícil. Se dispone de pocas cifras reales que den idea del total. Al menos una de ellas (645.000, según el historiador Agatias, redactada en Constantinopla en el siglo VI) es imposible por elevada y aunque refleje una cifra documental jamás fue alcanzada en la práctica. Es verosímil que los cálculos que se basan en las cifras de la *Notitia* sufran limitaciones similares. En teoría, debería ser posible basar los cálculos totales en los datos de los papiros que se conservan del 299-300, que muestran las estimaciones de la paga de ciertos regimientos, pero también aquí existen demasiados imponderables respecto al volumen real de las unidades en cuestión. Sin embargo, las dimensiones totales del ejército de Diocleciano resultan extremadamente importantes para valorar los problemas económicos que pueden haber llevado a su decadencia posterior, puesto que, si ciertamente duplicó su volumen, la carga suplementaria sobre los ingresos de las arcas del Estado habría sido colosal. La investigación actual parece apuntar, no obstante, a un ejército con unas dimensiones que no iban mucho más allá de los 400.000 hombres; aun así, todo lo que entrañaba el suministro, la soldada y el reclutamiento resultaba extremadamente grave (una discusión más detallada se encuentra en el capítulo IX).

Al igual que Lactancio, el historiador pagano Zósimo marca una clara distinción entre Diocleciano y Constantino al acusar a este último de haber perjudicado las defensas fronterizas romanas cuando decidió desplazar la «mayoría» de las tropas allí establecidas, donde habían sido acantonadas por Diocleciano, con el fin de crear un nuevo ejército regular (*Nueva historia* II.34). Añade que estos soldados se acostumbraron al lujo de la vida en las ciudades y como resultado del traslado aumentó la crispación. Pero todo esto forma parte

de su diatriba contra Constantino; se conoce gracias a la epigrafía que el ejército regular (*comitatus*) existía ya bajo Diocleciano y, a buen seguro, antes (puede que Constantino simplemente lo ampliara), mientras que el acantonamiento de soldados en las ciudades próximas o en sus cercanías se producía directamente en función de los problemas de suministro y requisa del ejército. Todo el mundo está de acuerdo en que Diocleciano fortaleció las fronteras, construyendo fuertes, reforzando las barreras naturales y estableciendo rutas militares desde Britania en el Oeste a la llamada *Strata Diocletiana* en el Este, una vía que discurría desde el Mar Rojo a Dura, en el Eufrates. Pero es poco probable que esas fronteras estuvieran ya guarnecidas por los *limitanei*, campesinos-soldados que vivían en la frontera, pues sólo aparecerán más tarde. Además, la política de «defensa en profundidad» atribuida a Diocleciano y popularizada en un libro por Edward Luttwak y otros, mediante la cual las tropas fronterizas estaban destinadas a contener a los invasores hasta que las tropas de asalto se desplazaran desde sus posiciones defensivas del interior del Imperio, ha recibido merecidas críticas de arqueólogos y otros especialistas que han estudiado detalladamente los restos materiales (véase capítulo IX). El ejército romano del Bajo Imperio era muy diferente del de Augusto y sus funciones se establecían de modos diversos. Amiano nos da una gráfica imagen de las variadas y a veces extrañas insignias que se utilizaban en la segunda mitad del siglo IV. En ese mismo período, el reclutamiento se hizo difícil e impopular; el lugar de los voluntarios lo fueron ocupando cada vez más conscriptos y bárbaros, lo mismo como tropas regulares que como mercenarios federados. Pero buena parte de estos acontecimientos llevaron su tiempo hasta que sucedieron y

no deberían atribuírsele a Diocleciano más de los que realmente llevó a cabo.

Uno de los problemas más graves en relación con el ejército era el del aprovisionamiento y las soldadas. A causa del colapso en la acuñación de plata, utilizada para el pago de impuestos y de los salarios de los soldados, hubo que pagar y aprovisionar al ejército mediante requisas en especie gracias a las *annona militaris* y al *capitus* (ración de pienso). Aun en el caso de que el sistema llegara a funcionar, estaba destinado a ser poco fiable, tosco y extremadamente oneroso para la población local, que nunca sabía qué se le iba a exigir ni cuándo. Puesto que los bienes perecederos no podían acarreararse muy lejos debido a la lentitud del transporte terrestre, existían tremendos problemas de suministro. Resulta milagroso que se mantuviera cierto nivel de organización centralizada en esas condiciones; sin embargo, había que tratar de buscar mejoras. Diocleciano reconoció efectivamente el status quo e introdujo un nuevo y detallado sistema fiscal en especie, que se basaba sobre las *capita* («cabezas», de donde procede el impuesto de capitación o *capitatio*) y la tierra (*iugatio*). La tierra de uso agrícola se dividió en unidades conceptuales conocidas como *iuga*, cuyas dimensiones variaban de acuerdo con su productividad. Las *iuga*, que eran unidades fiscales, no deben confundirse con las *iugera*, unidades de área; así, por ejemplo, en Siria, cinco *iugera* de viñedos correspondían a un *iugum*, que podría comprender no obstante hasta cuarenta *iugera* en el caso de que la tierra fuera de escaso rendimiento. El terreno montañoso se valoraba de forma especial de acuerdo con una escala local de productividad; un texto legal posterior describe el proceso:

En el momento de la valoración, había ciertos hombres a quienes se otorgaba autoridad por parte del gobierno; con-

vocaban a los demás moradores de las montañas de otras regiones y les pedían que valorasen cuánta tierra se necesitaba, de acuerdo con su estimación, para producir un modius de trigo o cebada en las montañas. De esta forma valoraban también la tierra sin sembrar, los pastos para animales, así como qué impuestos deberían rendir al fisco (Libro de leyes sirio-romanas , CXXI, FIRA II.796 = Lewis y Reinhold, II.128).

No sólo eso: lo que en realidad debía pagarse idealmente tenía que guardar relación con lo que se producía localmente. El conjunto debía valorarlo un censo regular organizado en períodos quinquenales, conocidos como *indicciones*, a partir del año 287.

Con estos recursos Diocleciano trataba de establecer algo así como un presupuesto regular para el Imperio y ponía algún control a las requisas *ad hoc* que se habían vuelto tan gravosas durante el siglo III. El sistema tenía por objetivo proporcionar a las tropas lo que necesitaban sobre una base regular y fiable. A. H. M. Jones comenta que la gran virtud de este sistema residía en su simplicidad (*LRE*, I, 65). Se trata, sin embargo, de un punto de vista moderno; en las condiciones de finales del siglo III la cantidad de trabajo y organización que se necesitaban para ponerlo en práctica eran completamente desproporcionadas con cualquier empeño anterior, y los mecanismos de control económico eran al tiempo toscos y mal entendidos. En la práctica había grandes variaciones de una provincia a otra, y, aunque se conservan bastantes indicios sobre cómo se llevaron a cabo las reformas, éstos se reparten muy desigualmente. Así, se conoce algo de lo que pasaba en ciertas zonas —Egipto, por ejemplo— y nada, en cambio, de lo que sucedía en otras como España o Britania, por lo que resulta imposible juzgar la efectividad del

sistema con alguna clase de detalle, aunque puede suponerse que las disposiciones de Diocleciano continuaron en vigor. Pero también continuó el pago en efectivo en el ejército, como puede deducirse de los muchos hallazgos de monedas acuñadas, y la misma *annona* a menudo adoptaba la forma de compra obligatoria de bienes de consumo por parte del Estado, en lugar de ser todas transacciones en especie.

Estas eran reformas en la práctica, no de principio: la carga fiscal más importante seguía recayendo sobre aquellos que menos capacidad tenían de soportarla; los principales impuestos continuaban gravando la tierra y la noción de que un elevado status conlleva la exención de ciertos impuestos era una idea que estaba impregnada en la actitud romana hacia el pago de impuestos en cualquier época, aun cuando el Imperio pudiera permitírselo menos que nadie. Diocleciano no intentó introducir el pago de impuestos para senadores o mercaderes, y cuando Constantino lo puso en práctica resultó muy impopular. Que el nivel general de imposición se incrementara realmente de forma sustancial, como se ha sostenido en el pasado, es cosa que puede ponerse en duda; lo que sí muestran los indicios papirológicos es que siguió sorprendentemente estable durante muchos siglos, desde el Alto Imperio hasta el comienzo del Imperio bizantino en Egipto. Esto significa que el efecto neto de las transformaciones de Diocleciano fue mucho menos llamativo de lo que muchas veces se supone. Al carecer de innovaciones tecnológicas, existía un límite natural de la productividad, aun cuando no se hubieran dado factores adversos como el descenso de la población o los daños causados por guerras e invasiones. Con todo, es posible que el nuevo sistema de valoración contribuyera a asegurar una tasa más alta de recuperación del ingreso fiscal conceptual y, en esa medida, resultase de ayu-

da para el Estado (además de impopular); también pudo aumentar, aunque no fuera más que de modo temporal, la proporción de ingresos fiscales en especie en relación con los impuestos recaudados en metálico.

Pero había otros problemas a los que enfrentarse, entre ellos la incesante inflación y la escasez de oro y plata en el Tesoro, que Diocleciano y Constantino trataron de hacer frente exigiendo a los ricos el cambio de metales preciosos por bronce. No contribuyó a mejorar las cosas, empero, el que el gobierno acuñara monedas de bronce a gran escala o, más bien, de baja ley (el contenido en bronce era mínimo) como respuesta al colapso del *denarius* de plata, que se había convertido entonces en una unidad sólo de papel; los precios continuaron subiendo en espiral a lo largo del reinado de Constantino lo mismo que en el de Diocleciano. La más conocida medida adoptada de este último en el terreno monetario fue su intento de fijar los precios máximos por decreto imperial («Edicto de precios», o *Edictum de maximis pretiis*, del año 301). Con su minuciosa atención al detalle, el decreto de Diocleciano proporciona la mayor fuente de información sobre los precios de los bienes corrientes. No podía tener éxito careciendo de un mecanismo adecuado de puesta en práctica y de otro de regulación paralela del suministro y las desproporcionadas penas que estableció ocultan el hecho de que los medios para ponerlo en práctica sencillamente no existían. Críticos hostiles como Lactancio se regocijaron cuando pronto hubo de retirarse:

Este mismo Diocleciano de insaciable avaricia, no quiso nunca vaciar las arcas de sus tesoros, sino que calculó siempre el excedente de riqueza y los fondos destinados a dádivas para poder así mantener completo e intacto lo que almace-naba. Porque, asimismo, debido a sus fechorías provocó que

los precios se elevaran a cimas insólitas, trató de fijar por ley los precios de los bienes puestos a la venta. Se derramó mucha sangre a causa de artículos baratos y menudos, y era tal la alarma general que nadie salía a vender; después, el aumento de precios empeoró considerablemente hasta que, después de que muchos encontraran la muerte, la pura necesidad llevó a revocar la ley (*DMP* 1.5-1).

Los intentos de Diocleciano por controlar los precios se vieron acompañados de medidas igualmente infructuosas para reformar la acuñación de moneda. Fracasó en ambos casos debido a que se impusieron desde arriba sin una comprensión o control suficiente de las condiciones generales que provocaban realmente las dificultades. Lactancio utiliza un vocabulario y refleja una falta de comprensión de la economía (de la «racionalidad económica») que se advierte en todas partes, lo que impuso estrictas limitaciones a la capacidad de los emperadores del siglo IV de gestionar la economía en cualquiera de sus sentidos. Las medidas de Diocleciano rebasaron las de cualquier otro emperador anterior en su percepción imaginativa de lo que era necesario y, en cierta medida, tuvieron continuidad bajo Constantino, pero las referencias modernas a una «economía planificada» o un Estado totalitario confunden lo literal con la realidad. En lugar de ello, deberían leerse las amenazas que los gobernadores provinciales dirigían a los recaudadores de impuestos que no estaban a la altura de sus deberes como un síntoma de impotencia real.

Como consecuencia de sus reformas administrativas Diocleciano puso también los cimientos del sistema burocrático tardorromano, con la intención de conseguir un control gubernamental más estricto de todos los aspectos fiscales, legales y administrativos de la gestión del Imperio. Se puede du-

dar de que el nuevo sistema lograra su objetivo, pero no culpar a su concepción original. En primer lugar, se reorganizaron los gobiernos provinciales; se separó el mando civil y militar y, a partir de entonces, cada una de las provincias contó con un comandante militar (*dux*) y un gobernador civil. Se redujo el tamaño de las provincias y se aumentó enormemente su número: de acuerdo con Lactancio, «para asegurarse de que el terror fuera universal, Diocleciano recortó las provincias en fragmentos» (*DMP* 7.4). En realidad el objetivo consistía en garantizar una mayor eficiencia abreviando la cadena de comunicación y de mando, y disminuir de este modo el poder de los gobernadores provinciales. Las inscripciones muestran que el proceso llevó cierto tiempo; una lista de un manuscrito de Verona, conocido como *Laterculus Veronensis* o Lista de Verona, indica hasta dónde se había llegado poco después de la abdicación de Diocleciano en el año 305. Por ejemplo, Britania tenía ahora cuatro provincias; España, seis y «África», siete; las doce unidades mayores (diócesis) eran gobernadas por «vicarios» (*vicarii*) ecuestres, que representaban a los prefectos pretorianos, aunque hacia el final del reinado de Constantino perdieron su papel militar y se convirtieron en jefes de la administración civil. Muchas de las leyes del Código de Teodosio las dirigían los emperadores a los prefectos pretorianos, que tenían encomendada la tarea de transmitir después la información a los gobernadores provinciales. Los prefectos variaban en número, pero durante buena parte del siglo IV hubo tres y después del año 395 fueron cuatro.

El sistema de gobierno provincial exigía un elevado número de funcionarios para gestionarlo. A ello había que añadir los llamados *palatini*, oficiales financieros de los *largitiones* y la *res privata*, parte del *comitatus* (séquito imperial), además

de los funcionarios eunucos del *sacrum cubiculum* (cámara del emperador), el *quaestorsacrii palatii* (secretario imperial), el *magisterofficiorum* (maestro de oficios), que se creó con Constantino y que controlaba lo que podría llamarse secretariado (los *scrinia*, que comprendían las *epistolae*, la *memoria* y los *libelli*), y probablemente también los agentes *in rebus*, los correos imperiales y los *comes* de los *domestici*, la guardia de palacio; todo, naturalmente, con su personal correspondiente. Este grupo, del que se ofrece un bosquejo simplificado e incompleto, viajaba con el emperador, como el cuño imperial y la comitiva de carros con oro y plata en barras, además del equipaje de todo tipo. Resulta imponente, pero de hecho se había ido desarrollando poco a poco a lo largo de un vasto período, de modo que había una verdadera confusión y duplicación de funciones. A los funcionarios se les consideraban miembros de una *militia* y recibían paga y raciones militares, lo que convertía al servicio imperial en algo muy deseable para los miembros de los ayuntamientos que se veían sometidos a tremendas presiones, sobre todo en la medida en que se veían liberados del gravamen fiscal. El gobierno tardorromano tuvo que idear un equilibrio que garantizase el reclutamiento de personal necesario para el servicio imperial a la vez que se aseguraba de que siguiera existiendo un número suficiente de contribuyentes.

Son muchos los problemas a la hora de comprender el sistema administrativo tardorromano, que mantenía un incómodo equilibrio entre la burocracia y el patrocinio; la cifra de los que participaban en el mismo, y que se encontraban apartados de la base productiva y a los que había, por el contrario, que sustentar («bocas ociosas», por adoptar el término utilizado por A. H. M. Jones), se ha considerado a menudo un factor primordial del decaimiento económico. Estas

cuestiones se discuten con mayor detalle en el capítulo VII; hasta entonces será suficiente con dar a entender que en general el sistema se originó realmente con Diocleciano, conocido más tarde, aunque con frecuencia se le culpa de haber creado una burocracia demasiado onerosa en su cúspide, así como del aumento del ejército hasta alcanzar dimensiones imposibles de sostener para el Imperio.

Muchos de los cambios que se estaban produciendo durante su reinado eran más resultado de una evolución a largo plazo que de iniciativa individual. Con frecuencia se sugiere, por ejemplo, que los senadores fueron excluidos de los puestos de la administración provincial bajo Diocleciano, quien, al igual que muchos otros emperadores del siglo III, había ido ascendiendo en el escalafón del ejército. Pero la evidencia epigráfica muestra que, en conjunto, los senadores nunca fueron excluidos; el hecho de que su número fuera escaso durante este período no era tanto por el prejuicio imperial como por las condiciones descentralizadoras del siglo III, que trastornó el sistema de patrocinio, situó a los comandantes militares progresivamente en primer plano y redujo la importancia del Senado como institución al ubicar el centro de gobierno en otros lugares que no fueran Roma. Después de que el número de provincias aumentara enormemente bajo Diocleciano, eran precisos más gobernadores provinciales suplementarios para gobernarlas, y no sorprende que fueran, en primera instancia, de origen ecuestre; la mayoría de las provincias se colocaron bajo *praesides* ecuestres. Asimismo, la separación del mando civil y militar hizo que se precisara el doble de personal. Pero se seguían utilizando senadores, por ejemplo, como *correctores*, gobernadores regionales de Italia. Se mantuvo la distinción de título y cuando Constantino reintrodujo los gobiernos senatoriales se les denominó

consulares para distinguirlos de los *praesides*, todo lo cual sugiere que estos cambios se producían más por razones de conveniencia y de circunstancia que de principio.

Coincidiendo con el presunto favor a militares de origen humilde, como el mismo emperador, a Diocleciano se le atribuye la transformación del Imperio romano en una especie de «despotismo oriental», importando el ceremonial de la corte y los títulos de la Persia sasánida. Los autores del siglo IV afirman que fue el primer emperador en exigir homenaje en forma de *adoratio*, y en vestir hermosas ropas y vivir en una reclusión oriental; el término *dominus* («señor») se utilizaba libremente junto a otros títulos imperiales más tradicionales (pero que proliferaban) y todo lo referido al emperador debía mencionarse como «sagrado» o «divino». Como en otros casos, esta evolución tenía antecedentes; durante los siglos I y II se había producido un cambio perceptible en el estilo de dominio imperial, conforme la posición de primer ciudadano adoptada por Augusto daba paso a un enfoque más monárquico. Los antecesores inmediatos de Diocleciano, sobre todo Aureliano, habían avanzado en esa dirección y sus presuntas innovaciones deberían contemplarse como la culminación y el reconocimiento de una tendencia ya presente. Los títulos de Jovio y Herculio adoptados por Diocleciano y Maximiano formaban parte de una evolución similar; los emperadores de principios del siglo III ya se habían vinculado en sus monedas a Júpiter, Hércules y Marte sobre todo, y Aureliano invocaba como divino protector al Sol *Invic-tus*, en honor del cual levantó un gran templo en Roma. Sería un error considerar esto mera fachada; con todo, la preocupación por la imagen pública y su presentación formaba parte importante del estilo de la Tetrarquía, y el título divino desempeñaba un papel relevante.

A largo plazo, fue mucho más significativo el fracaso de Diocleciano y los tetrarcas a la hora de invertir el curso de la decadencia de Roma como centro de gobierno imperial. Aunque el Imperio no se hubiera dividido formalmente bajo la Tetrarquía, varias «capitales» fueron evolucionando en diferentes partes del Imperio, sobre todo en Nicomedia, residencia principal de Diocleciano, Serdica (Sofía), Tesalónica, sede principal de Galerio, Sirmio, en Panonia, sede de Licinio, y Tréveris, en Germania, residencia de Constancio Cloro, padre de Constantino. En la práctica, los emperadores de este período se pasaban el tiempo desplazándose de una residencia a otra: otros centros que adquirieron protagonismo fueron Naissus (Nis), Carnuntum, en el Danubio, Milán y Aquileia en Italia. Rara vez, si es que hay alguna, se encuentra Roma en el itinerario imperial. Todos estos viajes, junto a la pluralidad de centros imperiales (el término «capitales» es equívoco), tuvo varias consecuencias importantes. En primer lugar, debilitó la influencia tradicional romana sobre el gobierno y la administración y dio libertad a Diocleciano y a sus colegas y sucesores para introducir sus innovaciones. En segundo lugar, fomentó la construcción imperial y estimuló el desarrollo urbano, pues cada uno de los centros precisaba de ciertos requisitos básicos. Una «capital tetrárquica» típica debía contar como mínimo con un palacio que dispusiera de una sala de audiencia en condiciones y un hipódromo para las apariciones públicas del gobernante, así como para las carreras de cuadrigas; Diocleciano se retiró a Split, en la antigua Yugoslavia, a un palacio construido siguiendo este modelo, y Constantino también lo empleó cuando transformó la ciudad de Bizancio en Constantinopla (año 330). Algunas de estas ciudades eran importantes, sobre todo Nicomedia: allí se proclamó emperador Diocleciano; Constantino permaneció

ció en su juventud en la corte de Diocleciano y Lactancio desempeñó tareas de rétor; también existía una notable iglesia cristiana. Puesto que las leyes se dictaban desde dondequiera que el emperador se encontrara, se puede seguir la pista de los viajes imperiales a partir de las fechas y lugares que se registran en cada ley. Por último, durante el reinado de Diocleciano, cada tetrarca disponía de su propio funcionariado (*comitatus*), su propia corte (*sacrum cubiculum*) y su propia guardia militar, de modo que resulta comprensible que Lactancio se tomase a mal el incremento total de cargos.

El 23 de febrero del 303 la iglesia de Nicomedia fue destruida por una facción oficial al mando de un prefecto pretoriano y, al día siguiente, según relata Eusebio, Diocleciano emitió un edicto que ordenaba la destrucción de las iglesias y la quema de las Escrituras cristianas; los cristianos que ostentaran cargos públicos serían despojados de su rango y los libertos que no se retractaran se verían reducidos a la esclavitud. A éstas siguieron rápidamente otras órdenes, que se pusieron en práctica en Oriente, exigiendo que se encarcelase a los obispos y se les obligara a ofrecer sacrificios a los dioses. Optato, un obispo católico africano de fines del siglo IV, conserva memoria de lo sucedido en Cirta (Numidia), cuando el funcionario local, que era a la vez sacerdote pagano y *curator* de la ciudad, puso en práctica el primer decreto: el obispo y su clero sacaron todo lo que había en la iglesia, que incluía gran cantidad de ropa y calzado de hombres y mujeres, pero el comisario tuvo que acudir a los «lectores» en busca de las Escrituras, haciéndose con una treintena de ejemplares descritos como «libros» y veintidós volúmenes más pequeños (Optato, Apéndice 1; Jones, *History of Rome through the Fifth Century*, n. 174). La persecución se llevó a cabo de manera muy desigual: Maximiano y Constan-

cio Cloro mostraron evidentemente poco entusiasmo por esta política en Occidente, aun cuando se haga caso omiso a la *apología* de este último hecha por Eusebio; pero muchos obispos y miembros del clero fueron encarcelados y torturados o mutilados en Oriente, y el obispo de Nicomedia y otros fueron decapitados. La persecución causó una profunda impresión en los cristianos de la época. El panfleto de Lactancio *Sobre las muertes de los perseguidores* (*De mortibus persecutorum*) se escribió cuando la persecución ya había cesado y Constantino había derrotado a Majencio; la obra es una versión de la historia entonces reciente, destinada a mostrar más allá de cualquier discusión que Dios estaba en verdad del lado de los cristianos y tenía reservados horribles castigos para quienes les habían convertido en objeto de persecución. Poco después del final de las persecuciones, en mayo del año 311, Eusebio (que había logrado salir indemne) escribió un conmovedor relato de lo que había sucedido en su provincia de Palestina, incorporado posteriormente a su *Historia de la Iglesia* como Libro VIII; había visitado a los «confesores» (los que admitían ser cristianos) que habían sido encarcelados en Egipto y vio la ejecución de algunos de ellos. Su amigo y mentor de Cesárea, Panfilio, que sufrió martirio en el año 310, fue uno de los que recibieron su visita, asistiéndole durante su estancia en prisión en la escritura de una defensa de Orígenes, el autor cristiano del siglo III que había construido una gran biblioteca en Cesárea. Se ha señalado que la cifra de quienes sufrieron martirio durante la persecución fue pequeña, pero la memorable narración de Eusebio no deja ninguna duda de la conmoción que experimentaron muchos cristianos de Oriente.

No parece que la persecución fuese muy respaldada; la interrumpió Galerio en el año 311, y Constantino y Licinio de-

clararon la tolerancia de todas las religiones en el llamado «Edicto de Milán» del año 313 (Eusebio, *Historia de la Iglesia* X.5; Lactancio, *DMP* 48). La motivación de la persecución está lejos de quedar clara, aunque las fuentes apuntan con seguridad a la influencia de Galerio. El edicto del año 303 se vio precedido de una purga de cristianos en el ejército, y se dice que provenía a su vez de un incidente en el año 299 cuando los adivinadores que oficiaban un sacrificio imperial no consiguieron encontrar los augurios esperados después de que algunos cristianos allí presentes hicieran la señal de la cruz. Pero cualesquiera que fuesen las razones inmediatas, el intento de controlar creencias y prácticas refractarias se ajustaba muy bien a la ideología de la Tetrarquía. La adopción por parte de Diocleciano y Maximiano de los títulos de Jovio y Herculio formaba parte del énfasis en la sanción moral y religiosa de su autoridad, y cualquier signo de ofensa a los dioses, como lo demuestra simbólicamente la fallida adivinación, se interpretaba como algo extremadamente peligroso para el futuro del Imperio. Exactamente la misma forma de pensar, a la inversa, que se oculta tras la adopción del cristianismo por Constantino; se presentó a sí mismo como obligado por Dios a asegurar el debido culto por todo el Imperio y susceptible de ser personalmente castigado si no lo lograba.

El estilo de gobierno adoptado por Diocleciano y la Tetrarquía fue sin duda severo y autoritario, al menos en teoría. Se impuso una estricta reglamentación social y moral a todos los niveles. Buena parte de la legislación del siglo IV estaba encaminada a impedir que los *coloni* (arrendatarios) abandonaran sus fincas, a mantener a los *decuriones* (miembros de los ayuntamientos) en su lugar de residencia, al garantizar la sucesión hereditaria de comercios y oficios, y se expresaba

en un lenguaje moralizante característico de las leyes tardo-romanas, acompañado de amenazas de terribles penas si se desobedecían las leyes. A primera vista, esta legislación bien puede presentar similitudes con la maquinaria de un Estado totalitario. Posteriormente se volverá sobre ello (véase capítulo VIII); por el momento, basta apuntar que existía un enorme abismo entre la teoría y la práctica y que la motivación más inmediata no era la represión social, sino la suprema necesidad de asegurar ingresos fiscales y la producción, a la vista de la inequívoca debilidad gubernamental. La antigua opinión, mantenida por ejemplo por Jones, según la cual se atribuía a Diocleciano la creación de la institución del «colono» y la sujeción de la población libre a la tierra, ha venido siendo objeto de críticas en años recientes: mucho antes de Diocleciano, los arrendatarios privados de Egipto habían pagado sus impuestos ejerciendo el terrateniente de intermediario, y acaso fuera esta circunstancia la que Diocleciano convirtió en hereditaria, regularizando de este modo una situación ya existente en lugar de imponer otra desconocida. Tampoco introdujo su legislación un sistema nuevo y unificado para todo el Imperio; por contraposición, la investigación actual recalca que la pluralidad regional continuó manteniéndose a pesar de la aparente centralización que a veces dan los códigos legislativos.

El vocabulario moralizante y amenazador de la legislación imperial se convirtió en algo habitual; así se desprende de las páginas de Amiano, que emplea la misma terminología para emitir sus propios juicios. Pero los abundantes indicios disponibles a partir del reinado de Constantino, y sobre todo desde finales del siglo IV, sugieren que, aunque la vida fuese dificultosa, en realidad la estricta reglamentación pregonada por Diocleciano y sus iguales nunca se impuso.

Diocleciano no hizo otra cosa que ser fiel a sus objetivos: abdicó junto a su veterano colega Maximiano el 1 de mayo del año 305, y se retiró a su palacio de Split, negándose a volver a la vida política a partir de entonces. Lactancio, que le deseaba una muerte ejemplar como perseguidor, sostiene que se dejó morir de hambre en el año 311 o 312 (*DMP* 42), pero otras fuentes señalan que vivió hasta más tarde. Diocleciano no tuvo herederos directos y la Tetrarquía apenas sobrevivió a su retiro. Constantino sucedió a su padre Constancio en el año 306, se aseguró su posición como augusto en el 307 por medio de una alianza con Maximiano y pronto se dedicó a preparar la eliminación de sus rivales. Una de sus víctimas fue el mismo Maximiano (en el 310) y luego derrotó al hijo de éste, Majencio, en el año 312. Una vez consolidado como único emperador, Constantino pondría en movimiento grandes transformaciones que han invitado tanto a los historiadores de su época como a los modernos a contraponerlo tajantemente con Diocleciano; pero él mismo era producto de la Tetrarquía y, en muchos sentidos, el heredero de Diocleciano; así, gran parte de las transformaciones sociales, administrativas y económicas ocurridas durante su reinado simplemente llevaron a su lógica conclusión las innovaciones iniciadas por Diocleciano.

IV. EL IMPERIO NUEVO: CONSTANTINO

Constantino se resiente más aún que Diocleciano de los veredictos que han hecho los comentaristas tanto antiguos como modernos. El problema se centra en su apoyo al cristianismo, que cambió de forma fundamental la suerte de la Iglesia cristiana y que bien puede ser responsable de su historia posterior como religión universal. La principal fuente contemporánea, Eusebio de Cesárea, fue autor de una *Historia de la Iglesia*, que se transformó en una glorificación de Constantino, y se convirtió después en un panegirista del Emperador con su *Vida de Constantino*. También Lactancio diferencia netamente al virtuoso Constantino del malvado Diocleciano, aunque, puesto que estaba escribiendo su discurso *Sobre las muertes de los perseguidores* (DMP) en una fecha anterior a la victoria final de Constantino sobre Licinio en el año 324, a Licinio se le permite un rango igual al de Constantino. El relevante *Panegírico latino* concede naturalmente el mayor crédito a Constantino y organiza su material histórico en consecuencia. Para los aspectos seculares del reinado dependemos en buena medida de la *Nueva Historia* de Zósimo, que no sólo está igualmente sesgada (si bien en sentido contrario), sino también ingenuamente distorsiona-

da. Por lo que se refiere a las pruebas documentales, buena parte de la evidencia de la legislación constantiniana está contenida solamente en la *Vida de Constantino* de Eusebio y se presta, por tanto, a ciertas sospechas (véase capítulo II). Por último, aunque las cartas imperiales preservadas sobre la controversia donatista que se conservan en el Apéndice a la historia de Optato se aceptan hoy como auténticas (y de serlo se muestran enormemente reveladoras de la mentalidad de Constantino), hay que recordar que perduraron en un medio católico y representan tan sólo un lado de la controversia.

Por lo que se refiere a los historiadores modernos, igualmente hay que prestar atención a la predilección que muestran de forma patente o encubierta. A veces adoptan una forma muy explícita: como santo de la Iglesia ortodoxa y fundador de Constantinopla, a Constantino se le presenta a menudo directa y favorablemente como fundador de la civilización bizantina: su aportación a su evolución religiosa resulta, así pues, lo más destacado. Otros, sobre todo Jacob Burckhardt, el historiador alemán decimonónico, y Henri Grégoire, especialista académico belga de este siglo, han tratado de denigrar la integridad de Constantino atacando la credibilidad de Eusebio, enfoque que ha provocado la defensa de Constantino y de Eusebio, sobre todo por parte de Norman Baynes en su ensayo *Constantine the Great and the Church of the West*. Habida cuenta de que escribir sobre Constantino entraña optar entre fuentes conflictivas o, por lo menos, adoptar una postura sobre la credibilidad de Eusebio, la principal fuente cristiana, es imposible no verse envuelto en estas controversias. Constantino es una de las figuras más importantes de la Iglesia cristiana; considerando la significación del mismo en nuestra cultura, hasta los estudios apa-

rentemente neutrales tienden a dejar entrever una agenda oculta. Se impone por tanto un enfoque crítico, aunque no necesariamente de índole ultra escéptica.

Para empezar, hay que tomar en cuenta a Constantino en el contexto de la Tetrarquía. Nacido en el año 272 o 273, su padre fue Constancio, otro soldado más de Iliria que ascendió a prefecto pretoriano y César con Maximiano y que se había convertido en Augusto a la abdicación de este último en el año 305. Constantino acompañó a Diocleciano y Galerio en una serie de expediciones militares. La versión constantiniana, que deseaba cargar las tintas sobre Galerio, mantiene que Constantino sólo llegó a eludir eventualmente al suspicaz emperador mediante una argucia, que le permitió huir y hallar a su padre ya en su lecho de muerte; en realidad, se encontró con Constancio cuando estaba a punto de cruzar el canal de La Mancha y le acompañó hasta York, donde a su muerte Constantino fue proclamado Augusto el 25 de julio del 306 por las tropas de su padre. La política y la cronología de los acontecimientos, entre la abdicación conjunta de Diocleciano y Maximiano en el 305 y la derrota de Majencio a manos de Constantino en la batalla del puente Milvio a fines de octubre del 312, son extremadamente confusas y resultan difíciles de establecer, aun cuando las tendenciosas fuentes literarias puedan complementarse con la evidencia de monedas y papiros, además de unas cuantas inscripciones. La propaganda de Constantino comenzó bien pronto: un panegirista anónimo del año 307 le muestra aliándose con Maximiano (que había retornado de su efímera abdicación) cuando contrajo matrimonio con su hija Fausta. El autor termina imaginando que se dirige a Constancio, el difunto padre de Constantino, y que contempla el gozo que siente desde el cielo por que Constantino tenga el mismo pa-

dre adoptado (Maximiano, el Augusto mayor de la línea hercúlea), mientras ahora él y Maximiano comparten al mismo hijo (*Pan. Lat.* VI (7).14).

Aunque Lactancio pretende que ya era procristiano (*DMP* 24), el mismo panegírico saca buen partido de Constantino como herculano, acentuando su derecho a la titularidad divina adoptada por Maximiano. Hacia el año 310, las cosas habían cambiado de modo espectacular: Majencio, hijo de Maximiano, se había apoderado de Roma y el mismo Maximiano, enfrentado tanto con Majencio como con Constantino, se había suicidado después de que este último empuñara las armas en su contra. Se hacía necesaria una nueva justificación de la posición de Constantino, y un panegírico anónimo del año 310 presentó debidamente una novedosa vindicación de su descendencia dinástica del emperador del siglo III, Claudio Gótico, además de acreditarle con una visión simbólica de Apolo:

Viste, Constantino, creo, a tu propio Apolo, acompañado de Victoria, ofrendándote una corona de laurel, que significa tres décadas de gobierno (Pan. Lat. VII (6).21).

En el mismo año, en las monedas de Constantino, Marte fue sustituido por Sol *Invictus*, el dios-sol, con quien se identificaba a Apolo. Este nuevo paso tenía un precedente tetrárquico establecido por Aureliano (270-275), que acuñó monedas que conmemoraban a su inmediato predecesor, el divinizado Claudio Gótico, y así se vinculó él mismo al dios-sol. Constantino reivindicaba su legitimidad sobre la base de la descendencia dinástica con el fin de defenderse de las acusaciones de haber roto la Tetrarquía.

Lo cierto es que la Tetrarquía ya se había disuelto y que Constantino miraba al futuro. En el año 311, Galerio, Augusto oriental, ordenó el cese de la persecución desde su lecho

de muerte y expiró entre grandes dolores, para satisfacción de Lactancio y otros autores cristianos. Maximiano (Maximiano Daia, sobrino de Galerio), que había sido declarado Augusto por parte de sus propias tropas, arrebató Asia Menor a Licinio, que había sido nombrado Augusto en la Conferencia de Carnuntum en el año 308. Constantino tenía ahora que proteger su posición; en el 312 marchó a través de Italia, puso sitio a Segusio, entró en Turín y Milán y tomó Verona. Majencio salió de Roma para enfrentarse a Constantino y éste derrotó a sus tropas en el puente Milvio, sobre el Tíber, el 28 de octubre del año 312. Muchos de los soldados de Majencio se ahogaron en el río y la cabeza de éste fue paseada por Roma en la punta de una pica. Constantino entró triunfante en Roma y se dirigió a los ansiosos senadores, muchos de los cuales habían apoyado a Majencio, y les prometió clemencia. La batalla se representó como una gran derrota de la tiranía a manos de la justicia, tal como se conmemora en Arco de Constantino, que se yergue todavía junto al Coliseo de Roma y que fue erigido en la *decennalia* (décimo aniversario) de Constantino en el año 315. Dedicado en su honor por el Senado, gracias a la inspiración de la divinidad y a la nobleza de su mente, con su ejército vengó a la República mediante una guerra justa y la libró de una vez por todas del tirano y de toda su camarilla.

El Arco está decorado con relieves que representan la campaña y la entrada en Roma: el sitio de Verona, la derrota de Majencio con sus soldados ahogándose en el Tíber, la alocución de Constantino al Senado y la entrega de dádivas.

La derrota de Majencio otorgó a Constantino el control de Occidente. En febrero del año 313, él y Licinio se reunieron en Milán, donde Licinio desposó a la hermana de Constantino, Constancia; algunos meses más tarde, Licinio derrotó a

Maximino, quedando él y Constantino como únicos Augustos, con sede en Oriente y en Occidente respectivamente. Maximino había reanudado la persecución en el año 312 (Eusebio, *Historia Eclesiástica*, IX.9), pero, como en el caso de Galerio, los autores cristianos presumen que ordenó su cese antes de morir (IX.10). El Edicto de Milán (X.5; Lactancio, *DMP* 48), que, confirmó la tolerancia religiosa, es atribuido a menudo únicamente a Constantino, pero se trata en realidad de una carta imperial enviada por Licinio y promulgada por convención en el nombra de ambos.

Por lo tanto, hasta el año 324, en que derrotó finalmente a Licinio en Crisópolis, Constantino no se convirtió en el único emperador. Se produjo un choque preliminar y no definitivo en Cibalas en el año 316, después del cual los dos Augustos remendaron su alianza, declarando Césares a sus tres hijos el 1 de marzo del año 317. Puesto que Lactancio escribió su opúsculo *Sobre las muertes de los perseguidores* antes de la batalla de Cibalas, y dado que Eusebio vivía en Oriente bajo el mandato de Licinio, su cobertura del período es escasa; además, en el relato que hace Eusebio de la campaña del año 324 en la *Vida de Constantino*, las alusiones bíblicas y la retórica tendenciosa ocupan el lugar de los detalles comprobables. En el año 324, retocó apresuradamente su *Historia Eclesiástica*, eliminó o alteró todas las referencias favorables a Licinio que pudo y añadió una breve descripción de la victoria final. En lo que respecta al resto del reinado, la fuente principal es la *Vida de Constantino*, escrita muy posteriormente y sólo terminada tras la muerte de Constantino, descrita en mayo del año 337. El carácter de la *Vida* también cambia al llegar a este punto de la narración: hasta entonces ha seguido, complementada y reconstruida sutilmente, la narración del Libro IX de la *Historia Eclesiástica*, pero a partir

de este momento la obra (que se describe expresamente como retrato de Constantino como emperador cristiano más que como historia completa del reinado) se convierte en depositaria de información de tipo y origen muy variados, todo lo cual necesita análisis cuidadosos y detallados.

Antes de abordar la cuestión de Constantino y el cristianismo hay que subrayar, no obstante, el grado de continuidad entre este período y el anterior. No se dispone de mucha información sobre las medidas políticas seculares; también en este caso la evidencia más disponible corresponde al período entre los años 324 y 327. Como se ha visto, los autores paganos, sobre todo Zósimo (II-34), acusaron a Constantino de haber debilitado las defensas fronterizas desviando tropas para que sirvieran en el ejército de campaña. Está claro que las necesidades militares de los años 306-324 implicaban el desarrollo de sólidas fuerzas móviles, pero esto no resultaba en realidad ninguna innovación. También en otros aspectos, por ejemplo en la idea de una campaña persa que acarició en sus últimos años, Constantino seguía otros precedentes. Continuaba y consolidaba también las disposiciones provinciales y administrativas de Diocleciano, con la significativa modificación de que los prefectos pretorianos perdían ahora sus funciones militares. Las razones para ello, lo mismo que los detalles de este cambio, que no se produjo hasta el final del reinado, han sido muy debatidas; probablemente pueda atribuirse a la asignación de zonas territoriales a los restantes hijos de Constantino y a dos hijos de sus hermanastros en el año 335, pero en cualquier caso se trataba de una ampliación lógica de las reformas de Diocleciano. De forma parecida, el ministro principal del Tesoro, desde ahora *comes sacrarum largitionum* (literalmente «Conde de la Sagrada Largueza») queda atestiguado tan sólo en la última parte del

reinado y probablemente evolucionó de forma parecida *ad hoc*. La inflación continuó bajo Constantino como antes. Sí acuñó una nueva moneda, el *solidus*, cuya ley nunca fue rebajada y continuó regular hasta muy entrado el período bizantino; no obstante, esto no indica ninguna medida económica fundamentalmente nueva sino que tenía a su disposición el oro necesario. Este provenía en parte de los tesoros de los templos paganos, que fueron confiscados, según cuenta Eusebio, pero se derivaba también de las nuevas contribuciones en oro y plata impuestas a los senadores (el *follis*) y mercaderes (el *chrysargyron*, «impuesto de oro y plata»):

No permitió siquiera que escaparan las prostitutas. Como resultado, cuando había de pagarse este impuesto cada cuatro años, se oían llantos y lamentaciones por toda la ciudad, porque se reservaban castigos y torturas a quienes no podían pagar debido a su extrema pobreza. Las madres vendían a sus hijos y los padres prostituían a sus hijas ante el apremio de pagar a los exactores del chrysargyron (Zos. II.38, escrito con posterioridad a la abolición del impuesto en el año 499).

Las últimas reformas del período anterior obraban todavía en el reinado de Constantino, y si daba la impresión de que existía cierta recuperación, sin duda se debió, parcialmente, a que aquellos cambios ahora se hacían sentir de forma gradual. Las guerras de los primeros años de Constantino consolidaron también su poder absoluto, lo que en sí mismo trajo momentos de calma y afianzamiento. De acuerdo con Eusebio (VC IV.I), Constantino amplió en gran medida la orden senatorial al eliminar la obligación de residir en Roma y asistir a las reuniones del Senado. Posteriormente, se fundó un segundo Senado en Constantinopla, que hubo que completar con nuevas designaciones. El papel desempeñado por los

nuevos senadores era, sin embargo, significativamente diferente del de los senadores del Alto Imperio (véase capítulo I). Lo que resulta interesante, a la vista de su eclipse durante el siglo III, es que Constantino empleó a miembros de las grandes familias romanas en su administración: como gobernadores senatoriales (*consulares*), como *correctores*, gobernadores de las provincias italianas, como prefectos de la ciudad de Roma y en los puestos, ya casi honoríficos, de cónsules. Al emular a sus predecesores, estos hombres se enorgullecían en registrar su mandato en inscripciones, aunque los cargos fueran a menudo diferentes. El cónsul del año 337, el de la muerte de Constantino, fue Fabio Ticiano, quien había sido *corrector* de Flaminia y Piceno, *consularis* de Sicilia, procónsul de Asia, *comes primi ordinis* (en el *comitatus* de Constantino) y fue prefecto de la ciudad entre los años 339 y 341 (*ILS*, 1227, véase Barnes, *New Empire*, 109). Uno de los cónsules del 335 fue Ceonio Ruño Albino, hijo de Rufio Volusiano, que había sido a su vez cónsul en los años 311 y 314; el hijo sobrevivió al fatídico año 326 exiliado por Constantino bajo la acusación de magia y adulterio para convertirse en *consularis* de la Campania, procónsul de Achaea y Asia, y cónsul prefecto de la ciudad (Barnes, *New Empire*, 108; para la carrera del padre, véase 100).

Esta evolución desmiente, por cierto, la teoría del alejamiento entre Constantino y el Senado romano. Sería natural suponer que Constantino se rodeara de cristianos, pero pocos de sus nombramientos, al menos para estos puestos, puede demostrarse que correspondieran a cristianos. Una excepción la constituye Ablabio (cos. año 331), un cretense de orígenes humildes que llamó la atención de Constantino, ascendió hasta convertirse en prefecto pretoriano y tuvo el honor de ver a su hija desposada con el hijo del emperador, Cons-

tante (véase Barnes, *New Empire*, 104); pero la mayoría procedía de la nueva aristocracia que surgió en Roma de la confusión del siglo III. El aumento del orden senatorial llevado a cabo por Constantino fue extremadamente importante; proporcionó los cimientos de una ampliación en los dos siglos siguientes, en el curso de los cuales la orden ecuestre terminó por desaparecer. Pero se puede considerar como la satisfacción de una necesidad antes que como un acto deliberado de política social, y no parece tanto una revocación de la política de Diocleciano cuando se reconoce que no se llevó a cabo por un rencor palpable hacia los senadores como tales; y tampoco parece probable que formara parte de un empeño deliberado de Constantino dirigido a conciliar a la aristocracia romana todavía pagana.

La legislación de Constantino continuó las tendencias introducidas por Diocleciano, restringiendo aún más la libertad de movimientos de decuriones y *coloni*. Las cargas financieras que recaían sobre los primeros eran considerables, como se aprecia en las dificultades que tuvo Constantino para aplicar la ley que eximía al clero cristiano de servir en los ayuntamientos (Eusebio, *Historia Eclesiástica* X.7). Sus descontentos conciudadanos, cuyas cargas se veían incrementadas en la misma proporción, siguieron intentando enrolos y hubieron de ser continuamente reprimidos. Irónicamente, el propio Constantino se vio obligado a legislar para controlar el número de personas que acudían en masa a la ordenación para beneficiarse ellos mismos de tales privilegios; se permitió la ordenación sólo en caso de defunción de un clérigo o si se producía una vacante por otras razones. Se prohibió asimismo a los *coloni* abandonar sus tierras; los propietarios que dieron cobijo a dichos fugitivos debían denunciarles y aquellos que lograran recuperar a sus *coloni* debían cargar-

los de cadenas como si fueran esclavos (*CTh.* V. 17. 1, 332 d. de C).

Incluso en la esfera religiosa Constantino seguía a sus predecesores cuando afirmaba encontrarse bajo protección divina; es muy posible que en un principio considerase al Dios cristiano bajo la misma luz que a Apolo y Sol Invicto, como un protector que otorgaría sus favores a cambio de su lealtad. En cualquier caso, continuó poniendo al Sol en sus monedas hasta fecha tan tardía como el 320-321, aunque en su carta del 313, que eximía al clero cristiano de responsabilidades curiales, identifica claramente el mantenimiento del cristianismo con el bien del Imperio, afirmando que, al encontrarse liberado de exigencias fiscales, se verán libres por completo de dedicarse a servir a su propia ley [es decir, al cristianismo] en todo momento. Al prestar así servicio a la divinidad, resulta evidente que harán una enorme aportación al bienestar de la comunidad (Eusebio, *Historia Eclesiástica* X.7).

Aunque dice Lactancio que Constantino antes de la batalla del puente Milvio tuvo un sueño en el que se le ordenó colocar el signo *crismon* sobre los escudos de sus soldados (*DMP* 44), Eusebio, en la *Historia Eclesiástica* (X.9), no menciona ninguna visión parecida y se contenta con asemejar la victoria, y sobre todo el ahogamiento de las tropas de Majencio en el río Tíber, al destino de los carros del Faraón al cruzar el mar Rojo. El panegírico latino del año 313, el más antiguo de nuestros relatos de la batalla, proporciona una interpretación claramente pagana, la cual se reitera y se adorna con una historia de tropas celestiales, enviadas por Constancio para ayudar a Constantino, en un panegírico pronunciado en Roma por Nazario en el año 321. Cuando Eusebio compuso su *Vida de Constantino* incluyó una versión más elaborada y

significativamente diferente de la historia de Lactancio, en la que Constantino había visto una cruz luminosa en el cielo, algunas semanas antes de la batalla y no en el día anterior (I.27f.). Como es evidente se ha producido una mitificación pero, fuera lo que fuese lo que le sucedió a Constantino antes de la batalla, no cabe duda de su compromiso de apoyo a la Iglesia desde el 312 en adelante; al invierno siguiente ya legislaba a favor del clero, y no dudó en tomar partido en disputas internas entre donatistas y el clero católico de África del Norte (véase *infra*), irritándose progresivamente cuando los donatistas se negaron a plegarse. Hacia el año 315 amenazaba con ir al norte de África y colocar en su sitio personalmente a todos los disgregados; sólo la inminente batalla contra Licinio le impidió hacerlo así, y la tozuda insistencia de los donatistas hizo que terminara por desistir del intento.

En Eusebio se encuentra un relato memorable de la posterior costumbre de Constantino de predicar en las reuniones de su corte, a la cual imponía un estricto régimen de oración. El emperador bajaba la voz, apuntaba hacia el cielo y amenazaba a sus oyentes con el juicio divino, diciéndoles que sólo Dios les había colocado tanto a él como a ellos en tan elevada posición. Otro de sus sermones se ha conservado en versión griega, la llamada *Oración de los santos*, y muestra a Constantino avanzando una interpretación cristiana de la cuarta *Égloga* de Virgilio. Pero hasta el leal Eusebio había de admitir que, aunque aplaudieran ruidosamente, sus cortesanos no tomaban muy en cuenta lo que decía (VC IV.29). El hecho de que Constantino no se bautizara hasta que se encontró próximo a morir no encierra duda, puesto que el bautismo se tomaba muy en serio y lo habitual era demorarlo lo más posible, de manera que hubiese menos oportunidades de cometer pecado mortal tras recibirlo. Era un paso crucial pa-

ra un creyente y Eusebio nos cuenta cómo, tras su bautismo, Constantino se negó a llevar la púrpura imperial, vistiendo sólo de blanco (VC IV.62-63).

Con frecuencia se ha argumentado que Constantino apoyó a los cristianos por razones de interés. A primera vista, esto parece improbable, dado que el porcentaje de cristianos en el Imperio en conjunto era todavía minúsculo; empero, parece que el asunto tuvo una carga política en los círculos de la Tetrarquía y el apoyo al cristianismo quizá le ayudara en su guerra de propaganda. Tanto Majencio como Licinio parece que simpatizaron con el cristianismo, y los propagandistas de Constantino tuvieron que esforzarse lo suyo para denigrar a ambos como perseguidores paganos. Una vez comprometido, Constantino no se apartó jamás de su decisión. Esto no significa naturalmente que los trazos de paganismo desapareciesen enseguida, como a Eusebio le gustaría hacer creer. Sólo se cerraron unos cuantos templos y, ya avanzado su reinado, Constantino permitió la construcción de otro nuevo en Italia dedicado a la familia imperial (*ILS* 705, Lewis y Reinhold, n. 180); el sacrificio, sin embargo, no se permitiría, y a ojos cristianos la eucaristía sustituía la necesidad de sacrificios animales. Constantino tampoco se convirtió enseguida en figura de santidad: parece ser que en el año 326 hizo ejecutar a su hijo Crispo, y a esto le sucedió la muerte de su esposa Fausta. Ambos perecieron en circunstancias tan misteriosas que Eusebio omite mencionar el asunto por completo, en tanto que fuentes posteriores tienen dudas respecto a las causas. Los autores paganos mantienen que Constantino se hizo cristiano para ser perdonado por su acción, y el emperador Juliano en sus *Caesares* satíricos le representa dando vueltas en el cielo en busca de un Dios que quisiera perdonarle; sólo Jesús era indulgente. El historiador

cristiano Sozomeno se tomó el trabajo de negar la historia de su conversión tardía, que procedía claramente de la hostilidad pagana.

Es de suponer que el cristianismo de Constantino se demostraría en su legislación social, pero también aquí aparecen dificultades. Si lo que ello entraña es un alivio de penas y una actitud caritativa, ambas se encuentran notoriamente ausentes. La legislación constantiniana sobre cuestiones sexuales se ve marcada por una severidad extrema y recurre a castigos bárbaros o arcanos. A las mujeres se les permitía divorciarse del marido y conservar su dote sólo si éste era un asesino, un adivino o un profanador de tumbas; en otro caso, la mujer perdía la dote y era relegada a una isla por haber presupuesto tal cosa (*CTh.* III.16.I). Si una esclava nodriza ayudaba al secuestro de una muchacha con vistas al matrimonio, debía vertérsele plomo molido por la garganta (*CTh.* IX.24.I). En cambio, no debía marcarse a los esclavos en la nuca, puesto que también ellos habían sido creados a imagen de Dios. Y en una ley discutida con cierto detalle por Eusebio (*VC* IV.26, cf. *CTh.* VIII.16.I, *Cf* VI.23.15), Constantino suprimió las penas que recaían sobre el celibato desde tiempos de Augusto. Eusebio no dudaba de que ello tenía por objeto dar reconocimiento y cobertura legal al celibato y la virginidad cristianos, y cualquiera que fuese la motivación de esta medida, que era probablemente parte de una legislación mucho más amplia sobre el matrimonio y la familia, tuvo desde luego la importancia de permitir y alentar la elección cristiana de una forma de vida ascética, ya fuera individualmente o en comunidades monásticas; esto a su vez tuvo profundas implicaciones en la distribución de riqueza entre las clases altas y la Iglesia.

El solo hecho de tener a un emperador cristiano en el trono no produjo una conversión masiva y la cristianización de la sociedad se produjo lentamente. Pero la persecución de los cristianos ya se había interrumpido y la Iglesia cristiana se veía ahora favorecida. A Constantino le gustaba referirse a sí mismo como «obispo de los que están fuera de la Iglesia», o incluso como el «decimotercer apóstol», una idea subrayada en el plano de su mausoleo en Constantinopla, en donde su tumba se hallaba rodeada de sarcófagos que representaban a cada uno de los doce apóstoles. Su principal aportación al desarrollo de la Iglesia residía, no obstante, en la actitud que adoptó hacia ella como institución; sin darse cuenta, sentó un precedente de suma importancia para las futuras relaciones entre el emperador y la Iglesia y para la evolución de lo que se denomina, con frecuencia de manera equívoca, «cesaropapismo». Esto se muestra de modo claro en sus intervenciones nada vacilantes en disputas eclesiásticas y su convocatoria de concilios eclesiásticos, sobre todo del primer concilio de los llamados "ecuménicos", celebrado en Nicea en el año 325, y en su comunicación con los obispos. Estos últimos eran los políticos de la Iglesia, y a sus ojos, por tanto, los socios naturales del emperador. Aunque dio estudiadas muestras de cómo demorar su dictamen, manteniendo que lo consideraba equivalente al parecer del mismo Cristo, con frecuencia tomaba la iniciativa, y se le atribuye incluso la palabra *homoousios* («de una sola substancia»), definición que se aceptó en Nicea.

Constantino se encontró envuelto en disputas internas en cuanto empezó a legislar a favor del clero cristiano y se hizo evidente que había dos bandos que competían entre sí en Cartago: el ortodoxo, o los católicos, a quienes desafiaban los donatistas, seguidores de cierto Donato, que adoptó una lí-

nea rigorista respecto a la readmisión del clero que se había «retractado», que había abandonado las escrituras en la reciente persecución. Este último apeló al Emperador siguiendo el modelo de las apelaciones en los casos civiles, y Constantino remitió a su vez el asunto a la reunión de los obispos en Roma, y después, cuando los donatistas se negaron a aceptar este dictamen, a un concilio más representativo en Arlés, dando instrucciones a los gobernadores locales para que proporcionaran transporte gratuito a los obispos que asistieran. Constantino no tuvo éxito en sus esfuerzos por resolver la cuestión donatista, que todavía representaba una complicación de primer orden en África del Norte en la época de Agustín, pero sus relaciones sentaron un precedente muy importante.

El Concilio de Nicea del año 325 fue un asunto de mayor envergadura y fue clasificado posteriormente como el primero de los siete concilios ecuménicos reconocidos de la Iglesia (el séptimo y último también se celebró en Nicea en el año 787). No se enfrentaba a un cisma local, sino a un punto esencial de doctrina, la definición de la relación de Dios Hijo con Dios Padre.

Muchos obispos, entre los que se contaba Eusebio de Cesárea, estuvieron de acuerdo con Arrio, un sacerdote de Alejandría, en que el Hijo debe ser secundario con relación al Padre, pero la cuestión se discutió acaloradamente, lo mismo que la fecha exacta de la celebración de Pascua, sobre la que estaban en desacuerdo las iglesias de Antioquía y Alejandría. Por aquel entonces, Constantino ya se había dado cuenta de que la unidad de la Iglesia constituía un requisito previo esencial para el Imperio cristiano (que su panegirista Eusebio encomia como ideal en la *Oración Tricenalia* y en la *Vida de Constantino*) y en años posteriores trató de alcanzarlo. En la

práctica, las cuestiones eran demasiado complejas como para ser susceptibles de una rápida resolución. La conclusión aparentemente triunfante del Concilio de Nicea, en el que Eusebio de Cesárea había tenido que tragarse sus principios y firmar el documento, mientras que otros, entre los que se contaba Arrio, que se negaba a firmarlo, fueron enviados al exilio, produjo un credo que es el que sustancialmente ha mantenido la Iglesia desde entonces; antes de que transcurriera mucho tiempo, Arrio fue rehabilitado y los principales partidarios de Nicea se vieron ellos mismos amenazados. El más importante de todos ellos, Atanasio, se había convertido en obispo de Alejandría sólo durante el año 328, pero había acudido a Nicea como diácono; exiliado en el año 335, iba a sufrir repetidamente el mismo destino en la siguiente generación como oponente activo del arrianismo, al ser los hijos de Constantino simpatizantes arrianos; los escritos polémicos de Atanasio son una fuente de primer orden, si bien ardua, para la controversia.

Puesto que no se conservan registros oficiales del Concilio de Nicea, hay que atenerse al relato de un testigo ocular en la descripción de Eusebio (VC III.7-14). Esto resulta en extremo falso, al minimizar el grado de desacuerdo real y poner todo su énfasis en el espectáculo de la impresionante aparición de Constantino en el Concilio, al que asistieron orientales en su mayoría. Su finalización coincidió con el vigésimo aniversario del ascenso de Constantino al trono, y cuenta Eusebio cómo fueron invitados a cenar todos los obispos con el Emperador, circunstancias éstas cuyo esplendor rebasa toda descripción. Los destacamentos de la guardia personal y otras tropas rodeaban la entrada del palacio con las espadas desenvainadas, y a través de ellos avanzaron sin temor los hombres de Dios hasta lo más recóndito de las estancias im-

periales, en las que se sentaban a la mesa algunos de los acompañantes del Emperador, mientras otros se reclinaban sobre lechos dispuestos a cada lado. Se podría pensar que simbolizaba una imagen del reino de Cristo, más de ensueño que de realidad (III.15).

A Eusebio no le faltaba razón para querer dar gato por liebre sobre lo verdaderamente sucedido en el Concilio, habida cuenta tanto de que el mismo Constantino había cambiado de tono hacia el final de su vida y de su propia y comprometida postura en la época de Nicea; pero la suya es una narración reveladora de por sí como registro de la sorpresa y la emoción que sintieron los obispos, puesto que la mayoría de ellos tenía por vez primera la experiencia de contemplar a un emperador que cedía ante ellos y ponía los asuntos de doctrina cristiana en lo más alto del orden del día imperial. Como comprendió el mismo Eusebio, a obispos como él se les ofrecía una oportunidad sin parangón de ejercer influencia en la corte y hasta sobre el propio emperador. Se atribuye al obispo Osio de Córdoba haber ejercido esa influencia sobre Constantino, y Eusebio mismo pronunció oraciones en la consagración de la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén en el año 335 y en el trigésimo aniversario de Constantino, y pasó algún tiempo en Constantinopla durante el año 335-336.

El precedente que Constantino había establecido en sus relaciones con la Iglesia lo siguieron todos sus sucesores, a excepción de Juliano (361-363), el único emperador pagano posterior. Constantino se embarcó en un programa de construcción de iglesias que hizo evidentes sus prioridades religiosas a los ojos de todo el mundo. Comenzó muy poco después de la derrota de Majencio con una serie de iglesias en Roma, construidas todas ellas en el período que va desde el

año 312 al 325. Por deferencia a los modelos de culto que allí existían, la mayoría se erigieron fuera de las murallas de las ciudades en emplazamientos ligados a la veneración de apóstoles y mártires. Aún sigue en pie el mausoleo de la madre de Constantino, Elena, lo mismo que la iglesia construida tras la muerte de Constantino para su hija Constancia (Sta. Costanza). La gran Basílica de Letrán (que ya no existe) pudo construirse excepcionalmente en el corazón de la ciudad en un solar que pertenecía a la familia imperial.

San Pedro es la mayor de las iglesias de Constantino, construida con enormes dificultades en una ladera de la colina vaticana, en el solar de un antiguo centro de culto a san Pedro. La iglesia se construyó sobre una necrópolis que contenía tanto mausoleos paganos como tumbas cristianas. Excavaciones recientes han mostrado que los constructores fueron extraordinariamente cuidadosos a la hora de mantener el acceso a este cementerio, que puede contemplarse todavía bajo la actual iglesia; es el emplazamiento de un sepulcro muy antiguo, en el que se han encontrado huesos atribuidos a san Pedro. Como otras fundaciones de san Pedro, las iglesias romanas estaban dotadas de generosos ingresos procedentes de determinadas haciendas, que subvenían a su mantenimiento y las necesidades del clero y los servicios que allí habían de celebrarse. También en otros lugares se construyeron iglesias de envergadura, por ejemplo en Antioquía, pero el grupo más importante pertenece a Jerusalén y Tierra Santa y no se inició hasta el año 326.

Eusebio proporciona una detallada descripción del edificio de la iglesia del Santo Sepulcro, que enlazaba el emplazamiento del Calvario con el del Jardín de Getsemaní (VC III.25-40). Desde la Segunda Guerra Judía (año 135), Jerusalén había sido la sede de una colonia romana con el nombre

de Aelia Capitolina, y en el lugar que ocupaba la tumba de Cristo se levantaba un templo pagano. Eusebio cuenta cómo les fue revelada milagrosamente una cueva a los que cavaban, en un lugar que no era otro que el de la Resurrección. Constantino construyó un detallado complejo eclesiástico sobre el terreno, dando órdenes al obispo local sobre el suministro de oro para el tejado y acerca de otros materiales y trabajadores, y la iglesia se consagró con gran solemnidad en el año 335. No se hace ninguna mención en Eusebio de una tradición posterior, atestiguada claramente por vez primera en un sermón de san Ambrosio, y omnipresente desde entonces, que vinculaba la iglesia del Santo Sepulcro con la madre de Constantino, Elena, y sostenía que durante el proceso de construcción ella había encontrado la Vera Cruz. Elena marchó entonces a Tierra Santa y fundó allí otras iglesias, en Belén y en el Monte de los Olivos, lugar de la Ascensión: ambas fueron ricamente dotadas por Constantino, estableciendo de este modo a Jerusalén y Tierra Santa como centros de peregrinaje cristiano y abriendo camino a una considerable prosperidad local que pronto surgió debido al tráfico de peregrinos. Las iglesias constantinianas conocidas se sitúan en lugares centrales de considerable importancia política y religiosa y, aunque no hay indicios de que Constantino fundara otras en ciudades menos notorias, sentaron un patrón simbólico de cómo iban a ser las cosas en adelante, además de proporcionar modelos arquitectónicos a imitar.

La basílica era del tipo general, con un ábside semicircular unido a una edificación rectangular, a menudo con naves laterales; se tomó directamente del estilo de sala de reuniones romana que todavía se utilizaba. El otro *tipoi* era redondo, hexagonal u octogonal, anexo a un sepulcro o *martyrium*, y fue éste el modelo que adoptó Constantino para su propio

mausoleo en Constantinopla, al cual se anexó posteriormente la gran iglesia de los Santos Apóstoles (VC IV.58-60). La construcción imperial era, por supuesto, completamente tradicional, aunque las iglesias no lo fueran y, como otros emperadores antes que él, Constantino deseaba establecer una ciudad que llevara su nombre. Fue ésta Constantinopla, fundada para conmemorar su victoria sobre Licinio en el emplazamiento de la ciudad clásica de Bizancio, que había sufrido enormemente en las guerras civiles de finales del siglo II y que había sido restaurada por Septimio Severo.

Suele afirmarse, aunque equivocadamente, que Constantino, al fundar Constantinopla, trataba de desplazar la capital a Oriente, y es cierto que posteriormente se convirtió en capital del Imperio bizantino. Pero, aunque mantuviera su prestigio, Roma ya había comenzado a ser reemplazada como residencia imperial por ciudades como Tréveris y Milán, y la fundación de Constantino, con su palacio y el hipódromo anejo, tenía la impronta de otra ciudad de la Tetrarquía como las demás. Hasta mucho después, en el curso del siglo IV, no comenzó a desarrollarse hasta llegar a ser la ciudad de medio millón de habitantes en que iba a convertirse en el siglo VI. Desde luego, Constantino desplegó todos sus recursos, adornándola con estatuaria célebre como el Zeus olímpico, la columna de la serpiente de Delfos y la estatua de Atenea Promacos; existía también una gran calle mayor (la *Mesé*) y un foro oval con una estatua suya en lo alto de una columna de pórfido. Le concedió honores especiales como el título de «Nueva Roma», así como un senado propio, aunque los senadores hubieran de denominarse solamente *clari*, en lugar del título habitual de *clarissimi* (Anon. Vales., 6.30). Críticos hostiles como Zósimo le acusaron de mal constructor, así como de despilfarrar toda la riqueza del Imperio en la

nueva ciudad. Eusebio apunta, a su vez, que no se permitió ni una brizna de paganismo dentro de ella, pero no era exactamente la ciudad cristiana que pretende o que los autores modernos suponen a menudo. Su principal monumento cristiano era el mausoleo del mismo Constantino. Puede que la primera iglesia de Santa Sofía la comenzase Constantino, como sugiere una tradición posterior, pero Eusebio no lo afirma, y sorprenden los escasos indicios de la edificación constantiniana de iglesias en la ciudad (Zósimo mantiene incluso que se construyeron dos nuevos templos a Rea y a Fortuna). Pero aunque la tendenciosidad de las primeras fuentes y el confuso embrollo de las posteriores tradiciones sobre Constantinopla hacen extremadamente difícil separar el grano de la paja en lo que respecta a la fundación de Constantino, no hay duda sobre su importancia a largo plazo, como no la hay sobre el apego que le demostró el Emperador: pasó en ella la mayor parte de su tiempo tras su consagración, el 11 de mayo del año 330, hasta su muerte en el año 337. Roma no se vio relegada; como ya se ha visto, los senadores romanos seguirían desempeñando altos cargos en estos años, mostrándose claramente dispuestos a vincularse al régimen por muy cristiano que fuera, aunque ya no residieran allí ni el emperador ni su corte, y esto iba a afectar muy profundamente a su desarrollo en el siglo IV.

A lo largo de su reinado Constantino fue extraordinariamente consciente de su imagen pública. Sus retratos evolucionan con el tiempo desde el deliberado modelo augusteo, adoptado en sus primeras monedas y en la cabeza monumental que se conserva en el Palazzo dei Conservatori de Roma, hasta el retrato idealizado a semejanza de Alejandro, con diadema y mirando al cielo, de sus monedas posteriores. Eusebio interpretó de modo ingenuo o insincero la mirada

hacia arriba como si demostrase piedad cristiana (VC IV.72), aunque se trata en realidad de un tipo de retrato de gobernantes con una larga historia clásica. Sin duda sobrepasó la intención de su héroe. Deseando afirmar la continuidad de la influencia de Constantino a lo largo del reinado de sus hijos, Eusebio rechaza la comparación del Emperador con el legendario Fénix, símbolo de renacimiento y renovación, aplicable sólo a Cristo (VC IV.72), y pone de relieve el esplendor de su entierro cristiano (IV.70-71). Pero las cosas eran más ambiguas de lo que Eusebio sugiere. También describe la acuñación que se realizó en memoria de Constantino, que se inspiraba en la imaginería tradicional utilizada para la *consecratio* de un emperador romano pagano (IV.73).

No se dispone de la parte referida a Constantino en la historia de Amiano, interesante porque, como partidario de Juliano, quien había sufrido a manos de los hijos de Constantino, tenía particulares razones para mostrar hostilidad hacia Constantino. El pagano Eunapio, que escribió su historia, como Amiano, tras la desastrosa derrota romana de Adrianópolis en el año 378, culpó a Constantino del declive de Roma, visión que Zósimo tomó de él. Más difícil resulta discernir las reacciones paganas hacia Constantino durante la vida de éste, pues las fuentes de la época están representadas por Eusebio, notablemente partidista. Sin embargo, parece que no se produjeron grandes protestas por parte de la población pagana, y puede que las acciones de Constantino fueran más ambiguas de lo que deja entrever Eusebio. Esa ambigüedad no existía en lo que se refiere a la filiación de sus hijos, sobre todo de Constancio II, sobre quien escribe Amiano:

La llana y sencilla religión de los cristianos fue complicada por Constancio con fantasías de viejas [...]; el transporte público llevaba a toda prisa a un tropel de obispos de aquí

para allá para asistir a lo que llaman sínodos y, con sus intentos de imponer conformidad, sólo consiguió Constancio paralizar el servicio de correos (XXI.6).

Al observar las primeras fases de esta evolución y contemplar las nuevas iglesias imperiales en construcción, muchos súbditos paganos de Constantino tuvieron que compartir la exasperación de Amiano.

V. IGLESIA Y ESTADO. EL LEGADO DE CONSTANTINO

Es difícil que Constantino previera las consecuencias a largo plazo de los pasos que dio en relación con la Iglesia cristiana durante los meses de invierno del 312-313. La exención del clero de las obligaciones curiales habría parecido muy en consonancia con la tradición de conceder privilegios imperiales a grupos favorecidos, entre los que se contaban los sacerdotes paganos; Constantino no podía saber que los cristianos mismos estaban divididos respecto a la legitimidad de parte de su clero, o que los seguidores de Donato serían tan tozudos como para resistirse a las opiniones que había expresado claramente. Su correspondencia en torno a la controversia donatista por espacio de casi una década le muestra pasando de la sorpresa y la inquietud iniciales a la indignación y la incredulidad y después a una apenada resignación; la última de sus cartas en la recopilación de Optato data del año 330, y contiene un elaborado e infructuoso intento de persuadir a los decepcionados católicos del norte de África de que sean pacientes, no esperen una solución imperial y dejen el asunto al juicio de Dios. El cisma donatista nortea-

fricano continuó a lo largo de todo el siglo IV y constituía todavía una fractura de envergadura en la Iglesia africana en la época de Agustín, cuando se pusieron en práctica varias medidas represivas por parte del Consejo de Cartago en el año 411. La táctica de Constantino de mezclar la diplomacia con las amenazas no había conseguido nada y había probado un sorbo amargo de las dificultades que sus sucesores iban a experimentar al tratar de resolver las divisiones dentro del Cristianismo.

Las relaciones de Constantino con los donatistas resultan de particular importancia porque muestran el procedimiento adoptado hacia la Iglesia, ya familiar en las transacciones imperiales con descontentos provincianos o en litigios particulares. Los donatistas, por su parte, apelaron al emperador de acuerdo con el procedimiento de rigor en los asuntos seculares, y Constantino no dudó en implicarse de un modo oficial en ello. En el curso de este episodio fue cuando sentó el precedente crucial de tratar de resolver la cuestión por medio de la convocatoria de un concilio de obispos. La primera de dichas reuniones, en el año 313, bajo los auspicios del obispo de Roma, pudo ponerse fácilmente en tela de juicio con el argumento de que no resultaba en absoluto representativa. El Concilio de Arlés, que le siguió en el año 314, estuvo mucho mejor organizado y se realizaron grandes esfuerzos para garantizar la asistencia más numerosa posible poniendo a disposición de los obispos el sistema imperial de postas (el sistema de caminos con postas regulares de parada utilizado para asuntos de gobierno mediante órdenes dictadas a los gobernadores provinciales); todavía se conserva la carta enviada al vicario de África en relación con este particular. No se ha podido atestiguar directamente si Constantino asistió a este concilio, pero se ha deducido de la misiva

oficial del emperador a los obispos asistentes al concilio (una práctica que se seguía aun cuando el emperador hubiera estado presente en persona). Este concilio rechazó los argumentos donatistas, a raíz de lo cual los donatistas apelaron en contra de sus dictados. El de Arlés fue un concilio occidental, convocado con el objeto de tratar una cuestión que se suscitaba únicamente en los dominios de Constantino; así pues, no se cuenta entre los llamados concilios «ecuménicos», que se tenían por vinculantes para toda la Iglesia. Tras éste habrían de sucederse muchos otros concilios locales o «sínodos», por usar el término griego, pero se distinguió de la mayoría, por ejemplo del celebrado en Elvira (España), convocado por orden del emperador; señala, por tanto, la entrada de Constantino en los asuntos eclesiásticos en funciones más o menos oficiales.

Por crucial que fuera a resultar, el término «cesaropapismo» se utiliza a menudo para denotar el control imperial de la Iglesia, que en la bibliografía moderna se hace remontar a menudo a Constantino. En realidad, la cosa no está ni mucho menos tan clara: la situación dependía de la personalidad del emperador en cuestión, así como de la identidad de quienes encabezaban la Iglesia en un momento dado. El emperador no controlaba la Iglesia legal o constitucionalmente en modo alguno, ni tampoco constituía su cabeza; ni siquiera durante el período bizantino nombraba al patriarca de Constantinopla, y los emperadores bizantinos que adoptaron una línea impopular en cuestiones concretas llegaron a encontrarse con la vigorosa oposición de la jerarquía eclesiástica. Por ende, en el siglo IV, mientras se reconocía el derecho de Roma a su decanato por antigüedad, la Iglesia quedó dividida en sedes que eran tradicionalmente rivales. El Papado, tal como lo conocemos posteriormente, fue una creación de la Edad

Media, sobre todo de la época de Gregorio Magno (590-604), mientras que en Oriente los obispados de Constantinopla y Jerusalén llegaron a rivalizar con Antioquía y Alejandría sólo como resultado del patronazgo de Constantino sobre ambas ciudades. Desde luego, la prioridad de los arzobispos de Jerusalén no fue bien recibida en Cesárea, la sede metropolitana existente en Palestina, y su rivalidad resulta muy evidente durante el período del poderoso obispo Cirilo de Jerusalén (c. 349-386).

El Concilio de Nicea del año 325 supuso un antes y un después. Por primera vez se hizo un intento de reunir a todos los obispos y quedó claro que los resultados del concilio debían considerarse universalmente vinculantes. El papel de Constantino fue ambiguo: asistió a todas las sesiones y su apariencia imperial causó gran impresión a la mayoría de los obispos, como es natural, pero tuvo buen cuidado de acatar su veredicto. Aunque dejó claro qué fórmula era su favorita, evidentemente deseaba que la decisión final se tomara por mayoría, y preferiblemente por unanimidad. No llegó a conseguirlo del todo: los pocos que se resistieron fueron enviados al exilio, una condena imperial antes que eclesiástica. Pero la posición que adoptó Constantino dejaba un flanco abierto a la presión de los obispos influyentes, y ¿cómo iba a encontrar el emperador su camino en ese laberinto? Además, aunque no quedan dudas sobre el sentido de la misión de Constantino, la imagen que tenemos de él se la debemos en buena medida a Eusebio de Cesárea, que se mostró proclive a promover la idea de una estrecha relación entre el emperador y la Iglesia.

Por lo menos el donatismo estaba geográficamente limitado y resultaba teóricamente contenible. No podía decirse lo mismo del arrianismo, término que enmascara un fenómeno

bastante más complejo y difícil, destinado a provocar problemas de importancia a lo largo de un período mucho más prolongado. Al contrario que el donatismo, que es propiamente un «cisma», lo que entraña división pero no diferencia doctrinal, el «arrianismo» tenía el rango de «herejía», de credo errado. Paradójicamente, el Concilio de Nicea, por medio del cual trató Constantino de resolver lo que tal vez considerase diferencias menores, inició en la práctica un proceso de intento de definición de lo que constituía el credo correcto que iba a provocar incontables problemas y a inquietar a la Iglesia y al Estado durante siglos. La palabra griega *hairesis* («elección») había sido en origen enteramente neutral, con el significado simple de conjunto de creencias o prácticas. Ahora, sin embargo, las «herejías», creencias desviadas, se catalogaban y demonologizaban, a medida que la Iglesia adoptó un papel de creciente autoridad en la definición de lo que debía considerarse correcto. Atrapados en esta situación, los emperadores tenían la tarea de reconciliar a las partes en liza.

Resulta esencial darse cuenta del papel central que desempeñaron estas disputas en la historia del siglo IV. Cuando en torno al año 375, el obispo de Chipre, Epifanio de Salamis, compuso una obra conocida como el *Panarion* (*Botiquín*), un repositorio de argumentaciones (es decir, de antídotos) contra 80 *hairesis* diferentes, incluyó a «sectas» tales como estoicos, judíos y «helenos» (paganos), así como «herejías» en sentido estricto, como melicianos, semiarrianos y marcelianos. Las controversias de los siglos IV y V fueron principalmente de carácter cristológico, es decir, se centraron en el intento de definir la naturaleza exacta de Cristo en relación a Dios, por un lado, y con la Humanidad por otro. El «arrianismo», un fenómeno mucho más amplio de lo que podría su-

gerir su vinculación al nombre de Alejandro Arrio, abrazó vagamente las creencias de un espectro muy amplio de cristianos que no estaban del todo seguros de que las tres «personas» de la Trinidad —Padre, Hijo y Espíritu Santo— fueran exactamente iguales. El término *homoousios* (consustancial) adoptado en el Credo de Nicea (declaración de fe) era parte de un intento de acuerdo en una fórmula que pudiera expresar esta relación, de forma parecida a la redacción de la declaración última de un comité de hoy, y consiguió un asentimiento mayoritario. Pero aunque nunca se retiró el Credo de Nicea, las cosas no resultaron así de sencillas.

Constantino había juzgado mal el alcance del desacuerdo y había confundido un acuerdo temporal con una unión duradera. En unos cuantos años retornaron Arrio y los demás exiliados; el mismo Constantino fue bautizado en el año 337 por el obispo arriano Eusebio de Nicomedia. Su hijo, Constantino II, cuyos hermanos Constantino II y Constante fueron asesinados en los años 340 y 350 respectivamente, que fue único emperador desde el año 350 al 361, mostró simpatía por el arrianismo. La defensa de Nicea y la oposición al arrianismo la dirigió en Oriente sobre todo Atanasio (muerto en el 373), obispo de Alejandría desde el año 328 y autor, entre muchas otras obras, de *De Incarnatione*, uno de los grandes escritos de la teología trinitaria. Atanasio pasó varios períodos huyendo o en el exilio: primero en el año 335, después del Concilio de Tiro; luego, en el 339, 346 y 362 (bajo el emperador pagano Juliano) y, finalmente, en el año 365. Se trataba evidentemente de persona difícil y pendenciera, pero sin miedo, no obstante, a desafiar al Estado en la persona del emperador; una historia típica de los comienzos de su carrera es cómo se apostó frente al caballo de Constantino y le pidió audiencia. Sus *Cartas festales* (escritas a su clero en Egipto

to), que se han conservado en siriaco, constituyen también una de las fuentes principales de la cronología de la primera controversia arriana. Una figura comparable del Occidente cristiano fue el arzobispo Hilario de Poitiers (muerto en el año 367), también exiliado durante cuatro años por Constancio II en el año 356, y autor de una larga obra antiarriana, *De Trinitate*, y otra sobre los sínodos. Como resultado de la energía de estos dos obispos en particular, el «partido» de los de Nicea extendió su arsenal teológico y su influencia política, y un concilio convocado por Teodosio I, al que asistieron doscientos obispos orientales en Constantinopla en el año 381, condenó formalmente el arrianismo. Sin embargo, esto no entrañó en modo alguno que la gente cambiara de punto de vista, ni que el arrianismo dejara de ser un problema: fue asunto de primera importancia en la Constantinopla de principios del siglo V, mientras que el hecho de que diversos invasores bárbaros, a medida que se convertían en cristianos lo hicieran al arrianismo y no al cristianismo ortodoxo supuso un problema a largo plazo para la población romana de las provincias occidentales. Pero, aun cuando no fuera del todo representativo, el Concilio de Constantinopla se reconoció como ecuménico y la posibilidad real de que el arrianismo pudiera convertirse en la versión oficial y permanente del cristianismo con apoyo imperial finalmente se evitó.

Uno de los rasgos sorprendentes del siglo IV medio o tardío lo constituye la elevación pública de los obispos. Constantino se encontró con una Iglesia ya organizada como jerarquía episcopal y que disponía de una poderosa red de comunicaciones. Con el patrocinio imperial de la Iglesia y el tono deferente adoptado hacia los obispos por parte de Constantino y sus sucesores —al menos hacia aquellos a

quienes aprobaban—, los obispos adquirieron a su vez derecho de entrada en la vida pública y a veces en la política. Esta tendencia se vio además ayudada por la creciente riqueza de la Iglesia, a la que mediante una ley de Constantino se facultó oficialmente para heredar propiedades. Un obispo local podía encontrarse así controlando una riqueza eclesiástica considerable y desempeñando el papel de patrón urbano. Hacia finales del siglo IV y comienzos del V, obispos como Ambrosio de Milán o Paulino de Nola iban construyendo sus respectivos complejos eclesiásticos y habían adoptado una posición completa en la comunidad local. No hacía falta siquiera ser obispo para poder adquirir esa posición de influencia: uno de los ejemplos mejor conocidos es el que proporciona Juan Crisóstomo («Boca de oro»), cuya predicación como presbítero en el año 380 hizo de imán para la población cristiana. Puesto que el rétor pagano Libanio enseñaba y practicaba la oratoria en la ciudad en el mismo período, se puede comparar en ciertos casos sus respectivas oraciones sobre un mismo acontecimiento, como sucede con el célebre asunto de las estatuas del año 387, cuando las estatuas imperiales fueron derribadas por una multitud airada, encolerizada por el aumento de los impuestos y el temor a la invasión de los bárbaros, y el anciano obispo Flaviano se dirigió apresuradamente a Constantinopla para tratar de ablandar la ira que podía esperarse del emperador Teodosio. Crisóstomo se convirtió en obispo de Constantinopla en el año 397, donde también cautivó a su congregación, hasta que en el año 403 se enfrentó a la emperatriz Eudoxia y fue enviado al exilio; luego de un breve retorno fue otra vez depuesto, debido nuevamente, en parte, a la instigación de la emperatriz, a quien había denunciado imprudentemente como Jezabel en un sermón.

Estos obispos eran hombres de estudios y la mayoría poseía una concienzuda educación secular. Sus sermones, pronunciados en grandes acontecimientos públicos, como el funeral de un emperador, eran modelos de oratoria clásica. Ambrosio de Milán era un ejecutante estrella en latín, lo mismo que Gregorio Nacianceno en griego, mientras que Agustín se había formado en la retórica latina en Cartago y había trabajado como preceptor en Roma antes de su conversión en Milán en el año 386. Esta habilidad en un terreno público tradicional contribuyó a la reputación de dichos hombres y pudo otorgarles una masa sustancial de seguidores. Ambrosio era hijo de un prefecto pretoriano y él mismo había sido gobernador provincial en el norte de Italia antes de ser nombrado para el obispado de Milán a petición pública en el año 374, momento en el cual no es que todavía fuera simplemente un laico, sino que ni siquiera estaba bautizado. Tales ascensos no eran infrecuentes: también Agustín fue ordenado en la ciudad norteafricana de Hipona a petición popular en el año 391 y se convirtió en obispo en el 395, y a veces era juicioso para un cristiano distinguido mantenerse alejado de ciertas congregaciones si no deseaba verse elegido de este modo. La carrera anterior de Ambrosio le había implicado en todas las ramificaciones del patronazgo tardorromano, y se conserva una serie de cartas de referencia, que le dirigió el destacado senador pagano Simaco, pidiéndole favores para varias amistades. Como obispo, sus relaciones con sus colegas no eran diferentes de las que había tenido en su vida secular. Su autoridad se extendía a otros obispos y clero del norte de Italia, sobre quienes dejó sentir su influencia en sus relaciones con las comunidades paganas y cristianas, y llegó a ejercer una influencia considerable sobre los emperadores Graciano y Teodosio I, llegando a presionarles para

que adoptaran una política más agresivamente cristiana en sus relaciones con el Senado romano. Cuando en el año 382, por influencia de Ambrosio, ordenó Graciano que se retirase el altar de la Victoria de la sede senatorial, el propio Simaco formó parte de una delegación de protesta que se dirigió al emperador, y en el año 384 envió sus célebres *Relationes*, que constituyen una petición para que fuera devuelto a su lugar, al nuevo y joven emperador Valentiniano II. Alarmado, Ambrosio le recordó a Valentiniano su deber en una carta:

Puesto que, cristianísimo emperador, deberíais dar testimonio de vuestra fe en el Dios verdadero, a más de entusiasmo por dicha fe, atención y devoción, me sorprende que algunas personas hayan llegado a albergar esperanzas de que pudierais restituir mediante edicto imperial sus altares a los dioses paganos y proveer además de fondos para la celebración de sacrificios paganos (Ambrosio, Ep . XVII.3).

El papel público de los obispos resultó crucial para fomentar la aceptación del cristianismo en los escalones más elevados de la sociedad. Eso no les impidió tomar parte plenamente en las controversias teológicas, más técnicas, de la época, ni escribir sobre temas doctrinales más restringidos. Pero las divisiones no siempre seguían líneas religiosas: el filósofo y rétor pagano Temistio, por ejemplo, sirvió como panegirista a una sucesión de emperadores cristianos desde Constancio II en adelante, y perdió su favor —lo cual es quizás sorprendente— precisamente durante el reinado del pagano Juliano. Parecía que las lealtades personales podían ser más importantes que la confesión religiosa. Amiano Marcelino, pagano, es otro caso de alguien que parece haber sido relativamente indiferente en materia de religión, capaz de ser igualmente cáustico con paganos y cristianos. La única crítica que dirigió al emperador Juliano se debió al intento

de éste de excluir a los cristianos de la enseñanza, y por tanto de su capacidad de influir en los jóvenes, una ley que Amiano consideró cruel y opresiva (XXV. 4), pero el aristócrata cristiano Petronio Probo es el destinatario último de uno de sus ataques más mordaces (XXVII. 11); de forma parecida, el emperador cristiano Valentiniano I (muerto en el año 375), acusado por Amiano de toda suerte imaginable de codicia, crueldad y celos, es alabado sin embargo por su tolerancia religiosa (XXX.8-9).

Todos los emperadores del siglo IV apoyaron a la cristianidad, con la única excepción de Juliano (361-363), que trató de apuntalar una alternativa pagana (véase capítulo VI), y su patronazgo constituyó sin duda un factor primordial en el crecimiento de la Iglesia. Contrariamente a lo que pudiera esperarse, los intentos de poner fuera de la ley o perseguir el paganismo fueron la excepción antes que la regla. El mismo Constantino, dice Eusebio, promulgó una ley prohibiendo los sacrificios y, si bien no se ha conservado la ley, una ley semejante de Constancio alude a ello:

Cese la superstición. Sea exterminada la locura de los sacrificios, pues si alguien se atreviere a celebrar sacrificios violando la ley de nuestro padre, emperador divinizado, y este decreto de Nuestra Clemencia, se le infligirá inmediatamente una pena y un castigo apropiados (CTh . XVI.10.2, año 341).

Sin embargo, se permitió de forma explícita que continuara el culto pagano y se construyó un nuevo templo en Hispellum, en Italia, en honor de la familia real, a finales del reinado de Constantino. Los sacrificios no se interrumpieron y una ley promulgada por Teodosio, Arcadio y Honorio todavía trataba de prohibirlos allá por el año 392 (CTh. XVI.10.12). Salvo en muy reducidos casos, en los que había

prácticas de cultos objetables para los cristianos, los templos siguieron abiertos la mayor parte del tiempo. Parece dudoso que Constantino los despojara de sus tesoros en la medida que afirma Eusebio, y las quejas de Libanio sobre su dilapidado estado en su discurso *Sobre los templos (Pro Templis)*, de finales de la década del 380, pertenece a un período en el que los paganos se encontraban a la defensiva. Después de un intento de usurpación por parte de un simpatizante pagano, Magnencio, Constancio II promulgó una serie de medidas contra los paganos a finales del año 353 y en el 354, e hizo retirar el altar de la Victoria de la sede senatorial durante su célebre visita a Roma en el año 357 (se repuso probablemente en el reinado de Juliano). Sin embargo, como sucede a menudo, leyes que parecían despiadadas podían tener poca efectividad en la práctica. La legislación despertaba temores y animosidades, pero no puso fin al paganismo. Incluso a principios del siglo VI las familias de clase alta de Afrodisias, en Caria, eran todavía paganas, y se tiene testimonio de la existencia de paganos entre las clases ilustradas de Heliópolis, en Siria, a fines del siglo VI. En el campo, por supuesto, los cultos paganos continuaron por doquier, aislados del cristianismo o junto a éste. El fracaso de los intentos de restauración del paganismo por parte de Juliano no significa que el paganismo estuviera en absoluto muerto; eran más bien las ideas de Juliano las que no estaban en consonancia con la práctica general.

Pero el siglo IV tardío fue testigo de ataques cristianos mucho más resueltos, lo que provocó violentas escenas, por ejemplo, en Alejandría, en donde en el año 392 el obispo local organizó el asedio y la destrucción del famoso Serapeion, templo del dios egipcio Serapis. No mucho antes, en el 386, el obispo Marcelo había utilizado soldados para llevar a cabo

la destrucción del gran templo de Zeus en Apamea, en Siria. Ambos episodios deben encuadrarse en el contexto de las actitudes violentamente antipaganas de Cinegio, prefecto pretoriano de Oriente en aquella época, y del mismo emperador Teodosio I (379-395). El primero clausuró templos en Egipto en el año 384 y el segundo, después de un período de moderación, aprobó dos edictos contra los sacrificios y cultos paganos en febrero y julio del año 391 (*CTh.* XVI. 10.10-11). Su aparente cambio de política puede que tuviera que ver con la humillación que había sufrido hacía poco a manos de Ambrosio, que le había negado la comunión después de que el emperador ordenara una masacre de la población reunida en el circo de Tesalónica tras una revuelta, y sólo le readmitió a tiempo para la Navidad del año 390. Cualquiera que fuese la razón, la legislación y, sobre todo, la destrucción del gran Serapeion, descrito por Amiano «junto al Capitolio [...] el edificio de mayor magnificencia de todo el orbe» (XXII. 16), provocó fuertes sentimientos encontrados. Al año siguiente se alzó una rebelión contra Teodosio dirigida por un oscuro maestro de retórica llamado Eugenio quien, aunque era cristiano, atrajo de forma natural a destacados paganos, sobre todo a Virio Nicómaco Flaviano, que era, junto a Simaco, uno de los miembros rectores de la aristocracia pagana de Roma. Asimismo, en noviembre del año 392, Teodosio promulgó un decreto que trataba de hacer avanzar la prohibición del culto pagano (*CTh.*XVI.10.12). Ni siquiera entonces se aplicaba de forma completa o universal la prohibición; sin embargo, la causa pagana quedó definitivamente desacreditada al ser derrotado Eugenio y suicidarse Flaviano en el 394. Los historiadores cristianos interpretaron, como es comprensible, la batalla final del río Frigidus (hoy Wippach), entre Sirmio y Aquileia, como un juicio divino sobre los paganos:

Acaso a los paganos les resulte difícil creer qué sucedió; pues se descubrió que, tras la plegaria que el Emperador dirigió a Dios, se levantó un viento tan furioso que volvió las armas del enemigo contra quienes las lanzaban. Y viendo que el viento persistía con gran fuerza y todos los proyectiles del enemigo quedaban desbaratados, cejó su ánimo o, mejor dicho, fue quebrantado por el poder divino (Rufino, HE XI.33).

Se rescindieron las subvenciones a los sacerdotes y al culto paganos y los años siguientes fueron testigos de la destrucción de templos así como de violentos choques entre paganos y cristianos en una serie de provincias. Algunos obispos cristianos, entre quienes se encontraban Juan Crisóstomo y Agustín, sacaron todo el partido posible a la situación para incitar o, por lo menos, recomendar la violencia a los cristianos; el emperador de Oriente, Arcadio, que con su hermano Honorio sucedió a su padre Teodosio en el año 395, se encontró tratando de refrenar estas acciones de la multitud. A menudo se destacaban grupos de monjes (véase capítulo VIII) entre los cristianos que atacaban templos o estatuas paganas, y la hostilidad que hacia ellos muestra una serie de autores paganos apenas si resulta sorprendente.

En el mismo período podemos observar también signos de creciente hostilidad cristiana hacia los judíos, que se expresaban no sólo en la predicación cristiana, especialmente en la de Juan Crisóstomo, sino también en la legislación. El judaísmo no era objeto de prohibición en sí mismo; en realidad, los emperadores cristianos legislaron para impedir que los cristianos atacaran las sinagogas (*CTh.* XVI.8.9, año 393; XVI.8.2, año 423). Pero los cristianos que se convertían al judaísmo perdían sus propiedades, mientras que se prohibía a los judíos acceder al servicio imperial, ejercer como aboga-

dos y, en el año 438, todos los *honores* y *dignitates*. La extensa comunidad judía de Judea, asentada en Galilea, era dirigida por el patriarca judío y se conserva una correspondencia considerable entre Libanio y quien ostentaba el puesto en aquella época. Existían prósperas y amplias comunidades judías en muchas ciudades a lo largo del Imperio, de las cuales Antioquía y Apamea son buenos ejemplos. Medidas como las prescritas en la legislación del siglo IV no eran equivalentes a una persecución a gran escala. Las homilías de Juan Crisóstomo contra los judíos revelan una situación en la que de hecho muchos cristianos parecen haberse visto atraídos por el culto judío. Pero los sermones, además de otras referencias de la literatura cristiana, dan testimonio de la creciente intolerancia de la Iglesia y de su deseo de poner fin a esa mezcla entre comunidades.

Durante el siglo IV el proceso de cristianización fue mucho más lento y desigual de lo que a veces se imagina. Es difícil decir que el Cristianismo no se hubiera convertido en religión dominante de no haber mediado el apoyo imperial, pero la mano imperial produjo varios efectos directos: acabar con la persecución, otorgar ciertos privilegios legales y económicos a la Iglesia que alteraron enormemente su posición dentro del Imperio, y permitir que se desarrollara hasta convertirse en una institución poderosa y opulenta. Por añadidura, el favor imperial dio a los cristianos una presencia pública y un papel en los asuntos políticos y públicos. Dependiendo de la personalidad del emperador del momento, determinados cristianos podían verse promovidos a puestos elevados de responsabilidad, como le sucedió a Ablabio, un desconocido cretense, con Constantino, aunque esto probablemente sucediera con poca frecuencia. A principios del siglo V, y desde luego bajo Teodosio II (emperador oriental en-

tre los años 408-450), la corte misma no era simplemente cristiana, sino que estaba bien abierta a la influencia de monjes, ascetas y obispos. La hermana mayor del emperador, Pulqueria, que se convirtió en augusta a la edad de dieciséis años y actuó durante algún tiempo como regente de su hermano, fue piadosa en extremo y se dedicó tan fervorosamente a la vida religiosa que se dice que la corte debió de parecerse a un convento. Sin embargo, aunque los emperadores cristianos emitieron repetidas disposiciones contra el culto pagano y se demolieron algunos de sus templos o se transformaron en iglesias, sobre todo a partir de principios del siglo V, los decretos imperiales tenían por sí solos un efecto limitado. La cristianización del pueblo en general siguió adelante por una serie de causas, entre las cuales la influencia imperial proporcionaba sólo el marco. Más inmediatos fueron los efectos de las técnicas de conversión activa (bien documentadas en los escritos de Agustín y Ambrosio), el poder del ejemplo, la experiencia individual y la repercusión práctica de la erección de iglesias y la caridad cristiana sobre las comunidades locales. Como es natural, pasó algún tiempo antes de que fueran visibles sus efectos a gran escala o se empezara a hablar de una sociedad cristiana (véanse capítulos VIII y IX).

Parte de la explicación de las tensiones entre cristianos y paganos a fines del siglo IV reside en factores sociales y culturales. Para las clases superiores, y sobre todo para la aristocracia senatorial de Roma, la conversión al Cristianismo se presentaba como un rechazo de su herencia cultural clásica. A Jerónimo, por ejemplo, le amedrentaba que se le creyera más ciceroniano que cristiano. La conversión del célebre rétor pagano Mario Victorino en la década del 350, cuando ya tenía más de setenta años, causó sensación, tal como nos

describe Agustín en sus *Confesiones*. En Roma era costumbre que los conversos recitaran públicamente el credo en presencia de la congregación; por respeto a su edad y eminencia, se le ofreció a Victorino la posibilidad de llevar a cabo la ceremonia en privado, pero se negó. Agustín describe la reacción que causó en la Iglesia:

Cuando subió las escaleras para afirmar la confesión de la fe, hubo un rumor de voces complacidas mientras todos los que le conocían se decían su nombre unos a otros. Y, ¿quién de los que allí estaban no le conocía? Un sonido re-frenado salió de los labios de todos mientras se regocijaban: «¡Victorino!, ¡Victorino!» (Conf. VIII.2.5).

Victorino había traducido al latín obras neoplatónicas, había redactado tratados de gramática y retórica y había sido tutor de los hijos de muchas familias senatoriales. Su conversión tenía un valor simbólico, sobre todo cuando renunció posteriormente a su puesto con el fin de obedecer el edicto de Juliano del año 362 que prohibía enseñar a los cristianos. Los principales paganos de Roma de finales del siglo IV, hombres como Vecio Agorio Pretextato, Q. Aurelio Simaco y V. Nicómaco Flaviano, seguían una larga tradición al desempeñar el sacerdocio además de cargos públicos como el de Prefecto de la Ciudad. La conversión al cristianismo entrañaba para los hombres de esas familias no sólo fe religiosa, sino también elecciones difíciles relativas a la posición social y las obligaciones tradicionales. Las vidas de Pretextato (muerto en el año 384) y de su mujer Fabia Aconia Paulina quedan atestiguadas en varias inscripciones, una de las cuales, la de su monumento funerario, comienza así:

A las divinas sombras. Vecio Agorio Pretextato, augur, sacerdote de Vesta, sacerdote del Sol, quindecemviro, curial de Hércules, consagrado a Liber y a los misterios eleusinos,

gran sacerdote, veedor del templo, iniciado del taurobolium, Padre de los Padres.

Paulina figura junto a él en la misma piedra, con la descripción:

Aconia Fabia Paulina c(larissima) f(emina) [es decir, una mujer de la clase senatorial], consagrada a Ceres y a los misterios eleusinos, consagrada a Hécate en Égina, iniciada del taurobolium, gran sacerdotisa (ILS 1259, Croke y Harris, 67).

Uno de los resultados de la cristianización de la corte y del patronazgo del Cristianismo por parte de los emperadores fue por tanto separar a estos últimos de la clase senatorial, que había revivido y aumentado con Constantino. En realidad, fue precisamente el hecho de que la corte se estableciera entonces en Milán (sede también de Ambrosio) en lugar de en Roma lo que facilitó a los miembros todavía paganos del Senado romano a llevar la vida de lujo que describe Amiano, y permitirse ser más paganos que sus antecesores. Hemos visto, para empezar, que Flaviano llevó esto aún más lejos, apoyó la usurpación de Eugenio y, comprometido, se suicidó a su fracaso. Por otro lado, Simaco apeló, como es bien sabido, al pluralismo religioso, aunque su argumentación tiene menos de llamamiento a la tolerancia en general que de pretexto para la restitución del altar de la Victoria y el apoyo imperial al sacerdocio pagano. Un poeta cristiano, Prudencio, representa al emperador Teodosio afirmando que el Senado romano «se apresuraba hacia los santuarios puros de los Nazarenos» (*ContraSymmachum* 1.551). Se ha demostrado que la vieja visión de que el siglo IV tardío se vio dominado por un agudo «conflicto» entre paganos y cristianos descansa en ciertos supuestos falsos sobre las pruebas en que se basa (véase capítulo X). A pesar de todo, para los

miembros de la clase alta de educación tradicional, como para sus semejantes de lengua griega en el Imperio de Oriente, la conversión supuso una enérgica ruptura con la que consideraban su cultura ancestral.

En el plano intelectual, tal como veremos en el siguiente capítulo, el Neoplatonismo era la alternativa más seria al Cristianismo. Esta versión de la filosofía platónica más espiritualizada y propia de la Antigüedad Tardía estaba vinculada sobre todo al filósofo Plotino, del siglo III, y a su discípulo Porfirio (autor de un ataque al Cristianismo que fue oficialmente destruido), y se trataba de un sistema por el que Agustín se sintió intensamente atraído. Al igual que los maniqueos, discípulos del maestro del siglo III Mani, los neoplatónicos eran ascetas; citaban a Pitágoras, el filósofo griego del siglo VI a. de C. que enseñaba que la sabiduría se alcanza a través de la abstinencia.

Pero muchos cristianos fueron más allá al recomendar y practicar formas extremas de abnegación y ascetismo, vistiéndose de saco, renunciando a todas las comodidades y vanagloriándose de no lavarse nunca. Mientras que el emperador en Milán esperaba poder influir en la conversión de los miembros del Senado, las esposas e hijas de éstos eran ganadas para su causa por ascetas cristianos de gran atractivo, sobre todo por Jerónimo, que se movía entre la sociedad romana de clase alta en el mismo año en que Simaco enviaba su petición, y que contaba entre sus amigas y protegidas a viudas senatoriales como Marcela y Paula y a las hijas de esta última, Blesila y Eustoquio. La conversión al ascetismo cristiano de una joven de ese entorno tenía serias consecuencias para su familia: persuadida por Jerónimo, podía decidir consagrarse a una vida de virginidad o, si ya estaba casada, adoptar un comportamiento célibe a partir de entonces. Estas re-

nuncias entrañaban dificultades en el mejor de los casos y en el peor la interrupción de la línea hereditaria, y algunos sucesos célebres se vieron acompañados de la venta y enajenación de las abundantes propiedades familiares, que tenían a los pobres, o bien con mayor frecuencia a la Iglesia, como beneficiarios directos. La joven matrona romana conocida como Melania la Joven (para distinguirla de su abuela del mismo nombre) persuadió a su esposo Piniano de que participara en la enajenación de sus extensas fincas a principios del siglo V y, al igual que Paula, fundó un monasterio en Tierra Santa. Aunque parece ser que la mayoría de esas ventas incluía una provisión para la familia y eran, por tanto, algo menos extremas de lo que podrían aparentar, había buenas razones para que las familias que todavía seguían siendo paganas se sintieran amenazadas, tanto más en la medida en que algunas jóvenes adoptaban un tipo de ascetismo tan severo que acababa causando la muerte. Causó sensación que la hija de Paula, Blesila, que había sido una muchacha alegre y atractiva, que no descuidaba su aspecto ni sus ropas, muriera de esta manera en el año 384, después de que se hubiera vuelto hacia el ascetismo bajo influencia de Jerónimo. Su madre quedó destrozada; Jerónimo, sin embargo, lejos de consolarla, la sermoneó sobre el pecado del dolor excesivo diciéndole que debería alegrarse (EP.).

Paula y Jerónimo se habían establecido en monasterios gemelos para nombres y mujeres en Belén; cuando Paula murió en el año 404, su fundación constaba de 50 monjas y pasó a ser dirigida por Eustoquio, otra de sus hijas, destinataria de la célebre carta de Jerónimo sobre la virginidad (EP.). El monacato había ido creciendo como institución desde finales del siglo III, y está especialmente vinculado a Pacomio (muerto en el año 346) y al eremita Antonio el Egipcio

(muerto en el 356), cuya *Vida griega*, atribuida a Atanasio (véase capítulo II) se tradujo al latín y se popularizó entre los círculos de clase alta de Roma gracias a Jerónimo. La palabra griega *monachos* significa «el que está solo», y muchos ascetas se establecieron en cuevas y parajes alejados en el desierto. Egipto fue el primer refugio del movimiento monástico organizado, sobre todo en los centros de Skete (Wadi Natrun), Nitria y Kelia, y a finales del siglo IV ya había muchos monjes que vivían en el desierto. Aunque algunos eran eremitas, la mayoría se reunía al menos una vez a la semana para celebrar una comida en común y la liturgia, un estilo de monacato copiado en muchas fundaciones posteriores y que se conoce como «*lavrás*». Más tarde circularían muchas historias sobre estos padres del desierto y se escribieron dos relatos históricos a principios del siglo V: la *Historia Monachorum*, obra griega de en torno al año 400, y la *Historia Lausiacca* de Paladio, del año 420 aproximadamente (Rufino también escribió una historia en latín). Entre los padres del desierto, dos de los más importantes fueron Macario el Grande (muerto c. 350) y el autor ascético Evagrio Pónico (que se retiró a Kelia c. 385); el ejemplo de este último, hombre sumamente cultivado, muestra que los padres del desierto no eran en absoluto todos ellos aldeanos coptos analfabetos, como a veces se cree. Con frecuencia recibían visitas de personajes importantes, retirándose a veces todavía más al interior del desierto con el fin de poder alcanzar una mayor soledad. En el Alto Egipto, Pacomio fundó un gran monasterio cenobita (comunal) en Tabennisi, en la Tebaida, en el que los monjes vivían sujetos a una regla común, y que pronto se convirtió en modelo para otros. Basilio de Cesárea en Capadocia (c. 330-379) fundó también una regla monástica que iba a resultar extraordinariamente influyente para las futuras generaciones. Ha-

cia el siglo V, el modelo de monacato egipcio se había extendido a Siria y sobre todo al desierto de Judea, donde existían ya algunas grandes e importantes fundaciones, y donde los arqueólogos han identificado más de sesenta monasterios.

Existían muchas variedades de vida ascética en este período. Muchos ascetas cristianos, sobre todo los de clase alta, convivían juntos llevando una vida religiosa en viviendas corrientes, al igual que el círculo de Jerónimo de damas ascéticas de Roma, sin la organización o las reglas que se desarrollaron en el primitivo monacato cristiano. Macrina, hermana de Gregorio de Nyssa y Basilio de Cesárea, vivía en una comunidad religiosa en la finca familiar del Ponto con su madre, sin salir de su hogar, y los monasterios de Tierra Santa fundados y dirigidos por damas como Paula, Melania y Olympia eran también en realidad hogares aristocráticos.

Hacia finales del siglo IV, monjes y monjas eran ya un rasgo de la vida corriente incluso en las ciudades más importantes como para que se mencione de pasada por parte de historiadores como Amiano (XVIII.10.4), hablando de unas monjas cerca de Amida; podían llegar a ejercer un intenso activismo y a menudo encabezaban los ataques del populacho contra los templos que se produjeron a finales de siglo, época en la que se mostraban tan agresivos como las multitudes paganas o incluso más. Se hace difícil cuantificar la cifra de monjes y monjas de esta época, pero parece significativo que, ya a finales de la década del 330, Eusebio estuviera seguro de que la supresión de las penas por celibato por parte de Constantino estaba dirigida a hacer legalmente permisible el ascetismo cristiano desde el punto de vista de la herencia. Ya fuera en el desierto o en las ciudades, los monjes debían de contarse por millares a finales del siglo IV. Toda una serie de grandes autores y obispos cristianos (aunque no

todos, por ejemplo, Gregorio de Nyssa estaba casado) eran célibes o lo que podríamos llamar monjes. Agustín asumía que la conversión implicaba continencia y él mismo vivió desde entonces en una comunidad religiosa (*Conf.* VIII. 11.26-27). Esta parte de las *Confesiones* también deja claro que existían otras comunidades ascéticas y grupos de amigos de opinión semejante, así como de cristianos, y él mismo pasó de uno a otro durante este período de su vida.

La otra obra maestra de Agustín, la *Ciudad de Dios*, escrita hacia el final de su vida, entre el saqueo de Roma por parte de Alarico el Visigodo en el año 410 y su muerte en el año 430, constituye un prolongado examen de la relación entre cuestiones religiosas y seculares y, en particular, entre la Iglesia y el Estado.

No resulta accidental que la primera mitad de esta extensa obra consista en una discusión del pensamiento de ciertos autores clásicos, sobre todo de Salustio y Cicerón. Al fin y al cabo, eran los autores en cuyas obras Agustín se había formado como maestro de retórica, y era esencial para su programa personal poder demostrar la imperfección de su pensamiento por comparación con las enseñanzas cristianas. Lo que faltaba, a su entender, en la historia romana anterior, y sobre todo en la República, a despecho de todos sus éxitos militares, era la justicia, que conllevaba el apropiado reconocimiento de lo divino; en cambio, el Estado romano se basaba sólo en la búsqueda de gloria (*Civ. Dei* XLX. 21-24). Los paganos de la época podían argumentar que el saqueo de Roma demostraba que el Dios cristiano, después de todo, no protegía su reino; sin embargo, él sostuvo que la historia de aquéllos apenas había constituido poco más que una serie de desastres, mientras que el reino cristiano no podía igualarse todavía con el reino del cielo y debía enfrentarse todavía a

días de tribulación. Se trataba de una visión menos optimista que la de Eusebio de Cesárea con su entusiasmo por Constantino; la hace aún más conmovedora el hecho de que Agustín redactara su gran obra en vísperas de la invasión y conquista con éxito de su propia provincia de África del Norte por los vándalos arrianos. Para católicos como él, la época de tribulación duraría allí casi un siglo, y a ella le sucedió, llegada la reconquista desde Constantinopla en los años 533-534, la división doctrinal, impuesta esta vez por un emperador oriental en nombre de la unidad eclesiástica.

VI. EL REINADO DE JULIANO

Juliano (361-363) era el hijo menor de Julio Constancio, uno de los hermanastros de Constantino asesinados por el ejército en favor de los hijos de éste, en los meses posteriores a su muerte en mayo del año 337. Juliano y su hermano mayor, Galo, fueron los únicos que escaparon a la masacre y a los que se perdonó la vida; por aquel entonces, Juliano tenía tan sólo unos seis años de edad. De los tres hijos de Constantino entre los que se realizó la partición del Imperio al convertirse en augustos el 9 de septiembre del año 337, Constantino II fue muerto en el 340 mientras trataba de invadir el territorio de Constante en el norte de Italia, y el mismo Constante, que había quedado a cargo de Occidente, fue asesinado en un golpe palaciego en el 350. Con ello quedó Constancio II como único emperador y sin heredero. Cuando se dispuso a tomar venganza del asesinato de su hermano en la persona de Magnencio, oficial del ejército que había sido responsable de la muerte de Constante, y que se negaba ahora a llegar a un acuerdo, Constantino hizo César a Galo y le dejó a cargo de Oriente. Magnencio fue finalmente derrotado en la Galia en el año 353, dejando a Constancio como único e incuestionado emperador.

Con el invierno siguiente, el del año 353-354, comienza la parte que se ha conservado de la *Res Gestae* de Amiano. Desde esa fecha hasta el 378, año de la batalla de Adrianópolis, disponemos de una historia narrativa de un vigor, plenitud e información casi sin paralelo, del mismo nivel de las historias de Herodoto y Tucídides en griego, o de Tácito en el caso del Alto Imperio romano. Aunque Amiano nos cuenta que había iniciado su historia con el año 96 (XXI. 16.7), la primera parte se ha perdido y el Libro XIV, el primero del que disponemos, se abre *in medias res*, en su estilo totalmente característico de críticas frecuentes y agudas a distintas personalidades, con un ataque a la supuesta crueldad del nuevo César, Galo:

Galo, en su primera madurez, se había alzado desde lo que parecía un pozo de desgracias sin esperanza hasta las cumbres del poder y, rebasando los límites de la autoridad que se le había otorgado, iba causando universalmente el mal con su excesiva dureza (XIV. 1).

Sobre la esposa de Galo, una hija de Constantino desposada anteriormente con un sobrino del mismo, Anibaliano, otra víctima de los asesinos en el año 337, decía:

Era una Furia con forma mortal, que daba pábulos incansables a la rabia de su esposo, y tan sedienta de sangre como él.

Las características y virtudes de Amiano como historiador y, sobre todo, su admiración por Juliano, en cuyo ejército sirvió como oficial, tiñen inevitablemente nuestra forma de ver la narración que sigue, pero, afortunadamente, aunque se trata con mucho del autor más importante, no es la única fuente y puede complementarse con puntos de vista distintos. Contamos, por ejemplo, con los escritos del mismo Juliano, que muestran una faceta del emperador que no recalca

Amiano, además de los autores cristianos que, aunque pre-dispuestos en contra de Juliano, tienen especial importancia. A pesar de ser pagano, Amiano no consideraba que la religión debiera ocupar el papel central en su obra y situó sus prioridades en otro lugar. Centrarse de modo más tradicional en los acontecimientos políticos y militares hace que su historia nos proporcione con diferencia la mejor perspectiva sobre el ejército romano en acción. Sus libros posteriores son bastante distintos; al contrario que su primera narración, se centran en Roma y son relevantes para comprender la clase senatorial romana (véase capítulo X). Por último, su historia está llena de digresiones informadas sobre toda clase de temas que, además de proporcionar detalles curiosos, algunos de ellos recogidos en los largos viajes de Amiano, permiten entender cómo funcionaba su mente.

Amiano acompañó al ejército de Juliano en su fatal expedición a Persia (véase más adelante), que terminó con la misteriosa muerte de Juliano en el año 363; con posterioridad, parece haber viajado y recogido información durante un largo período, pero se encontraba en Roma en el año 384, cuando la escasez de alimentos dio lugar a la expulsión de los forasteros de la ciudad, y parece haber concluido su historia alrededor del año 390, aparentemente antes de la destrucción del Serapeion de Alejandría, en el 391 (*cf.* XXII.16) y antes de la usurpación de Eugenio en el año 392. Una carta que le escribió Libanio, el rétor pagano de Antioquía, a fines del año 392, se refiere a la obra entonces recién publicada (*Ep.* 1063). Sin embargo, la fecha exacta de composición de los libros posteriores, o incluso de determinados pasajes de los mismos (puesto que probablemente los repasó y revisó en diferentes momentos) depende de difíciles preguntas de comparación con otros autores de la época, entre ellos Jerónimo y el autor

de la *Historia Augusta*; se ha discutido acaloradamente sobre la fecha.

Tanto Juliano como Amiano albergaban rencores contra Constancio II. Comparado con el material del que se dispone en el caso de su padre Constantino, o de su primo Juliano, la primera parte del reino de Constancio está mal documentada en lo que respecta a cuestiones seculares, y hemos de atenernos a las breves crónicas latinas de Eutropio y Aurelio Víctor, o a la historia griega posterior, poco satisfactoria, de Zósimo. Al comienzo de la narración de Amiano, aparece una sombría atmósfera de sospechas y de crisis política y militar: el gobierno de Constancio, tras ahogar la revuelta de Magnencio, se describe como arbitrario y cruel. En palabras de Amiano: «Resulta difícil que la mente recuerde a alguien absuelto una vez que la maquinaria punitiva se ponía en marcha con poco más que un susurro» (XIV. 5). La corte de Constancio se retrata como un nido de sospechas, calumnias y denuncias (XIV.8) y como sede de juicios por traición (XIV.12); de una manera que recuerda a Tácito, Amiano lamenta la muerte de la primera mujer del emperador, Eusebia, y la pérdida de su benéfica influencia (XXI.6), y, de forma característica, concede más espacio a las malas cualidades de Constancio que a las buenas en la recapitulación final de su carácter y gobierno (XXI. 16). Uno de los pasajes más célebres de su historia describe la entrada de Constancio en Roma en el año 357, una de las infrecuentes visitas realizadas a la ciudad por un emperador del siglo IV posterior a Constantino. No había ninguna verdadera razón para la visita, sugiere Amiano: el emperador no había obtenido ninguna victoria y no merecía un desfile triunfal, sino que simplemente quería hacer una demostración personal de su magnificencia a unos ciudadanos confiados. La descripción que figura a con-

tinuación proporciona una imagen extraordinariamente brillante tanto de la misma Roma en el siglo IV como del aspecto de la escolta militar que componía la procesión, por completo distinta de las tradicionales legiones romanas:

La persona del emperador estaba rodeada de purpúreas banderas tejidas en forma de dragón y prendidas en la punta de lanzas doradas y enjoyadas; soplaban la brisa entre sus fauces abiertas como si silbaran de furia y sus enormes colas ondeaban al viento. A cada lado marchaba una hilera de hombres armados con escudos y cascos emplumados, cuyos brillantes petos reflejaban una luz deslumbrante. A intervalos, pasaban jinetes con cota de malla, conocidos por acorazados, que portaban máscaras y corazas y cinturones de acero; se parecían más a estatuas torneadas por la mano de Praxíteles que a hombres vivos (XVI. 10).

Más sorprendente, empero, es el porte impassible adoptado por el emperador:

Era como un títere que mirara fijamente hacia delante como si su cabeza estuviera atornillada, sin poder moverse ni a izquierda ni a derecha. Cuando traqueteaba una rueda, no cabeceaba, y en ningún momento se le vio escupir ni frotarse el rostro o la nariz, ni mover las manos.

Pero Amiano era equilibrado, y admiraba a Constancio por su autocontrol, una de las cualidades que más valoraba el historiador:

Sin duda, todo esto se trataba de afectación, pero daba otras pruebas también en su vida personal de un grado des-acostumbrado de autocontrol, que uno se inclinaba a creer que le era propio y exclusivo.

Las quejas de Juliano contra Constancio eran más profundas y personales. Tras los asesinatos del año 337, él y su her-

mano habían sido enviados primero a casa de su abuela, en Bitinia, y su crianza cristiana quedó en manos del obispo Eusebio de Nicomedia. Fueron días felices, a pesar de la ausencia de ambos padres, pero en el año 342, cuando Juliano contaba doce años, Constancio exilió a los hermanos a Mace-llum, Capadocia, donde se les mantuvo en todo momento bajo estrecha vigilancia. Esta situación perduró hasta el año 348, cuando a Juliano se le permitió regresar a Constantino-pla, antes de ser enviado a Nicomedia, hasta que en el año 351 Galo lo convirtió en César y lo envió a Occidente. Es la situación habitual del gobernante suspicaz sin descendencia que necesita pero teme a los potenciales herederos. Lo que resulta sorprendente a los ojos modernos es el hecho de que, mientras en un principio Constancio se esforzó por asegurarse de que los hermanos se educaban como cristianos, no parece haberse tomado en serio la posibilidad de que una vez liberados y expuestos a influencias mundanas pudieran abra-zar el paganismo. Por supuesto, resultaba peligroso declarar-lo abiertamente, y cuando Constancio murió en el 361, Ju-liano encabezó la procesión funeral hasta la iglesia de los Santos Apóstoles. Pero Juliano, el autor pagano Eunapio y Libanio, bajo cuya influencia cayó durante su estancia en Ni-comedia, describe su conversión o, en términos cristianos, su «apostasía»; los autores anteriores lo atribuyen a la influen-cia de Máximo de Éfeso, un neoplatónico extremo, dado a milagros y a invocar a los dioses, a quien Juliano fue a bus-car en el 351 contrariando consejos más prudentes, después de trabar conocimiento con el círculo del neoplatónico Aede-sio de Pérgamo. De este modo, el entusiasmo de Juliano por el paganismo, un modo bastante previsible de rebelión estu-diantil, adoptó desde un principio la forma de una fascina-ción con las formas más exóticas del neoplatonismo místico.

Mientras vivió Constancio, Juliano mantuvo las apariencias externas, y se le permitió incluso continuar sus estudios en Atenas, hogar y centro del neoplatonismo pagano, tras la caída y ejecución de su hermano Galo en el 354. Tanto Amiano (XV.2,8) como Juliano sugieren que fue protegido de peligros similares por la emperatriz Eusebia, aunque otros trataran de socavar su posición. Como César, escribió desde la Galia dos panegíricos sobre Constancio en los años 356 y 358 que muestran un penetrante sentido de las necesidades diplomáticas de su posición en relación con un emperador agresivamente cristiano; sólo a la repentina muerte de Constancia, cuando Juliano ya se había decidido a manifestarse públicamente en su contra, pudo dar gracias abiertamente a los dioses y solazarse en su paganismo, e incluso entonces sostiene Amiano que se escondió hasta que se encontró seguro en la misma Constantinopla (XXII.5).

El ascenso de Juliano a Augusto, aunque previsible, estaba preñado de peligros y conserva algo de las maniobras de Constantino entre los años 306 y 312. Tras la muerte de Galo, a fines del 354, Constancio necesitaba con urgencia un igual para enfrentarse a las incursiones bárbaras en Galia y Germania mientras él se concentraba en Persia, pero le contenía su naturaleza suspicaz, hasta que fue persuadido por su esposa, que, de acuerdo con Zósimo, «tenía una extraordinaria formación y era más sabia de lo que las mujeres acostumbran», para que nombrara a Juliano, convencido por ella de que se trata de un joven de carácter sencillo, que se ha pasado toda la vida estudiando, y su completa falta de experiencia en los asuntos mundanos le hará más adecuado que cualquier otro, pues, o bien será afortunado y sus éxitos se atribuirán al emperador, o bien cometerá un error, lo matarán y

Constancio se verá libre de sucesores imperiales (Zósimo, III. 1).

Ninguna de ambas profecías se hizo realidad y, aunque totalmente inexperto, Juliano demostró ser un general de enorme éxito en la Galia. Hay que admitir que la mayoría de los indicios de los que disponemos provienen de fuentes favorables a Juliano, que se desvían de su objetivo para desacreditar a Constancio y glorificar a Juliano poniendo de relieve las limitaciones que aquél le impuso; la carta —conservada— que Juliano escribió a los atenienses a fines del año 361 nos proporciona un relato muy tendencioso de este período. Por otro lado, conocer qué destino habían sufrido los demás, contando a su hermano Galo, llevó a Juliano a considerar su posición con sumo cuidado. En el año 357 consiguió derrotar a un ejército de 30.000 alamanes y acabar con 6.000 de ellos en la batalla de Estrasburgo en la margen izquierda del Rin, una victoria que prosiguió con nuevos y considerables éxitos contra los francos, estableciendo varias guarniciones a lo largo del Rin. Cuando en el año 360 Constancio exigió de repente el retorno inmediato de una parte sustancial de las tropas a Oriente, los ejércitos de Juliano le proclamaron Augusto en París, elevando por primera vez al nuevo emperador sobre un escudo a la manera germana y poniéndole un torque de soldado sobre la cabeza a modo de corona (Amiano, XX.4). Bien puede ser que se vieran poderosamente incitados a actuar de ese modo, pero a Juliano le convenía pretender que se había visto forzado a ello; envió una carta cuidadosamente redactada a Constancio, explicando lo que había sucedido (XX.8) y, aunque Constancio le ordenó airadamente que mantuviera su rango de César, sus órdenes fueron ignoradas. Pronto se acuñaron en la Galia monedas en nombre de los dos Augustos (XX.9, XXI.1). A partir del verano del año 361,

Juliano orquestó su avance sobre Constancio; consiguió conquistar Sirmio, pero Aquileia presentaba más problemas, y cuando se encontró con demoras en Naissus (Nis) se ocupó de escribir misivas justificativas a muchas ciudades, así como al Senado romano; de ellas se conserva la dirigida a los atenienses. Mientras tanto, Constancio volvía de Persia dispuesto a encarar la amenaza, pero murió en el camino de forma inesperada, en Cilicia, mientras Juliano se encontraba todavía en Nis (XXI. 15). Este golpe de suerte le permitió a Juliano sostener que los dioses estaban de su lado y que la muerte de Constancio había sido predicha por presagios divinos, anunciar de forma abierta su paganismo y hacer una conveniente demostración de piedad y deferencia en el curso del estudiado funeral de Constancio, que tuvo lugar en Constantinopla en diciembre del año 361; se afirmó incluso que Constancio le había proclamado sucesor suyo en su lecho de muerte. Le habría sido difícil a Juliano esconder que tomó como confirmación de que llevaba razón el depositar su confianza en los dioses, y sus propios escritos dejan bien claro cuáles fueron sus sentimientos. Se había cumplido un ciclo completo desde que Eusebio y otros cristianos experimentasen el júbilo de la victoria de Constantino sobre Majencio en la batalla del puente Milvio.

Dieciocho meses más tarde, el 26 de junio del año 363, murió Juliano; le sucedió un oscuro oficial del ejército, de nombre Joviano, descrito como «un candidato pasable» por Amiano (XXV.5), que era también un devoto cristiano. Pocos emperadores, si es que hay alguno, despertaron tanto partidismo u odio como Juliano, y ninguno en un período tan breve. Tampoco se limitaba la cuestión al paganismo de Juliano. ¿Qué es lo que se había torcido?

Hasta Amiano, uno de los más ardientes partidarios de Juliano, reconocía que a veces cometía errores de criterio que incluso llegaban a la ingenuidad. Al convertirse en emperador, no se limitó a declarar su paganismo, sino que convocó a los obispos cristianos en su palacio de Constantinopla y les sugirió que olvidaran sus diferencias y practicaran la tolerancia religiosa. No cabe duda de la bondad de sus intenciones, pero, tal como observa Amiano, se moldeaba a sí mismo sobre una anécdota que se cuenta de Marco Aurelio, cuyo contexto era de hecho totalmente diferente (XXII.5). Habiendo convertido Antioquía en cuartel general imperial rumbo a Persia en el verano del año 362, logró exasperar no sólo a los cristianos de la ciudad, sino también a sus cultivados paganos, que eran sus aliados naturales. Sus expectativas respecto a ellos eran bastante poco realistas; se sintió irritado por la falta de preparación de la ciudad cuando decidió rendir culto al sepulcro de Apolo en Dafne y por la escasa disposición de los paganos del lugar a compartir su entusiasmo, una desgana que tenía mucho que ver con su reprochable conducta reciente al enfrentarse a la escasez de grano en la ciudad y a su afición por los sacrificios de animales a gran escala, considerado ya por muchos como algo de mal gusto. En lugar de intentar enderezar las cosas, Juliano no dudó en censurar a los antioqueños y las empeoró. Esta actitud le hizo objeto de burlas y sátiras, resultado no muy deseable para un emperador pagano en la ciudad de Libanio, allí donde podía haber esperado un sólido apoyo, ni tampoco para alguien que se disponía a dirigir una campaña militar de primera importancia. De nuevo respondió a estas críticas a principios del año 363 con una aguda sátira de su invención, irónica y muy intelectualizada, llamada el *Misopogon* u «Odiabarbas», que hizo fijar en el centro de la ciudad. También acarició la

idea de restaurar el templo judío de Jerusalén, lo que proclamaría la derrota simbólica del cristianismo, pero este proyecto no llegó a ninguna parte (véase más abajo).

Aunque Juliano había dirigido sus campañas en Galia y Germania con gran éxito, la campaña persa se vio señalada por extraños errores de criterio y fue precedida y acompañada por una serie de malos presagios y avisos que sugieren, como poco, falta de confianza en su liderazgo (Amiano, XXI-II. 1). Después de internarse en Oriente y abrir un olvidado canal que permitía el paso de naves al Tigris, lo que le otorgó una ventaja crucial sobre la capital persa de Ctesifonte (XXTV.6), tuvo a su alcance un asedio con posibilidades de éxito, idea que abandonó, ordenando inmediatamente después prender fuego a todas sus naves. Este acto de locura fue probablemente, tal como sugieren las fuentes cristianas, su respuesta a una oferta persa de guiarle por tierra, que en realidad demostró ser una celada (Efrén, *Himnos contra Juliano* 3.15, pp. 120-121, Lieu; cf. Amiano, XXIV.7). Cualquiera que sea la explicación, supuso una retirada ignominiosa y complicada para el ejército, en el curso de la cual Juliano resultó muerto misteriosamente. Su sucesor, Joviano, se encontró en la odiosa situación de tener que negociar condiciones de paz que incluían la cesión a Persia de la importante fortaleza fronteriza de Nisibis, vergüenza y pérdida que la población cristiana de las regiones limítrofes de Siria y Mesopotamia no olvidaron jamás.

Juliano era un idealista lleno de visiones y aspiraciones que muchos compartían y por las que muchos, además de él mismo, albergaban apasionados sentimientos. Poseía también una personalidad llena de magnetismo que atraía a unos mientras repelía a otros. De haber tenido como emperador un sentido político que igualara la confianza de su ca-

rrera como César, las cosas se habrían pintado muy distintas. El bosquejo del carácter del emperador que hace Amiano tras su muerte (XXV.4) abunda en elogios y escatima las críticas; exonera a Juliano incluso de sus culpas militares al hacer cargar a Constantino con la responsabilidad de reanudar la guerra con Persia. Pero esta interpretación choca con el testimonio de su detallada narración, y la crítica de Amiano a la superstición de Juliano y su pasión por los sacrificios, suficientemente condenatoria, pasa por alto el hecho de que se enajenó el apoyo de su propia facción. Por otra parte, la moderación de Amiano allí donde aparecen las cuestiones religiosas oscurece lo violento de la reacción cristiana en contra de Juliano, expresada por contemporáneos suyos tales como Juan Crisóstomo, Gregorio Nacianceno y Efrén el Sirio, los cuales tenían todas las razones para temerse que sus medidas políticas tuvieran éxito y un motivo equiparable para recrearse cuando no sucedió así. Pocos de sus contemporáneos podían permitirse ser neutrales respecto a Juliano. Por esta razón es por lo que las fuentes de las que disponemos sobre él son tan desproporcionadamente amplias en relación con la brevedad de su reinado, y en la mayoría de los casos extremadamente tendenciosas, una situación que ha alimentado románticas visiones modernas.

Una causa a la que se adhirió Juliano fue la de la renovación urbana y la administración de las ciudades. En esto, su interés lo compartía toda una línea de autores conservadores, que culminaba en Procopio de Cesárea en el siglo VI, los cuales consideraban las demandas crecientes del gobierno central como una amenaza a la independencia de las élites urbanas locales. En la época de Juliano compartían estas opiniones Libanio, Amiano y Temistio; todos ellos eran paganos y podían ser susceptibles de considerar las intervenciones de

los emperadores cristianos en los asuntos urbanos como algo inoportuno. No obstante, la generosidad hacia las ciudades, por ejemplo en forma de concesiones fiscales, había sido durante largo tiempo atributo tradicional de un «buen» emperador y constituía un tema habitual en los panegíricos imperiales. El apoyo a la causa de las ciudades tenía más que ver con los valores tradicionales de la educación de la clase alta secular que con la filiación religiosa. Así pues, era lógico en el caso de Juliano, que se enorgullecía de un anticuado sentido de la *civilitas*, fortalecer y reformar el Senado de Constantinopla, por aquel entonces sede principal del gobierno imperial (*CTh.* IX.2.1; XI.23.2; véase Mamertino, *Panegírico* 24, p. 33, Lieu). También legisló con vistas a reforzar los ayuntamientos de otras ciudades, eliminando las restricciones sobre la participación en los mismos; hizo que fuera voluntaria la acostumbrada ofrenda del *aurum coronarium*, coronas de oro donadas por las ciudades al producirse la subida al trono imperial y cuyo valor se había convertido en motivo de indeseable rivalidad entre ciudades (*CTh.* XII.13.1), y redujo el gravamen del *cursus publicus*, el sistema de correo público (véase capítulo IV; *CTh.* VIII.5.12). También suprimió las exenciones fiscales concedidas al clero por Constantino, y algunas tierras cristianas cambiaron de manos como resultado de la medida que permitía la devolución de propiedades urbanas (*CTh.* X.3.1). Los impuestos remitieron allí donde se consideró necesario y se sometieron a nuevos controles (*CTh.* XI. 16.10). En conjunto, Juliano trató de apuntalar la maquinaria de administración urbana, tanto en beneficio del gobierno en general como por razones ideológicas, pero sus medidas tuvieron una repercusión limitada a la vista de lo breve de su reinado. Atestiguan la mezcla de lo tradicional y lo innovador que tan característica es de la mayoría de la le-

gislación tardorromana, e ilustran las contradictorias presiones a las que habitualmente se veía sometido el gobierno.

La única medida dirigida directamente a los cristianos, aparte de la eliminación de los privilegios fiscales al clero, fue el famoso edicto de Juliano del año 362 que les prohibía enseñar retórica o gramática, una medida que destaca Amiano en sendas críticas debido a que la tenía por cruel y oprimiente (Amiano, XXII. 10, XXV.4). Con esta medida se privaba efectivamente a los cristianos de cualquier posibilidad de enseñar, puesto que la retórica y la gramática constituían el grueso del programa. Sin embargo, aunque provocó que Mario Victorino dimitiera de su puesto tras su conversión al cristianismo, su importancia era más simbólica que práctica; los cristianos se dirigían habitualmente a maestros paganos para recibir una educación formal, como hicieron, por ejemplo, Basilio de Cesárea y Gregorio Nacianceno, contemporáneo de Juliano. El pagano Libanio contaba con muchos cristianos entre sus estudiantes y los alumnos cristianos y paganos se mezclaban entre sí hasta en la Alejandría del siglo VI. Juliano hacía con ello un gesto destinado a limitar las conversiones potenciales de estudiantes paganos por parte de sus maestros cristianos; no habría podido impedir que los estudiantes se convirtieran por otros medios, pero sin duda era bien consciente de su propia experiencia como presunto cristiano bajo la influencia de Libanio y Aedesio. Con todo, cristianos reflexivos e ilustrados como Gregorio Nacianceno (*Or.* 4) protestaron ruidosamente por su separación de un legado cultural que también ellos vindicaban como suyo. Juliano combinó éstas con otras medidas religiosas, abogando por una política de discriminación positiva hacia los paganos y alimentando ambiciones de formar una especie de iglesia pagana organizada siguiendo el modelo cristia-

no. En todo esto se nos aparece como notablemente moderno, en el sentido de que comprendió la importancia de la educación, sobre todo en los años de la adolescencia, la necesidad de tener paganos en los puestos clave y la ventaja que el elevado grado de organización que el cristianismo poseía le otorgaba sobre el pluralismo y la dispersión de los cultos paganos. Pero juzgó mal la situación y subestimó la repercusión negativa de la idiosincrasia de su propia práctica religiosa.

La mayoría de los paganos se encontraban entre las clases bajas rurales y urbanas; con ellos, nada tenía Juliano en común. No sólo se trataba de alguien acusadamente intelectual, sino también de una persona atraída por las formas más abstrusas y semirreligiosas del neoplatonismo de su tiempo, en el que el atractivo de lo sobrenatural desempeñaba un gran papel, como resultado de la influencia de hombres como Jámblico de Apamea, en Siria, y Máximo de Éfeso. Sus diversos escritos sobre temas religiosos, entre los que se cuenta su obra sobre los «galileos», como llamaba él a los cristianos, muestran un intelecto agudo pero con frecuencia excéntrico. No tuvo miedo de escribir una sátira llamada los *Caesares*, en la que se burla de Constantino, a quien representa haciendo una ronda por entre los dioses del cielo incapaz de hallar un protector, hasta que encuentra a Jesús debido a la necesidad de perdón cristiano (de todos los rasgos característicos del cristianismo, el que más desagradaba a Juliano era la humildad, pues pensaba que despojaba del verdadero orgullo). Una vez abiertamente pagano, Juliano se deleitó y experimentó con todos y cada uno de los cultos, y sobre todo con los sacrificios de sangre, que eran especialmente condenados por los cristianos. Hasta Amiano hace notar sus excesos, afirmando que sacrificó tantos animales que «se calculó que de

haber retornado de Partía, se habría producido escasez de ganado» (XXV.4). Al parecer, no advirtió que el entusiasmo con que reavivaba y tomaba parte en esos holocaustos era de por sí un factor que le alejaba de los paganos cultivados de Antioquía. Naturalmente, su intento de revivir el culto de Apolo en la cercana Dafne también le ganó la enemistad de los cristianos, pues su hermano Galo, cristiano, había trasladado allí los huesos de un santo local llamado Babilas, y Juliano había ordenado que estos restos fueran ritualmente retirados y se limpiase el sepulcro. Los cristianos del lugar escoltaron con gran pompa los restos del mártir a otro emplazamiento, tras lo cual se vieron sometidos a crueles represalias. Cuando un incendio destruyó el tejado del templo de Apolo y la estatua del dios, Juliano lo consideró provocado y ordenó clausurar la Gran Iglesia de Antioquía y expropiar sus propiedades. El sacerdote de Apolo fue sometido a torturas por su presunta negligencia. Los cristianos, por el contrario, tomaron el incendio por un castigo divino, mientras que Juliano hizo otro intento más por imponer sus deseos haciendo que se lanzara carne como sacrificio al manantial de Dafne y ordenando que todos los alimentos del mercado se rociaran con agua usada en las ceremonias sacrificiales por los sacerdotes paganos, actos ambos que suponían una provocación extrema para la comunidad cristiana. Juan Crisóstomo, que era un adolescente cuando sucedió todo esto, escribió posteriormente un emotivo y exagerado relato de estos hechos en su homilía sobre san Babilas. Como mínimo, Juliano se hacía culpable de una provocación premeditada, aunque Juan y otros autores cristianos puedan haber exagerado o incluso distorsionado lo que sucedió.

Otro episodio que causó intensa emoción fue el intento de Juliano de reconstruir el templo de Jerusalén. Amiano cuenta

la historia con evidente desapego: Juliano quería «dejar un gran monumento para perpetuar la memoria de su reinado» y decidió por ello restaurar «el templo en otro tiempo magnífico de Jerusalén» (XXIII. 1). Las obras se interrumpieron debido a que aparecían persistentemente bolas de fuego junto a los cimientos; a los judíos ni siquiera se les menciona. Lo cierto es que la restauración del templo entrañaba la mayor afrenta al cristianismo que pudiera imaginarse. La iglesia del Santo Sepulcro de Constantino y el crecimiento de Jerusalén desde el año 335 como emplazamiento sagrado de los cristianos y centro de peregrinaje simbolizaba la recuperación cristiana de la ciudad, que había sido colonia romana desde el año 135. Juliano se propuso entonces no sólo deshacer la obra de Constantino, sino (a ojos de los cristianos) ligar su propio gobierno a los enemigos tradicionales del cristianismo y refutar la sentencia de Jesús, tan citada por los cristianos, según la cual no quedaría piedra del Templo por remover (Mateo, 24,2; cf. 15). El hecho de que la destrucción del templo fuera ya un tema central de la apologética cristiana, y no menos en Jerusalén, donde el obispo Cirilo había predicado recientemente sobre el asunto, convertía la cuestión en algo aún más sensible. La restauración del templo haría también posible reanudar los sacrificios en el monte del templo, algo recibido con entusiasmo por Juliano, pero que resultaba anatema para los cristianos. Los cristianos se sintieron primero muy alarmados al oír estas noticias, y luego exultantes cuando el plan se frustró, y se encontraron fáciles explicaciones sobrenaturales, entre las que se contaron apariciones de la Cruz en el cielo para el incendio que había conseguido que se detuviera la obra. Efrén el Sirio y una carta que se ha conservado en siriaco, atribuido a Cirilo de Jerusalén, describe los acontecimientos en términos gráficos y

emotivos, y en esto, como en posteriores relatos de los historiadores eclesiásticos, la historia adquiere una inequívoca significación escatológica.

Por lo que se refiere a la expedición persa de Juliano, hemos de recordar que, si bien el relato de Amiano está escrito por un testigo ocular, está redactado con intención retrospectiva y desde el punto de vista de alguien que contempló como una tragedia el fracaso y la muerte de Juliano. Representa a un Juliano que ignora deliberadamente no sólo los presagios divinos sino también los consejos explícitos de sus amigos; sin embargo, dice Amiano, habría sido imposible eludir lo que ya había decretado el destino (XXIII.5). Juliano ignoró por tanto todos los numerosos signos adversos y en un gesto teatral hizo que quemasen las naves que dejaban a su espalda una vez que el ejército cruzó el río Khaber. Amiano dice aquí que los avisos de los adivinos se vieron contrarrestados por las argumentaciones de «filósofos» que viajaban con la expedición. Respecto a la muerte de Juliano, también se encuentra rodeada de misterio y de rumores. Al no llevar puesto el peto, fue derribado por una lanza arrojada por un jinete sobre cuya identidad incluso sus contemporáneos discrepaban. Las fuentes cristianas, incluyendo a Efrén, sugieren que Juliano se había expuesto a propósito y que por tanto se habría suicidado. Las primeras versiones atribuían el lanzazo a un «sarraceno» (un combatiente árabe del ejército persa o romano), un persa o incluso un romano, un cristiano o un pagano. Como es natural, los autores cristianos intentan presentar la muerte de Juliano como una venganza divina, mientras que Libanio, por otro lado, quiere dar a entender que el emperador pagano habría sido asesinado por un cristiano. Amiano declara, por el contrario, que el origen del lanzazo era desconocido (XXV.3), para añadir lue-

go su propia manera de realzarlo, haciendo que el agonizante Juliano discurra sobre la naturaleza del alma con sus compañeros filósofos.

El mito de Juliano había empezado a formarse aun estando el emperador vivo, y su breve reinado dejó una impresión indeleble lo mismo en los paganos que en los cristianos. Para nosotros su dramatismo se acrecienta muy por encima de su importancia e interés intrínsecos por las pasiones que inspiró a sus contemporáneos y a los autores posteriores, y por la cantidad de escritos a que dio lugar. Como inspiración de Amiano y tema de la parte más dramática e importante de lo que ha sobrevivido de su historia, Juliano adquiere también una estatura fuera de lo común. Jugando a las hipótesis históricas, a menudo se suscita la pregunta de si habría podido tener éxito al restaurar el paganismo de haber vivido más tiempo. La ironía no estriba tanto en las causas que abrazó, ni en la situación histórica que provocó las dificultades, sino más bien en el propio carácter de Juliano y, sobre todo, en su inolvidable y enojosa combinación de altura de miras y arrogancia.

VII. EL ESTADO TARDORROMANO DE CONSTANCIO A TEODOSIO

Aunque en diversos momentos hubo varios augustos reinando simultáneamente, el Imperio no se dividió durante el período que va desde la muerte de Constantino hasta la de Teodosio en el 395. A la muerte de este último, sus dos hijos jóvenes, Honorio y Arcadio, se dirigieron hacia Occidente y Oriente respectivamente. Tampoco se produjo una división constitucional y el período de la Tetrarquía ofrecía precedentes de arreglos parecidos. La diferencia estribaba principalmente en que la división se mantuvo de forma continua desde el año 395 hasta el que se considera convencionalmente como fin del Imperio occidental en el año 476.

Con la muerte de Juliano llegó a su fin el predominio de la casa de Constantino. Su sucesor, Joviano, resultó a la vez un emperador oscuro y breve; su principal acción consistió en concertar una humillante paz con Persia, por la cual se cedía Nisibis y Singara. Amiano sostiene que fue éste el único ejemplo de la historia romana desde la fundación de la Repú-

blica en que se habían hecho concesiones semejantes (XXV, 9). Poco después murió Joviano en su camino de vuelta a Constantinopla, con sólo 32 años de edad; tal fue el legado de la expedición persa de Juliano. Al igual que Joviano, el panonio Valentiniano fue elegido como siguiente emperador por los altos mandos del ejército y los altos funcionarios civiles, mientras estaba todavía de camino a Constantinopla desde Oriente. La transferencia de poderes estaba siempre sujeta a lo imprevisible. Con el cuidado de evitar un día poco propicio, Valentiniano fue aclamado Augusto en Nicea y poco más tarde proclamó a su vez coemperador a su hermano Valente en Constantinopla. El relato de Amiano de sus disposiciones (XXV. 5) ilustra lo pragmático de compartir el poder: cerraron un acuerdo en Naisso, por el que Valente se ponía al mando de Oriente y que incluía la división de los mandos del ejército, las tropas y los funcionarios de la corte. Lo sellaron tomando el consulado el primero de enero del año 365, como era costumbre al comienzo del nuevo reinado.

Como Joviano, y al igual que los emperadores del siglo III y los tetrarcas anteriores a ellos, los hermanos tenían en común una formación militar y, también como Joviano, Valentiniano se dio a conocer supuestamente gracias a la reputación de su padre, que había sido comandante en Britania, aunque era de humilde cuna (Amiano, XXX.7, cf. XXV.5). Constantino había conseguido romper el molde tan sólo temporalmente, y la repentina muerte de Juliano, así como su conducta personal, habían asegurado la vuelta a la práctica anterior. Sólo tres años después de su propia elevación, Valentiniano cayó gravemente enfermo; se hicieron esfuerzos por encontrar un sucesor y, a fin de anticiparlo, al recombrarse nombró a su hijo Graciano, un niño de ocho años, como coemperador, presentándolo a las tropas con un emotivo

discurso antes de coronarlo e investirlo con las ropas imperiales. Como Amiano comenta:

En este terreno, Valentiniano fue más allá de la costumbre largamente establecida, ya que su generosidad le llevó a promover tanto a su hermano como a su hijo al rango de Augusto en lugar del de César. Hasta entonces, nadie había investido a un colega con igual poder al suyo, salvo el emperador Marco [Marco Aurelio, 161-180], que convirtió en par suyo a su hermano adoptado, Vero, sin inferioridad de status como emperador (XXVII.6).

Graciano, el niño emperador, estableció una tendencia que habría de continuar. Cuando Valentiniano I murió en el año 375, aunque Graciano y Valente, este último destinado a morir en el campo de batalla de Adrianópolis en el año 378, eran los Augustos; otro hijo, nacido de su segunda mujer Justina y aún más joven de lo que lo había sido Graciano en el 367, fue proclamado por el ejército como Valentiniano II sin consultar a Graciano (Amiano, XXX. 10). Pero esta lealtad dinástica no sobrevivió a largo plazo a la debilidad de los niños emperadores; en agosto del año 383, cuatro años después de proclamar a Teodosio Augusto tras la derrota de Adrianópolis, un rival, Máximo Magno, se estableció en Britania y el propio Graciano fue asesinado por sus tropas.

Para completar el catálogo de emperadores de este período, Teodosio fue otro cuyo padre se había probado capacitado como *magister militum*, también en Britania, como Constantino Cloro y el padre de Valentiniano I, aunque había perdido el favor posteriormente y había sido ejecutado en Cartago, retirándose su hijo prudentemente durante un tiempo a su Hispania natal. Amiano elogia a Teodosio de modo extravagante (XXVII.8, XXVIII.3), pero, cuando escribía, el hijo de

éste ocupaba el trono y el historiador, cauteloso, no menciona la caída de su padre.

Ni el interludio de la Tetrarquía de Diocleciano ni el reinado único de Constantino habían conseguido producir cambios a largo plazo en el nombramiento de emperadores. Esencialmente, lo que importaba era el respaldo del grupo adecuado de oficiales del ejército; después de eso, lo que contaba era el éxito. El Senado ya no desempeñaba un papel activo, y el pueblo, de figurar en algo, lo hacía únicamente como espectador. El despreciativo relato que hace Amiano del intento de usurpación de Procopio tras el ascenso de Valente describe un golpe fallido. Según él, Procopio, que mercadeaba con su relación familiar con Constancio II y Juliano, encontró a un grupo venal de soldados que le proclamaran en Constantinopla y fue investido con lo que se encontró a mano:

No se disponía de ninguna túnica púrpura, y se cubrió con una túnica listada en oro como un funcionario de la corte, aunque de cintura para abajo parecía un paje. Vestía calzado púrpura y portaba una lanza, con un retal de tela púrpura en la mano. El conjunto formaba una figura grotesca como la que podría aparecer de súbito en una farsa satírica (XXVI.6).

Supuestamente le apoyó incluso un público a sueldo, pagado para aclamarle. Pero a continuación la narración deja claro que Procopio llegó a conseguir un apoyo considerable al expulsar a Valente de su intento de asedio de Nicea y tomar Cizico; sin embargo, al entablar batalla contra Valente en Nacolia, en Francia, sus propios oficiales le abandonaron, fue capturado y entregado para ser decapitado (XXVI.9). Amiano iguala a Procopio con una serie de fracasados rebeldes y usurpadores (Perperna, condenado a muerte por Pom-

peyo, Didio Juliano y Pescenio Niger) de la historia imperial más reciente (XXVI.6,8,9); no se trataba de un emperador legítimo a sus ojos, pero la diferencia residía en buena medida en el hecho de que su desafío a Valente resultó infructuoso.

Durante este período, por lo tanto, el Estado romano no se mantuvo unido en su mayor parte gracias a las medidas políticas o la personalidad de un único gobernante; en realidad, la pluralidad de gobernantes era más la regla que la excepción. El acceso al poder imperial era a la vez impredecible e inestable; ni siquiera la lealtad dinástica garantizaba la supervivencia. El acceso de los niños emperadores, además, conllevaba el peligro de poner el poder en manos de otros, tal como Justina, la madre de Valentiniano II, o, posteriormente, de poderosos ministros tales como Rufino o el eunuco Eutropio, ambos consejeros de Arcadio, hijo de Teodosio I, cuya influencia es salvajemente atacada por el poeta de la corte occidental Claudiano. Al joven emperador Graciano se le puso bajo la tutela de Ausonio, rétor y poeta de Burdeos y cuestor de Valentiniano, que después de su nombramiento ascendió a la cúspide del consulado y de la prefectura pretoriana. La habilidad retórica como tal era enormemente valorada y podía conducir a un rápido ascenso, pero Valentiniano y Valente promovieron también a panonios como ellos, que eran en su mayor parte hombres de poca instrucción y a los que se despreciaba por eso mismo en círculos más conservadores e ilustrados. También podían caer los emperadores bajo la influencia de un obispo enérgico, como sucedió en el caso de Graciano, Teodosio y Ambrosio. Por último, este período se caracteriza a la vez por la creciente presión de la invasión bárbara y el empleo cada vez más numeroso de bárbaros hasta en los escalafones más elevados del ejército romano (véase el capítulo IX); desde finales del siglo

IV en adelante, los generales de origen bárbaro, de los cuales el vándalo Estilicón fue uno de los primeros, *magister militum* con Teodosio I y regente eventual de sus dos hijos, llegaron a desempeñar un papel crucial en la política imperial, que sobrepasaría finalmente el de los emperadores mismos. El hecho de que en el siglo V Oriente consiguiera evitar en buena medida una situación parecida, depositando los emperadores orientales su confianza en funcionarios civiles más que en generales, constituye un factor importante para explicar la supervivencia del Imperio oriental después del año 476.

Cualquiera que fuese el medio por el que habían ascendido, a los emperadores se les juzgaba siguiendo severos criterios, tanto más quizá si se considera que el acceso a la púrpura resultaba en comparación algo abierto. Se esperaba que mantuvieran un difícil equilibrio entre la dignidad y la afabilidad, entre la justicia y la severidad, y agradar a los diferentes sectores sin mostrar un favoritismo impropio. Por otro lado, eran tratados por sus súbditos con la deferencia y adulación debidos a un autócrata, recibidos con luces y flores y saludados con gritos de aclamación hasta por el Senado mismo. La imagen del emperador y del súbdito era la imagen dominante de la época, y aparece como metáfora en toda clase de escritos, incluso en las obras de los autores cristianos. Del mismo modo, cuando a los artistas cristianos les hizo falta un repertorio que explotar para sus nuevos encargos públicos, lo más natural para ellos fue volverse hacia el arte imperial. En dos de los mosaicos más antiguos que han sobrevivido se representa a Cristo con sus apóstoles en Santa Pudenziana (finales del siglo IV) al estilo del emperador y el Senado, mientras que la Virgen aparece de forma poco apropiada en la iglesia de Santa María Maggiore (siglo V) con las

vestiduras y atributos de una emperatriz romana. Uno de los problemas de Juliano a los ojos de sus contemporáneos, que es también lo que le hace interesante para nosotros, había sido precisamente que había fracasado a la hora de estar a la altura de la dignidad que se esperaba de su posición.

La sociedad tardorromana era una sociedad en la que las gradaciones de dignidad quedaban ordenadas por ley, eran enormemente apreciadas y se preservaban celosamente. Los rangos y títulos sufrieron la inflación: todo el mundo buscaba el rango de *honoratus* (miembro de las *ordines* en los que se había dividido la sociedad romana desde la primitiva República). A mediados del siglo IV, las concesiones imperiales a gran escala hicieron que el orden ecuestre aumentara de tal modo que comenzó a perder su atractivo. De los rangos ecuestres más elevados, los *perfectissimi* y los *eminentissimi*, el primer grado se multiplicó de tal modo que hubo de dividirse en otras subcategorías. También creció la orden senatorial, como resultado de un proceso iniciado por Constantino y ya criticado por Eusebio (VC IV.1). Se designaron bastantes más puestos senatoriales que antes y la condición de miembro honorario se concedió de forma tan extendida que ya no bastaba con ser un simple *virclarissimus*, el rango tradicional de un senador. Aunque la cuna podía ganarle a uno la admisión en el orden senatorial, a fines del siglo IV el rango dependía del cargo. Así pues, el rango más elevado, el de *illustris*, se reservaba a los cónsules, patricios y quienes desempeñaban los ministerios más altos; por debajo de ellos estaban los *spectabiles*, grupo que incluía a los altos gobernadores provinciales y a ciertos oficiales eunucos de la cámara del emperador, y sólo en último lugar venían los *clarissimi*, todos los demás senadores. Inevitablemente, la desmesurada clase ecuestre comenzó a reducirse a medida que muchos de

sus miembros adquirirían rango senatorial. Constantino había creado también una tercera orden, la *comitiva*, que conllevaba el rango de *comes* (dividido a su vez en distintos grados), otorgado como don imperial o por nombramiento del *comitatus* del emperador (véase el capítulo III), y que proporcionaba un rango acrecentado si se combinaba con un *status* ecuestre o senatorial. Al igual que el orden ecuestre, este grado se incrementó enormemente en número en un principio, pero lo superó luego la expansión de la clase senatorial. El siglo IV fue así testigo de la transformación de los viejos «órdenes», todavía ligados estrechamente al nacimiento y a la fortuna, en una aristocracia de servicio, en el que el rango dependía del puesto. El hijo de un senador tenía ahora *status* senatorial, pero sólo como *clarissimus*; tenía que mantener su función con el fin de mejorar su rango.

La inflación de los rangos ilustra de nuevo la tensión aparente entre las necesidades del Estado y las expectativas y actitudes sociales. Los emperadores otorgaban el rango ecuestre y senatorial que conllevaba la exención de las obligaciones curiales aun cuando trataran de aumentar la presión fiscal sobre las ciudades a las que pertenecían esos mismos hombres. El rango y los títulos también conferían privilegios tales como la protección en los tribunales; de este modo, la deriva de ascenso socavaba simultáneamente los esfuerzos gubernamentales por aplicar la ley, estimulando en los legisladores vuelos de retórica legislativa cada vez mayores, y penas constantemente endurecidas para delitos insignificantes. Había una ley para los ricos y los poderosos y otra para los humildes. Con todo, la evasión de responsabilidades por parte de los *potentiores* a veces motivaba legislación imperial: «Los hombres de alto rango (*potentiores*) deben comparecer ante los tribunales cuando una acusación

criminal, formalmente registrada, requiera su presencia» (CTh. IX. I.17 AD 390).

Acceder al servicio imperial resultaba extremadamente atractivo para los hombres de *status* mesocrático de la clase municipal, puesto que estos puestos conllevaban ahora rangos militares y daban derecho a víveres (*annona*) y, lo que es más importante, la oportunidad en la mayoría de los casos a retribuciones substanciales (*sportulae*). Así pues, los emperadores legislaron para detener la afluencia de reclutas de las ciudades, donde se les necesitaba para desempeñar funciones municipales: «Todos los que hayan aspirado al servicio imperial (*militia*) sin que les corresponda han de ser liberados de dicho servicio y devueltos a sus propias órdenes y cargos» (CTh. XII. 1.120, AD 389). La tendencia ya resultaba evidente en los días de Constantino. Sin embargo, el enfoque general de los emperadores era pragmático: el éxito tenía recompensa o al menos se reconocía y, si un hombre había conseguido mantenerse alejado de su ciudad durante tiempo suficiente, la situación se aceptaba de *facto*.

El gobierno respondía del mismo modo al hecho de que mucha gente estuviera dispuesta a pagar grandes sumas con el fin de asegurarse tan ventajosos puestos: ya en el siglo V, pagar por un cargo se había convertido en la regla, y así en el año 444 Teodosio lo regularizó por ley (CJ XII.xix.7). Algunos departamentos del servicio imperial eran bastante más codiciables que otros; por ejemplo, el cuerpo de correos imperiales (*agentes in rebus*) exigía honorarios substanciales por sus servicios. Estos puestos se habían vuelto tan deseables a finales del siglo IV que el derecho de propuesta de nombramiento hubo de controlarse mediante legislación (CTh VI.27.8). Los eunucos de la recámara (*sacrum cubiculum*, y de ahí *cubicularii*) también disponían de grandes posi-

bilidades de enriquecimiento al recibir sobornos y explotar información privilegiada, y hacia principios del siglo V quienes más alto se habían elevado ya habían adquirido el máximo rango senatorial. Los eunucos de la corte entraban, por supuesto, en una categoría especial; en general, el acceso a un cargo se obtenía por medio de una combinación de influencia, recomendación y el desembolso en metálico, prácticas que el candidato afortunado continuaba luego en otras esferas o practicaba a la inversa una vez designado.

Como ejército de funcionarios, el sistema tardorromano parecía a primera vista la corrupción desenfrenada misma. Todo estaba a la venta, incluido el gobierno. La retórica de los códigos legales y las gráficas historias provenientes de fuentes literarias, sin olvidar a Amiano, arrojan una luz ominosa sobre el período, que para muchos historiadores modernos supone simplemente el preludio del declive y caída del Imperio de Occidente. Pero el príncipe norteafricano Yugurta había realizado críticas parecidas de la sociedad romana en el siglo II a. de C, y al observar más detenidamente surgen dudas de si las cosas estaban realmente tan mal como parece. Buena parte del aparato del Estado moderno era sencillamente inexistente: no existía, por ejemplo, un cuerpo de policía organizado para apresar a los delincuentes o hacer cumplir la ley, ni tampoco un sistema organizado de asesoría o representación legales (aunque había que obedecer innumerables leyes). No existía sistema bancario propiamente dicho, y la salud correspondía a cualquier instancia disponible, desde los doctores reservados a unos pocos hasta los adivinos y santones para la mayoría; aunque la educación recibiera mayor atención del Estado, los beneficios se reservaban a una élite. Había muchos empleados del Estado en el Bajo Imperio romano, pero cuando se compara con la proporción de

ciudadanos que trabajan directamente para el Estado en las sociedades modernas desarrolladas, su número se vuelve insignificante. Una gran mayoría de la población no estaba directamente «empleada» (asalariada) en absoluto, sino que o bien pertenecía a la clase de los patronos, sobre todo como ricos terratenientes, o a los dependientes (esclavos, arrendatarios, *coloni*); en esta última clase se contaban también los pobres de las ciudades, cuyo sustento provenía de donaciones públicas y de la caridad religiosa. El Imperio romano se diferenciaba de otras sociedades premodernas en poco salvo en las dimensiones, y la gente recurría a los mismos mecanismos, principalmente formas de patrocinio y dependencia, con el fin de sortear las dificultades prácticas del vivir. Así lo reconocían todas las partes en la práctica, pero algunas acciones vulneraban las pautas establecidas y atraían sobre sí la condena imperial. El discurso de Libanio *Sobre los sistemas de protección*, que data probablemente de los años 391-392, pide al emperador Teodosio que haga cumplir la legislación contra los oficiales del ejército que conseguían dinero o pagos en especie a cambio de proteger a los *coloni* de aldeas grandes, que utilizaban a su vez la protección militar que habían pagado con el fin de aterrorizar y explotar a sus vecinos. En opinión de Libanio, se esperaba la protección entre terrateniente y arrendatario, pero esta intervención del ejército vulneraba el *status quo* hasta un extremo inaceptable. En sociedades como la del Imperio romano, el Estado aparecía distante y amenazante y sus agentes podían muy probablemente participar en redes de protección ilegal con el fin de conseguir un sobresueldo. Pero visto desde otro ángulo, podemos observar también en el Bajo Imperio la competencia entre los poderosos por el patrocinio de los pobres. Fuera por la mengua de recursos o porque el aparato de go-

bierno no funcionaba como debiera, parece haberse incrementado la necesidad de protección, dependencia y patrocinio, y con ello aumentaron las oportunidades de los patronos.

Pueden sugerirse varias razones para esta evolución, si observamos el problema en términos de estructura de gobierno. En primer lugar, se produjeron desde luego aumentos de escala en el número de funcionarios del Estado, y también por lo tanto en la posibilidad de abusos en un sistema en el que existían pocas posibilidades de control tal como se entiende modernamente. Jones, y en esto le sigue MacMullen, estima que la administración tardorromana constaba de entre 30.000 y 35.000 hombres, por contraposición a sólo unos pocos cientos a fines del siglo II. Gracias a la naturaleza de las pruebas ahora disponibles, sobre todo en los códigos legales, sabemos mucho de la estructura y envergadura de los principales departamentos. Uno de ellos, el de los *largitionales*, se dividía en 18 subgrupos, clasificados en siete clases por orden de rango y de honorarios. Juan de Lidia, autor del siglo VI, nos cuenta mucho del funcionamiento de la prefectura pretoriana, en la que había transcurrido su carrera. Los códigos legales están llenos de reglamentaciones que ajustan y afinan estas clasificaciones, hasta el más mínimo detalle, y sin embargo las reglas y las gradaciones de status no dejan de sonar un tanto familiares para cualquiera que haya trabajado en una gran oficina moderna. En segundo lugar, no obstante, estos funcionarios se concentraban en ciertas áreas de gobierno, mientras que otros igualmente necesarios para la gestión del Estado se veían por completo arrinconados, dejando así un vacío que sólo podía llenarse mediante el patronazgo. En tercer lugar, las oportunidades que se abrían al Estado para hacer cumplir la ley o una gobernación eficiente

en general eran extremadamente limitadas, el Imperio era enorme y, aunque se viajaba mucho más de lo que cabría esperar, se hacía de forma muy lenta e incierta, cuando no realmente peligrosa; casi todas las formas de comunicación moderna eran sencillamente inexistentes. Por tanto, los emperadores dictaban leyes cada vez más drásticas e imponían penas cada vez más feroces, sin garantía alguna de que fueran a tener efecto.

Cuando hasta incluso los estados modernos tienen grandes dificultades para encontrar sistemas de gobierno que realmente funcionen, sería anacrónico imaginar que los emperadores tardorromanos o sus ministros eran capaces de conceptualizar sus problemas y absurdo suponer que tenían la capacidad de iniciar cambios en la escala que entrañaría esa conceptualización. El gobierno tardorromano trataba de regir un vasto Imperio, en difíciles condiciones militares y económicas, careciendo de la maquinaria necesaria. Los emperadores desempeñaban un papel religioso, moral y simbólico, dedicaban gran atención a la seguridad militar y trataban de mantener el orden, propósitos todos ellos para los cuales era necesario recaudar impuestos. Era todo lo que podía esperarse y con frecuencia más de lo que podía conseguirse. Teniendo en cuenta los hábitos previos del mundo antiguo, la creciente complejidad de los problemas a los que se enfrentaban los emperadores tardorromanos, la incesante insuficiencia de la maquinaria gubernamental, el crecimiento del patrocinio y las numerosas referencias a formas de corrupción que encontramos en las fuentes eran transformaciones inevitables, pero no están ausentes ni siquiera de los estados modernos supuestamente desarrollados. Se ha argumentado también que el declive económico provocó que aumentara el patrocinio a medida que los poderosos competían

por los recursos y la influencia y los pobres tenían mayor necesidad de protección. Pero esto supone invocar de nuevo la cuestión de la «decadencia». Dado que los historiadores saben con sólo mirar atrás que la «decadencia» se encontraba a la vuelta de la esquina, tienden a centrarse en los indicios de carácter negativo. Pero aunque pueda haber existido cierta contracción económica (véase capítulo VIII), nadie podía imaginarse realmente, tomando como base a Amiano, que se tratara de una sociedad en grave decadencia.

La cuestión de si el Bajo Imperio romano era o no un «Estado totalitario» con un rígido sistema de castas, en que la posición de todos y cada uno estaba estrictamente controlada, debe responderse a la luz de la argumentación arriba presentada. La evidencia de los códigos legales ha alentado esa visión, que es desde luego la que todavía suele mantenerse: numerosas leyes del Código de Teodosio restringen a partir de la época de Constantino la libertad de movimientos de diversas maneras (véanse también capítulos III y IV *supra*). Muchas intentan forzar a los hijos de comerciantes y artesanos a que continúen con las profesiones de sus padres; a los *navicularii* (constructores de barcos) y panaderos, por ejemplo, se les prohibía cambiar de profesión y debían asegurar su continuidad después de su muerte. Conforme pasaba el tiempo, a esos hombres se les prohibía marcharse haciéndoles entrar en la administración, el ejército o la Iglesia. Una ley de Valentiniano, Valente y Graciano (del año 369) establece que «ningún miembro del gremio de traperos podrá abandonar furtivamente un ayuntamiento». Se hace responsable al gremio de que informe de esos casos: «Se establece una pena para el mencionado gremio a menos que presente inmediatamente una queja sobre ese abandono» (*CTh.* XIV.8.2). Otra categoría legislativa era la que trataba de man-

tener a los decuriones —miembros de los ayuntamientos— en los lugares en los que estaban fiscalmente inscritos (*origo*) e impedirles que buscaran en otra parte un modo de vida más lucrativo y menos oneroso; también ellos escapaban siguiendo parecido rumbo, sobre todo el del servicio imperial. Puesto que eran ellos los responsables de la organización y recaudación de los ingresos fiscales, de suma importancia, y que tenían que garantizarlos personalmente de su bolsillo, el interés del gobierno estribaba en mantenerlos donde estaban, pero mantener el equilibrio distaba de ser fácil, como demuestra toda una plétora de leyes. Los emperadores y sus ministros no eran los únicos en encontrarse en una posición contradictoria: aunque Libanio, por ejemplo, pudiera defender la causa del deber ante la propia *curia* (ayuntamiento) en sus oraciones públicas, también pasaba gran parte de su tiempo escribiendo cartas de recomendación para determinados decuriones que trataban de huir de su situación, algo en lo que muchos tuvieron éxito. Muchos consiguieron escapar hacia formas de vida más atractivas: la retórica y el ejercicio de las letras como maestros u oradores independientes era un camino de ascenso seguido por algunos con notable éxito. Siempre debemos contrastar la evidencia de «quienes se marcharon» con el material prescriptivo que ofrecen los códigos legislativos.

La mayor proporción de leyes que restringen la libertad de movimiento guardan relación, sin embargo, con la clase conocida como *coloni* (arrendatarios campesinos), que podía incluir a los pequeños aparceros que también arrendaban a otros parcelas de tierra. Sobre los pobres rurales era sobre los que recaía el peso fiscal más oneroso, así como sobre el conjunto de la economía de base agraria. La recaudación del impuesto de capitación (*capitatio*) impuesta por Diocleciano

necesitaba en teoría de censos regulares que habrían sido difíciles de llevar a cabo con fiabilidad; los movimientos de la mano de obra lo dificultaban todavía más. La regulación que restringía los movimientos siguió por tanto a las reformas de Diocleciano. Antes del año 332, se consideraba al arrendatario o su terrateniente responsables de los atrasos fiscales; después del año 332, los terratenientes que albergaban *coloni* de otros no sólo debían devolverlos sino que tenían que pagar también el impuesto de capitación correspondiente al período que hubieran pasado con ellos además será conveniente que a los arrendatarios que planeen huir se les apriione con cadenas y reduzca a servil condición, de forma que en virtud de esa condena servil se les obligará a cumplir los deberes que convienen a los hombres libres (*CTh.* V.17.1).

Esta ley sugiere, primero, que los *coloni* optaban por huir con el fin de escapar al impuesto de capitación, una huida incitada por los terratenientes que buscaban mano de obra o mano de obra más barata; y segundo, que a los *coloni*, aunque técnicamente libres, se les podía tratar como si fueran esclavos. Pero mientras que la ley de Constantino ilustra el abismo entre ricos y pobres y la verdadera debilidad del gobierno tardorromano, la moderna concepción del llamado «colonato forzoso» (capítulo III) tiende a oscurecer la gran variedad de formas de trabajo libre y no libre existentes y a exagerar el grado de cambio que tuvo lugar en el Bajo Imperio como resultado de pronunciamientos imperiales.

El Estado recurría a esos mecanismos legales, no por razones ideológicas, sino por el deseo de regularización y en un intento de garantizar los ingresos fiscales esenciales. En el año 320, Constantino proclamó que los contribuyentes no debían temer a la ley, pero el mismo decreto representa el pago de impuestos como un asunto de obligación moral y

«sentimientos humanos», y estipulan que se confisquen y redistribuyan las propiedades entre otros, a quienes han de traspasarse asimismo sus obligaciones fiscales (*CTh.* XI.7.3, Lewis y Reinhold, nº 132). Esas leyes representan intentos de control económico que, aunque sean toscas e inadecuadas en sumo grado según las pautas modernas, estaban dirigidas a mantener un equilibrio general. Las disposiciones tendían a ser adoptadas y repetidas por los sucesivos emperadores, aun cuando hubiera cambiado su necesidad; así pues, cuando se abolió la *capitatio* en Tracia, se declaró firmemente que los colonos permanecerían no obstante sujetos [a la tierra] y que «el terrateniente disfrutará de su derecho sobre ellos con la atención de un patrono y el poder de un amo» (*CJ* XI 32.1, año 393). Existían por supuesto diferencias regionales de importancia; las leyes de la década del 370 y el 380, por ejemplo, atan a la tierra a los *coloni* por vez primera en Iliria y Palestina, y en este último lugar en beneficio explícito de los terratenientes (*CJ* XI 53.1, 51.1). La distinción legal entre *coloni* y esclavos se había borrado mucho antes y es materia de discusión en qué medida se trata de cuestiones de nomenclatura; los *coloni* eran estrictamente libres, aunque podía denominárseles «esclavos del suelo» (*servi terrae*, *CJ* XI.52.1,1). En Oriente, sobre todo, otros derechos, como el de poseer propiedades, se restringían en el caso de los *ads-criticii* (*coloni* «encadenados al suelo» en virtud de la *ads-criptio glebae*) como si se tratara en verdad de esclavos. Por otro lado, los *coloni* no eran siervos en el sentido posterior del término y no tenían la obligación de cumplir el servicio militar. Inevitablemente, sin embargo, su posición legal se fue acercando progresivamente a la de muchos esclavos que habían quedado en las grandes haciendas (véase capítulo VI-II); además, tan confusa situación se veía complicada aún

más por las frecuentes uniones mixtas de *coloni* y esclavos. Por último, se podía ser a la vez esclavo y *colonus*. Aunque se ha argumentado que se produjo prácticamente la conversión en siervos de la población agrícola libre, y ha de darse cuenta de un decaimiento en la utilización y disponibilidad del trabajo esclavo durante el período imperial, tanto el concepto de reducción a siervos como el grado de la supuesta decadencia de la esclavitud existente parece cuestionable. Los recientes estudios han reabierto verdaderamente toda la cuestión de la naturaleza de la mano de obra agrícola en el Bajo Imperio.

A primera vista, las leyes que restringían la libertad de movimientos presentan una sombría imagen en lo que respecta a libertad humana. Con todo, nuevamente cabe preguntarse si las cosas eran en realidad muy diferentes en la práctica de como habían sido anteriormente durante el Imperio. La atención a ideas modernas como los derechos humanos resultaría completamente anacrónica. Tampoco hay nada que se parezca ni remotamente a la democracia en el orden del día. G. E. M. de Ste Croix lleva toda la razón al considerar la historia de Roma en términos de progresivo autoritarismo. Por otro lado, la misma confusión e ineptitud del gobierno y la legislación tardorromanas dejaba muchas rendijas abiertas, y las extensas fuentes no legales no sugieren que las leyes supusieran una gran diferencia en la práctica. El problema reside más bien, por lo tanto, en la interpretación de la legislación tardorromana que en su práctica real. Como sucede también con las cuestiones de las leyes que regulaban el matrimonio, la dote y la herencia (véase capítulo VIII), saber cómo valorar los efectos prácticos y la pertinencia en situaciones reales de esta maraña de material legislati-

vo es uno de los problemas más difíciles al que se enfrentan los historiadores de este período.

Los emperadores de finales del siglo IV continuaron o desarrollaron en lo esencial los modelos establecidos bajo Diocleciano y Constantino. El estado romano de finales del siglo IV se diferenciaba de su predecesor más en función del desarrollo natural, o del cambio de factores externos, que de un cambio de rumbo de gran envergadura. Entre los cambios más evidentes para un observador, hay dos que ya hemos discutido: el crecimiento de la Iglesia como institución y la creciente importancia de los obispos, tanto a escala central como en sus respectivas comunidades. Entre los demás cambios figuran el desarrollo de Roma en el siglo IV y el ascenso de Constantinopla como capital, y, sobre todo, las progresivas repercusiones de las invasiones bárbaras y las dificultades surgidas de enfrentarse a ellas, que muchos percibían en función de las debilidades de las defensas romanas, o del ejército romano en general. Se discutirán en los siguientes capítulos. En el próximo, empero, trataremos algunas de las cuestiones de interpretación aquí suscitadas, preguntándonos cómo se debe valorar la economía tardorromana en su conjunto y centrándonos en aspectos específicos de la economía y la sociedad del siglo IV.

VIII. LA ECONOMÍA Y LA SOCIEDAD TARDORROMANAS

La inflación continuó su escalada durante el reinado de Constantino, independientemente de los esfuerzos de Diocleciano por controlar los precios y reformar la acuñación. La base principal de la economía descansaba todavía en la agricultura y, mientras Constantino imponía nuevos impuestos a senadores y comerciantes, poco podía hacerse para provocar un giro generalizado. Ni las consideraciones generales ni los indicadores de los que se dispone sugieren que la contracción de la base económica que probablemente tuvo lugar a mediados del siglo III se hubiera podido invertir. Aun siendo escépticos sobre las elevadas cifras relativas a las dimensiones del ejército romano que aparecen en fuentes escritas (véanse capítulos III y IX), el Estado tuvo que sentirse muy presionado para financiarlo. Parece improbable, además, que el grado de imposición fiscal se hubiera podido elevar significativamente, por la sencilla razón de que la mayoría de los que pagaban no tenían forma efectiva de incrementar su plusvalía. Tampoco —aunque a menudo se afirme lo contrario— podía contarse con que al apoderarse Constan-

tino de las riquezas del templo se produjera una recuperación económica a gran escala. Por último, aunque formase parte de su política fiscal, Diocleciano introdujo «fábricas del Estado» (*fabricae*), mencionadas en la *Notitia Dignitatum*, de las que las situadas en Carnuntum y Ticinum se especializaron en escudos y arcos respectivamente, aunque se observa que se establecieron para satisfacer necesidades militares antes que por razones económicas de mayor calado. Así pues, si se produjo una mejora de la economía en la primera mitad del siglo IV, buena parte del mérito debe asignarse a los progresos en los métodos de recaudación de impuestos, combinados con la vuelta a una relativa estabilidad.

En algunas áreas sí es posible señalar reducciones de escala reales. La minería, por ejemplo, dejó de estar organizada en empresas controladas a gran escala y se hizo más dispersa. La evidencia arqueológica sugiere que la minería de oro, plata y estaño continuó, por ejemplo en España, durante el siglo IV. El Código de Teodosio hace mención de la minería de oro en los Balcanes, el Ponto y Asia Menor, y las muestras arqueológicas señalan que prosiguió también en otros lugares. No obstante puede que fuese en una escala reducida en comparación con anteriores períodos. Se puede encontrar un segundo ejemplo en las dimensiones de las fortalezas tardías de las legiones romanas, tal como se ha estimado a partir de las evidencias arqueológicas (véase capítulo III) y del hecho de que los soldados del Bajo Imperio se encontraran, como algo característico, dispersos y acantonados en las ciudades o en sus cercanías, y no tanto concentrados en zonas fronterizas. Sin embargo, había que contar en ambos casos con una serie de factores, entre los que se cuenta la fragmentación del control político en vastas zonas, como el noroeste de España, y el hecho de que puesto que la *annona*, los suminis-

tros del ejército, estaban ya organizados y se distribuían substancialmente en especie, la distancia entre el proveedor y el receptor tenía que ser lo más corta posible; por último, la necesidad de recurrir a las tropas en funciones de seguridad interna hacía que fuera sensato dispersarlas en pequeñas unidades. En el caso de la minería, aunque el Estado estuviera ciertamente interesado en el suministro de oro, el proceso de cambio dio en realidad la vuelta al modelo de mayor control del Estado que muchos historiadores han subrayado en el pasado: en el Bajo Imperio las minas de propiedad estatal coexistían con las privadas y se permitía cada vez más el arrendamiento de derechos mineros a los particulares.

Aunque resulta notoriamente difícil demostrar que se haya producido una caída de la población en el siglo III, esto sigue pareciendo probable en términos generales en el caso de las provincias occidentales. Por contraposición, hay pruebas que sugieren que se produjo un considerable aumento de población en Oriente desde finales del siglo IV y sobre todo en el V. Sin embargo, hacia el siglo V las condiciones políticas eran muy distintas en Occidente y no llevaron a un aumento semejante.

Hay muchas quejas en fuentes tardorromanas acerca del empobrecimiento de los *curiales* y sobre la codicia de los recaudadores de impuestos. Movidos por las ventajas políticas o por las expectativas tradicionales, los emperadores seguían recurriendo a la remisión *en bloc* de las deudas fiscales atrasadas, como hizo Constantino en la Galia (*Pan. Lat.* V.5 s., Lewis y Reinhold, II, n. 133); cualquiera que fuese la verdadera razón, da indicios de un sistema que no estaba completamente controlado. Y, sin embargo, frente a estos indicadores negativos han de apuntarse signos contrarios. Las primeras fases de la vuelta a la recaudación y entrega en oro de los

principales impuestos, el impuesto de capitación y la *iugatio*, se pueden observar a finales del siglo IV, aunque se sucedieron generaciones hasta completar el proceso. Muchos terratenientes, sobre todo la clase senatorial de Occidente, amasaron una enorme cantidad de riquezas y de tierra. Según Amiano, pregonan largo y tendido sobre la vasta extensión de sus propiedades, multiplicando con la imaginación el producto anual de sus fértiles tierras, que se dilatan, declaran jactanciosamente, del más lejano levante al más alejado poniente (XIV.6.10).

También la Iglesia se enriqueció merced a diversas fuentes, entre las que ya se contaba la herencia. Muchos cristianos donaron grandes sumas a la Iglesia y había grandes desembolsos destinados a erigir iglesias y hacer obras de caridad, mientras la moda de peregrinar a Tierra Santa, que iba en aumento, estimulaba el comercio y los asentamientos locales (véase capítulo XI). Algunos sectores de la sociedad eran sumamente opulentos y muchas de las mordaces observaciones de Amiano sobre el gusto por la ostentación y la extravagancia no se limitan exclusivamente a la clase senatorial. Estos cambios, igual que otros que contradicen la teoría de la decadencia y el empobrecimiento, exigen más explicaciones.

El efecto de rebajar la ley de la moneda de plata y de las diversas medidas fiscales de Diocleciano y Constantino fue la introducción en el Imperio en el siglo IV de una moneda de oro por un lado (*solidi*) y cobre por otro. Seguía acuñándose plata, pero fue gradualmente sustituida por el *solidus* como unidad principal de cuenta. Al contrario que los *denarii* de plata de días pretéritos, éste continuó en uso hasta bien entrado el período bizantino. Dependía, sin embargo, de un suministro regular de oro, que se encontraba en su etapa

inicial, ayudado por una combinación de ciertas circunstancias y de nuevas medidas, entre las que se contaba la adquisición por Constantino de los tesoros de sus rivales vencidos, la confiscación de los tesoros de oro y plata de los templos paganos y la exacción de nuevos tributos pagaderos en oro y la compra forzada de oro a los ricos. Con todo, el sistema monetario distaba todavía de ser estable: así, por ejemplo, un papiro del año 300 fijaba un precio de 60.000 *denarii* por libra de oro, pero poco después aumentó a 100.000 y había alcanzado 275.000 a finales del reinado de Constantino. Empero, esta situación aparentemente imposible resultaba en la práctica enormemente artificial y no representaba el verdadero estado de cosas en términos económicos. El problema es que existían demasiadas monedas bajas de ley —*nummi* o *folles*— en circulación (siendo ya los *denarii* una unidad puramente especulativa); además, era en realidad el gobierno el que actuaba como responsable principal, puesto que de forma regular acuñaba cobre, pero no conseguía recuperarlo mediante los impuestos. Resulta difícil imaginar un sistema en el que no fueran estrictamente intercambiables monedas de diferentes denominaciones, pero el gobierno tardorromano estaba interesado en la moneda de curso legal, en parte por fines que le eran propios: como forma de recaudar ingresos, para ciertos pagos, por las reservas y por razones de prestigio. Las acuñaciones de oro o bajas de ley no formaban parte de un sistema unificado, y, salvo que las cosas quedaran fuera de control, el gobierno no estaba demasiado preocupado por ello. En cualquier caso, sus opciones eran limitadas: Valentiniano optó por el recurso convencional de legislar sobre la cuestión, lo cual no era, empero, lo mismo que llevar el control a la práctica.

Las *annona* (raciones militares) se pagaban todavía parcialmente en especie, aunque las nuevas monedas de oro se utilizaban para donativos. La comprensión de los sistemas monetarios se ha puesto en cuestión con frecuencia: el autor anónimo de *De Rebus Bellicis* se queja a fines de la década del 360 del uso del oro, como si el simple hecho de utilizarlo representase en sí mismo una extravagancia (c.2). Otra causa de discrepancia entre cobre y oro era el enorme papel que representó en el caso de los cambistas en todo tipo de transacciones, desde las compras comunes hasta el pago de impuestos en metálico; los cambistas (*trapezistai* en griego, de donde se deriva el término griego moderno para «banco», y *collectarii* en latín) y los plateros (*argyropratai* en griego, *argentarii* en latín) llegaron a adoptar funciones bancarias elementales. En el otro extremo de la escala, el oro en barras se transportaba regularmente como parte del equipaje que llevaba el séquito del emperador, incluso en campaña; por eso fue un golpe de suerte que, cuando el emperador Valente fue derrotado y muerto por los visigodos en la batalla de Adrianópolis en el año 378, hubiera dejado sus tesoros dentro de la ciudad, aunque se apoderasen de casi todo el resto del equipaje del séquito (Amiano, XXXI.12). Un cambio de suma importancia que comienza al final del período examinado es el del pago repetido de grandes sumas en oro en concepto de subsidios anuales o pagos de una vez a las tribus bárbaras, a efectos simplemente de comprar su benevolencia; esta política, al parecer desastrosa, continuó durante largo tiempo, y de hecho se convirtió en piedra angular de la primitiva diplomacia bizantina. A ojos modernos, el conjunto del sistema monetario del Bajo Imperio resulta increíblemente insatisfactorio, pero se dispone de bastante poca información de la mayoría de los detalles prácticos de su funcionamiento.

No obstante, el Estado hacía lo que podía para mantener las cosas bajo cierto dominio durante este período, adoptando medidas contra la falsificación de moneda y el control paralelo de pesos y medidas. Por lo que respecta a los campesinos, muchos todavía conseguían arreglárselas en su mayor parte sin tener que recurrir al dinero, tal como sugiere una ley del año 366 relativa a África (CJ XI.48.5). En conjunto, las limitaciones del sistema, desde un punto de vista moderno, no pudieron tener más que un efecto depresivo sobre el nivel de actividad económica, al menos en ciertas zonas, pero no supusieron un colapso económico.

Un rasgo sorprendente del siglo IV es la tendencia de los terratenientes a amasar bienes y fincas. Así se manifiesta sobre todo en relación con las fincas senatoriales de finales del siglo IV y principios del V, sobre las que se posee mucha información.

Verdaderamente llamativas son las riquezas de la joven Melania y su esposo Piniano, cuyas haciendas se extendían por todas las provincias occidentales, de Italia a Bretaña y de la Galia al norte de África. Cuando se puso a la venta su palacio en el Celiano, no hubo nadie en Roma que pudiera adquirirlo. Melania y Piniano llegaron a entregar a los pobres 45.000 piezas de oro de una sola vez, 100.000 monedas en otra ocasión y a distribuir fondos por Mesopotamia, Siria, Palestina y Egipto. Con todo, puede que su riqueza no figurase en la categoría más elevada, aunque sus propiedades de Tagaste, en el norte de África, tenían talleres de oro y plata, eran mayores que la propia ciudad e incluían dos obispados. El historiador griego del siglo V Olimpiodoro afirma que los senadores más opulentos disponían de ingresos anuales de 4.000 libras de oro, y los de una escala media de 1.000 a 1.500 libras (fr.44). Petronio Probo (cónsul en el año 371) era otro

adinerado senador con haciendas repartidas por todo el mundo romano (Amiano, XXVII. 11), y Simaco, aunque no fuera en ningún caso uno de los más acaudalados, tenía diecinueve casas y fincas dispersas por Italia, Sicilia y el norte de África, y gastó 2.000 libras de oro en los juegos celebrados mientras su hijo era pretor. Aunque no todos los senadores fueran tan ricos como éstos, el fenómeno general de las grandes fincas tenía implicaciones económicas y políticas. Revelaba una peligrosa concentración de bienes en manos privadas, sobre todo en el siglo V, mientras el gobierno se volvía cada vez más débil. En Oriente, por contraposición, las fortunas senatoriales eran más reducidas, debido al reciente desarrollo del Senado de Constantinopla y a la prominencia en su seno de hombres de orígenes mucho más modestos (véase Libanio, *Or.* 42).

¿Cuándo y de qué manera adquirieron sus propietarios esas grandes haciendas? Para responder, debe decirse que lo hicieron en las turbulentas condiciones de las provincias occidentales de finales del siglo III y años posteriores. Las familias de la aristocracia senatorial tardorromana no eran todas tan antiguas como pretendían y muchas tierras quedaron desiertas o asoladas por la guerra, con lo que pudieron adquirirse de modo fácil y barato. Otra pregunta es la que hace referencia a las repercusiones de esos conglomerados sobre los asentamientos vecinos, su utilización de la mano de obra local y sus efectos sobre la economía de cada lugar. Por último, la pregunta de cómo se gestionaban afecta a nuestra comprensión de los oficios y el comercio tardorromanos en general, así como el de la esclavitud frente a la mano de obra libre en el Bajo Imperio.

La esclavitud como institución (referida sobre todo a la utilización de esclavos para la producción agrícola) ha asu-

mido un papel primordial en todas las discusiones sobre la economía tardorromana. De modo especial, el papel de la esclavitud en los sistemas económicos del mundo antiguo ha constituido un tema de gran importancia en la historiografía marxista, que ha observado siempre una conexión entre la existencia de la esclavitud y el hecho de que el mundo clásico a la larga llegara a su fin. Los debates más recientes han desplazado la cuestión a un plano más sofisticado. Así pues, la noción de un «modo de producción esclavista» típico ha sufrido severas críticas, y se ha apuntado que la esclavitud como bien mueble en grandes fincas no fue nunca la norma fuera de Italia, e incluso allí lo fue durante breve tiempo y de forma limitada. Al mismo tiempo, queda claro que, al contrario de lo que se ha sostenido, los esclavos no fueron sustituidos por mano de obra libre sino que siguieron existiendo en gran número. Pero ya que se ha supuesto de modo persistente entre los historiadores (a pesar de los indicios comparativos de otras épocas) que las fincas que contaban con esclavos tuvieron que ser por fuerza más productivas, hace falta preguntarse no sólo si los esclavos seguían utilizándose en grandes haciendas, sino también cómo se les utilizaba y en qué se diferenciaban sus condiciones de las de los hombres libres.

La joven Melania disponía de numerosos esclavos en sus propiedades; aunque liberó a 800 de los mismos, tal vez esto formara parte más del proceso de liquidación de la propiedad que de sus convicciones cristianas, y muchos fueron vendidos con las tierras. Melania tenía los problemas de una hacendada además de las convicciones de una asceta, y sintió inquietud cuando se rebelaron los esclavos de ciertas fincas por si pudiera extenderse la agitación; además, liberar a 800 esclavos causaría por sí solo considerables problemas lo-

cales. Podía ser que los esclavos fueran arrendatarios ellos mismos, pero en qué medida se ajustaban a este patrón resulta bien difícil de establecer; deben tenerse en cuenta muchas variantes, lo mismo entre fincas que entre regiones. La esclavitud rural, de hecho, no había sido nunca un fenómeno general en el Imperio y, aunque hay testimonios de la época sobre la misma en Italia, España y Asia Menor, así como en las islas, no aparece en los papiros egipcios. Sólo en casos muy raros hay información directa sobre fincas concretas, pero ninguna generalización ni, por supuesto, cifras de zonas más amplias, y Paladio, autor de un manual del siglo IV sobre agricultura, no hace mención alguna de la mano de obra esclava en campos de cultivo. Con todo, su descripción de una hacienda típica, con toda su complejidad y diversidad, provista de villa, viñedos, jardines, ganado y campos cultivados, sugiere una centralización del trabajo antes que una simple parcelación de la tierra en porciones cultivadas por arrendatarios; otro tanto puede decirse de los mosaicos que muestran la laboriosa actividad de villas del norte de África, como la de cierto Julio, de Cartago, que se encuentran hoy en el Museo Bardo de Túnez, que no entraña en modo alguno el uso de esclavos. Una de esas numerosas villas de Occidente era la de Mungersdorf, cerca de Colonia, mientras que en Britania, donde se registraron considerables desembolsos en las villas en el siglo IV, también existían variaciones locales en su economía, combinadas con la interdependencia con las ciudades de cada zona, como queda atestiguado por las villas de la zona cercana a Tréveris, en Germania. A finales del siglo IV, empero, lo mismo en Britania que en la Galia hay indicios de destrucción y decadencia que deben ponerse en relación con las invasiones bárbaras, aun cuando esto no sea cierto en casos determinados.

En cualquier caso, es problemático saber en qué medida se puede tomar a los antiguos autores sobre agricultura como guía fiable de la actividad económica real de cualquier período dado. Simaco escribe como si los esclavos fueran la norma y Agustín describe la práctica de los mercaderes de esclavos de secuestrar a incautos aldeanos para luego venderlos; los padres sumidos en la pobreza vendían a menudo a los hijos que no podían criar. Pero la mano de obra remunerada se había venido utilizando junto a los esclavos durante siglos, sobre todo en momentos de máxima ocupación como la cosecha, y hasta los *latifundia*, de la época principal de la llamada producción esclavista parecen haberse dedicado a un laboreo mixto en lugar de especializarse en cultivos rentables.

Aún quedan muchos puntos oscuros respecto a los esclavos en el Bajo Imperio y no debería sobreestimarse ni minimizarse su importancia. Conviene recordar que en ciertos momentos eran abundantes merced a las conquistas (aunque los prisioneros de guerra bárbaros podían ser también tratados como *coloni*) y que, siguiendo el precedente romano, la esclavitud continuó como institución firmemente asentada en Occidente durante la Edad Media. Sin embargo, tal como se ha visto (capítulo VII), la condición de esclavos agrícolas y la de *coloni* libres fueron haciéndose cada vez más similares. Por lo que se refiere a la gestión de fincas en el Bajo Imperio, sin duda varió enormemente. Sin pensar en términos de esclavos encadenados, tampoco se debería abandonar la idea de que la gestión central («laboreo de propiedades») siguió existiendo.

No obstante, resulta arriesgado intentar argumentar a partir de la presencia o ausencia de esclavitud en torno al nivel de producción. Pero otro rasgo de la existencia de grandes

fincas tenía una repercusión más directa sobre la economía en general. Se trata del hecho de que muchas transacciones tenían lugar entre fincas de un mismo terrateniente, o mediante acuerdos con amistades o parientes, de modo que no entraban en ningún momento en contacto con el mercado. Los nobles necesitaban dinero y calculaban sus ingresos en oro; pero buena parte de su producción se destinaba a mantener sus fincas y su fuerza de trabajo, mientras que otros bienes se daban como presentes, de acuerdo con las expectativas sociales de su clase. Los grandes terratenientes también eran autosuficientes para el transporte; disponían de sus propios barcos, del mismo modo que recurrían a toda clase de artesanos cualificados de sus propias fincas. Los indicios de intercambio mercantil son, por lo que toca a esta clase, esquivos: muchas disposiciones las cerraban los *negotiatores*, y en las fuentes aparece algo acerca de ellos, pero puede que los *negotiatores* fueran intermediarios más que comerciantes propiamente dichos. Por ende, a medida que las tierras de los grandes propietarios aumentaban en número y extensión, el espacio correspondiente a los mercados en general se tuvo que ver igualmente reducido. A medida que la Iglesia iba adquiriendo haciendas, adoptó inevitablemente el mismo sistema y las mismas costumbres; al fin y al cabo, la mayoría de los obispos procedía de esta clase de ricos terratenientes. Se observa que la Iglesia alejandrina se dedicó a iniciativas comerciales y que los terratenientes se lucraban con la venta de tierras. Por último, el modelo de intercambio no mercantil estaba asimismo inserto en el sistema estatal de suministros y distribución en especie. El Estado había adoptado incluso la iniciativa de establecer sus propios medios para fabricar bienes necesarios como armas, y aunque distaran de ser fábricas en cualquier sentido moderno, sino más bien agrupa-

ciones de artesanos, sin embargo eludían los procesos, muy limitados, de intercambio mercantil que existían.

El patronazgo, la dependencia, el «trabajo obligado» son todos ellos característicos del sistema económico tardorromano, además de contar como factores contrarios al crecimiento en cualquier escala real. Hay que tomar nota de otro rasgo arraigado del intercambio y la distribución tardorromanos que apunta en la misma dirección, a saber, la provisión de suministros alimentarios gratuitos a la población de Roma y, siguiendo el mismo modelo, a la de Constantinopla. Se trataba de una práctica largamente arraigada que entrañaba que buena parte de la producción de grano del norte de África y Egipto fue requisada con este fin como parte del impuesto sobre tierras. En Roma la distribución sobre tierras se remontaba al final de la República; en el siglo IV, igual que anteriormente, las raciones se entregaban a cambio de unos vales que, por aquel entonces, ya eran hereditarios y podían venderse. Siguiendo los precedentes, Constantino amplió la distribución a Constantinopla, donde había 80.000 personas que la recibían, y hacia finales del siglo IV también estos vales (*annonae populares*) se habían convertido en hereditarios y vendibles; así pues, no está nada claro que fueran aquellos con verdadero derecho a las raciones quienes finalmente las recibieran. Sin embargo, quienes construían viviendas en Constantinopla obtenían automáticamente el derecho a recibirlas. No sólo se distribuía gratuitamente trigo o pan, también aceite y carne de cerdo, y esta última se cobraba como tributo a otras ciudades de Italia. En Alejandría funcionaba un sistema similar en el siglo III y es posible que fuera posteriormente adoptado por la Iglesia.

No es de sorprender que llevar a cabo las disposiciones necesarias entrañara toda clase de dificultades prácticas,

acerca de las cuales cuenta mucho el *Código*; hacia mediados del siglo V, en lugar de recibir de las ciudades proveedoras cerdos de peso y calidad sin determinar, los *suarii* (carniceros de cerdo) de Roma recibían dinero para seleccionar y comprar sus suministros. También se proveía de vino, no gratuitamente, sino a precios de descuento, y también para esto exigía el gobierno un impuesto en especie a zonas cercanas dentro de Italia. El origen de estos suministros era político, con el fin de asegurarse el apoyo de la población de la capital; siguieron en vigor durante varios siglos y a pesar de las complicaciones prácticas y las posibilidades de abuso a que daban lugar, su extensión a Constantinopla constituía un paso completamente lógico. Al mismo tiempo, eran expresión por parte del Estado de un impulso hacia el euergetismo (buenas obras) que había estado anteriormente tan arraigado entre los notables cívicos del Imperio. Pero tenía asimismo evidentes implicaciones económicas, alentando el crecimiento de una clase baja urbana dependiente, impidiendo cualquier desarrollo que hubiera podido producirse hacia actividades de trabajo asalariado en los capitales y monopolizando la producción del norte de África y Egipto. En la práctica, la distribución en Roma era una especie de anacronismo a lo largo del siglo IV, cuando ya no era capital o sede de la autoridad imperial; sin embargo, la inercia natural del gobierno tardorromano y el poder de la tradición hicieron que se desechara la idea de su abolición.

Así pues, eran muchos los factores que se combinaban para rebajar el nivel del intercambio mercantil a gran escala, además de las consideraciones generales basadas en la sociedad agraria del Imperio romano y la naturaleza de las ciudades de la Antigüedad. El comercio ha venido recibiendo mayor atención de los historiadores del mundo antiguo, como

se deduce claramente de la segunda edición de *La Economía de la Antigüedad* de Finley, publicada en 1985; en ella se le asigna al comercio un papel mayor del que tenía en la muy influyente primera edición, publicada en 1974 en Madrid. La segunda edición no está traducida a nuestro idioma. Al final de la época estudiada, los indicios que proporciona la cerámica tardorromana —una fuente de atento estudio relativamente reciente para los arqueólogos— parecen sugerir ese intercambio a larga distancia: por ejemplo, entre el África de los vándalos, Italia y Constantinopla en el siglo V tuvo lugar a mayor escala de lo que se había imaginado partiendo de la base de los testimonios literarios. Esto resulta muy importante en relación con la cuestión bastante debatida del declive de Occidente y la transición al mundo medieval, aunque no está en absoluto claro, por ejemplo, qué parte de ese intercambio contaba como comercio propiamente dicho; además, el debate se ha centrado principalmente en el período posterior a los asentamientos bárbaros de la Galia y la conquista del norte de África por parte de los vándalos en el año 430. Pero hoy queda claro que las ciudades norteafricanas se encontraban en una situación de sorprendente florecimiento en el siglo IV y que el siglo IV tardío en Palestina y Siria representó una época de crecimiento de la población y de creciente prosperidad. Las condiciones locales fueron cruciales aquí lo mismo que en otras partes: el *massif* de piedra caliza del norte de Siria se adecuaba especialmente al cultivo del olivar a gran escala, y así se explotó, aunque al parecer no de forma tan exclusiva como anteriormente; mientras, en el desierto del Neguev, al sur de Palestina, los sistemas de regadío que llevaban funcionando desde el período nabateo permitían labores agrícolas mixtas, y los monasterios dedicados al laboreo provistos de mercados de frutas y verduras contribu-

yeron a sustentar a una población mayor que la de ningún otro período hasta hoy. En el caso de Antioquía, una de las escasas ciudades de las que tenemos información detallada merced a las fuentes, está claro que entre la población se contaban muchas clases distintas de artesanos y comerciantes, aunque sin definir en qué escala y para quién trabajaban.

Los estudios académicos se están desarrollando con gran rapidez en este terreno y las generalizaciones que se hacen sobre la economía tardorromana siguen siendo todavía necesariamente toscas; sin embargo, se pueden empezar a contraponer los indicios arqueológicos reales a los abundantes testimonios, potencialmente engañosos, de los códigos de leyes y llegar así a tener una imagen más ponderada de lo que hace sólo una generación era posible.

La difusión del cristianismo también trajo consigo diversas formas de redistribución de la riqueza. Una, ya mencionada, fue la que se produjo gracias a las herencias; al permitir a la Iglesia recibir herencias, de acuerdo con una ley de Constantino, la misma Iglesia o en la práctica las sedes se convirtieron en terratenientes de importancia. Los obispos tuvieron que enfrentarse a la misma responsabilidad de gestionar propiedades con esclavos y *coloni* como propietarios inexpertos, y el mantenimiento permanente de nuevas iglesias se garantizaba también con frecuencia dotándolas con los ingresos provenientes de ciertas propiedades; se conoce mucho, por ejemplo, acerca de las disposiciones referidas a las iglesias romanas de Constantino gracias al *Liber Pontificalis* (*Libro de los papas*) medieval. Otra forma importante de redistribución de la riqueza en el cristianismo lo constituyó la donación y el traspaso expresos de sus propiedades por parte de cristianos acaudalados. De ello proporciona un ejemplo notable la joven Melania. Otra persona sobre cuya

renuncia conocemos muchas cosas gracias a sus cartas y otras fuentes es Paulino de Nola, corresponsal de Ambrosio, Agustín y Sulpicio Severo, que vendió sus propiedades y levantó un estudiado complejo eclesiástico en Nola, en la Campania, mientras que Sulpicio Severo (muerto en el 422) hizo otro tanto en Primuliacum, emplazamiento probablemente de una villa en la Galia meridional. Estos dos hombres estaban interesados en desarrollar un centro de culto que pudiera servir también de centro de sus propias actividades. Otros levantaron monasterios en Tierra Santa y contribuyeron directa o indirectamente al tráfico de peregrinos, que había ido en aumento desde la visita de la madre de Constantino, Elena, en el año 326. Los viajes cristianos conllevaban asimismo implicaciones económicas. La viajera más conocida es la monja española Egeria, que visitó Tierra Santa en el año 384 y ha dejado un pintoresco diario de sus experiencias. Sin duda, al igual que otros viajeros con relaciones importantes, contó con protección en cada una de sus etapas, a menudo de obispos, pero también de funcionarios locales que ponían hospedaje a su disposición y a la del grupo que le acompañaba y le facilitaban el viaje hasta la siguiente etapa: en las zonas más peligrosas, desde Clysma (Suez) al delta del Nilo, en Egipto, le acompañaron escoltas militares regulares que estaban acantonados a lo largo del camino; en otros lugares fueron los monjes o el obispo local quienes le proporcionaron asistencia. Cuando Paula, la amiga de Jerónimo, fue a Jerusalén, el gobernador de Palestina dispuso habitaciones para ella en su residencia oficial. Los peregrinos también necesitaban transporte, viajando por mar en barco, y en tierra habitualmente a caballo.

Hasta los monjes del desierto egipcio recibían constantemente visitas (capítulo V), entre las que se contaban las de

viudas ricas que no siempre eran bienvenidas. Arsenio, un monje que había sido tutor de Arcadio y Honorio y que fue más allá que la mayoría en su rechazo del mundo, recibió la visita no deseada de una rica joven de la clase senatorial que insistió en ir a verle a Canopus y a quien había ayudado en su peregrinaje el patriarca Teófilo de Alejandría. Ella se echó a sus pies y, violento, volvió a levantarla y, mirándola fijamente, dijo «Si has de ver mi rostro, helo aquí, mira». Ella, llena de vergüenza, no osó mirarle a la cara. Entonces, el anciano le dijo: «¿No has oído hablar de cómo vivo? Debería ser respetado. ¿Cómo te atreves a hacer este viaje? ¿No te das cuenta de que eres una mujer y no puedes ir donde te plazca? ¿O es que has venido para poder volver a Roma y contar a otras mujeres que has visto a Arsenio? Y luego harán del mar una vía pública para que vengan las mujeres a verme» (trad. Ward, 13-14).

El viaje podía ser muy peligroso y los peregrinos tenían todas las necesidades de un viajero de hoy día. También compraban recuerdos: lámparas, botellas (*ampullae*) de agua del Jordán, sellos, imágenes y otros del santo local. Uno de los sepulcros importantes fuera de Tierra Santa era el de Tecla en Seleucia, en Isauria, visitado por Gregorio Nacianceno en la década del 370 y por Egeria, y ya entonces emplazamiento de una basílica de tres naves. El alojamiento de los viajeros lo proporcionaban numerosos refugios de peregrinos, pero también se instalaban en posadas locales: Juan Crisóstomo previene a los peregrinos para que se aparten de las tabernas de Dafne, en Antioquía. Por último, el día festivo del santo patrón se celebraba habitualmente con una feria, que constituía un hito de importancia para el comercio local.

Resulta muy difícil valorar la repercusión económica de las construcciones eclesiásticas o del patrocinio cristiano de

las artes visuales en esta época. Seguramente, la construcción imperial podía desviar directamente recursos y los emperadores dar instrucciones a los gobernadores provinciales para que dispusieran de materiales y trabajadores, como hicieron con las postas públicas. La escala de algunas iglesias de importancia era impresionante, como sucedía con la basílica de Ambrosio en Milán, a la que éste trasladó las reliquias oportunamente descubiertas de los dos mártires locales, Gervasio y Protasio, en el año 386, en presencia de una gran muchedumbre (Ambrosio, *Ep.*22). Una basílica cruciforme dedicada a los Santos Apóstoles fue añadida al mausoleo de Constantino en Constantinopla a mediados del siglo IV. Todos y cada uno de los obispos querían construir un monumento de mérito; de este modo, Gregorio Nacianceno describe el construido por su padre, que había sido también su predecesor, y Gregorio de Nisa su propio *martyrium* en Nisa. En Roma, el papa Dámaso construyó una basílica en la Via Ardeatina en la que fue enterrado junto a su madre y su hermana (*Líb. Pont.* 1.212-213). Los particulares contribuían también con donaciones: así, Serena, esposa de Estilicón, hizo pavimentar el suelo de la iglesia de San Nazario en Milán como voto por el regreso de su marido sano y salvo (*CIL* V.6250). Además de las iglesias, y a pesar de la extendida desaprobación cristiana del baño, también existen testimonios de establecimientos clericales de baños en Italia con patrocinio episcopal. Aunque el arte cristiano propiamente dicho tardó bastante en desarrollarse durante el siglo IV, la erección de iglesias y el desarrollo de sepulcros que atrajeran peregrinos marcaban la pauta; ambas acciones suponían destinar fondos para ello y, lo que es igualmente importante, se establecía un precedente y se daba ejemplo para el desarrollo

de esa forma de construcción que puede observarse posteriormente y, sobre todo, en el siglo V oriental.

Al igual que los obispos heredaron una función cívica como patrones de edificaciones urbanas en este período, también la caridad cristiana comenzó a tomar el lugar del euergetismo cívico. Ya en el siglo III, la Iglesia de Roma mantenía a 18.000 viudas, huérfanos y pobres; en la Antioquía del siglo IV, había 3.000 viudas y vírgenes registradas, dejando aparte los necesitados varones. El arzobispo Porfirio de Gaza también se ocupaba de distribuir regularmente dinero a quienes lo necesitaban, lo que tuvo continuidad después de su muerte de acuerdo con las disposiciones hechas en su testamento (Marcos el Diácono, *Vita Porph.*, pp. 72-73). La idea de dar limosna a los pobres formaba parte importante de la ética cristiana y esa caridad podía adoptar la forma de renuncia individual, como en el caso de Melania u Olympias. Los cristianos adinerados vendían sus propiedades a gran escala, entregando el producto de la venta a las iglesias locales, disponiendo que se alimentase a los pobres de forma regular o distribuyendo dinero directamente entre ellos. La caridad se formalizaba también en el sostenimiento de entidades caritativas como hospicios, asilos de ancianos y orfanatos, que con frecuencia se levantaban anejos a edificios eclesiásticos; aunque hay bastantes más indicios de ello en los siglos V y VI, ya se encontraban ejemplos en la época anterior. La diferencia fundamental entre éstas y las fundaciones de caridad del Alto Imperio reside en su propósito, así como en la identificación de sus beneficiarios, designados de forma concreta como pobres y necesitados, por contraste con los de las primeras fundaciones imperiales, que se restringían a menudo a las clases sociales más elevadas. Por otro lado, los beneficios de esas donaciones para el dador a veces se acercaban mu-

cho a los derivados del euergetismo cívico; Paulino de Nola y Sulpicio Severo actuaron como patrones igual que lo hicieron sin duda los dignatarios cívicos del Alto Imperio. Vistas así las cosas, no parece que la supuesta contraposición entre el anterior euergetismo y la caridad cristiana fuera siempre tan grande como se ha postulado. En la práctica, las renunciadas a la propiedad más espectaculares por parte de miembros de la clase alta occidental se produjeron en la primera década del siglo V, precisamente en la época en la que el Estado se encontraba más amenazado por una invasión bárbara. En cierto modo, reflejan una especie de abandono, una opción de supervivencia para la privilegiada clase alta, que podía por tanto perpetuar su *status* de patrón de forma distinta, disociándose a la vez de un compromiso directo en la crisis política.

Algunas mujeres lograron la independencia económica merced a la cristianización, rechazando las tradicionales exigencias del matrimonio y la familia y viviendo según su elección, como ascetas en su propia casa o viajando y fundando monasterios. Éstas se limitaban, sin embargo, a la clase alta, y en qué medida cambiaron un tipo de encierro por otro resulta asimismo discutible. Sin embargo, su entusiasmo es evidente. Paula había estudiado atentamente las escrituras y conocía el hebreo mejor que Jerónimo, y Melania la Mayor había leído «siete u ocho veces» tres millones de líneas de Orígenes, doscientas cincuenta mil líneas de Gregorio, Esteban, Pierio, Basilio y otros (Paladio, *Historia Lausiaca*, 149). Fabiola, otra de las amistades femeninas de Jerónimo, fundó un hospital en Roma en el que, según Jerónimo, participaba ella misma en la asistencia, mientras Marcela, otra romana conversa al ascetismo, desafió a los victoriosos visigodos que saqueaban Roma en el año 410 cuando entraron en su casa y

la acusaron de haber escondido sus riquezas (Jerónimo, *Ep.*127). En Oriente, se dice que el viudo Olympias, amigo de Juan Crisóstomo, sostuvo con su patrimonio y consejo a Nectario, el patriarca de Constantinopla, Gregorio de Nisa, Anfiloquio de Iconio, Epifanio de Constancia, en Chipre, y a «muchos de los demás santos y padres que vivían en la capital»; entre otros destinatarios de su ayuda se contaban los obispos Antioco de Tolemaida, Acacio de Beroea y Severiano de Gabala (Vida de Olympias, 14).

A las clases altas se les permitía mantener su celibato gracias a la ley de Constantino del año 320 (*CTh.* VIII. 16.1), que suprimía las penas existentes de acuerdo con la legislación matrimonial de Augusto. Las mujeres, con todo, eran severamente tratadas de acuerdo con la Ley. En el año 331, Constantino legisló sobre el divorcio, declarando que no se permitiría a las mujeres salirse con la suya si buscaban divorciarse por razones de «deseo depravado» tales como el adulterio, el juego o la excesiva afición a la bebida por parte de sus maridos, sino que sólo podrían recobrar su dote si el marido era un comprobado «asesino, adivino o saqueador de tumbas» (*CTh.* III.16.1); por contraposición, el adulterio de la mujer justificaba un divorcio inmediato por parte del marido. Agustín nos ha dejado una desolada imagen de las relaciones humanas del hogar típico romano; el marido seguía siendo el severo *paterfamilias* y la esposa podía esperar la misma disciplina que los niños. Su misma madre, Mónica, y su relación con ella nos es descrita de un modo inolvidable en las *Confesiones*, pero el padre, Patricio, una figura menos simpática, aparece constantemente al fondo como alguien cuya repentina ira debe preverse cuidadosamente y cuyas exigencias hay que satisfacer:

muchas mujeres desposadas con maridos más bondadosos llevaban marcas de golpes y tenían el rostro desfigurado (Conf. IX.9.19).

Por otro lado, muchos textos indican relaciones de afecto e intimidad, y los autores cristianos, aun teniendo una pronunciada visión masculina, están dispuestos a conceder espacio y atención a las mujeres en sus obras; como resultado, sabemos bastante más de las mujeres del Bajo Imperio que de las de anteriores períodos.

Una diferencia que aparece en las actitudes legales es un sentido cada vez más acusado de las mujeres como seres débiles y necesitados de protección. Aunque los datos en cantidad sean limitados, las inscripciones no sugieren que los cristianos se diferenciassen de modo significativo de los paganos en lo tocante al volumen de la familia o la edad de matrimonio; en la buena sociedad, los matrimonios eran convenidos y las muchachas se casaban a los doce o catorce años y se prometían antes de la pubertad; Agustín se prometió a los treinta a una muchacha de diez años. La legislación imperial de Teodosio I y Justiniano prohibía los matrimonios de parientes cercanos, en contraste con la práctica común en las fronteras orientales del Imperio; pero la legislación no era nueva —Diocleciano ya había sentado un precedente— y está claro que la ley de Teodosio no fue un éxito. Sin embargo, la sociedad romana de Occidente no aseguraba su herencia por medio de matrimonios con parientes (*endogamia*) sino más bien explotando las redes de amistades e interés social. En relación con los niños, los emperadores cristianos condenaron el abandono de los niños a su suerte (*CJ* VIII.51 (52).2), pero se reconoció como algo típico que los padres vendían *de facto* a los niños al prohibir que recobrasen a sus hijos una vez cedidos (*CTh.* V.9.1). Esa mayor atención dedicada a las

mujeres no se extiende a los niños, que en buena medida siguieron ignorados por la literatura de la época en tanto que sujetos con sentimientos; Agustín, con su interés por la evolución infantil, es una excepción, aunque su descripción de bebés y niños pequeños es inolvidablemente negativa:

Yo he visto y conocido a un niño celoso. No podía hablar y, pálido de celos y amargura, miraba con ferocidad al hermano que compartía la leche de su madre. ¿Quién ignora este hecho de la experiencia? Madres y nodrizas pretenden encandilar su atención aplicando sus propios remedios. Pero no puede llamarse inocencia, cuando la fuente de leche fluye rica y abundante, que no soporte que una parte se destine a su hermano de sangre, que tanto la necesita y que depende de ese único alimento (Conf. 1.7.11).

Los Padres de la Iglesia tenían también un pobre concepto de las mujeres, por mucho que frecuntaran a determinadas damas ricas; las mujeres eran vistas como fuente de tentación para los hombres y muchos autores cristianos adoptaron el punto de vista de que no sólo el sexo, sino incluso el matrimonio era pecaminoso. A finales del siglo IV se desarrolló un animado debate sobre la cuestión de si Adán y Eva habían sido seres sexuados en el Jardín del Edén; muchos sostenían que no, y que la sexualidad humana era resultado de la Caída. También se discutía acaloradamente sobre los detalles exactos del nacimiento de Cristo, pues muchos mantenían que María conservó su estado virginal durante y después del parto. Estas cuestiones eran cruciales en el entendimiento teológico que de la Encarnación se tenía entonces, y ocupaba por tanto un lugar principal en las controversias de la cristología: el status de la Virgen María fue la cuestión central que se discutió en el Concilio de Éfeso en el año 431. Pero si bien es cierto que el celibato y la virginidad se impo-

nían tanto a hombres como a mujeres, no se puede olvidar el hecho de que era habitualmente a las mujeres a quienes se adjudicaba el papel de seductoras y a quienes, como a Eva, se culpaba de las debilidades sexuales de los hombres, siquiera porque los autores de los numerosos tratados sobre la virginidad y el matrimonio eran invariablemente hombres. Es mucho más difícil valorar qué efecto, de tener alguno, tuvo toda esta predicación y moralismo sobre las costumbres sexuales de individuos y parejas, y parece muy improbable que tan severos puntos de vista se pusieran en práctica por parte de alguien que no formara parte de una minúscula minoría; pero aun cuando descontemos a una gran parte, la visión predominante de una élite que se hace oír con fuerza, como sabemos por nuestra experiencia moderna, tiene finalmente su repercusión en las ideas y prácticas de los propios individuos.

Resulta difícil dar una imagen de la vida cotidiana del Bajo Imperio, pues se trata de un período muy amplio y con fuentes disímiles, además de carecer de tantos testimonios estadísticos y documentales como los disponibles para otros períodos. En esas circunstancias, hasta los mejores esfuerzos seguirán pareciendo inevitablemente impresionistas. Los indicios son, no obstante, extremadamente abundantes si se comparan con los de períodos anteriores de la Historia Antigua. Por señalar un ejemplo del cambio de acento de las fuentes, los pobres son más visibles, gracias a los testimonios cristianos, aunque habitualmente se presentan en tanto que grupo y no como individuos. Resulta perceptible que en términos de comunicación, al contrario que los oradores clásicos, los predicadores cristianos eran conscientes de la necesidad de dirigirse a los ignorantes lo mismo que a las clases superiores, y Agustín escribió un tratado especialmente de-

dicado a la cuestión. Empieza a oírse más acerca de la gente corriente, sobre todo gracias al desarrollo de la literatura hagiográfica (vidas de santos), aunque este género se encontraba todavía en su infancia en el siglo IV. De la última parte de este período procede, con todo, la primera etapa de la literatura monástica oriental, los dichos y anécdotas sobre los Padres del Desierto, y en ellos se encuentra una interesante mezcla social de analfabetos del campo y miembros de la clase alta como Arsenio. Desde finales del siglo IV y del siglo V en adelante los cristianos sitúan sus cementerios en las iglesias y registran sus enterramientos con sencillos epitafios funerarios; por lo general, dicen poco de la persona a la que se conmemora, salvo su nombre, pero su carácter directo contrasta con los epitafios mucho más elaborados que los más acomodados seguían encargando para sí mismos.

Aunque la apariencia de las ciudades estaba empezando a cambiar lentamente a medida que se levantaban más iglesias, la gente seguía viviendo en el mismo tipo de viviendas que en épocas anteriores. Para los ricos, la «casa con peristilo», con sus habitaciones en torno a un patio central de columnas, continuó utilizándose en la mayoría de las ciudades hasta el siglo VI. Muchos de estos edificios se adornaron con grandes mosaicos en el siglo IV; ejemplos notables son los de Apamea, en Siria, residencia del filósofo neoplatónico Jámblico, y Pafos, en Chipre, donde aparecen representados temas más o menos filosóficos, como Sócrates, los Siete Sabios, Orfeo y Ayón. En el caso de Apamea, se ha sugerido su relación con el revivir pagano acontecido con Juliano. Pero la decoración de la casa no se atenía necesariamente a las creencias personales de su propietario, aun cuando fuera cristiano, y los estilos y motivos clásicos siguieron siendo populares durante muy largo tiempo. También seguían acu-

diendo los cristianos a los baños, los juegos y el teatro, costumbres sobre las que Juan Crisóstomo tenía opiniones contundentes y puritanas. La vestimenta, la joyería y los cosméticos eran tan populares en el siglo IV como en cualquier otra época, y vestir de saco era por tanto la primera exigencia del ascetismo. Cuenta Jerónimo a Eustoquio que haría mejor en evitar la compañía de las mujeres casadas, con vestidos tejidos con hilo de oro, aunque los hombres de pelo largo con gargantillas y brazaletes eran a sus ojos una influencia igual de perniciosa.

Conviene anotar que la moda no pasaba por estilos rápidamente cambiantes, como sucede hoy día. La túnica larga con algún tipo de capa era todavía lo corriente. Lo que más se valoraba era el estampado, sobre todo los bordados y el uso de piedras preciosas, los colores y los materiales, especialmente la seda. Amiano también vitupera los excesos de ostentación:

Otros [refiriéndose a la clase senatorial] creen que la cúspide de la gloria estriba en que les vean en carruajes des acostumbradamente elevados y en un modo ostentoso de vestir; sudan a causa del peso de las capas que se prenden al cuello y se abrochan en la garganta. Son de una textura finísima cuyo vuelo se levanta con facilidad, y ellos se esfuerzan con frecuentes movimientos, sobre todo de la mano izquierda, en dejar ver sus largas orlas y exhibir las vestiduras que se ocultan debajo, bordadas con figuras de animales (XIV.6).

Los autores modernos dan a menudo la impresión de que la vida del Bajo Imperio había degenerado en un estado de crisis. La siguiente afirmación, extraída de un libro reciente, no resulta en modo alguno insólita:

En todos los períodos de la historia romana, la pobreza, la falta de libertad y la opresión eran los hechos normales de la vida para amplios estratos de la sociedad. Pero, en el Bajo Imperio, los sufrimientos de la población fueron en algunos aspectos peores de lo que nunca habían sido.

Los factores clave que se destacan son el elemento cada vez mayor de coacción y el presunto alejamiento de la gran masa de la población, que condujo, según se dice, entre otras cosas, a la deserción masiva con los bárbaros y a la incapacidad del Estado para afrontar el problema militar: «Los hombres preferían como mal menor vivir bajo el dominio de los bárbaros, comparado con el sistema del Estado romano». En el capítulo siguiente se discutirán las relaciones del Estado tardorromano con los bárbaros. Por lo que respecta a las cuestiones generales, tales juicios históricos no sólo dependen de la propia perspectiva sino también de hacia dónde se mira.

IX. LOS ASUNTOS MILITARES, LOS BÁRBAROS Y EL EJÉRCITO TARDORROMANO

Los cambios económicos y sociales que acontecieron en el siglo IV se produjeron con el trasfondo de un constante conflicto militar. Aun cuando el reinado de Diocleciano trajera un cierto respiro respecto al agitado siglo III, resulta difícil encontrar un momento durante este período en el que el Imperio disfrutara de un lapso de paz, y las extravagantes afirmaciones de los panegiristas tienden a representar píos deseos más que realidades.

Así pues, en el año 321 el panegirista latino Nazario escribió acerca de la profunda paz y prosperidad de la que supuestamente gozaba el Imperio en vísperas de las reanudadas hostilidades entre Constantino y Licinio. Aunque el poeta Publilio Optatiano Porfirio (V.l sig., XIV.9 sig.) y Eusebio (VC IV.7) sostenían que todas las naciones reconocían el poder de Constantino, se abrieron nuevas hostilidades entre

Roma y la Persia sasánida en los últimos años de Constantino, dejando a su hijo Constancio II una herencia de campañas en Mesopotamia. Constantino había pasado los primeros años de su reinado dirigiendo un ejército romano contra las tribus de los francos en la Galia, un período durante el cual construyó un puente sobre el Rin, en Colonia, para acrecentar el prestigio romano y prevenir posteriores invasiones (*Anón. Vales.* 8). La guerra civil persistió también de modo más o menos continuo durante los años 306-313, y se reanudó entre Constantino y Licinio en el 316, antes del final de la campaña en el 324. El reinado de Constancio continuó en la misma línea: la guerra entre Constancio y Magnencio desde el 350 al 353, además de distraer la atención de Constancio sobre Oriente, puso a Occidente en peligro y debilitó las defensas romanas en el Rin; en su relato de las campañas de Juliano en la Galia, Amiano habla de ciudades y fuertes destruidos por los bárbaros (XVI.11, XVII.9-10) y de que los alamanes habían penetrado más allá del Rin adentrándose en la misma Galia (XV.4).

Surgió entonces una situación de peligro: Silvano, el general a quien se había encargado derrotar a los alamanes y que era asimismo de origen franco, se declaró Augusto en Colonia (XV.5). El propio Amiano se encontraba entre los oficiales que acompañaron a Ursicino a derrocar al usurpador, y afirma que él y sus compañeros estaban tan temerosos por su propia seguridad que eran «como delincuentes sentenciados a los que se arrojara a las fieras salvajes». Su relato de la historia completa y de sus consecuencias ilustra bien la interacción de bárbaros y romanos, la división de lealtades y las oportunidades a las que daba lugar, así como la atmósfera de sospecha que se respiraba tanto en la corte como en el campo. La propia Colonia fue luego sitiada y tomada por los bár-

baros y la tarea de remediar la situación en la Galia fue encomendada al inexperto Juliano (XV.8), cuyas campañas describe Amiano con detalle. Juliano demostró ser un buen general, pues recuperó Colonia y derrotó a un gran ejército alaman en una batalla campal cerca de Estrasburgo en el año 357 (Amiano, XVI.12), a continuación de la cual cruzó el Rin y atacó a los francos que ocupaban territorio romano (XVII.1-2, 8-10).

Las campañas de la Galia, aunque relatadas por Amiano de tal modo que acrecentaran la reputación militar de Juliano, resultan instructivas no obstante para comprender los problemas a los que se enfrentaba Roma con las tribus bárbaras en la Galia y Germania. Juliano no lo tuvo fácil: para empezar, las armas romanas no eran superiores a las de los bárbaros; los alamanes habían penetrado profundamente en la Galia y se encontraban dispersos por una serie de zonas, así que entraba dentro de lo posible que las tropas romanas se vieran rodeadas; además, no siempre podían confiar en ser bien recibidas en las ciudades, cuyos habitantes habían aprendido a estar preparados para recibir cualquier cosa. De la narración de Amiano se desprende la visión de que los bárbaros eran incapaces de llevar a cabo con éxito un asedio (XVI.4); sin embargo, era evidente que muchas ciudades, entre ellas Colonia, habían sido tomadas y destruidas o dañadas. Aunque los romanos pudieran tener éxitos como el de Estrasburgo, que consiguió deshacer una amenazante alianza de tribus, el problema se planteaba a largo plazo y entrañaba una peligrosa mezcla de acciones militares, iniciativas diplomáticas y concesiones.

El desplazamiento de la atención romana hacia Oriente con las invasiones de Mesopotamia por parte de Shapur II en los años 353 y 360, seguido de la desastrosa expedición persa

del año 363, para la cual se dispuso un ejército de 65.000 hombres, alentó nuevas incursiones más allá del Rin. De nuevo se hacía necesaria la diplomacia en vista de los compromisos adquiridos en otros lugares, y Amiano describe la reunión de Valentiniano con el caudillo alamán Macriano en el Rin, cerca de Maguncia, en el año 374:

En el día acordado para la conferencia, [Macriano] esperó majestuosamente erguido en la ribera misma del Rin, mientras sus compatriotas hacían chocar sus escudos a su alrededor. Desde el otro lado, el Emperador, asistido a su vez por una hueste de oficiales de distinta graduación entre la pompa de resplandecientes estandartes, llegaba en barcos fluviales hasta alcanzar una distancia segura de la orilla. Cuando por fin cesó el parloteo y las frenéticas gesticulaciones de los bárbaros, siguió una larga conversación por ambas partes y se concluyó un pacto de amistad confirmado con solemnes juramentos (XXX.3).

Pero en el año 378 Graciano volvía a luchar más allá del Rin, y con cierto éxito (XXXI. 10). El Danubio era tradicionalmente otra zona de peligro, como lo eran los Balcanes. Constancio II, desde su base en Sirmio, llevó adelante una campaña en el año 358 contra los sarmacios y los quados, que amenazaban la Panonia y la alta Moesia; de nuevo, su éxito fue considerable y, después de forzar a los limigantes a retirarse y derrotar a los sarmacios, «retornó a Sirmio como conquistador» (XXVII. 13). Sin embargo, los sarmacios volvieron a elevar sus peticiones a Valentiniano en el año 375, y el emperador, que regresaba de Panonia, estableció su campamento en Carnuntum, en el Danubio, y atacó a los quados desde Aquincum (Budapest). Amiano atribuye su muerte, aparentemente de apoplejía, a la ira que le produjeron las excusas de los enviados de éstos (XXX.6). Las tropas que se en-

contraban sobre el terreno proclamaron al niño Valentiniano II, para no dejar expuesto el frente del Danubio, ya que el emperador Graciano se encontraba lejos, en Tréveris; además, a Graciano le abandonaron sus propias tropas cuando se proclamó a Magno Máximo en Britania en el año 383 (Zósimo, IV.35). También Valente había librado una campaña contra los godos en los años 367-369, derrotando al caudillo godo Atanarico (XXVII. 5).

Pero el mayor desastre romano en Occidente de este período, que Amiano consideró lo bastante grave como para utilizarlo como conclusión de su historia, fue la derrota y muerte del emperador Valente en Adrianópolis en el año 378 (Amiano, XXXI. 12-13), conmoción que dio un nuevo cariz al conjunto de la situación y que se originó a partir de una serie de factores. Aparecidos por vez primera alrededor de la década del 250, en la época en que Amiano inicia su narración —el año 354— los francos y otros pueblos de la Germania occidental, como los alamanes, constituían un factor que había que tener en cuenta; de hecho, se había dado ya el caso de algunos francos que se habían abierto camino alcanzando puestos de relevancia en el ejército romano. El desplazamiento hacia el oeste en el siglo IV por parte de los terevingos, los visigodos posteriores, los ostrogodos y otros germanos orientales era cosa distinta. Este grupo de pueblos había lanzado ataques sobre territorio romano desde sus bases al norte del mar Negro, sobre todo en la década del 250, cuando atravesaron el mar Negro y saquearon el Ponto, en la costa turca (Zósimo, 1.27, 31-6). Hacia el siglo IV resultaba evidente su control sobre grandes zonas de territorio al norte del mar Negro, entre el Danubio y el Don (Dacia había sido abandonada como provincia romana hacía tiempo); y también ellos servían en el ejército romano, como, por ejemplo,

en la expedición de Juliano a Persia (se les describía con el nombre de «escitas»). El obispo arriano Ulfla había pasado varios años convirtiendo a los godos con la aprobación de Constancio II, hasta que se vio forzado a abandonar el territorio a finales de la década del 340. Se le atribuye la invención de un alfabeto gótico así como la traducción de la Biblia al godo (Filostorgio, *HE* II.5). En términos sencillos, estos godos se vieron desplazados en ese momento por el movimiento hacia el este y el sur de un pueblo nómada y distinto: los hunos. Éstos procedían de las estepas del Asia central y resultaban tan poco familiares como para que los romanos los contemplaran con intenso horror y aprensión, lo que se deduce claramente de las observaciones de Jerónimo así como de la famosa descripción de Amiano, en la que aparecen como seres apenas humanos, que se alimentaban de raíces y de carne cruda que ablandaban al cabalgar colocándola entre sus muslos y el lomo de sus caballos (XXXI.2).

Los godos orientales, a quienes Amiano llama terevingíos, llegaron como refugiados al Danubio y, como resultado de una decisión histórica adoptada por el emperador Valente, se les permitió pasar a territorio romano en el año 376. Amiano cuenta que cruzaron sobre lanchas, balsas y canoas hechas de troncos vaciados. La multitud era tal que, aunque se trata del río más peligroso del mundo e iba crecido por las frecuentes lluvias, buena parte de ellos trató de nadar y se ahogó luchando contra la fuerza de la corriente (XXXI.4).

A Valente le persuadió la promesa de que, una vez admitidos, los godos servirían como auxiliares en el ejército romano, lo cual, al decir de Amiano, «parecía motivo más de júbilo que de espanto», sobre todo considerando que las provincias romanas estaban dispuestas a pagar altas sumas de oro por el privilegio de verse exentas de su obligación de propor-

cionar soldados al ejército. Los nuevos reclutas no fueron debidamente tratados por los romanos y los godos de Tracia se rebelaron. A pesar de los esfuerzos por acabar con ella, la revuelta continuó. Finalmente, el emperador Valente condujo a un ejército de entre 15.000 y 20.000 hombres y fue seriamente derrotado por visigodos y ostrogodos en el mes de agosto del año 378 en Adrianópolis. El propio Valente murió en el campo de batalla (XXXI. 13; Zósimo, IV. 20-24). Autores recientes han apuntado que en sí misma la batalla de Adrianópolis no fue un punto decisivo ni una catástrofe de la magnitud que se ha supuesto a menudo, sobre todo por autores de las siguientes generaciones, ansiosos por extraer lecciones religiosas o políticas. Así, Rufino, en su continuación en latín de la *Historia Eclesiástica*, se refirió a ella como «el comienzo de las calamidades sucedidas en aquel tiempo y desde entonces» (XI. 13) y Zósimo interpreta la derrota como obra del Destino (IV.24).

Vegecio, el tratadista militar, sostiene que la muerte de Graciano en el año 383 señaló el fin de la eficacia de la infantería romana (*De Re Milit.* 1.20), y que fue entonces cuando se dejó de lado la tradicional armadura, con lo que las tropas romanas perdieron su ventaja sobre los bárbaros. Sin embargo, este juicio tampoco hace justicia a la erosión que la diferencia de capacidades llevaba produciendo desde hacía largo tiempo. Los godos no estaban lo bastante unidos como para representar una verdadera amenaza para el Imperio, y no consiguieron tomar ni Adrianópolis ni Constantinopla; Teodosio I, proclamado enseguida Augusto, llegó incluso a integrar a muchos de ellos en el nuevo ejército que creó en los Balcanes, e hizo retroceder a los demás hacia el Danubio en el año 379, celebrando su triunfo en Constantinopla en el año 380. Pero el problema no desapareció y Graciano reco-

noció a una confederación de Panonia en el 380, mientras Teodosio concluía un acuerdo con los godos el 3 de octubre del 382, donde al parecer se les asignaban las tierras del norte de Dacia y Tracia, entre el Danubio y los Balcanes, a cambio de su servicio militar como auxiliares bajo mandos propios. De acuerdo con los términos del tratado, podrían también establecerse como grupos, serían eximidos de tributos y recibirían una paga anual, todo lo cual sentó precedentes de suma importancia (véase Zósimo, IV.30, 33, 40, 56). Que no se les concediera el *conubium*, el derecho a contraer matrimonio con ciudadanos romanos, les situó aparte y constituyó un obstáculo en el camino de la asimilación. Por ende, la frontera que discurría a lo largo del Danubio, su zona de asentamiento, quedaba así protegida por los visigodos mismos.

La política de utilizar auxiliares godos y recompensarles con tierras no fue invención de Teodosio I, aunque el tratado del año 382 supuso un significativo paso adelante y se ha culpado a dicho emperador de sus perniciosos efectos posteriores. También se ha puesto en tela de juicio la concesión de tierras, sugiriéndose que lo que se ofrecía no era tierra sino ingresos tributarios de ciertas tierras; sin embargo, Pacato, en su panegírico a Teodosio del año 389, se refiere explícitamente a la admisión de los godos al servicio del ejército «para proveer de soldados a vuestros campamentos y de granjeros a nuestras tierras» (*Pan. Lat.* XII.22). Ofrecer dinero y provisiones a las tribus bárbaras era un hecho habitual y arraigado, tanto si se aludía a ello con el discutido término de «tributo» como si no. Temistio se permite afirmar que se había interrumpido un tributo anterior como resultado del tratado de Graciano del año 369:

Nadie vio que se contaran monedas de oro para los bárbaros ni innumerables talentos de plata o naves cargadas de tejidos, o cualquiera de las cosas que antes se acostumbraba a tolerar [...] pagar tributo anual, lo que no nos avergonzaba hacer, aunque no le diéramos ese nombre (Or . 10.205/135).

Pero la alocución de Temistio es sumamente tendenciosa y, si el tributo llegó a interrumpirse por completo, se reanudó bien pronto.

La política de Teodosio no era más que un parche que hizo poco por eliminar el peligro o por encarar problemas fundamentales; estos problemas se volvieron más difíciles durante los años transcurridos entre la muerte del Emperador en el año 395 y el 410, con el surgimiento de Alarico como caudillo de los visigodos. Existían ya gobiernos separados en Occidente y Oriente, y esto facilitaba que los caudillos bárbaros se enfrentaran entre sí; durante esos años, Alarico exigió constantemente alimentos y pagos en metálico y pidió para sí mismo el puesto de *magister militum*. Estilicón trató primero de utilizarle, pero luego se vio forzado a presentarle batalla en Pollentia, Italia, en el año 402. Cinco años más tarde, en el 407, concluyó un tratado con Alarico en el que cedía a sus exigencias a cambio de su lealtad; esas concesiones tuvieron sin embargo como resultado que Estilicón fuera declarado enemigo público por Oriente (Zósimo, V.29, Olimpiodoro, fr.5). El gobierno oriental se manifestó en contra de utilizar generales bárbaros y la guarnición del godo Gainas fue masacrada en Constantinopla en el año 400.

Aunque la política de estos años resulta extremadamente compleja para poder seguirla en detalle, la importancia de este cambio para el futuro del Imperio oriental fue considerable. Occidente no fue tan afortunado. Cuando se rechazó la

oferta de Estilicón de pagar cuatro mil libras de oro a Alarico y el propio Estilicón abandonó el poder, en el año 408, Alarico invadió Italia y puso cerco a Roma (Zósimo, V.38-43).

Pronto un Senado aterrorizado se avino a pagarle mucho más de lo que había prometido Estilicón, pero Alarico apuntó de nuevo sobre Roma y esta vez entró en la ciudad y proclamó a un emperador títere. Cuando comenzó a perder el apoyo de otros godos, su ejército saqueó Roma durante tres días a finales de agosto del año 410 (Olimpiodoro, Fr.3), un suceso que conmocionó a Jerónimo cuando supo de ello en su celda de Belén; así, escribió en sus comentarios al libro de Ezequiel: «¿Quién podría creer que, después de elevarse merced a sus victorias por todo el orbe, Roma caería estrepitosamente y se convertiría al tiempo en madre y tumba de sus pueblos?». Los esfuerzos cristianos por explicar y justificar ante los paganos el hecho de que la ciudad cristiana de Roma hubiera sido tomada y saqueada y, más si cabe, que hubiera sido tomada y saqueada por otros cristianos, llevó a Orosio a escribir su apologética *Historia contra paganos* y en última instancia a la obra maestra de San Agustín, la *Ciudad de Dios* (véase capítulo XII).

El mismo período había sido testigo de nuevas incursiones importantes: una rebelión localizada en Britania en el año 406 había culminado con la proclamación del usurpador Constantino como Augusto, mientras que un extenso grupo de vándalos, suevos y alanos cruzó el Rin helado a finales del mismo año y para el 409 ya había alcanzado España. Constantino cruzó la Galia, estableció su base en Arlés y llegó incluso a dirigirse hacia Italia; aunque el emperador Honorio logró enviar tropas y hacerle ejecutar, parece que el ejército romano abandonó Britania después de cuatro siglos de ocupación y a las ciudades británicas se les comunicó, mediante

una misiva de Honorio, que en adelante tendrían que ocuparse de su propia seguridad (Zósimo, VI.5).

Resulta fácil considerar las cosas hacia atrás: hubiera bastado que los contemporáneos se dieran cuenta y habrían sacado el mejor partido a la situación asimilando a los bárbaros, en lugar de mantenerlos a raya o de remendar alianzas insatisfactorias. Pero no sólo estaba la incapacidad de prever el futuro, sino también la ideología de la época. No se les podía imputar racismo; sin embargo, siguiendo el precedente griego, contemplaban la división entre bárbaros y romanos como un abismo entre lo tosco y lo civilizado. Como vándalo, Estilicón estuvo siempre bajo sospecha por ser de origen bárbaro, y no hay indicio más claro de esta actitud que los poemas del obispo del siglo V, Sidonio Apolinar, que vivía rodeado de bárbaros en la Galia y que se enorgullecía de mantener modales civilizados entre esa tosquedad. Debe recordarse también que los contemporáneos vivieron las invasiones en términos de incursiones aisladas más que como un proceso prolongado; desde luego, la razón de las invasiones está todavía lejos de quedar clara. Se ha desechado la vieja concepción de las hordas bárbaras que chocaban a «empujones» contra las fronteras del Imperio, primero porque la cifra real era probablemente bastante reducida y, segundo, porque este modelo no explica por qué los hunos abandonaron su lugar de origen en Asia central. Del mismo modo, el «Imperio huno» de Atila (muerto en el 453) es un fenómeno del siglo V, posterior a las migraciones y no causa de las mismas. Otra explicación consideraría el desplazamiento de los ostrogodos en función de las cambiantes condiciones económicas en la zona entre el Don y el Dniéster, y situaría el fenómeno en el contexto de la relación entre sociedades asentadas y nómadas. Es probable que los contemporáneos apun-

taran a un supuesto debilitamiento de las fronteras romanas como explicación de las incursiones bárbaras. En la práctica, los emperadores del siglo IV hasta la época de Teodosio I fueron capaces en su mayor parte de habérselas con la situación, aunque les costó mucho tiempo y grandes gastos; sólo en el siglo V penetraron los invasores tan profundamente en territorio romano como para que necesitaran asentarse y llegaran a amenazar la unidad de las provincias romanas. Sin embargo, una vez comenzado el proceso, se desarrolló con una facilidad y rapidez asombrosas, después de que una partida de 80.000 vándalos ocupara el conjunto del África del Norte romana hacia el año 439. Por aquella época, el ejército romano de Oriente se encontraba en serias dificultades, una cuestión que se tratará en breve.

En primer lugar, estos sucesos deben situarse en el contexto de lo que estaba sucediendo en la frontera oriental con Persia. Las guerras entre Roma y la Persia sasánida eran de otra clase; en este caso, se trataba de dos Imperios en un estado de conflicto más o menos permanente, pero en el que se mantuvo una especie de equilibrio de poder hasta el último acto, en el siglo VII. Los sasánidas invadían periódicamente el territorio romano y volvían con grandes cantidades de tributos, saqueos y prisioneros a Persia, donde estos últimos se asentaban a veces en ciudades nuevas. Tal fue el caso de los ciudadanos de Antioquía, capturados cuando Shapur I tomó la ciudad en el año 260; en esa ocasión, el emperador Valente fue hecho prisionero, trasladado a Persia y ejecutado en humillantes circunstancias. Todos estos acontecimientos fueron recordados en una grandiosa inscripción trilingüe (en farsi, pahlavi y griego) levantada por Shapur I cerca de Persépolis, conocida como *Res gestae divi Saporis*. En una de las diversas incursiones similares llevadas a cabo por Cosroes I en Meso-

potamia y Siria en el siglo VI, Antioquía fue de nuevo tomada y saqueada por los persas (año 540). Durante el siglo IV, Constancio II hizo de Antioquía su cuartel general para sus campañas anuales contra los persas desde el año 338 al 346, época durante la cual los persas, al mando de Shapur II, asediaron la fortaleza fronteriza de Nisibis, atacándola una vez más en el 350, aunque de nuevo sin éxito perdurable. La expedición persa de Juliano y el tratado del año 363 tuvieron como resultado la cesión de Nisibis a Persia, pero esto fue una excepción y ninguna de las partes logró ventajas significativas hasta el siglo VII.

La inversión romana en las zonas de la frontera oriental, que había ido creciendo de forma regular desde el período de Severo, cuando Roma se anexionó la Mesopotamia septentrional, era entonces enormemente importante. No existían fronteras naturales: en el siglo IV, después de la reorganización de Diocleciano, se estacionaron fuerzas romanas a lo largo de la llamada *strata Diocletiana*, una vía militar que discurría desde el noreste de Arabia y Damasco hasta Palmira y el Eufrates, y a lo largo de otra vía, de Damasco a Palmira.

Las bases de las legiones se encontraban por lo general en las ciudades importantes, por ejemplo: Aela (Aqaba, en el mar Rojo), Udruh, Bostra, Palmira, Sura y Circesio, en el Eufrates. En el norte las legiones tenían como base Singara (antes del 363, fecha en que fue cedida a los persas con Nisibis) y, todavía más al norte, Melitene, Satala y Trapezus. Aunque estas legiones no eran grandes en comparación con las del alto Imperio, el volumen de construcciones militares fue impresionante y se prestó una atención considerable a las buenas comunicaciones y la facilidad de movimientos. La función de las instalaciones es materia de discusión. El influyen-

te libro de Edward Luttwak, *La gran estrategia del Imperio romano*, abona la idea común de una política de «defensa en profundidad», mediante la cual las fuerzas fronterizas debían reforzarse en caso necesario con un ejército móvil, opinión que ha tenido muchos seguidores. Sin embargo, otros estudios, sobre todo los de Mann, Graf e Isaac, han demostrado que no hay pruebas escritas o físicas que la apoyen. Los soldados del Bajo Imperio destacados en Oriente se encontraban dispersos, no existía una distinción clara entre tropas fronterizas y ejército móvil (véase infra) y los campamentos tenían tanto que ver con la seguridad interna como con la defensa contra una supuesta invasión, mientras que lo que se declara en las fuentes literarias que a menudo se citan, entre las que se cuenta una descripción de Arabia en Amiano (XIV.8), son demasiado vagas para resultar de verdadera ayuda. Buena parte del problema reside en la identificación de los mismos emplazamientos militares; los especialistas han concluido demasiado apresuradamente que no pueden ser más que fuertes y que por lo tanto su finalidad debe ser defensiva. Pero, como apunta Isaac, existían estructuras similares en Egipto, donde no se planteaba un problema comparable de defensa fronteriza. Así pues, es posible que en algunos casos se haya tratado en realidad de puestos de guardia, aguaderos o abrevaderos o paradas de descanso a lo largo de las rutas de comunicación, o bien pueden haber desempeñado varias funciones a la vez. Buena parte de ello sigue resultando bastante complejo y en la actualidad es objeto de investigación. Debe hacerse otra distinción adicional entre los sectores septentrional y meridional de las zonas de la frontera oriental; la actividad militar contra Persia se concentraba en el norte, mientras que se ha sugerido que en el sur, en Palestina, Arabia y Siria meridional, aunque existiera

menos peligro por esa causa, el aumento de la inseguridad por las amenazas de las tribus nómadas puede explicar el número de instalaciones militares. Los cambios a largo plazo que se produjeron en el equilibrio de la población local en Asia y el sur de Palestina quizá se sumaran también a la inestabilidad. Pero ninguna de estas cuestiones está todavía clara y, aunque lo estuvieran, es poco probable que los romanos mismos se explicaran las razones en estos términos. En conjunto, los intereses romanos en el sur de Arabia y Etiopía parecen haber sido diplomáticos y comerciales antes que militares.

Cualesquiera que fuesen las razones, centrar la atención en las regiones de la frontera oriental tenía implicaciones culturales y militares, y a ellas se refiere el capítulo XI. Por lo que respecta a la implicación militar en Oriente durante este período, Isaac apunta tres rasgos dignos de mención. Aumenta, en primer lugar, la atención sobre el noroeste desde finales del siglo IV en adelante, lo cual guarda relación con la aparición de los hunos, que habían penetrado en territorio persa ya a mediados del siglo IV y después del año 394 invadieron Persia, Melitene, Siria y Cilicia. Armenia ya había sido centro de operaciones con Diocleciano, y en el año 335 fue invadida de nuevo por Persia; puesto que era cristiana desde el año 314, como lo había sido la Iberia del Cáucaso a partir del año 324, los factores religiosos convertían estas regiones en objeto de disputa entre Roma y Persia, y la cuestión seguía viva todavía en el siglo VI. La población cristiana de la propia Persia había estado presente en las relaciones diplomáticas entre las dos potencias desde Constantino, cuya misiva a Shapur II sobre este asunto conserva Eusebio (VC IV.8-13).

El segundo rasgo que ha de constatarse es el uso que ambas partes hicieron de aliados o federados nómadas, llamados «sarracenos» por Amiano, y por él criticados con su hostilidad característica hacia los «bárbaros» (por ejemplo, en XIV.4). Ello no se diferenciaba de la forma romana de relacionarse con los federados germanos en Occidente; así se siguió hasta el siglo VI, cuando romanos y persas utilizaron con asiduidad a grupos tribales conocidos como ghasánidas y lacmidas. En un primer período, los romanos establecieron su frontera en el Tanukh, al oeste del Eufrates, y más tarde en el Salih, en el desierto de Siria y Mesopotamia. Por estos medios se pudieron por fin reducir las fuerzas romanas, tal como aparentemente quedaron en Oriente tras la paz entre Roma y Persia en el año 532. Pero, aunque constituya un rasgo tan notable de los dos siglos siguientes en Oriente, no había nada de nuevo en utilizar de este modo a las tribus y a sus caudillos. La célebre inscripción de Namara del año 328, escrita en árabe pero en alfabeto nabateo, conmemora a un tal Imru'1-qais. Hijo de Amr, jefe tribal, supuestamente lacmida, a quien se describe como «rey de todos los árabes, coronado con la diadema», la inscripción enumera cómo sometió a otras tribus hasta tierras tan lejanas como las del centro y sur de Arabia y colocó a sus hijos a su frente. Varios especialistas creen que Imru'1-qais era aliado de los romanos, y de hecho fue enterrado en territorio romano, cerca de un fuerte, pero la inscripción presenta considerables dificultades filológicas y el problema se complica aún más por la existencia de un Imru'1-qais posterior con el que puede confundirse fácilmente. Sin embargo, se pisa sobre terreno más firme al hablar de cierta reina Mavia (Mawiya), en torno al año 376, quien asumió el caudillaje («filarcado») de los aliados «sarracenos» de Roma a la muerte de su esposo y dirigió

ataques contra territorio romano desde Fenicia y Palestina hasta el lejano Egipto. Esto suponía un peligro considerable para Roma, tal como dice el historiador eclesiástico Sozomeno: «Esta guerra no fue en absoluto despreciable, por más que la condujera una mujer» (*HE* VI.38). Mavia se avino a concertar la paz y una alianza con Roma, a condición de que cierto eremita cristiano del desierto del Sinaí, llamado Moisés (Teodoreto, *HE* IV.23), árabe él mismo, fuera consagrado como obispo de su pueblo, y cuando así se hizo se dice que convirtió a muchos árabes al cristianismo (véase sobre todo Sozomeno, *HE* VI.38, además de Sócrates, *HE* IV.36, y de Rufino, *HE* II.6). El equilibrio entre nómadas y sedentarios se estaba alterando, sobre todo en el sur de Palestina, provocando que las incursiones árabes se convirtieran en un problema de importancia para Roma. Su respuesta inicial fue elevar el nivel de las fortificaciones e instalaciones militares, pero las alianzas con tribus árabes del sur de Palestina y de otros lugares constituían un rasgo de la política del siglo IV, y una ley del siglo V se refiere al pago de la *annona* a los *foederati* árabes (*Cth.*, *Nth.* 24.2).

Por último, la historia militar del siglo IV en Oriente se caracteriza por concentrarse en Mesopotamia, donde las hostilidades se centraron en ciudades fortificadas como Singara, Dará, Amida, Zenobia y Sergiópolis. Desde el siglo IV en adelante los persas atacaron con regularidad esas ciudades o exigieron una satisfacción económica considerable a sus habitantes, a quienes sencillamente el ejército romano dejaba a menudo a cargo de su propia defensa. De este modo se pudieron evitar batallas campales entre fuerzas romanas y persas y, con posterioridad al año 363, la frontera permaneció segura durante un período prolongado.

Con todo, como quiera que se valoren sus objetivos, la implicación militar romana en Oriente continuó hasta el siglo VI, y en el siglo VII el emperador Heraclio pudo incluso (aunque con grandes dificultades) dar la vuelta a las consecuencias de la desastrosa invasión persa que tuvo lugar por entonces dirigida por Cosroes II. La situación contrasta enormemente con la de Occidente, donde ya a principios del siglo V el ejército romano comenzaba a desintegrarse. Las fuerzas romanas se retiraron de Britania y la mayor parte de España; la facilidad con que los vándalos conquistaron el norte de África sólo puede explicarse debido a la ausencia de oposición por parte romana, y, en efecto, las tropas habían sido embarcadas en dirección a Italia poco tiempo antes para combatir allí en la guerra civil. En la Galia, el progresivo asentamiento de grupos bárbaros, iniciado en Aquitania con los visigodos en el año 418, redujo la competencia geográfica del ejército romano, cuyo número también menguó. La compleja situación de estos años, cuyas únicas fuentes de información son las crónicas galas y españolas, deja claro que el gobierno de Rávena no estaba en situación de hacer mucho más aparte de empujar a un conjunto de bárbaros contra otro y contemplar a la larga cómo se fragmentaba la Galia. Un rasgo de estos años lo constituye la utilización de mercenarios hunos; otro es la importancia creciente de poderosos generales como Flavio Aecio, que fue quien verdaderamente gobernó el Imperio occidental desde el año 433 al 454. Los hunos también obtenían un tributo anual del emperador oriental y, cuando el emperador Marciano puso fin a esto, se dirigieron hacia Occidente e invadieron Italia en el año 452; sin embargo, gracias a un extraordinario golpe de suerte para Roma, Atila, su rey, murió repentinamente al año siguiente, tras lo cual se disolvió el Imperio huno.

Con la excepción de los relatos de campañas de Amiano, los juicios sobre el ejército tardorromano que se encuentran en fuentes literarias no son de gran ayuda, sobre todo en la medida en que autores posteriores miraban retrospectivamente en busca de explicaciones de lo que de forma natural se consideraba como declive y desplome militar. La respuesta es por lo general bastante simplista: no se defendieron adecuadamente las fronteras. Así, por ejemplo, el autor anónimo de *De Rebus Bellicis*, escrito a finales de la década del 360, cree al mismo tiempo que son excesivos los gastos destinados al ejército y que las fronteras son demasiado débiles, y tiene la intención de proponer remedios para ambos males.

Describiré cómo, reduciendo los impuestos a la mitad, puede devolverse al campesino de las provincias su tradicional prosperidad; y también cómo, aboliendo los abusos del sistema fiscal, quienes habitan en las fronteras pueden preservar las solitarias extensiones de los límites del Imperio, a salvo una vez erigidas defensas fortificadas (De Rebus Bellicis , pref., 10).

Sostiene que deben recortarse los «enormes gastos del ejército», puesto que distorsionan el conjunto del sistema fiscal (ib. 5); su programa de reformas incluye un sistema de rápidos ascensos combinado con un retiro temprano y el cultivo de las tierras fronterizas por parte de los veteranos, que se convertirían así también en contribuyentes. De este modo, este autor anónimo compartía la visión de algunos historiadores modernos, incluyendo a A. H. M. Jones, de que la carga fiscal era en conjunto demasiado elevada; sin embargo, no hay indicios de que se tomaran en cuenta sus ideas, como no los hay tampoco de que se prestara atención a las ingeniosas invenciones y máquinas bélicas de uso militar que propone. Las fuentes escritas que existen sobre el ejército también se

caracterizan por sus prejuicios religiosos; así, por ejemplo, la tradición pagana que representa Zósimo (11.34) culpa a Constantino de que se debilitaran las defensas fronterizas y de otorgar a los bárbaros un «acceso libre de obstáculos al Imperio romano». De acuerdo con esta descripción, el héroe era Diocleciano, que fortificó toda la frontera y dedicó todos los recursos del ejército a dicho fin, de modo que los bárbaros no pudieran cruzar, mientras que Constantino retiró tropas de las fronteras y las acantonó en las ciudades que no precisaban ayuda, dejando así a la vez sin protección a quienes eran acosados por los bárbaros y sometiendo a las ciudades abandonadas por ellos a los atropellos de los soldados, de modo que la mayoría de ellas han quedado desde entonces desiertas. Además, debilitó a las tropas permitiendo que se dedicaran a espectáculos y lujos. Dicho sea sin rodeos, Constantino fue el origen de la actual destrucción del Imperio.

Era fácil quejarse del comportamiento de los soldados alojados en las ciudades, pero lo cierto es que los usos a los que se destinaba al ejército romano también habían cambiado. En primer lugar, requisar la *annona* en especie permitía una relación más estrecha, no siempre feliz, entre contribuyentes y soldados, y a éstos se les utilizaba para recaudar impuestos; por ejemplo en Egipto, donde los papiros revelan la existencia de numerosas fricciones por tal causa. La recaudación y transporte de la *annona* dio lugar a evidentes agravios y problemas, además de casos de corrupción, en los que los imputados se arriesgaban a ser sometidos a tortura. Otra fuente de conflictos lo constituía el sistema de *angareia*, o requisa de transporte, asunto tratado por Libanio (*Or.* 1), así como el alojamiento obligatorio de soldados, asuntos sobre los cuales los códigos registran muchas quejas y testifican bastantes exenciones otorgadas por los emperadores como

respuesta a dichas quejas. Así pues, si aumenta el nivel y frecuencia de quejas sobre los soldados en las fuentes, se debe a que inevitablemente tocan más de cerca las vidas de los habitantes de las provincias. Sin embargo, otra carga era la que representaba proporcionar reclutas o, en su defecto, pagar; aun cuando hubiera reclutas disponibles, resultaba tentador para el gobernador pedir dinero en su lugar, pero no siempre había disponibilidad de reclutas. Una ley del año 412 justifica la práctica:

Las necesidades de un tesoro agotado exigen el pago de cuotas de redención para conseguir reclutas y cabalgaduras (Cth . XI. 18).

Como ya hemos hecho notar, Valente permitió a los godos entrar en Tracia, acogién dose a la idea de que así podría exigirse oro a las provincias en lugar de reclutas (Amiano, XX-XI.4). De acuerdo con esta política de cortas miras parecía más fácil y rentable para el Estado pagar a mercenarios bárbaros, evitando el problema del reclutamiento obligatorio en las provincias propias y, si había suerte, exigiendo en su lugar una compensación económica. Había veces en que se necesitaban reclutas desesperadamente, como sucedió en los años inmediatamente posteriores a Adrianópolis, cuando tanto los códigos de leyes como las fuentes literarias indican que tanto la conscripción como el reclutamiento de bárbaros tuvo lugar a gran escala y a toda prisa.

Hay que volver a la cuestión del volumen del ejército (véase capítulo III). De llevar razón Jones al tomar la información sobre las unidades militares romanas que se encuentran en la *Notitia Dignitatum* de principios del siglo V, que sugiere un ejército regular de más 600.000 soldados, entonces apenas habría existido tamaña necesidad de recurrir a federados bárbaros. Como él mismo advirtió, estos cálculos

pueden ser demasiado elevados, pero también es muy probable que el total de 645.000 dado por Agathias sea sólo una cifra documental, que no representa las cifras reales en torno al año 425.

En cualquier caso, es evidente que no existía ningún ejército regular de campaña como tal que pudiera utilizarse contra caudillos bárbaros como Tribigildo o Gainas, que hubiera evitado la necesidad de enfrentar a uno contra el otro o de hacer uso de Uldino y sus hunos. En Occidente, durante el siglo V los federados aliados sustituyeron eficazmente y por completo a un ejército romano de campaña, con predecibles resultados.

¿Fue el ejército tardorromano tan ineficaz como fuerza de combate? A menudo se ha sospechado tal cosa (y así lo mantiene A. Ferrill como si el argumento fuese una novedad), pero justificarlo resulta difícil. El declive del ejército como fuerza de combate se ha supuesto sobre ciertas bases: en primer lugar, sobre la argumentación a priori de que los mercenarios bárbaros tienen que ser menos eficaces que un ejército formado por ciudadanos, sobre todo cuando se utiliza contra otros bárbaros; en segundo lugar, sobre la base de que la gran mayoría de la población, incluyendo por definición a la clase de tropa del ejército, era desafecta e indiferente; en tercer lugar, sobre el supuesto de que los llamados *limitanei* de las fronteras eran soldados campesinos a tiempo parcial, de quienes no podía esperarse que fueran de gran utilidad en tiempo de guerra; y, por último, sobre la idea de que el ejército tardorromano fue en la práctica derrotado numerosas veces. La mayoría de estas argumentaciones son enormemente subjetivas, aunque provienen de puntos de vista que difieren entre sí; resulta típica la afirmación de que «la incapacidad del Imperio occidental de resistir la presión de los

bárbaros en el siglo V [...] era resultado de la enajenación de la sociedad respecto al Estado» (G. Alföldy). Por lo que respecta a los *limitanei*, a si eran o no buenos soldados, el término no se acuñó para las tropas fronterizas hasta finales del siglo IV, y entonces no hacía referencia a una «milicia campesina», sino simplemente a las «tropas de zonas fronterizas». Por lo tanto, no se les puede hacer responsables de la decadencia que a menudo se les imputa.

Sucede también que, mientras que existen muchas sospechas dirigidas a determinados generales bárbaros como Estilicón, hay pocas pruebas, si es que existe alguna, de bárbaros mercenarios en filas o de fuerzas de federados que desertaran al bando contrario; la argumentación impone concepciones previas de carácter moderno a una situación bastante diferente. Existía desde luego bastante hostilidad hacia las tropas bárbaras como tales, lo que queda claramente de manifiesto en lo que respecta a los reclutas bárbaros de Estilicón. Cuando en el año 408 se difundió el rumor de que había muerto el emperador Arcadio, la situación de Estilicón se hizo muy difícil: de un lado se encontraba Alarico y su ejército; del otro, el usurpador Constantino; tuvo que hacer frente a dos motines entre sus filas, y varios oficiales importantes, entre los que se encontraba el prefecto pretoriano, fueron asesinados por los soldados. No se sabía con certeza si el mismo emperador Honorio estaba a salvo. Para el caso de que resultara haber sido asesinado, se discutía si debía lanzarse a las tropas bárbaras sobre los soldados romanos con el fin de tomar represalias; Estilicón lo evitó basándose en que los soldados romanos eran demasiado numerosos y las probabilidades demasiado arriesgadas (Zósimo, V.31-3). En pocos días, empero, Estilicón había perdido el apoyo imperial y, sin dejar que su guardia bárbara le defendiera, se entregó a

la partida enviada desde Rávena para detenerle y ejecutarle (V.34). Seguidamente, los soldados del ejército regular de las ciudades circundantes del norte cayeron sobre las familias de los bárbaros reclutados por Estilicón, asesinándolas y apoderándose de sus propiedades, tras lo cual las tropas bárbaras, estimadas en 30.000 hombres, decidieron unirse a Alarico (V.35).

Estas circunstancias resultan, sin embargo, excepcionales; no eran sólo los bárbaros, sino el ejército romano el que se encontraba en desorden. La rivalidad entre políticos y generales era lo que provocaba peligrosas intervenciones de los bárbaros, más que la división de lealtades de los soldados en el campo de batalla, y los primeros años del siglo V señalaron un punto de crisis a este respecto. En Oriente, hacia el año 399, los godos Tribigildo y Gainas habían adquirido una posición peligrosa, pues ambos tenían una comitiva de reclutas godos; por medios ilícitos Gainas se aseguró el apoyo imperial de Arcadio, provocó la caída del poderoso eunuco Eutropio, se aseguró aparentemente la sumisión de Tribigildo y pudo sembrar el terror entre el emperador y la misma Constantinopla. En este punto (año 400), empero, las cosas se torcieron en su contra, y en lugar de que sus bárbaros capturasen la ciudad, los ciudadanos se alzaron y masacraron a 7.000 godos arrianos, prendiendo fuego a la iglesia en la que se habían refugiado; el mismo Gainas (que había abandonado antes la ciudad) no tuvo otro remedio que enfrentarse a un ataque armado y fue muerto a su vez por un contingente de hunos acaudillado por cierto Uldino o Uldes (Zósimo, V. 17-22). La versión de Zósimo depende del historiador pagano Eunapio, cuya obra utilizaron también los historiadores eclesiásticos Sócrates y Sozomeno, aunque cuentan otra historia diferente que pone de relieve los factores religiosos y pre-

senta la caída de Gainas como algo ordenado por la divinidad. Sinesio, posterior obispo de Ptolemaida, que se encontraba en Constantinopla como embajador de Cirene, escribió también sobre estos sucesos en *De Providentia*, una obra literaria y alegórica en la que los personajes políticos se disfrazan como los mitos de Isis y Osiris. Por último, Juan Crisóstomo, que era obispo de Constantinopla en aquella época, desempeñó también un papel activo, aunque tal vez algo equívoco. Permitió a Gainas y a sus godos hacer uso de las iglesias de la ciudad, aunque trató de impedirles que celebraran ceremonias arrianas en ellas, y actuó como embajador ante Gainas. No se han conservado sermones sobre la quema de los godos en el interior de la iglesia, pero este espantoso suceso afectó sobremanera a Juan, puesto que constituía una violación del asilo y él mismo se había visto sometido a críticas por entregar a Eutropio, que también había buscado refugio en una iglesia. Las cuestiones esenciales de estos acontecimientos, que resultan extremadamente difíciles de desentrañar con detalle, son políticas más que militares. Se refieren no sólo al peligro de confiar en generales bárbaros, sino también a la posición del emperador frente a sus ministros, y refleja los empujones para conseguir un lugar destacado que se daban tanto en la corte occidental como en la oriental a la muerte de Teodosio I. La diferencia, como ha apuntado W. Liebeschütz, estribaba en que la cuestión de Gainas había provocado una renuencia duradera a depender del reclutamiento de bárbaros a gran escala; cuando Uldino invadió Tracia en el año 408 y fue derrotado, se dispersó a sus hombres en asentamientos en lugar de alistarlos como federados (*Cth.* V.6.3). La contraposición con Occidente no podía ser mayor: a la caída de Estilicón ese mismo año le siguió la marcha de Alarico sobre Roma, y más años de ame-

nazas por parte de determinados caudillos bárbaros y de sus ejércitos. Pero había factores estructurales más profundos, tanto políticos como económicos, responsables de la diferencia; durante el siglo V, mientras se fragmentaba Occidente, los emperadores se debilitaban y se veían cada vez más carentes de recursos, Oriente alcanzaba una prosperidad constante, con la que podía comprarse a los bárbaros cuando se hacía necesario. Por último, la clase senatorial, en Oriente menos soberbia pero más integrada, permitió el desarrollo de un gobierno más estable y esencialmente civil, como puede verse durante el reinado de Teodosio II y posteriormente.

X. LA CULTURA DE FINALES DEL SIGLO IV

En beneficio de la sencillez, este libro distingue diversas formas de examen de la organización social tardorromana: económica, militar, religiosa y política, sin debatir la cuestión de si esa separación constituye verdaderamente el mejor modo de estudiar la historia. Por «cultura» entendemos el conglomerado de ideas e información de la que toda sociedad depende para su identidad comunitaria, y que se transmite a través de procesos de aprendizaje y formación. De hecho, en ella se incluye buena parte de lo que se ha tratado en otros capítulos: por ejemplo, el conocimiento de cómo la propia sociedad se organiza políticamente es aprendido, no innato, y el acuerdo general respecto al marco político es lo que mantiene unida a la sociedad. La religión pertenece, desde luego, al dominio de la cultura, y presupone una cierta visión de cómo se organiza o debería organizarse el mundo, pero el término «cultura» se utiliza por lo común en un sentido más estricto, para indicar el campo del aprendizaje, la educación, las costumbres y el gusto.

En el mundo moderno estamos acostumbrados a la idea de pluralidad de cultura y a la visión de una sociedad multicultural como meta deseable; sin embargo, esto último («los te-

rreros de la multiplicidad», en recientes palabras de un escritor) puede resultar algo de difícil acomodo tanto para los individuos como para los grupos. Por el contrario, las sociedades tradicionales suelen estar bajo el dominio de una sola cultura. Aunque se tratara, no obstante, de una sociedad tradicional, el Bajo Imperio romano era geográficamente muy extenso y comprendía muchas culturas diferentes. Además, la misma sociedad tardorromana estaba sufriendo cambios profundos en distintos ámbitos: los bárbaros (forasteros) estaban adquiriendo importancia al servir en el ejército o establecerse en el interior del Imperio; el avance del cristianismo produjo cambios sociales a la par que religiosos; la disparidad entre ricos y pobres se acrecentaba en algunos aspectos. Todo ello tenía como resultado la diversidad, pero a veces también el conflicto.

Un ejemplo de tensión se registraba en el campo de la educación. No existía sistema alguno de educación estatal propiamente dicho, y las escuelas, sobre todo en la educación superior, estaban reservadas para las clases pudientes; sin embargo, la demanda de instrucción tradicional, basada en la gramática y la retórica (la forma convencional de educación disponible) era elevada, y los gramáticos, los maestros escolares y aún más los retores, que enseñaban en un nivel superior, disfrutaban de un elevado *status*. El funcionamiento de la burocracia y la vida ciudadana a escala local exigían habilidades retóricas para las diversas alocuciones públicas pronunciadas en eventos importantes, además de que estas capacidades podían llevar a su vez al ascenso personal, como sucedió en el caso de Ausonio de Burdeos. Nazario con Constantino, Temistio con Constancio II y emperadores posteriores, Pacato con Teodosio I y otros muchos cuyos nombres no se conservan compusieron panegíricos imperiales

para ocasiones señaladas. Esta práctica se extendió a acontecimientos cristianos tales como la consagración de una iglesia importante. La alocución de Eusebio en la consagración de la iglesia del Santo Sepulcro de Jerusalén en el año 335 fue sólo una de las pronunciadas en dicha ocasión. Eusebio también compuso un panegírico cristiano para el trigésimo cumpleaños de Constantino. Los poemas latinos de Claudiano, escritos para el consulado imperial en tales ocasiones, desempeñaban una función similar; todas estas categorías de oratoria pública podían tener también un intenso contenido político. La educación retórica era, por tanto, una mercancía a la venta que los padres anhelaban para sus hijos; así queda vividamente ilustrado en el relato de Agustín de su propia formación y los principios de su carrera en Cartago y Roma. La mayoría de los obispos más conocidos de la época, como Basilio de Cesárea, que había estudiado en Atenas, recibió una formación similar.

La cultura que se transmitía de esta forma era de carácter estrictamente clásico y se basaba todavía en los autores latinos convencionales: Cicerón, Salustio, Livio, Horacio y Virgilio. Materias como las matemáticas, la geografía o la historia no se estudiaban como tales, y tampoco la formación era muy pertinente en relación con la vida cotidiana; además estaba, en buena medida, reservada a las élites. Aunque no existiera un sistema estatal en el sentido moderno, el Estado otorgaba privilegios a los maestros y, en el año 425, el emperador Teodosio II fundó una «universidad» en Constantinopla; las materias que se enseñaban eran «elocuencia latina», dividida en oratoria y gramática, y “*facundia* griega» (un término diferente para la misma cosa), cuya enseñanza se dividía entre sofistas y gramáticos, además de un filósofo y dos abogados, para «un conocimiento y aprendizaje más profun-

dos» (*Cth.* XIV.9-3). Estas disposiciones subrayan el hecho de que las únicas alternativas a la retórica eran la filosofía o el derecho, cada una de las cuales se consideraba más especializada.

Juliano, por su propia experiencia, era una excepción a la hora de reconocer la importancia de la influencia que los maestros podían ejercer en términos sociales (véase capítulo VI), pero, en general, no se ponía en cuestión el sistema propiamente dicho. No alentaba ninguna forma de pensar o de experimentación originales, sino que se concentraba en un aprendizaje, exposición e imitación concienzudas de los grandes escritores del pasado. Como es de suponer, tenía gran efecto sobre el estilo y contenido de lo que escribían quienes lo habían asimilado; sin embargo, los cristianos cultivados que habían pasado por el sistema convencional se encontraban a veces en dificultades. En primer lugar, buena parte de la literatura clásica se refería directa o indirectamente a los dioses y la mitología paganas. Algunos cristianos argumentaron, por tanto, que debería evitarse por completo, en tanto que otros, como Basilio, que escribió un tratado sobre literatura griega destinado a sus sobrinos, sostenía que sólo debían leerse las partes útiles y el resto debía evitarse. El conflicto también tenía consecuencias individuales: Jerónimo se sentía culpable de su amor por Cicerón, y Agustín se vio profundamente desgarrado a lo largo de toda su vida entre la formación clásica de la que se había embebido, y que él mismo había enseñado, y su posterior convicción de que no podía haber conocimiento que procediera de la enseñanza secular, sino sólo de Dios. Discutió directamente estos problemas en dos importantes obras, *De Doctrina Christiana* («Sobre el saber cristiano») y *De Magistro* («Sobre el maestro»). Otra fuente de tensión añadida la constituía el hecho

de que el cristianismo se dirigía a hombres y mujeres de todas las clases. Desde luego, no era éste el caso de la educación clásica y, ciertamente, muchos autores cristianos instruidos, incluyendo a Jerónimo, se sintieron incómodos con la «sencillez» de la literatura cristiana, que se había desarrollado supuestamente a partir de lo que llamaban el *sermo piscatorias* («el lenguaje de los pescadores»). Llegar a los componentes de la comunidad que carecían de educación se consideraba no obstante una obligación importante; a obispos como Ambrosio les preocupaban los medios para conseguir la conversión de los *rustid* (la población rural) y Agustín era agudamente consciente de cómo llegar a ellos durante un sermón. Sin embargo, se ha apuntado correctamente que esto no llevó a un programa de educación cristiana como tal. Los hombres de Iglesia querían llevar a cabo conversiones, pero pensar en hacerlo en el contexto de las escuelas y de la mejora de los índices de alfabetización es ya una idea moderna. Ciertamente, la alfabetización en su conjunto no aumentó en este período, y con la fragmentación de Occidente resulta más probable que decayera.

Hacia el siglo V, cuando las iglesias empezaron a ser decoradas con escenas narrativas de la simbología cristiana, se reconoció que ésta podía ser una forma de educar a los analfabetos. Pero la relación entre los saberes cristiano y pagano todavía causaba incomodidad. Algunos monjes y ermitaños carecían de instrucción y se mostraban agresivamente anti-intelectuales, pero otros provenían de un entorno acomodado. Toda una serie de teólogos de la época, como Basilio de Cesárea y Epifanio de Salamis, en Cirro, habían pasado períodos de retiro religioso en el desierto. El autor ascético Evagrio de Ponto había formado parte del círculo de Basilio, y Gregorio Nacianceno había asistido al Concilio de Constan-

tinopla del año 381 y había sido atendido durante una enfermedad en Jerusalén por Melania la Mayor antes de convertirse en monje en Nitria y Kellia, en Egipto. Los otros monjes, incómodos, eran conscientes de su formación, y después de dirigirse a ellos en cierta ocasión aceptó el reproche implícito cuando uno de ellos le dijo

Abba, sabemos que si vivieras en tu país probablemente serías obispo y un gran guía, pero por el momento te sientas aquí como extranjero (trad. Ward, 64).

Aunque en términos simbólicos la «ciudad» venía a representar lo mundano y la tentación, y el «desierto» la virtud ascética, en la práctica existía frecuente contacto entre ambos, y el «desierto» lo poblaban lo mismo los instruidos que los rústicos. En esas circunstancias, la educación venía a significar lo que la cultura mundana, y su rechazo se convirtió en un *topos* de la cultura ascética, al igual que el rechazo del matrimonio; una vez en el desierto los ascetas tendían a adoptar una actitud hostil hacia el estudio. Pero en otros círculos la educación dirigida a fines cristianos se buscaba de forma entusiasta, y las mujeres ascetas del círculo de Jerónimo combinaban una forma de vida extraordinariamente severa con un celo por la excelencia académica que llegaba incluso hasta la Biblia hebrea.

Esa situación dio rienda suelta a la incertidumbre personal. Gregorio de Nisa hace una comparación favorable entre su hermana Macrina, educada en casa con los *Salmos*, y su hermano Basilio, recién llegado de los círculos doctos de Atenas. Los sermones de Juan Crisóstomo proclaman el triunfo de los pescadores sobre los filósofos, aun cuando el orador dispusiera de una sólida cultura. También es atacada con vehemencia la cultura secular en general, sobre todo hacia aquellos campos de los que su público cristiano se sentía

evidentemente adicto, como el teatro, las carreras de carros, las ropas exquisitas y otros tipos de ornato, la avaricia y la posesión de un número innecesario de esclavos. Algunos recibían una educación principalmente cristiana, pero no había todavía escuelas comparables con los gramáticos tradicionales. Así pues, sermones como éstos constituían una forma de educación cristiana, que exponía las Escrituras, transmitía las enseñanzas cristianas fundamentales y decía a los cristianos lo que no debían hacer. Además, aunque buena parte del ataque de Juan se dirige a los ciudadanos ricos de Antioquía y Constantinopla, en general los sermones iban destinados a todas las clases. En la Iglesia, la gente corriente y la sociedad cultivada se encontraban por igual al recibir finalmente los mismos preceptos.

La formación ideal de los niños cristianos, de acuerdo con Juan Crisóstomo y otros, debería ser cuidadosamente regulada por los padres con el fin de inculcar principios cristianos y evitar influencias indeseables; sin embargo, las diversas obras de instrucción que se conservan, como la *Alocución sobre la vanagloria y el recto modo de que los padres eduquen a sus hijos*, sugiere que la mayoría no conseguía alcanzar estos parámetros. Agustín, en el retrato sobre su propia evolución en las *Confesiones*, se muestra a sí mismo y a otros jóvenes de edad algo mayor oscilando entre distintas influencias, buscando entre formas de filosofía en competencia —neoplatonismo, maniqueísmo, cristianismo— e intentando probar distintas formas de vida. El círculo de Agustín experimentó la vida en común, y entre sus amigos se contaron en distintos momentos Firmino, que por lo que parece formaba parte de la Administración, Romaniano, un viejo amigo de su ciudad natal, Alipio, también de Tagaste, que se convirtió en abogado, Nebridio, amigo íntimo de Cartago, y Verecundo,

rétor de Milán. Por limitadas que fueran las formas de transmisión cultural de la época en comparación con la sociedad moderna, las influencias efectivas procedían en su caso de la lectura, y los contactos y anécdotas personales se producían de modo muy similar a como podría formarse hoy la experiencia de cualquiera.

La cultura clásica era la alta cultura, reservada a las clases más adineradas. Los manuscritos, como la educación, eran caros y difíciles de conseguir, y una elevada proporción de las clases pobres fue analfabeta o semianalfabeta. Lo reducido de la élite cultural también actuaba poderosamente en contra de la posibilidad de asimilación entre romanos y bárbaros. Con el cristianismo, los pobres y las clases más bajas recibieron mayor atención. Aun así, las tensiones culturales de la época entre paganos y cristianos que revelan las fuentes son en gran medida las que se producían entre diferentes componentes de la misma clase. De esto se ha oído mucho, mientras que, por el contrario, hay poca información de los numerosos cristianos de clase baja de las comunidades urbanas, o acerca de los orígenes sociales de las bandas de monjes que causaron tantos problemas en la década del 390. De forma parecida, el paganismo de Juliano, por ejemplo, era un asunto de cultura de la élite y, mientras que hay muchas evidencias sobre materias tales como el neoplatonismo, se sabe bastante menos sobre los paganos corrientes.

Un lugar y una época de los que perdura una gran concentración de datos es la Roma de fines del siglo IV. En ese momento el cristianismo en expansión amenazaba los valores y el equilibrio social de la clase senatorial, y los miembros paganos de las grandes familias se encontraban inevitablemente con las peleas indecorosas de grupos de cristianos que apoyaban a candidatos rivales al puesto de obispo; así,

Amiano sostiene que se encontraron 137 cadáveres en la basílica de Sicinino durante los sangrientos preliminares de la elección del papa Dámaso en el año 366 (XXVII.3). En este entorno, la conversión individual y la perspectiva de una política más estrictamente cristiana por parte de los emperadores se presentaban en agudos términos sociales o de clase. Hombres como Pretextato y Símaco, que se veían emocionalmente comprometidos a una identidad que incluía un continuado apego al culto pagano, veían con consternación la poderosa influencia de Ambrosio sobre la política imperial, y algunos llevaron su paganismo hasta el extremo de situarse en abierta oposición, como Nicómaco Flaviano, que se suicidó cuando fue derrotado Eugenio en el año 394. Pero la denuncia de las mores de la clase senatorial romana hecha por Amiano no sugiere que la religión figurase entre su lista de prioridades, salvo para unos cuantos. La mayoría se preocupaba de mantener su lujosa forma de vida y apenas se ocupaban de cosas más serias:

Las pocas casas que en otro tiempo tenían la reputación de ser centros de cultura seria se entregan ahora a las triviales ocupaciones de la pasiva ociosidad (XIV.6, cf. XXVI-II.4).

No debería pensarse en este período como un «revivir pagano» generalizado, claramente delimitado en torno al «círculo de Simaco», como se proponía anteriormente, sino, antes bien, en una serie de actitudes que se daban entre la clase superior pagana, que iban desde el compromiso con los cultos paganos y la tradición romana hasta el simple apego por el *status quo*. Se hace también necesario distinguir entre la literatura que preserva o revive los precedentes clásicos (y por tanto paganos) y las obras que son directamente de carácter anticristiano. La mayoría pertenece a la primera categoría;

varias obras a las que se suponía de «propaganda pagana», o si no de carácter anticristiano, demuestran hoy ser bastante neutrales o haber sido erróneamente fechadas. Así sucede con la llamada *Saturnalia* de Macrobio, una especie de miscelánea en forma de diálogo en la que los personajes principales son Pretéxtate y Símaco, y cuya acción dramática se sitúa en la víspera de la muerte de Pretéxtate, en el año 384. En la actualidad se considera que esta obra pertenece a la siguiente generación y no es, por tanto, un documento del supuesto revivir pagano de fines del siglo IV, y lo mismo puede decirse del gran comentario de Servio sobre Virgilio. También se ha supuesto que Amiano actuaba de portavoz de estos senadores paganos, pero no hay pruebas que apoyen esa visión, y sus virulentas críticas a esta clase hacen difícil tomarle como protegido de la misma. Pero otro caso pertinente es el que proporciona la *Historia Augusta*, recopilación de biografías imperiales que pretende ser obra de seis autores de la época de Constantino, pero que en realidad pertenece a un solo autor, que la elaboró probablemente a principios de la década del 390. Esta extraña obra, que tiene más de crónica escandalosa que de historia, pero que es por desgracia una fuente esencial, sobre todo para el siglo II, del que se dispone de pocos documentos, ha sido objeto de una enérgica controversia académica, tanto por lo que se refiere a su fecha como a sus fines. Las afirmaciones de que se había concebido como propaganda pagana se estrellan sin embargo contra el simple hecho de que la supuesta propaganda está tan bien oculta que resulta casi imposible detectarla. Bastante más probable es que haya sido un producto ingeniado para satisfacer el gusto de la clase senatorial por las lecturas sensacionalistas, del que comenta Amiano:

Algunos de ellos odian como un veneno el estudio, pero leen con avidez a Juvenal y Mario Máximo [otro biógrafo imperial]. Son los únicos libros que tocan en momentos de ocio, pero por qué habría de ser así no le corresponde decirlo a alguien como yo (XXVIII.4).

Su insincera observación final oculta el hecho bien sabido de que tanto las sátiras de Juvenal como las vidas de Mario Máximo eran célebres por su contenido salaz.

Pero, a pesar del desprecio mostrado por Amiano, había una serie de aristócratas romanos que se interesaban por las copias de la primitiva literatura latina, sobre todo por las obras clásicas de Virgilio, Horacio, Terencio, Livio y Quintiliano, pero también por autores menos leídos de la Edad de Plata como Marcial, Juvenal y Persio. Las copias que llevaron a cabo pudieron suministrarse gracias a detalladas *subscriptions* (una especie de breve prefacio) que describían sus tareas editoriales, de manera que debemos pensar ciertamente en términos de moda literaria. Sin embargo, como ha apuntado Alan Cameron, en la mayoría de los casos los autores cuyas obras se reeditaban eran leídos también por los cristianos, que compartían el entusiasmo por copiar textos. El fenómeno es interesante e importante, pero no se trata de un caso en el que la literatura haya sido salvada para la posteridad por la clase culta pagana. Algo diferente puede parecer el caso de la traducción latina hecha por Nicómaco Flaviano de la *Vida de Apolonio de Tyana* de Filóstrato, biografía de un famoso taumaturgo cristiano que algunos querían contraponer a los evangelios cristianos; también ésta, no obstante, era una obra leída por Jerónimo y Agustín, y puede que la traducción no haya tenido el valor religioso que los especialistas académicos modernos han imaginado. De nuevo, también los cristianos estaban traduciendo obras griegas al latín con

imponente diligencia; así, las obras de Orígenes, Gregorio Nacianceno y Basilio de Cesárea fueron todas ellas traducidas para un mecenas romano, Aproniano. El mismo Jerónimo desempeñó un importante papel al alentar dicha actividad y extender el conocimiento de obras cristianas griegas, sobre todo de la *Vida de Antonio*, y las obras traducidas eran leídas por damas cristianas lo mismo que por sus parientes varones. En general, había un interés por la lectura y el estudio tanto por parte de los cristianos como de los paganos, que desmiente las críticas de Amiano sobre los hábitos de lectura (o su carencia) de la clase senatorial romana, y hay algunas pruebas de interacción y préstamos mutuos; pero de esto no se infiere que toda obra escrita o patrocinada por un pagano estuviera destinada automáticamente a convertirse en polémica anticristiana.

Estas ricas familias romanas eran también, como es natural, mecenas de las artes en otros terrenos. No debería pensarse aquí en «obras de arte» o en música, en el sentido moderno, sino más bien en objetos lujosos que pudieran servir de ornato de sus grandes casas. El período antiguo tardío, desde el siglo IV en adelante, es rico en obras de este tipo, sobre todo en plata y marfil; ambos materiales eran muy admirados en la Roma del siglo IV y muchas obras eran encargadas por familias aristocráticas. Algunas llevan fecha, sobre todo «dípticos» de marfil y tablas talladas en relieve y repartidas para señalar efemérides como consulados, pero otras sólo pueden datarse atendiendo a criterios de estilo. De nuevo en esto la persistencia de motivos clásicos sobre láminas de plata o tablas de madera se ha utilizado como argumento directo a favor del paganismo, o por lo menos de un «revivir clásico» por parte de sus propietarios. Se trata de un argumento peligroso y que tiene demasiadas probabilidades de

convertirse en circular: «Puesto que sabemos que se produjo un revivir clásico/pagano a fines del siglo IV, tal o cual obra debe pertenecer a ese período». Pero los cristianos no rechazaron todos los elementos de su cultura ni se deshicieron de los objetos que ya poseían, sobre todo cuando pertenecían a las clases altas y estaban acostumbrados a rodearse de hermosos objetos de estilo tradicional. La cristianización fue gradual y no todos los miembros de las grandes familias romanas, como los Anicios o los Apronianos, se hicieron cristianos al mismo tiempo. Por último, el arte cristiano no rechazó inmediatamente y por completo el estilo clásico; unos cuantos ejemplos bastan para ilustrar este extremo, empezando por el famoso díptico de marfil con dos mitades, que muestran a una mujer con ropas clásicas realizando una ofrenda ante un altar, que se encuentran respectivamente en el Musée du Cluny en París y en el Victoria and Albert Museum de Londres, y que llevan grabados los nombres de los Nicómacos y los Símacos, esas mismas familias tan distinguidas en círculos paganos de la época. La discusión sigue centrándose en la fecha de la tabla, que por razones evidentes se ha adscrito al supuesto «revivir pagano»; a otras tablas sin datar se les otorgan también fechas similares por referencia a ésta. Una vez que se acepta la fecha se puede continuar imaginando a Q. Aurelio Símaco y Nicómaco Flaviano como mecenas del arte de orientación clásica, de acuerdo con su papel de defensores del paganismo, como ellos mismos se hacían llamar. Pero ambas familias prosperaron desde el siglo V en adelante, y bien puede ser que las tablas no procedan del período clave de fines del siglo IV más que las *Saturnalia* de Macrobio o el comentario virgiliano de Servio. Otro panel sin fechar es el marfil, muy poco clásico, del Museo Británico, que muestra una figura ascendiendo a los cie-

los y, más abajo, una cuadriga y cuatro elefantes. Tiene un monograma sobre cuya interpretación no hay acuerdo, pero puede significar «*Symmachorum*»; de ser así, puesto que la tabla representa claramente una *apotheosis* pagana, como mínimo ilustra que el estilo de orientación clásica no es un indicador garantizado de paganismo y que no pueden fecharse las obras siguiendo ese criterio. Por último, el gran «cofre Proiecta» chapado en plata, que forma parte del grupo de objetos de plata del Museo Británico, conocido como el Tesoro Esquilino por el lugar en el que se descubrió a fines del siglo, es un cofre nupcial cubierto de figuras y motivos mitológicos, es decir, clásicos, pero con una inscripción romana fijada alrededor de su parte superior: *Proiecta et Secunde, vivatis in Christo* («Proiecta y Secundo, que viváis en Cristo»). Un animado debate se ha centrado en la identificación de los novios y, por tanto, en la fecha del cofre, del que Kathleen Shelton sostiene que procede de la década del 350 y Alan Cameron apunta a la fecha más comúnmente aceptada de la década del 380. En cualquier caso, se trata de un conjunto de objetos de plata propiedad y presuntamente encargo de miembros de la aristocracia senatorial tardorromana. Una de las Proiecta murió a la edad de 16 años en el 385 y fue conmemorada en un epigrama por el papa Dámaso; por lo que respecta a Segundo, el nombre lo ostentaban por lo común los miembros de la gran familia de los Turcios, y puede que «Turcio» sea la lectura correcta de uno de los monogramas que se encuentran en los platos de servir también incluidos entre el tesoro. Pero, en cualquier caso, el añadido de la inscripción cristiana al cofre de estilo clásico demuestra de nuevo que el gusto no se seguía directamente de las convicciones religiosas. Este ejemplo muestra también, por cierto, algunas de las dificultades que existen simplemente para in-

terpretar las evidencias que se conservan y los peligros que encierra una generalización excesivamente apresurada.

¿Se diferenciaría mucho la casa de una familia pagana de fines del siglo IV en Roma de un hogar cristiano? La imagen de Jerónimo de hogares ascéticos en los que se rechazaba cualquier comodidad se aplicaría tan sólo a unos cuantos, si es que se aplicaba a alguno, pero mientras los paganos tenían supuestamente sus altares hogareños, los artículos religiosos cristianos como tales no eran todavía corrientes. En esas fechas no existían los iconos propiamente dichos, y los crucifijos no se hicieron corrientes hasta mucho más tarde. Por otro lado, pudiera ser que los cristianos tuvieran anillos con sellos o bordados con imágenes religiosas, o tal vez lámparas y botellas de Tierra Santa; las vasijas de cristal con medallones de hoja de oro grabados en la base eran particularmente del gusto del siglo IV, y hay también alguna evidencia de imágenes religiosas en sus paredes. Muchos de los temas utilizados en pequeños objetos de arte se habían tomado de las catacumbas y sarcófagos; entre ellos se cuentan el Buen Pastor, Jonás y los tres varones en el horno ardiente. Adán y Eva aparecen también en vasijas nupciales de cristal dorado, al igual que un joven Cristo lampiño en un ejemplo de cristal dorado en el Museo Británico. Sin embargo, el volumen de arte cristiano que se ha conservado, que puede fecharse con certeza como del siglo IV, resulta bastante limitado. Los mosaicos figurativos más antiguos que se conservan en iglesias son de finales del siglo; en otros casos hay que atenerse a descripciones literarias. En el caso de objetos de pequeño tamaño, los artistas cristianos y paganos trabajaban codo con codo y con frecuencia acudían al mismo repertorio, como había sucedido en el primer período del arte cristiano. Ya se ha visto que el cofre cristiano de Proiecta adoptó sim-

plemente estilos que ya existían. Desde finales del período, empiezan a aparecer marfiles cristianos propiamente dichos, en forma de cajitas con escenas bíblicas (aunque la mayoría de los ejemplos provienen del siglo VI), mientras que un díptico del siglo V muestra una escena de la Ascensión. Por contraposición, los dípticos oficiales patrocinados por los cristianos, como el de Probo (del año 406) añaden tan sólo símbolos cristianos como el crismón a la representación convencional de dignatarios cristianos.

Pero aun cuando paganos y cristianos no entraran necesariamente en conflicto a lo largo de finales del siglo IV, fue éste un período tenso en las relaciones culturales y sociales. Durante los reinados de Valentiniano y Valente, el Senado soportó una serie de juicios provocados por agentes imperiales por delitos tales como magia, adulterio y otras transgresiones sexuales, y se celebraron de acuerdo con la ley de traición (*maiestas*), que permitía el uso de la tortura. Iniciados a mediados de la década del 360, Amiano los asocia a dos secuaces de Valentiniano, Maximino y León, mientras que los prefectos de la ciudad, entre los que se contaba Pretéxtate en el año 367, se mantienen cuidadosamente a distancia de cualquier responsabilidad; las víctimas fueron principalmente hombres y mujeres de rango senatorial. Las circunstancias de estos juicios y la propia narración de Amiano (XXVIII. 1) reflejan varios problemas; sin embargo, no puede andar muy errado en su descripción de la repercusión que tuvo entre sus contemporáneos:

Sonaba ahora la campana de alarma que presagia calamidades internas, y las gentes se encontraban paralizadas de horror ante la situación.

Una serie similar de juicios de magia y adivinación había tenido lugar con Constantino II en Escitópolis, en Palestina

(XIX.12), y se celebraron más en Antioquía con Valente en los primeros años de la década del 370, ligando esta vez la adivinación a la conspiración (XXIX. 1). Durante este último episodio se decapitó a Máximo de Éfeso, el filósofo que había introducido a Juliano en la teurgia; a los principales juicios, que implicaron historias de sesiones de espiritismo y el uso de un péndulo para adivinar el nombre del emperador posterior a Valente, le siguió una caza de brujas en busca de cualquier signo de magia o traición (XXIX.2). Libros y papeles suponían un riesgo por temor a que albergaran hechizos y encantamientos; sin duda Amiano exagera cuando escribe que por todas las provincias orientales la gente quemaba todos sus libros con el fin de evitar sospechas, y que en Antioquía los hombres se deslizaban «como si anduvieran por las sombras del infierno», pero tanto las ejecuciones como el temor eran bien reales. Muestran, en primer lugar, la importancia en el mundo antiguo de esa zona gris entre religión y magia que subsistió durante largo tiempo tras la extensión del cristianismo; los autores cristianos libran una batalla perdida contra los cristianos que todavía se aferraban a las prácticas supersticiosas populares y a la creencia en los sortilegios, la magia y la astrología, y en fecha tan tardía como el siglo VII la Iglesia estaba tan preocupada por estas actitudes como lo estaba por las mismas invasiones árabes. Pero, aun aceptando cierta exageración, estos juicios muestran también el grado de sospecha y división que existía entre las clases altas, las tensiones entre la clase senatorial y los emperadores y aquéllos designados por ellos, y la falta de un terreno común en cuestiones políticas y sociales. Son signos exteriores de una atmósfera nerviosa en la que la gente ya no sabía dónde estaba y en la que todo podía estallar con suma facilidad.

La principal alternativa intelectual al cristianismo era el neoplatonismo, que también tenía un matiz religioso y supersticioso distintivo, sobre todo a través de la práctica de la teurgia, una técnica para convocar a los dioses por medios mágicos u ocultos; se vinculaba sobre todo con Jámblico, un filósofo de principios del siglo IV, de Apamea, en Siria, y de él pasó a Juliano por Máximo de Éfeso. La meta última de la teurgia, como del neoplatonismo en general, era la unión del alma con Dios; la magia y los milagros cotidianos eran simplemente un peldaño más bajo de la escalera que conducía al adepto a esta unión mística, pues las habilidades del teurgo le proporcionaban conocimiento y control sobre el mundo físico. La obra *Vidas de los sofistas* de Eunapio, escrita en torno al año 399, describe cómo Máximo podía hacer que se movieran las estatuas y cómo Jámblico podía conjurar a las divinidades. Este último escribió un comentario sobre los llamados *Oráculos caldeos*, un conjunto de presuntas revelaciones del Oráculo en verso sobre Dios y la naturaleza del universo, que también presentó en *Sobre los misterios* como clave última de la comprensión de la filosofía de Platón. Las obras de Platón, desde luego, adquirieron de este modo el estatuto de libro sagrado, como un conjunto de Escrituras filosóficas. En los siglos V y VI el neoplatonismo, especialmente el que se enseñaba en la Academia ateniense, se fue identificando progresivamente con la oposición pagana al cristianismo, hasta que se cerró la Academia en el año 529. Sin embargo, a finales del siglo IV muchos cristianos, lo mismo que los paganos, sufrieron su honda influencia, sobre todo en su forma más intelectual, elaborada en el siglo III por Plotino y Porfirio, al igual que los miembros de la clase senatorial romana que habían asistido a las charlas de Plotino, de acuerdo con la *Vida de Plotino* de Porfirio. El conocimiento de los es-

critos de Platón formaba parte del bagaje intelectual de muchos ciudadanos romanos de clase alta, entre ellos Agustín, que en el libro XII de las *Confesiones* trata de reconciliar las visiones cristiana y platónica de la Creación. Mario Victorino tradujo las obras de Porfirio y Plotino al latín, y Calcidio tradujo el *Timeo* de Platón; con posterioridad, tanto Macrobio como Servio muestran conocer las doctrinas neoplatónicas. En Oriente, Gregorio Nacianceno y Gregorio de Nyssa se imbuyeron profundamente de las ideas platónicas, que se solapaban o coincidían en muchos aspectos con las cristianas, por ejemplo en la relación del alma con el cuerpo, la meta de la unión mística con la divinidad o la inefabilidad de Dios. Las obras de Platón que atraían especialmente a los cristianos incluían, por tanto, el *Simposio* y el *Fedro*, que se refieren al ascenso del alma hacia Dios. El neoplatonismo también compartía con el cristianismo el énfasis en el ascetismo y la moderación; Porfirio escribió una obra titulada *De Abstinencia*, y una *Carta a Marcela* (su esposa) en la que aconsejaba la abstinencia sexual. En *De Abstinencia* abogaba por el vegetarianismo, sobre el modelo de las enseñanzas de Pitágoras, el predecesor de Platón.

Para quienes buscaban algo en qué creer o algún sistema que adoptar había mucho donde elegir. Durante un tiempo, Agustín perteneció a los maniqueos, una secta rigorista que seguía las enseñanzas de Manes, un gurú mesopotámico del siglo III, de acuerdo con el cual existían dos dioses, un dios creador maligno, responsable de la materia, y el dios bueno del espíritu. De forma similar, los maniqueos se dividían entre los «elegidos», a quienes se imponía un ascetismo muy estricto, que incluía una completa abstinencia sexual, pues el sexo se consideraba un mal, y los «oyentes», a quienes se consideraba una hermandad más débil. El maniqueísmo en-

caraba el problema real que tiene el cristianismo ortodoxo a la hora de explicar el mal, y se atenía a las mismas tendencias ascéticas observables tanto en círculos cristianos como neoplatónicos. A pesar de la persecución oficial, existían grupos maniqueos por todo el Imperio, gracias a los misioneros maniqueos, y el maniqueísmo habría de tener una vida prolongada en Oriente en países tan alejados como China.

Junto a obispos cultivados como Ambrosio y Juan Crisóstomo, que tan bien se adaptaron a la vida pública, coexistían monjes, monjas y eremitas que rechazaban ostentosamente cualquier apego a la cultura o la educación seculares y de este modo ponían directamente en tela de juicio los valores de la sociedad circundante. Al igual que ocurre con desafíos parecidos a las costumbres convencionales de nuestros días, esta pose tenía a menudo no poco de afectación y la forma de vida adoptada tenía su propio conformismo. Las vidas reales empezaban a modelarse de acuerdo con el patrón establecido en la literatura hagiográfica que se estaba desarrollando. Pero el cristianismo primitivo era también una religión de palabras, basada en escrituras sagradas que necesitaban interpretación, y con detalladas doctrinas que exigían una docta exposición. Al mismo tiempo que abogaban por la sencillez, los escritores cristianos estaban produciendo enormes cantidades de literatura teológica, desde tratados sobre la virginidad, la Trinidad o la Creación, a comentarios sobre libros de la Biblia. Todos los grandes obispos de finales del siglo IV escribieron tratados técnicos sobre asuntos teológicos, además de sermones, cartas y discursos; cuanto más desacuerdo existía tanto más escribían y refinaban sus posiciones académicas. Estos escritos exigían también un elevado nivel de capacidad retórica. Tienen su importancia para la historia cultural, aun cuando su público fuera limitado, dado que mues-

tran cómo poner conocimientos seculares y argumentaciones filosóficas al servicio de cuestiones doctrinales, y ponen de manifiesto la búsqueda de un sistema totalizador del saber cristiano que se adecuara al deseado objetivo de un Estado más unificado. Son también prueba del rumbo por el que encaminaban su talento las mentes más insignes de la época. Esto tuvo importancia para el posterior desarrollo de la Iglesia y hay quienes, como A. H. M. Jones, lo han considerado una sangría para los limitados recursos del Imperio.

Durante el apogeo del Imperio romano en el siglo II la cultura de las élites era notablemente homogénea para una unidad política tan extensa. La idea de una educación retórica era compartida a lo largo y ancho de las provincias; su contenido variaba naturalmente dependiendo de si se impartía en latín o en griego, pero el estilo y la concepción en conjunto diferían poco de una zona a otra. No obstante, hacia fines del siglo IV habían intervenido diversos factores que introdujeron un mayor grado de diversidad cultural: uno fue el cristianismo, que presentaba por un lado valores distintos y formas de vida alternativas y por otro proporcionaba nuevas oportunidades para el ejercicio de la formación retórica; otro factor que ponía en tela de juicio las actitudes tradicionales era el impacto de los bárbaros, tanto individual como colectivamente, que, a largo plazo, terminaría por convertir el viejo sistema en algo imposible de mantener; un tercer factor lo constituía el ascenso de las culturas locales, que había sido un rasgo de las turbulencias del siglo III.

La creciente importancia de las culturas locales en Oriente la señala el desarrollo del siríaco como una lengua literaria de importancia, que puede fecharse desde las obras de Efrén el Sirio en el siglo IV. La carrera de Efrén comenzó en Nisibis, donde vivió los repetidos asedios de la ciudad por parte

de los persas durante el reinado de Constancio II, abandonándola con rumbo a Edesa sólo después de que Joviano la cediera a los persas en el año 363; la tradición afirma que fue Efrén quien fundó la Escuela de Edesa. Es autor de gran cantidad de himnos métricos y homilías en siríaco, así como de obras exegéticas, ascéticas y polémicas en prosa, algunas de las cuales se tradujeron rápidamente al griego. Su intenso estilo simbólico y figurativo y el uso de elaborados metros para el canto dan a sus obras un carácter inconfundible, que se ha considerado por lo general como esencialmente semítico, aunque también se ha puesto de relieve su vínculo con la literatura griega. En cualquier caso, Efrén es uno de los grandes autores en siríaco y su importancia se reconoció también rápidamente en círculos griegos (véase Sozomen, *HE* III. 16). Desde su época aumentó el corpus sustancial de literatura cristiana en siríaco, incluyendo homilías, historia eclesiástica, hagiografía y crónicas, y una cantidad creciente de traducciones entre el griego y el siríaco y viceversa. El fenómeno refleja en sí mismo la mayor atención que se prestaba a las provincias orientales desde finales del siglo IV en adelante. La literatura copta comienza también en los siglos III y IV, aunque no despegó hasta el siglo V. Tras la invención de su escritura, en torno al año 400, se desarrolla una literatura cristiana en lengua vernácula, que progresa a partir de las traducciones del siríaco y el griego a sus propias obras históricas, y el mismo tipo de evolución puede observarse un poco más tarde en el caso del georgiano. A lo largo de los siglos siguientes la traducción entre lenguas se convirtió en una preocupación de primera importancia, y evidentemente se dio a gran escala. Todas estas literaturas surgieron para satisfacer necesidades cristianas y, como se ha visto, el alfabeto gótico se concibió con una finalidad parecida.

Con posterioridad al año 395 Oriente y Occidente comenzaron a divergir y este hecho también quedó reflejado en la esfera lingüística. El conocimiento del griego ya había disminuido en Occidente, como reflejan las traducciones al latín de Jerónimo de textos patrísticos griegos y la necesidad de Agustín de atenerse a traducciones de Platón y de autores neoplatónicos. Todavía durante algunas generaciones los escritores latinos, entre los que se contaban Fausto de Riez (Rhegium, en la Provenza), Sidonio Apolinar, de Clermont-Ferrand, Enodio de Pavía, Cesario de Arlés, Dracontio, del África de los vándalos, Casiodoro, en la Italia de los ostrogodos y, a finales del siglo VI, Venancio Fortunato, en Poitiers, fueron capaces de mantener las tradiciones de la retórica latina y escribir en prosa o verso latinos de orientación clásica. Tenemos incluso una antología de verso latino en metros clásicos del último período del dominio vándalo en el norte de África a principios del siglo VI. Sin embargo, la *Historia de los francos* de Gregorio de Tours, de finales del siglo VI, muestra en qué medida se estaba transformando el mismo idioma latino.

Considerando el grado de cambio político y social en Occidente, resulta notable la resuelta continuidad; por supuesto en Oriente, donde existía una estabilidad en el gobierno y la administración, y ningún asentamiento bárbaro comparable, las cosas resultaban más fáciles para la continuación de una forma de escribir en griego de orientación clásica, aunque también aquí se hace evidente el cambio en el lenguaje oral hacia el siglo VI.

Incluso en el siglo IV se produjo un cambio cultural considerable, que se extendía, por ejemplo, al limitado aumento de la importancia asignada a las mujeres (capítulo 8). No se trataba desde luego de ningún renacimiento o revolución; no

se produjo ningún movimiento fundamental económico o político en la sociedad tardorromana equiparable a los que tuvieron lugar en períodos posteriores de la historia europea. Es cierto que el grueso de la legislación de los códigos parece sugerir que el gobierno, o los emperadores, eran incómodamente conscientes de que se desarrollaban cosas que escapaban a su control. La hipérbole retórica a la que recurrían representa sus intentos de detener los cambios de cuyas causas subyacentes no podían ser conscientes. Pero esto equivale menos al totalitarismo que a un desamparo poco envidiable. Prestar atención a otros textos y otras evidencias puede proporcionar una imagen diferente de lo que significaba vivir en el siglo IV.

XI. CONSTANTINOPLA Y ORIENTE

Un sorprendente grado de misterio rodea la primitiva historia de Constantinopla, desde los motivos que tuviera Constantino para fundar su ciudad hasta la apariencia física de la misma (capítulo VI). Buena parte de ello se debe al deseo comprensible de sus posteriores habitantes, que vivían en un mundo muy distinto, de escribir o reescribir la historia de sus propios orígenes. Puesto que el conocimiento histórico real de la era de Constantino se había desvanecido hacia el siglo VII, si no antes, y el mismo Constantino se había convertido en una figura mítica y legendaria, sus esfuerzos por reconstruir la historia podían conducir a resultados chocantes. Ya en el siglo VI se pensaba que la batalla antes de la cual se decía que Constantino había tenido su visión se había librado contra los «bárbaros»; pronto sus antagonistas se convirtieron en los gigantes míticos de Byzas y Antes, de quienes la ciudad de Bizancio tomaba supuestamente su nombre. Se observa que parte de la motivación que operaba detrás de estas historias provenía del hecho de que en los inicios del siglo VI Constantinopla había tomado el relevo de Roma, en aquel entonces bajo dominio ostrogodo; sus habitantes tenían necesidad de creer que siempre había estado

destinada a desempeñar ese papel. Del mismo modo, se creía que el antiguo *palladium* de Roma, que según la tradición había portado Eneas desde Troya, había sido trasladado a Constantinopla y permanecía enterrado bajo la columna constantiniana de porfirio como talismán de la ciudad.

Esta columna, erigida en el foro de Constantino, con una estatua del emperador en lo alto, adquirió un significado especial en la imaginación de sucesivas generaciones, llegando a creer que en realidad la estatua representaba a Apolo. Se dice que las ceremonias de consagración de la nueva urbe, que tuvieron lugar el 11 de mayo del año 330, incluyeron la aclamación formal de esta estatua, y, hasta el siglo VI, en cada uno de los aniversarios de la ciudad se paseaba hasta el hipódromo una imagen de madera de Constantino portando una estatuilla de la Fortuna (*Tyché*), que era honrada por el emperador reinante (Malalas, *Crónica*, trad. Jeffreys, p. 175). A pesar de las garantías dadas por Eusebio de que no quedaba ni rastro de paganismo en Constantinopla (VC III.48), Zósimo sostiene que allí se construyeron templos (II.31), y más tarde paganos y cristianos por igual trataron de atribuirse el mérito de su grandeza. Otro autor del siglo VI afirma que el filósofo pagano Sopater y Pretextato (distinto del senador pagano romano del mismo nombre, que murió en el año 384, pues habría sido demasiado joven para participar en el año 326) tomó parte en los ritos de fundación (Juan de Lidia, *De Mensibus* IV.2), aunque es probable que esta narración también sea un intento posterior de investir a Constantinopla del prestigio de Roma.

En estas circunstancias, resulta difícil desentrañar la verdad respecto a la fundación de Constantino. Los restos arqueológicos del moderno Estambul tampoco resultan de mucha utilidad. Los restos del palacio de Constantino, si es que

queda algo, permanecen enterrados o destruidos bajo siglos de edificaciones imperiales posteriores, y la actual iglesia de Santa Sofía es la que construyó Justiniano en el siglo VI. El mausoleo de Constantino hace ya mucho que desapareció y la gran iglesia de los Santos Apóstoles, que se levantaba junto a la actual mezquita de Fatih, tampoco se conserva. Todavía puede verse el contorno del Hipódromo, junto a la columna serpentina, una de las célebres piezas de escultura griega llevada allí por Constantino, y el obelisco y el basamento erigidos por Teodosio II, este último uno de los principales monumentos del arte imperial antiguo. Por lo que respecta a la columna de porfirio y la estatua de Constantino, la columna ha sobrevivido, aunque dañada, con el nombre de «Columna Quemada», pero la estatua ya no existe. Salvo en algunas zonas, las excavaciones han sido limitadas y buena parte de la historia física de la ciudad puede reconstruirse sólo recurriendo a textos posteriores que, por otra parte, resultan contradictorios y confusos. Constantinopla no era una fundación de nueva planta sino una remodelación de la pequeña ciudad clásica de Bizancio, que ya había sido reconstruida por Septimio Severo después de resultar gravemente dañada en las guerras civiles. Para el reinado de Justiniano en el siglo VI, la población de Constantinopla había alcanzado una cifra de cerca de medio millón, pero Constantino había establecido el número de receptores de grano en 80.000, y acaso la población de mediados del siglo IV estuviera por debajo de esa cifra. El sustancial crecimiento posterior fue posible gracias a la construcción del acueducto atribuido a Valente, y las actuales murallas de tierra, que rodean un espacio mucho mayor que el de la ciudad constantiniana, se construyeron bajo Teodosio II, en el siglo V, cuando se alzaron también tres grandes cisternas. Aunque Constan-

tino sentó las líneas generales de la nueva ciudad, puede que empezasen a tomar verdaderamente forma, sólo de manera gradual, con el nombramiento de un prefecto para la ciudad hacia el año 360 y con la edificación de Santa Sofía y los Santos Apóstoles. Pero ya en el año 340 Juliano asistió en ella a disertaciones, y Libanio se mudó de Atenas a Constantinopla. Más importante resulta el hecho de que pronto se convirtiera en residencia imperial; Constantino pasó parte de cada año en ella desde el año 330 al 337, y hasta el pagano Juliano se estableció en la corte de Constantinopla en el año 362, antes de partir para Antioquía y del inicio de su expedición a Persia. En conjunto, sin embargo, el senado de Constantinopla y el papel de la ciudad como residencia imperial de Oriente pronto la convirtieron en la verdadera sede del gobierno oriental, y, para la época en que Juan Crisóstomo se convirtió en obispo en el año 337, la interacción del emperador, la Iglesia y la población se hace fácilmente visible, más si cabe después de los acontecimientos del año 400.

A medida que Constantinopla crecía y se desarrollaba, lo hacían también otras grandes ciudades orientales. En Éfeso, por ejemplo, donde se celebraron dos grandes concilios en los años 431 y 449, el período de la Antigüedad Tardía resultó una época de prosperidad y de programas de grandes construcciones. Se restauraron los baños y se construyó la gran calle de columnas del reinado de Arcadio, conocida como la Arcadiana, y la catedral de la ciudad, dedicada a Santa María la Virgen (se creía que la Virgen había vivido en Éfeso y había sido asunta desde allí al cielo). La ciudad tenía un centro muy animado, con una zona de mercado, fuentes y otros servicios.

En la década del 380 el procónsul de Asia restauró un templo de Éfeso dedicado a Adriano y colocó en él un friso con

relieves del emperador Teodosio I, su padre (también Teodosio), su esposa y su hijo Arcadio, que rodeaba a la diosa Artemisa, una extraña manera, podría parecer, de conmemorar al emperador ultra-cristiano y algo que apenas podría haberse llevado a cabo después del edicto de Teodosio del año 392 que prohibía los cultos paganos. En otro lugar de Oriente, en Apamea, el obispo había destruido el templo de Zeus ayudado por tropas del gobierno, en fecha tan temprana como el año 386, y Porfirio de Gaza obtuvo permiso para destruir el Marneion del mismo lugar en el año 402 (*Vida de Porfirio*, 47 s., 63 s.). Una ley dirigida al *comes Orientis* en el año 397 ordenaba utilizar la piedra de templos paganos destruidos para obras públicas (*Cth.* XVI.1.36).

En el caso de Antioquía, la segunda gran ciudad de Oriente, gracias a Libanio estamos muy bien informados de su vida municipal en el siglo IV; escribió un discurso de alabanza, el *Antiochikosi* (*Or.* II), que pone de relieve la continuidad de las tradiciones cívicas griegas que Juliano valoraba tanto. Era también la sede de la organización militar romana de Oriente, el cuartel general del *comes Orientis* y, no menos importante, el hogar de Amiano, que describe la iluminación de sus calles (XIV. 1) y sobre ella cuenta que era «una ciudad conocida a lo largo y ancho del mundo, sin comparación por los recursos importados y producidos allí» (XIV.8). La denominada Gran Iglesia de Antioquía (que no se ha conservado) era de planta octogonal y había sido iniciada por Constantino. Fue consagrada en el año 341 en presencia de noventa obispos, que aprovecharon a su vez la oportunidad para celebrar un concilio, y tenía una inscripción en verso en griego que rezaba:

Para Cristo construyó Constantino estas hermosas moradas, similares en todo a la bóveda del cielo, de reluciente bri-

llo, pues Constancio obedeció las órdenes del gobernador; el *comes* Gorgonio fue el *cubiculanus* (Malalas, transcripción de Jefferys, p. 177).

A principios de la década del 370 Valente construyó un nuevo foro en Antioquía, y los mosaicos desenterrados allí en la década de 1930 se encuentran entre los más célebres del período de la Antigüedad Tardía, sobre todo el mosaico del siglo V con la personificación de *Megalopsychia* (grandeza del alma) entre escenas de caza, de una villa de Yakto, en las afueras de Dafne. Sólo uno de los mosaicos de Antioquía es con toda seguridad cristiano; muchos representan la personificación de virtudes abstractas. En el año 387 se produjo la llamada «revuelta de las estatuas», en la que se derrumbaron y profanaron estatuas imperiales. Las causas inmediatas fueron triviales: la escasez de alimentos y el aumento de los impuestos tras la derrota en Adrianópolis. Pero rápidamente se tomaron medidas: el *comes Orientis* hizo venir tropas, capturó a los alborotadores y los hizo ejecutar con presteza. El emperador ordenó una investigación y degradó a Antioquía de su *status* de metrópoli provincial, la sometió a Laodicea, cerró lugares de entretenimiento y suspendió la ración gratuita de pan. Muchos curiales, ediles de la región, fueron llevados a juicio en una atmósfera de creciente tensión y temor, en la que Juan Crisóstomo afirma que hasta los eremitas bajaron de las montañas para interceder en favor de los acusados (*Sobre las estatuas*, 17.1-2, uno de los 21 sermones dedicados a la cuestión). Pero, afortunadamente, la intercesión ante el emperador en Constantinopla por parte del anciano obispo Flaviano contribuyó a aplacar a Teodosio, y se dejó libres a los curiales y la ciudad pudo celebrar justo a tiempo la Pascua entre un enorme regocijo. Estamos extraordinariamente bien informados sobre este episodio tan dra-

mático, que tanto nos revela de la vida ciudadana, así como de la interrelación de las ciudades con el gobierno imperial, gracias a cinco discursos de Libanio (*Or.* 19-23) que tratan la cuestión y complementan los apasionados sermones de Juan Crisóstomo. Por añadidura, el *consularis Syriae*, gobernador de la provincia, residía también en Antioquía, y Libanio tiene muchas observaciones críticas que hacer sobre la administración desde el punto de vista de los mismos ciudadanos.

Las ciudades de la Antigüedad Tardía eran lugares teatrales y espectaculares en varios sentidos. La época en que los ciudadanos corrientes tomaban parte en las decisiones sobre el gobierno de la ciudad hacía ya mucho que había desaparecido, víctima del dominio romano del Alto Imperio. En su lugar, la tarea recayó en los curiales, que en un principio lo consideraron un privilegio y luego cada vez más una carga, debido a las responsabilidades financieras que entrañaba. Aunque albergaban a muchos pequeños artesanos y comerciantes, las ciudades de la Antigüedad Tardía no constituían importantes centros de producción, no más de lo que lo habían sido sus antecesoras; existía por tanto una extensa (y creciente) población de clase baja, buena parte de la cual se sostenía gracias a la distribución gratuita de alimentos o donaciones caritativas de la Iglesia. Por esta razón eran muy vulnerables a los desastres o la escasez temporal de alimentos, y dispuestos a amotinarse si se presentaba algún motivo, como lo muestra la cuestión de las estatuas en Antioquía. Esta tendencia se hizo mucho más pronunciada en las ciudades orientales a finales del siglo V y principios del VI: probablemente la más grave y mejor conocida de estas revueltas fue la llamada revuelta de Nika, en Constantinopla, en el año 532, cuando el centro de la ciudad fue pasto de las llamas y se dice que treinta mil ciudadanos o más fueron muertos por

los soldados que sofocaron el motín. La misma serie de circunstancias propició la disponibilidad de público hacia toda clase de espectáculos, desde el teatro a las carreras de carros, y que dichos acontecimientos se convirtieran en el lugar de encuentro entre el pueblo y las autoridades donde, de cuando en cuando, se enfrentaban.

Tales enfrentamientos no eran novedosos: Casio Dio, por ejemplo, describe las manifestaciones en contra de Macrino que tuvieron lugar en las carreras de Roma en el año 217 (78.20.1-4), y la práctica de manifestaciones populares en dichas ocasiones se remonta directamente al Principado e incluso antes. El teatro y aún más el anfiteatro eran los lugares en los que se producía una gran concentración de gente, y en los que debían estar presentes el emperador, o el gobernador en las provincias, o al menos los funcionarios de la urbe. En la época tardía del Imperio, y sobre todo en Oriente, las carreras de carros hacían furor y el hipódromo era el lugar clave de excitación y reyerta potencial, aunque en Antioquía, Libanio sostenía que el hipódromo era bastante inocente a este respecto (*Or.* 11.268), mientras que el teatro constituía una de las glorias de la ciudad (*ib.*, 219). Los predicadores cristianos, en especial Juan Crisóstomo, lanzaban invectivas contra todos los entretenimientos públicos, y sobre todo contra el entusiasmo que por ellos mostraban las poblaciones de Antioquía y Constantinopla. El rétor cristiano Chorcio de Gaza indica su desaprobación hacia el intenso entusiasmo por mimos, carreras de carros, combates y competiciones atléticas en la Palestina del siglo VI, mientras una inscripción griega de Gaza del siglo VI conmemora a un adolescente que participaba en las carreras. Aunque no formaba parte de la tradición griega de festivales, los combates de gladiadores se habían vuelto cada vez más populares en las

ciudades de Oriente en el período romano, pero los emperadores cristianos trataron repetidas veces de acabar con ellos y, aunque sus esfuerzos con frecuencia no tuvieron éxito frente al entusiasmo local, las competiciones entre gladiadores dieron finalmente paso a espectáculos de bestias salvajes (*venationes*) celebrados con unas dimensiones igualmente profusas. Parte de la razón de la oposición cristiana residía en el hecho de que rivalizaban en la atención del populacho, pues la Iglesia tenía también sus festivales. Choricio describe los celebrados para señalar la consagración de dos nuevas iglesias en Gaza, que contaron con banquetes públicos y libaciones, casetas con toda clase de cosas a la venta y un elaborado despliegue de fuegos artificiales tan bueno como cualquiera de los que podía esperarse incluso en Alejandría. Festivales paganos y cristianos como éstos se celebraban de forma regular a lo largo de todo el año. Por ende, las iglesias mismas eran lugares de asamblea y entretenimiento públicos, y las multitudes eran atraídas por la gran animación de las actividades de predicadores y políticos como Crisóstomo, y enseguida los oradores cristianos inteligentes aprendieron las técnicas de manipulación de masas y control del público.

La participación de la concurrencia era organizada mediante grupos pagados (claque), los cuales dirigían los aplausos y el griterío rítmico («aclamación») que tan fácilmente podían adquirir un contenido político. La claque teatral de Antioquía tuvo parte importante en incitar y manejar la revuelta de la multitud en el año 387; sus miembros también dirigían de forma regular la expresión de opiniones «populares» ante el gobernador cuando éste asistía al teatro y, de hecho, se presentaba buscando la reacción popular. Carecían de objetivos políticos regulares propios, como le sucedía a su vez a los «Azules y Verdes», partidarios de los equipos de las

carreras de carros (al contrario de lo que creen persistentes suposiciones modernas); en realidad, la claque podía alquilarse a voluntad. Las inscripciones de Afrodiasias en Carias (en donde no había hipódromo para carreras de carros) muestran que los aficionados teatrales también se dividían entre Azules y Verdes, y no cabe duda de que lo mismo ocurría en otros lugares. Con o sin la intervención de una claque, la importancia de la aclamación popular de los gobernadores quedaba reconocida por la ley: Constantino exigió en el año 331 que se enviara regularmente al emperador constancia de las aclamaciones, de modo que se pudieran tener en cuenta para determinar la carrera futura de los funcionarios en cuestión (*Cth.* 1.16.6; VIII.5.32). Como otras veces, la práctica fue adoptada por la Iglesia y las aclamaciones y bandas de partidarios también aparecen en disputas eclesiásticas y durante los preliminares de los concilios eclesiásticos, como sucedió en Éfeso en el año 431 y en Calcedonia en el 451, donde tomaron la iniciativa grupos de monjes. Quizás el ejemplo más insólito de aclamación que se registra sea el que sucedió, no obstante, cuando se promulgó oficialmente el nuevo Código de Teodosio. El nuevo código entró en vigor el 1 de enero del año 439 y el 23 de diciembre el Senado se reunió para acogerlo formalmente. El prefecto pretoriano anunció su promulgación en nombre de Teodosio II y Valentiniano III, a lo cual los senadores exclamaron al unísono: «Bien dicho». De acuerdo con la *gesta senatus* (actas oficiales), a medida que se llevaba a cabo la lectura, los senadores romanos iban aplaudiendo y dando gritos de aprobación al unísono, y sus exclamaciones se repetían veinte o treinta veces después de cada cláusula. La vida pública, los concilios eclesiásticos y las manifestaciones teatrales se habían convertido por igual en deportes de espectadores.

La Iglesia también intervenía en la vida urbana a través de las diversas formas de caridad pública dispensadas por los obispos e iglesias locales así como por personas de fortuna. En Occidente, la presión de las incursiones bárbaras se sentía de forma más inmediata, y ayudaba a dictar la forma y evolución de la caridad oficial, desempeñando un papel principal el rescate de cautivos. A principios del siglo V, las invasiones visigodas de Italia ocasionaron una gran cantidad de cautivos cristianos, y apremiaron los esfuerzos de dirigentes cristianos tales como Paulino de Nola, Máximo de Turín y Ambrosio de Milán para redimirlos; este deber religioso (confirmado en *Cth.* V.7.2, emitido en el año 408) se convirtió en una parte reconocida de las limosnas cristianas, combinado con la distribución de grano y ropas a los necesitados. Los beneficios de algunas de las ventas de Melania, que tuvieron lugar en esos años, se destinaban directamente al rescate de prisioneros. En las ciudades orientales, aunque la situación era algo distinta a este respecto, los obispos se ocuparon de la responsabilidad de una regular distribución a los pobres, y aunque la mayor parte de la evidencia se centra en los siglos V y VI, esa distribución ya se celebraba a gran escala en la Antioquía del siglo IV (capítulo 5).

Las ventas de propiedad por parte de ascetas entusiastas, a veces enriquecía directamente a determinadas comunidades religiosas e iglesias en grado excesivo, provocando la envidia de otras. En el caso de Melania y Piniano, la Iglesia de Hipona intentó tan denodadamente conseguir para sí los beneficios que Tagaste había obtenido de las ventas de la pareja, que Piniano tuvo que huir para evitar que se le impusiera por la fuerza. El objeto oficial de dicha caridad lo constituían los «pobres», esa misma «chusma» a la que en las fuentes se culpa comúnmente de toda clase de violencia urbana, y exis-

ten ciertas indicaciones de que su número se estaba incrementando en las ciudades. Libanio se queja de la afluencia de personas sin hogar, sin empleo, sin lazos familiares y sin nada que hacer salvo crear problemas (*Or.* 41.II). Al fin y al cabo, las ciudades ofrecían la perspectiva de grano gratuito, y luego la posibilidad de la caridad cristiana, por contraposición a las dificultades de la vida y los impuestos del campo. Por otro lado, un examen más de cerca de la teoría del reparto caritativo en Occidente, de lo que hay evidencias, sugiere que a veces se concedía prioridad a determinados grupos cristianos, incluyendo a algunas iglesias, más que a los pobres de las ciudades de manera indiscriminada. Por ende, el desarrollo de una teoría cristiana de la limosna, una cuestión sobre la que se escribió mucho durante este período, centra la atención sobre la categoría de «pobres» y puede dar una impresión falsa tanto respecto de su composición como de su número. Tal como dijo Jesús, «a los pobres los tendréis siempre con vosotros»; lo que resultaba realmente diferente era que la conciencia sobre los pobres cambió de forma espectacular. En cierto modo, la existencia de los pobres venía exigida por la ideología cristiana con el fin de neutralizar el hecho de que la Iglesia misma no sólo se estaba enriqueciendo sino que se codeaba de manera activa con patronos opulentos. Además, existían muchas formas sutiles de interpretar y manipular el mandato de las Escrituras sobre ceder todo lo que se posee. Los obispos, por ejemplo, recibían activos considerables al ser elegidos, aun cuando hubieran adoptado oficialmente la pobreza, e incluso la simple vida religiosa ofrecía posibilidades de acomodo. Los pobres de las ciudades de Oriente eran bastante diferentes de los del campo en Oriente o en Occidente. Por último, aunque si bien «el pobre» en la mentalidad cristiana representaba todo lo que ha-

bía de malo en el hombre por el pecado original, este reconocimiento no dio lugar a la revolución social o al intento de suprimir la pobreza *tout court* (en efecto, los cristianos sostenían que la división de la sociedad entre ricos y pobres era fruto de la ordenación divina), sino más bien a la práctica de la limosna, que ofrecía al mismo tiempo un paliativo conveniente y una fuente de prestigio para los donantes.

Ahora existen evidencias en ciertos terrenos de los inicios de la prosperidad que se hizo tan llamativa en Oriente en el curso del siglo V y que continuó durante el VI. En primer lugar, Tierra Santa se había beneficiado durante el siglo IV de la actividad comercial de las peregrinaciones, y de acaudalados mecenas que allí fundaron y dotaron monasterios; aparte de sus fundaciones, la misma Melania había enviado 15.000 *solidi* de oro a Palestina. La Iglesia de Jerusalén estaba ricamente dotada incluso a mediados del siglo IV, y la ciudad misma se convirtió en un activo centro metropolitano, cuyo bullicio deploraba posteriormente Jerónimo (*Ep.* 58.4.4) a Paulino de Nola). Egeria hace notar que los cultos se llevaban a cabo en Jerusalén en griego, pero con intérpretes para la población local de lengua aramea y traducciones latinas que suministraban monjes y monjas bilingües; otro tanto se puede decir de Belén. Jerusalén y Tierra Santa alcanzaron el cénit de su prosperidad en el siglo V, con el reinado de Teodosio II y el patronazgo de la emperatriz Eudoxia.

Hay también signos de los estadios iniciales del crecimiento de población que caracteriza a las provincias orientales de los siglos V y VI. Los estudios arqueológicos de algunas regiones, sobre todo de Judea, el Golán y el Neguev, muestran un aumento de la densidad de asentamientos durante este período, seguido de una abrupta caída posterior a la conquista árabe del siglo VII. Rehovot, la segunda ciudad más gran-

de del Neguev, experimentó un resurgir a fines del período romano/bizantino que empezó probablemente a finales del siglo IV; durante este período, los valles del Neguev central disfrutaron de regadíos y de un intenso cultivo, de modo que pudieron sustentar hasta épocas recientes a una población mayor que la de cualquier período anterior. Mientras que buena parte de las tropas se habían retirado de los fuertes de la zona de la frontera oriental de la Palestina meridional hacia mediados del siglo VI, florecían las ciudades de la costa. Gaza era extremadamente próspera en los siglos V y VI, gracias en parte al comercio con los asentamientos del interior, que exportaban vino de reconocida calidad. Un modelo similar de asentamientos se había observado en el norte de Mesopotamia cerca de Edesa, mientras partes de Siria septentrional sustentaban una próspera economía en el mismo período romano tardío. Cerca de Bostra, en el Haurán, y en la zona de Decápolis, cerca del mar de Galilea, se puede rastrear fácilmente la tendencia durante los siglos V y VI, aunque menos durante el siglo IV. Es probable que las razones de estas tendencias varíen de una zona a otra; está claro, por ejemplo, que los sistemas de regadío, sobre todo en el Neguev, desempeñaron un papel sustancial a la hora de permitir cultivos intensivos, incluyendo olivos y viñedos, aunque no exclusivamente. Todavía existen muchas incertidumbres respecto a las evidencias y a la interpretación de casos determinados. Todas las estimaciones de dimensiones de población en la antigüedad se resienten de la falta de datos estadísticos, y de la vulnerabilidad de las argumentaciones que se basan en fuentes literarias, la arqueología de los asentamientos o en el volumen y número de iglesias; las tendencias subyacentes sobre los movimientos de población se entienden sólo de manera imperfecta. Hacia finales del siglo VI de-

ben haberse sentido los efectos de la gran plaga epidémica que golpeó a Oriente en el año 541, pero hasta que eso sucedió hay pruebas suficientemente sólidas respecto al gran número de asentamientos en este mismo período como para mostrar que anteriores visiones del declive demográfico universal, como factor responsable de la decadencia de la antigüedad, sencillamente no funcionan.

A riesgo de generalizar excesivamente, se puede por tanto extraer una contraposición entre Oriente y Occidente no sólo en términos de estabilidad de gobierno y vulnerabilidad a las incursiones bárbaras, sino también de organización económica. Donde las grandes propiedades con su economía de villa se apiñan en Occidente (capítulo VIII), en las provincias orientales hay más evidencias en este período de pequeños campesinos y de economía aldeana, con grandes aldeas, menores que una «ciudad», y sin su *status* legal (aunque algunas «ciudades» eran muy reducidas para los parámetros modernos), pero muestran evidencia de organización y diversificación sociales. Había grandes diferencias de tamaño, dentro incluso de esta última definición, de las ricas aldeas cercanas a Antioquía a asentamientos más pequeños de Asia Menor y otros lugares. Por ende, podía existir una aldea dentro de una gran finca. Esas comunidades tenían «dirigentes», como atestiguan las inscripciones y las fuentes literarias, y podían realizar ofrendas en santuarios locales o edificar sus propias iglesias o sinagogas. Una de dichas iglesias de aldeas sencillas es la de Qirk Bizzle, al este de Antioquía, construida en el estilo local, que no es distinto de las viviendas del mismo período. Hacia finales del siglo IV esas fundaciones se estaban haciendo más grandes y complejas, lo que era indicativo de que las aldeas prosperaban. Una inapreciable serie de papiros de Nessana, en el Neguev, donde también existía una

guarnición, permite entrever algo de las complicaciones de la posesión de la tierra en esas comunidades. Aunque todavía existen muchos problemas por resolver, la continuidad de esos asentamientos hasta los siglos VI y VII, y en muchos casos su decadencia posterior, sigue siendo uno de los rasgos más llamativos de las provincias orientales en la Antigüedad Tardía. Esto fue, más que la existencia de ciudades importantes, lo que permitió al Imperio oriental escapar a la fragmentación sufrida por Occidente; además, cuando comienzan a mostrarse las señales de declive de la población desde finales del siglo VI en adelante, tienen tanto que ver con factores externos, tales como la peste y el continuo guerrear, como con causas propias de las provincias orientales.

La relación entre las ciudades y, lo que es más, el gobierno y las comunidades rurales, no resulta fácil de definir. El recaudador de impuestos y el soldado eran las figuras más familiares; en contraposición a éstos, el gobernador se encontraba muy alejado. Con el tiempo, el obispo llegó a desempeñar un papel social, y buena prueba de ello son las cartas de Teodoreto de Cirro, en el norte de Siria (muerto en el 466), donde aparece la interesante imagen de un hombre, que tiene, a buen seguro, una sólida base clásica además de una educación religiosa, y se comportaba en gran medida como un mecenas de clase alta, convirtiendo Cirro en un digno centro episcopal gracias a su actividad constructiva y dirigiendo misivas al gobernador y a otros funcionarios. Teodoreto fue uno de los principales polemistas cristianos de su tiempo, y fue depuesto por el «Concilio de Ladrones» del año 449, sólo para ser repuesto en su cargo por el Concilio de Calcedonia (del año 451); también era un autor prolífico. Pero era muy consciente de la sociedad rural que le rodeaba y su *Historia Religiosa*, una colección de vidas de monjes,

contiene muchas anécdotas de la sociedad rural de Siria. En la segunda mitad del siglo IV, Basilio vivió en retiro religioso cerca de Neocesarea, en el Ponto, antes de ser nombrado en el año 370 obispo de Cesárea en Capadocia, donde edificó un complejo de edificios con fines eclesiásticos, incluyendo suministros para atender a pobres y enfermos. Aunque Basilio se había educado en Atenas, dispuso en su *Regla* monástica que se añadieran escuelas a los monasterios en las que los niños pudieran recibir educación religiosa. Algo se percibe también a través de la *Vida de Macrina* del hermano de Basilio, Gregorio de Nisa, también en Capadocia, de la relación entre las grandes propiedades y la población local en el Asia Menor del siglo IV. Las propiedades de la familia se encontraban en el Ponto, en Annisa, sobre los ríos Iris e Ibora, no lejos de la costa del mar Negro, aunque la madre de la extensa familia a la que pertenecían Basilio, Macrina y Gregorio procedía de Capadocia. El lugar de retiro de Basilio y el de otro hermano, Naucracio, estaban próximos, mientras que el convento fundado por Macrina y su madre, así como un monasterio de hombres, estaban ubicados en la otra orilla del río Iris. Aunque poseía un gran talento, y se supone que instrucción, Naucracio eligió la vida de ermitaño a la edad de 22 años, y vivió alejado del bullicio de la vida urbana, alejado de las obligaciones del servicio imperial que tanto tiempo exigen o de pleitear en los tribunales.

Él mismo solía atender a algunos pobres y ancianos enfermos con sus propias manos, a quienes procuraba alimentos haciendo uso de sus habilidades cazadoras, que al mismo tiempo proporcionaban una ocasión de desfogar sus energías juveniles. Naucracio vivió de este modo durante cinco años, al cabo de los cuales murió trágicamente en un accidente de caza mientras iba a la busca de comida para esos ancianos.

Parece ser que su retiro se encontraba a menos de tres días de camino del hogar familiar, y que le acompañó su criado Crisafio, que fue quien comunicó la noticia a su madre (*Vida de Macrina*, 8-9).

Teodoreto fue un teólogo y exegeta de importancia de la escuela «antioquena», cuyo signo distintivo lo constituía un enfoque más literal e histórico, por contraposición a la alegoría y el simbolismo que desplegaba su tradicional rival, Alejandría. La condena del arrianismo en el Concilio de Nicea en el año 325 no había resuelto los problemas de la unidad cristiana; por el contrario, llevó a continuos desacuerdos durante el siglo IV en torno a la naturaleza de Cristo («Cristología»), a partir de los cuales se desarrollaron dos posiciones conocidas como monofisismo y nestorianismo, ambas condenadas en el Concilio de Calcedonia en el año 451. La primera ponía de relieve la naturaleza única de Cristo, mientras que la segunda, identificada con Nestorio (convertido en obispo de Constantinopla en el año 428 y depuesto por el Concilio de Éfeso en el 431), insistía en separar las dos naturalezas, humana y divina; la dificultad residía en justificar la doctrina ortodoxa del cristianismo por la cual la persona de Cristo era única e indivisible, pero humana y divina al mismo tiempo, lo que inevitablemente presentaba grandes problemas de definición. Buen número de cuestiones, personales y locales, quedaban encerradas en estas disputas, que se debatieron a partir de finales del siglo IV. Una de las preliminares fue la controversia que rodeó a Orígenes, pensador cristiano del siglo III, de Cesárea, en Palestina, a quien en círculos de Antioquía se acusaba de haberse excedido en la alegoría alejandrina de las Escrituras, además de haber errado en otras materias doctrinales. Uno de los principales protagonistas de las controversias del siglo V fue Cirilo de Alejan-

dría, un inteligente político que ya era obispo cuando la filósofa pagana Hipatia, maestra de Sinesio, fue linchada por una multitud cristiana en Alejandría en el año 415. Puesto que muchos contemporáneos, desde Juan Crisóstomo a Jerónimo, se involucraron en la cuestión de origenista, no es accidental que los dos grandes concilios cristológicos del siglo V tuvieran lugar en Oriente. Fueron y son reconocidos como vinculantes por parte de la Iglesia; sin embargo, resulta significativo que las controversias a las que habían dado lugar tuvieran su origen en el Imperio de Oriente.

Basilio, Gregorio de Nisa, su amigo Gregorio Nacianceno y Teodoreto escribían todos en griego, pero puede que la lengua materna de Teodoreto fuera el siriaco, y la mayoría de la población rural de su diócesis se componía de gentes que no hablaban griego. Es una de las fuentes principales en lo tocante al ascetismo sirio, pero describe a sus nombres y mujeres santos del norte de Siria con las categorías de la biografía griega, acaso «normalizándolos» un tanto en ese proceso. La relación entre las culturas locales y la griega (o «helénica») en las provincias orientales resulta muy difícil de establecer; el cristianismo siriaco es un caso relevante, pues a menudo se le presenta no como algo sencillamente exótico y extraño, sino también más genuino y auténtico allí donde las influencias «helénicas» son las más escasas. Durante el siglo IV, la palabra «helena», tal como la utilizaban los mismos griegos, vino a significar, además de «griego» en sentido cultural, simplemente «pagano», un uso al que Gregorio Nacianceno puso objeciones contundentes (*Or.* IV.5.79-81). Hay distinción entre el lenguaje de la cultura (griego) y el lenguaje del pueblo; el griego era no sólo el lenguaje de la educación tradicional (*paideia*), sino también de la administración (aunque se siguiera utilizando el latín, sobre todo para el

ejército y el derecho hasta el siglo VI). Pero las inscripciones revelan que tanto la lengua como las influencias culturales griegas también habían penetrado profundamente en la sociedad rural. El Cirro de Teodoreto no era típico tampoco ni de la Siria central ni de la meridional o de Palestina, en donde el griego siguió siendo usado por la gente corriente en sus inscripciones funerarias hasta fecha tan tardía como el siglo VII. Hasta en Edesa, en Osrhoene, gobernada por una dinastía árabe y centro de la cultura siriaco-cristiana, se podía encontrar en el siglo III la influencia griega en forma de platonismo o temas mitológicos tales como el de Orfeo; más al oeste, las excavaciones han puesto de manifiesto la extensión de la cultura griega en los mosaicos de Apamea, otra gran ciudad siria que, como se ha visto, era uno de los centros principales del neoplatonismo en el siglo IV. Un signo más de la mezcla real de elementos griegos con otros locales puede encontrarse en la asimilación de deidades; el politeísmo griego influyó incluso en el paganismo árabe preislámico. Jacobo de Serug, autor siriaco de principios del siglo VI, arremetió contra una serie de cultos paganos en Siria, con los nombres de deidades griegas y arameas entremezclados, y escribió indignado acerca de los relatos mitológicos griegos que se ponían en escena en los espectáculos teatrales de las ciudades sirias.

Egipto resulta un tanto diferente puesto que, por un lado, con la excepción de Alejandría, carecía de la trama de ciudades que Siria y Palestina poseían y, por otro, la literatura del monacato egipcio presenta problemas de interpretación considerables. El antiintelectualismo había sido un rasgo del monacato egipcio desde Antonio, aun cuando algunos de los monjes (*supra* y capítulo V) eran hombres instruidos. Los relatos de viajes de quienes visitaron a estos eremitas presen-

tan todos el fenómeno como si lo contemplaran desde fuera y con un cierto grado de tendenciosidad que hace difícil utilizar estas obras con fines históricos. Muchos de los solitarios descritos parecen haber sido gentes analfabetas del lugar, pero no es en absoluto el caso de todos. Paladio deja constancia de un monje llamado Cronio que había sido intérprete de Antonio en griego y copto (*Historia Lausiaca*, 21); el mismo autor contaba la historia de un tal Eulogio de Alejandría que había recibido una buena educación antes de convertirse en monje. Existían muchos monjes visitantes, incluso en la época de Antonio, y Cronio contaba cómo éste preguntaba si eran egipcios o de Jerusalén; de ser de los primeros hacía que simplemente les diera de comer; en el caso de los segundos trababa conversación con ellos. En algunos casos, había mucho de actitud afectada: un tal «Sarapio el Tapparrabos», egipcio de nacimiento que vestía sólo esta prenda, se vendió como criado a unos actores griegos a quienes convirtió, y viajó a Grecia, donde mendigó dinero de ciertos «filósofos» de Atenas, convirtió a un maniqueo en Esparta y se marchó después a Roma, donde trató sin éxito de persuadir a una piadosa virgen de que se paseara desnuda por la ciudad con el fin de probar que estaba muerta para el mundo, tal como pretendía (*ib.*, 37). Esta literatura no nos cuenta gran cosa acerca de la cultura de las aldeas egipcias pero, aunque descontemos una gran parte como añadidos de historias fantásticas, indica como mínimo el cosmopolitismo y las oportunidades de viajar que se daban en Oriente durante el siglo IV. A veces descubre también una nota personal. Un personaje a quien menciona Paladio es Posidonio el Tebano, que había vivido en solitario en el distrito porfirita de Egipto durante un año, pero a quien Paladio conoció en Belén; Paladio le atribuye una observación acerca del extremado mal

carácter de Jerónimo y la profecía de que Paula, la amiga de Jerónimo, moriría primero y se vería libre de él (*ib.*, 36).

No todos los monjes egipcios vivían en retiro o en pequeños grupos; algunos vivían en grandes comunidades organizadas, que estaban abastecidas del entramado necesario para su subsistencia: cisternas, panaderías, prensas de aceite, talleres y establos, y que podían estar amuralladas para garantizar su seguridad. Los monjes de estos centros podían en la práctica fácilmente hacerse independientes del obispo local y sus abades eran a menudo personajes de gran poder, como Shenuto, *higumen* (abad) del Monasterio Blanco, cerca de Sohag, a fines del siglo IV y principios del V. Pero la evidencia papirológica muestra qué estrechas eran las conexiones entre esos monasterios y la aldea del lugar, ya fueran económicas o con el sacerdote local. Si bien muchos de los monjes sólo hablaban copto, en el siglo V y después, Panópolis, en el Alto Egipto, todavía producía una serie de poetas, retóricos e historiadores griegos que en algunos casos lograron el patronazgo de figuras de elevada posición y desarrollaron una carrera de éxito fuera de Egipto.

También, gracias a posteriores evidencias papirológicas, se conoce mucho acerca de las grandes propiedades que se han considerado como uno de los rasgos principales de la economía egipcia del primer período bizantino. La más conocida es la de los Apiones, una familia establecida en Oxyrinco, pero con otras tierras en propiedad repartidas por una zona muy extensa. Sin embargo, incluso en el siglo VI, las relaciones con sus arrendatarios parecen no haber sido tan opresivas como pudiera esperarse; además, daban empleo a artesanos y desempeñaban un papel considerable en el comercio. También tenían su lugar los artesanos cualificados, que se organizaban en gremios según su oficio. A una escala mu-

cho más pequeña, un listado de fincas en el *nome* hermopolita (distrito administrativo) del siglo IV muestra la concentración de la tierra en contadas manos, mientras que muchas de las demás parcelas eran extremadamente reducidas. La vida de estos propietarios independientes podía llegar a ser muy difícil, sobre todo cuando surgían dificultades inesperadas. Pero la producción estaba muy diversificada y una persona podía sustentar a su familia de muchos modos diferentes. Se conservan pruebas de transacciones monetarias y de pequeño comercio durante este período gracias al archivo de papirología de principios del siglo IV de Aurelio Isidoro, que demuestra la existencia de una «economía campesina diversa y monetarizada» (Rathbone), donde las inevitables quejas sobre la fiscalidad y la pobreza quedan equilibradas por la cantidad igualmente grande de pruebas de una vida económica floreciente, aunque a pequeña escala.

En general, se ejercían presiones económicas similares en las provincias orientales y en las occidentales, y la pesada mano del gobierno imperial, junto a la corrupción de muchos de sus empleados, se hizo sentir también en Oriente. Pero buena parte de la evidencia que se ha conservado, literaria, epigráfica y papirológica, permite ver cómo vivían e incluso prosperaban las gentes en esas condiciones. Esto es algo que debería alertar contra un excesivo énfasis en las teorías generales. Uno de los cristianos sirios más espectaculares, San Simeón el Viejo, vivió durante cuarenta años, desde el 419 hasta el 459, en lo alto de una columna en el desierto al noroeste de Antioquía. Cuando murió, su cuerpo fue llevado en procesión a Antioquía por siete obispos y el *magister militum* de Oriente, con una escolta de seiscientos soldados, seguidos de una masa de peregrinos. Esa yuxtaposición muestra cómo funcionaba realmente la sociedad.

XII. CONCLUSIÓN

La caída del Imperio romano se fecha convencionalmente en el año 476 d. de C; a partir de entonces no hubo ya más emperadores romanos en Occidente. Del mismo modo se apunta que su continuación tuvo lugar en Oriente, con sede en Constantinopla, hasta la toma de la ciudad por parte de los turcos al mando de Mehmet el Conquistador en el año 1453. El año 476 tiene en sí mismo más de conveniencia para los historiadores que cualquier otra cosa, puesto que, como ya se ha visto, los emperadores del siglo V se habían mostrado débiles antes incluso de esa fecha, siendo en muchos casos poco más que instrumentos en manos de los generales que ocupaban la poderosa posición de Señores de los Soldados. El último de éstos, Odoacro, fue quien depuso al joven Rómulo Augústulo, emperador durante menos de un año, y se proclamó *rex* («rey»), título tradicionalmente odiado en Roma desde el derrocamiento de los reyes y el establecimiento de la República romana en el año 510 a. de C. A principios del siglo VI se habían creado varios reinos bárbaros, que llegaron a ser en algunos casos los antecedentes de varios estados medievales. Entre ellos, los más importantes fueron el de los ostrogodos en Italia, con su rey Teodorico (493-526), el de los francos (también llamados merovingios), cuyo reino surgió a raíz de la victoria de Clodoveo en la ba-

talla de Vouillé en el año 507, y el de los visigodos, que, a pesar de su derrota en esa batalla y en posteriores reveses a manos de los francos, establecieron un reino unificado en España a mediados del siglo VI.

Incluso después de la constitución de estos reinos permanecieron tantas tradiciones e instituciones romanas que a menudo se alude a ellos como sociedades «subromanas». En particular, las familias terratenientes romanas, dotadas de sólidas tradiciones culturales, proporcionaron muchos de los poderosos obispos de la época, y el latín se siguió utilizando como lengua de administración y de cultura. El capítulo anterior muestra los signos que había en Oriente ya a finales del siglo IV y, más evidentes, en el V, de prosperidad y crecimiento demográfico, que constituyen un rasgo tan característico de las provincias orientales de principios del siglo VI, y la división existente entre Oriente y Occidente, que se acentuó hasta tal punto que el emperador Justiniano (527-565) tuvo que lanzar una serie de acciones militares dirigidas a reafirmar el control imperial en Occidente. La «reconquista» tuvo éxito durante algún tiempo, aun cuando Justiniano tuviera que desplegar sus tropas contra Persia en la frontera oriental, pero se habían producido demasiados cambios durante un prolongado período de tiempo como para conseguir una restauración imperial duradera, y los sucesores de Justiniano encontraron dificultad incluso para mantener las fuerzas adecuadas en el frente oriental. Tras las invasiones persas de principios del siglo VII y las conquistas árabes que tuvieron lugar poco después Occidente y Oriente se encontraron aún más distanciados.

Agustín pasó unos treinta y cinco años como obispo de Hipona, en la costa norteafricana, en el lado argelino de la actual frontera entre Argelia y Túnez, y murió mientras los

vándalos cruzaban desde España al Norte de África y comenzaban su conquista de la provincia. *La ciudad de Dios* es una de sus últimas obras, escrita durante un lapso de cerca de catorce años y terminada en el año 427. Algunos de los aristócratas cristianos de Roma habían huido al Norte de África cuando la ciudad fue saqueada por Alarico en el año 410; tenían necesidad de una respuesta a las insidias paganas de que Dios había permitido ese desastre aunque Roma fuera una ciudad cristiana. La réplica de Agustín se dilataba en 22 libros de argumentación fundada y a menudo ardua. Trataba de mostrar que la cultura pagana era inadecuada y se basaba en el error, y a la vez convencer a los cristianos doctos que componían el público de dicha obra de que caían también en el error si imaginaban que, por el mero hecho de ser cristianos, quedaban garantizadas la prosperidad y la felicidad terrenas. Antes bien, la ciudad celeste, Jerusalén, en tanto que distinta de Atenas, era un concepto espiritual que existía en nuestro interior y en la vida futura. El último libro se explicaba con considerable detalle sobre la forma de vida que pueden esperar las almas virtuosas en el Paraíso, después del juicio que habrá de separar a creyentes e incrédulos. Pero *La Ciudad de Dios* es también una gran obra de teoría política, que acota e interpreta la historia de Roma desde la fundación, tradicionalmente fechada en el año 753 a. de C, hasta los días del mismo Agustín. El deseo de Agustín era demostrar que el mundo se regía de acuerdo con el plan providencial cristiano; para ello, tenía que explicar el pasado pagano de Roma y refutar la argumentación de que el saqueo de la ciudad en el año 410 desmentía la doctrina de la providencia cristiana.

Así pues, Agustín, un hombre inmerso en la cultura clásica, argumentó que la Roma pagana se basaba en el error; es

más, la Roma de Cicerón y de Livio ni siquiera satisfacía la definición ciceroniana de un Estado en *De República*; a juicio de Agustín, esto era debido a que el Estado romano no se basaba en la justicia, que significa dar a Dios lo que es de Dios, lo mismo que a los hombres lo que es de los hombres. De hecho, gran parte de *La ciudad de Dios* está dedicada a los grandes autores clásicos latinos, sobre todo a Cicerón y a Virgilio, pues Agustín conocía el atractivo de su obra y el interés que suscitaba entre la gente instruida. Los largos pasajes sobre Platón y sus recientes devotos, los neoplatónicos, también reflejan los propios lazos intelectuales de Agustín, a la vez que afrontan la principal alternativa intelectual al cristianismo. Sin embargo, Agustín se muestra bastante firme: puede que Platón y el platonismo representen la forma más elevada de filosofía, pero fracasan porque no llegan a reconocer al verdadero Dios. En cambio, mientras que el pasado pagano andaba errado, el Imperio cristiano forma parte del plan de Dios para la humanidad, aunque de ello no se sigue que los cristianos reciban incondicionalmente la felicidad y el éxito en la Tierra. Dios seguirá examinándoles y poniéndoles a prueba; además, los seres humanos son intrínsecamente pecadores y deben esforzarse por obrar bien con gracia de Dios, pues los justos sólo recibirán su recompensa en el cielo.

La ciudad de Dios consta de historia, filosofía, teoría política y teología, todo mezclado en una obra ingente. Pero de igual modo que rechaza la validez última de la cultura clásica, que Agustín había enseñado durante la primera parte de su vida, rechaza también el valor del pasado romano y su historia en comparación con el presente cristiano, y niega la capacidad de indagación crítica al insistir en la providencia de Dios en la dirección de la Historia. Desde esa concepción,

el primer deber de un gobernante cristiano estriba en poner en práctica la nueva fe. Agustín proporciona una justificación, tal como queda explícitamente expuesto, de la persecución cristiana.

La ciudad de Dios se escribió a raíz del saqueo de Roma; el tema es Roma, el pasado y los autores romanos. Los orientales no leyeron a Agustín, ni en vida de éste ni tampoco después, y, aunque su griego fuera mejor de lo que algunos especialistas han conjeturado, no se encontraba cómodo en él. Un aspecto muy importante del legado de Agustín reside en sus enseñanzas sobre el pecado, aspecto fundamental para las ideas de los cristianos occidentales en la Edad Media y posteriores. Creía que hombres y mujeres son inherentemente pecaminosos y necesitan la gracia de Dios para el perdón, y argumentó con fervor en contra del énfasis que ponía el monje británico Pelagio en el libre albedrío. Agustín puede sorprender por la modernidad en su psicología y su comprensión filosófica del lenguaje, y sus *Confesiones* suponen un hito en el desarrollo de la autobiografía, pero lo que ejerció tan formidable influencia sobre el Occidente medieval fue su acento sobre la fragilidad del hombre y el que la Historia dependiera de la voluntad de Dios. Ciertamente, la consideración de su figura es tal que tiende a pasarse por alto que la Iglesia oriental eludió su influencia en esta cuestión lo mismo que en otras, y desde luego rechaza todavía su insistencia en el pecado original.

Lo conmovedor de la situación de Agustín, tal y como apunta su biógrafo Posidio, fue que, incluso después de que hubiera formulado su interpretación cristiana de la historia en *La ciudad de Dios*, llegó a ver invadida su provincia, las iglesias profanadas y los cristianos asesinados o presos. Algunos obispos se inclinaron por abandonar sus sedes para

ponerse a salvo, pero Agustín dejó bien sentado que era deber de los obispos permanecer junto a sus rebaños. Sin embargo, se libró de contemplar la destrucción de Hipona: murió a finales de la década de 430, un año antes de que se evacuara la ciudad y ésta ardiera parcialmente. El ejército romano del Norte de África se había debilitado de tal modo que no ofrecía defensa real alguna contra los vándalos, y la que había sido una de las provincias más prósperas y seguras entró en un período de dominio vándalo arriano que duró hasta que Belisario, un general de Justiniano, llegó con un ejército romano en el año 533.

África del Norte ilustra gráficamente el derrumbe del sistema imperial en Occidente; de hecho, los vándalos se internaron como dando un paseo y llevando consigo a sus mujeres, pertenencias y sirvientes —ni siquiera una fuerza significativa en conjunto— y encontraron poca o ninguna resistencia, lo mismo por parte de las tropas romanas que de la población local. Investigaciones recientes han demostrado que las razones de lo sucedido tienen más que ver con el progresivo debilitamiento del centro y los problemas generales que afectaban al ejército romano que con el declive de la economía local, pues lo cierto es que las ciudades y la economía del Norte de África eran florecientes a fines del siglo IV.

Con esto se vuelve a la ineludible cuestión de por qué el Imperio romano de Occidente se sumió en la «decadencia» o «cayó» en el siglo V. Ya no son de recibo las anticuadas explicaciones moralizadoras —aunque todavía abundan—, y resulta demasiado simplista cargar todas las culpas sobre las invasiones bárbaras, aunque lo que hubiera pasado de no haberse producido estas invasiones constituye una interesante cuestión hipotética. Una teoría histórica más reciente juxtapone la caída del Imperio romano con la de otras culturas de

gran importancia de la historia universal y proporciona una explicación en función del derrumbe de sociedades complejas. Generalizando, según esta visión, a medida que una sociedad se desarrolla se diferencia cada vez más socialmente y se hace más compleja, de modo que para el simple hecho de mantenerse tiene necesidad del crecimiento correspondiente. Llega un momento, sin embargo, en que el «rendimiento marginal» de las estrategias de maximización, como las conquistas o la fiscalidad, disminuyen bajo la presión de «tensiones continuadas, retos imprevistos más los costes de integración sociopolítica». A ello le sigue de forma característica un período de dificultades (estancamiento económico, declive político, disminución territorial) al que sucede un verdadero derrumbamiento a menos que intervengan nuevos factores. En el caso del Imperio romano, entre los retos inesperados se incluye la presión a largo plazo de invasores reales y potenciales, un problema que el Imperio no consiguió arreglar o contener. Hay muchas cosas que resultan familiares en este análisis, aunque descansa sobre el cuestionable supuesto de que el desarrollo de las sociedades es de por sí algo históricamente determinado. Como poco, permite a los historiadores de Roma contemplar de un modo más objetivo su campo de estudio y observar que los problemas a los que se enfrentaba el gobierno tardorromano no eran únicos, como no lo eran tampoco sus ineficaces intentos de ponerles solución. Debería añadirse a la ecuación de este caso especial tanto la ausencia relativa de comprensión de la economía y de las estructuras económicas como la incapacidad del centro, con posterioridad a Diocleciano, de asegurar el bienestar económico del conjunto del Imperio. El Imperio romano había mantenido siempre un equilibrio precario entre centro y periferia y su supervivencia había dependido no sólo de la

paz exterior sino de un alto grado de buena voluntad en su seno. A finales del siglo IV y a principios del V estos factores se vieron en peligro.

Consideraciones de esta índole son las que provocan las comparaciones con el mundo moderno, que pueden ayudar a comprender el mundo antiguo siempre y cuando haya cuidado de comparar cosas semejantes. A lo largo de este libro se ha observado que tras las generalizaciones convencionales sobre la sociedad tardorromana existe gran variedad y diversidad de fenómenos. La Antigüedad Tardía era una época de rápida transformación, lo cual quedaba patente en diferentes terrenos. También esto resulta parte importante de la explicación de la supervivencia de Oriente después del desmoronamiento de Occidente. Oriente poseía una distribución más equilibrada de la riqueza y tuvo más éxito a la hora de desviar la amenaza de los bárbaros septentrionales (en detrimento de Occidente). Por otro lado, a lo largo de este período prevaleció una suerte de equilibrio de poder entre el Imperio oriental y su principal rival, la Persia sasánida; por angustiosos o costosos que pudieran ser determinados episodios, ninguna de las partes trató de destruir a la otra. Pero son las infinitas y menudas variables locales las que proporcionan una imagen completa. Por ende, y aunque rebasa las dimensiones de este libro, ninguna de estas explicaciones da cuenta de la obstinada supervivencia de Bizancio a lo largo de las catastróficas pérdidas que sufrió en el siglo VII y posteriormente, cuando ese equilibrio se hizo pedazos, hasta el establecimiento del Imperio otomano.

El sentido de largo alcance, o *longue durée*, de la Historia se encuentra asimismo tras un enfoque algo distinto de estas cuestiones. Más que poner de relieve las divisiones y rupturas, tanto el Imperio de Oriente como el de Occidente se

pueden contemplar como partes integrantes de una historia más prolongada de Europa y del Mediterráneo. Esta clase de enfoque tiene la ventaja de apartar por un momento la mirada de la cuestión, en exceso debatida, del final de la Antigüedad clásica y permite examinar asuntos como el de los asentamientos, el clima, los intercambios y la organización política a lo largo de un período mucho más prolongado. El énfasis de los historiadores modernos también tiene mucho que ver con los indicios que han utilizado, pues las fuentes escritas llevan a fijar la atención en un conjunto limitado de cuestiones, entre las que aparece de modo muy destacado la relación con el pasado clásico, allí donde un estudio más amplio, sobre una base arqueológica y sobre todo los indicios de los estudios de agrimensura, permite que aparezcan enfoques bastante distintos. Visto desde esta perspectiva, aunque se produjeron ciertos cambios políticos de envergadura en determinados momentos (la «crisis del siglo III», a la que siguieron las reformas de Diocleciano, la fragmentación del gobierno romano en Occidente, las invasiones árabes de Occidente), ninguna de ellas por sí misma cambió de forma fundamental el status quo. Es cierto que algunos asentamientos del Imperio oriental habían alcanzado el apogeo en la época de las conquistas árabes, aunque el efecto de estas últimas fue en un principio más limitado de lo que habitualmente se presume. Antes bien, estos virajes políticos decisivos representan etapas de una evolución mucho más larga, al final de la cual el punto de gravedad terminó desplazándose hacia el norte de Europa, y ya se estaba gestando el desarrollo de las condiciones que llevaron a la expansión y el crecimiento de la Alta Edad Media. En Oriente, el desplazamiento de la capital de Damasco a Bagdad a mediados del siglo VIII resultó crucial no sólo para determinar el carácter

del dominio islámico a partir de ese momento, sino también porque puso punto final a los benéficos efectos de la prolongada inversión tardorromana en Oriente Próximo.

En Occidente el gobierno imperial romano se vio reemplazado por reinos en los que se preservaron muchos rasgos existentes. De forma parecida, en Oriente, las provincias conquistadas no fueron inmediata o totalmente transformadas por la ocupación árabe. Dondequiera que se sitúe cronológicamente, la «caída» del Imperio romano no fue un acontecimiento aislado o espectacular que cambiara la faz de Europa o del Mediterráneo.

Este libro se ha centrado principalmente en el siglo IV. Durante ese período se observa la elasticidad del sistema imperial romano y la inercia de la sociedad premoderna. La «crisis del siglo III» no tuvo como resultado la revolución, ni tampoco al final consiguieron los emperadores del siglo IV remontar los obstáculos que se interponían en el camino de un gobierno eficaz. En el curso de ese mismo período, el cristianismo obtuvo el apoyo oficial, mientras su poderosa red institucional se veía fortalecida gracias a ventajas económicas y legales. Constantino creó sin darse cuenta una Iglesia que durante siglos rivalizaría en poder con el Estado. No se produjo ninguna transformación económica fundamental en el Bajo Imperio: en realidad, la Iglesia absorbía ya buena parte del excedente de ingresos, del mismo modo que las presiones externas aumentaban las dificultades de mantener un ejército apropiado, hasta el punto de que el gobierno occidental cejó en sus esfuerzos.

Los problemas políticos, económicos y militares que experimentó en esta última fase el sistema imperial romano eran ciertamente muy grandes, y, como es natural, a menudo quedan reflejados en sus fuentes. Culturalmente, empero, la An-

tigüedad Tardía fue muy diferente de lo que este modelo sugiere. Diversa, cambiante, innovadora, contradictoria: todos estos epítetos pueden aplicarse con justicia al tumultuoso mundo de Amiano Marcelino. En cierto modo, se trataba de un mundo como el nuestro, con rápidos cambios y la consecuente sensación de confusión. No se trata del mundo clásico que nos es familiar, pero en eso reside precisamente su atractivo.

TABLA CRONOLÓGICA

Occidente

- 253-60 Valeriano
- 253-68 Galiano
- 259-74 «Imperio galo»
- 272 Aureliano toma Palmira
- 306 Constantino es proclamado en York
- 312 Batalla del Puente Milvio
- 314 Concilio de Arlés
- 350-53 Magnencio en Britania
- 357-59 Juliano César en la Galia
- 364-75 Valentiniano I
- 382 Teodosio asienta como federados a los godos
- 384 Graciano ordena retirar el Altar de la Victoria de la sede senatorial
- 392 Revuelta de Eugenio
- 394 Batalla del río Frigidus; suicidio de Nicómaco Flaviano
- 395 Honorio gobierna en Occidente
- 395-430 Agustín, obispo de

Oriente

- 224 Se inicia la **dinastía sasánida**
- 241-72 Sapor I
- 284-305 Diocleciano
- 301 Edicto de precios **máximos**
- 313 «Edicto de Milán»
- 324 Constantino derrota a **Licinio**
- 325 Concilio de Nicea
- 330 Consagración de Constantinopla
- 337 Muerte de Constantino
- 350-53 Galo César
- 359 Sapor II captura Amida
- 361-63 Reinado de Juliano
- 362-63 Expedición persa de **Juliano**
- 364 Joviano cede Nisibis
- 364-78 Valente
- 378 Batalla de Adrianópolis
- 379-95 Teodosio I
- 381 Consejo de Constantinopla
- 387 Revuelta de las estatuas de Antioquía
- 395 Arcadio gobierna en Oriente
- 398 Juan Crisóstomo, obispo de Constantinopla

408 Caída y muerte de Estilicón

410 Alarico y los visigodos toman
Roma

429 Los vándalos invaden África

430 Muerte de Agustín

LISTA DE EMPERADORES

Los nombres que figuran entre corchetes son los de los usurpadores, es decir, los de aquellos a quienes no se considera legítimos; no se ha incluido a todos. Nótese que las fechas que se solapan indican un reinado conjunto.

Gordiano I	238
Gordiano II	238
Balbino	238
Pupieno	238
Gordiano III	238-44
Filipo el Árabe	244-49
Decio	249-51
Treboniano Galo	251-53
Volusiano	251-53
Valeriano	253-60
Galiano	253-68
[Détumal]	250-60

[Postumino]	259-68
[Victorino]	267-68
[Tétrico]	270-74
Claudio Gótico II	268-70
Quintilo	270
Aureliano	270-75
Tácito	275-76
Floriano	276
Probo	276-82
Caro	282-83
Carino	283-85

Numeriano	283-84
Diocleciano	284-305
Maximiano	286-305, 307-10
[Carausio]	286-93
[Alecto]	293-96
Constancio Cloro I	305-6
Galerio	305-11
Severo	306-7

Constantino I, hijo de Constancio I	306-37
Licinio	308-24
Maximino, sobrino de Galerio	308-13
Constantino II, hijo de Constantino I	337-40
Constante, hijo de Constantino I	337-50
Constancio II, hijo de Constantino I	337-61
Magnencio	350-52

magencio]	350-55
[Vetranio]	350
[Nepociano]	350
Juliano	361-63
Joviano	363-64
Valentiniano I	364-75
Valencio, hermano de Valentiniano I	364-78
[Procopio]	365-66
Graciano, hijo de Valentiniano I	367-83
Teodosio I	379-95
[Magno Máximo]	383-87
[Eugenio]	392-94
Arcadio, hijo de Teodosio I	383-408
Honorio, hijo de Teodosio I	393-423
Teodosio II, hijo de Arcadio	408-50

FUENTES DIRECTAS

AMBROSIO, obispo de Milán entre 374-97, anteriormente gobernador de Emilia-Liguria. Autor de muchos escritos de exégesis, obras sobre los sacramentos, los deberes del clero, la virginidad, sermones, himnos y cartas.

AMIANO MARCELINO, historiador, autor de la *Res Gestae*, en latín, concluida en Roma en la década del 390; abarca el período 96-378 (sólo se conserva la parte del 354). La obra de referencia más importante sobre Amiano es *The Roman Empire of Ammianus* (Londres, 1989), de John Matthews; sobre su lenguaje y opiniones, véase Ammianus Marcellinus. *Seven Studies in his Language and Thought* (Columbia, Miss., 1986), de Robin Seager, y *Apex Omnium: Religión in the Res Gestae of Ammianus Marcellinus* (Berkeley y Los Ángeles, 1987), de R. L. Rike.

ANÓNIMO VALESIANO, *pars prior* (= *Origo Constantini imperatoris*), breve biografía de Constantino, fundamentalmente de finales del siglo IV, escrita por un pagano con añadidos basados en la historia cristiana de Orosio.

AGUSTÍN, obispo de Hipona, en África del Norte, 395-430. Autor de las *Confesiones* (c. 400, 13 libros); *La ciudad de Dios* (413-26, 22 libros), y muchas cartas, sermones y tratados, entre los que cuenta *De Doctrina Christiana* (concluida

en el año 426). Véase Peter Brown, *Augustine of Hippo* (Londres, 1967) (con tablas cronológicas de los escritos de Agustín y notas de las traducciones); Henry Chadwick, *Augustine* (Londres, 1986).

AUSONIO, 310-93/4, rétor de Burdeos, tutor del joven Graciano, y posteriormente prefecto pretoriano y cónsul. Autor de muchos poemas en metros clásicos, incluyendo el *Mosella* (sobre el río Mosela) y un conjunto de poemas que conmemoran a los profesores de Burdeos, sus amigos y colegas. Una edición crítica de importancia, con introducción y notas, pero sin traducción, es la de R. Green, *The Works of Ausonius* (Oxford, 1991); véase también H. Sivan, *Ausonius of Bordeaux* (Londres, 1993).

BASILIO, hermano de Gregorio de Nisa y Macrina, amigo de Gregorio Nacianceno, estudió en Cesárea, Constantinopla y Atenas, obispo de Cesárea (Capadocia) entre el 370-379. Autor de homilías sobre el *Hexaemeron* (los seis días de la creación, obras ascéticas entre las que se cuentan las reglas de la vida monástica, *Sobre el Espíritu Santo*, *Discurso a los jóvenes sobre cómo aprovechar la literatura griega* y cartas.

CALENDARIO DEL AÑO 354, conocido sólo gracias a una copia carolingia perdida, y valiosa fuente para el conocimiento de los festivales públicos y la iconografía. Véase M. R. Salzman, *On Roman Time. The Codex Calendar of 354 and the Rhythms of Urban Life in Late Antiquity* (Berkeley y Los Ángeles, 199D-

CLAUDIANO, poeta latino de Alejandría, panegirista de Estilicón y autor de poemas en hexámetros sobre grandes ocasiones imperiales y acontecimientos políticos, así como invectivas contra los ministros orientales Eutropio y Rufino. Véase de modo general Alan Cameron, *Claudian* (Oxford, 1970).

Codex Theodosianus (*Cth.*), recopilación de leyes imperiales realizada en Constantinopla bajo Teodosio II. Véase Tony Honoré, «The Making of the Theodosian Code», *Zeitschrift der Savigny-Stiftung für Rechtsgeschichte* 103, rom. Abt. (1986), pp. 133-222.

De Rebus Bellicis, tratado anónimo en latín sobre cuestiones militares en forma de misiva a los emperadores reinantes, probablemente Valentiniano y Valente, del año 368. El manuscrito contiene ilustraciones de las ingeniosas invenciones recomendadas por el autor. Véase también E. A. Thompson, *A Román Reformer and Inventor* (Oxford, 1952).

EFRÉN EL SIRIO, c. 306-373, autor siriaco cristiano y teólogo de Nisibis, que se trasladó más tarde a Edesa; autor de Carmina Nisibena, *Himnos contra Juliano* y muchas otras obras en siriaco, una enorme proporción de las cuales se tradujeron pronto al griego. Véase R. Murray, *Symbols of Church and Kingdom. A Study in Early Syriac Tradition* (Cambridge, 1975).

EUNAPIO, historiador griego pagano de Sardis (349-c. 404). Autor de las *Vidas de los sofistas* y una historia del 270 al 404, en dos ediciones, utilizada posteriormente por Zósimo, pero de la que se conservan tan sólo fragmentos; es objeto de debate tanto la naturaleza de las dos ediciones como si Amiano pudo haber hecho uso de Eunapio, o Eunapio de Amiano. Traducción y discusión de R. C. Blockley en *The Fragmentary Classicising Historians of the Later Román Empire*, I-II (Liverpool, 1981-83).

EUSEBIO, obispo de Cesárea en Palestina, erudito bíblico e historiador de Constantino, muerto en el 338-39— Autor de la *Historia Eclesiástica*, *Oración por las Trecenales*, *Elogio de Constantino*, la *Crónica*, que se conserva sólo en versión armenia, pero que tradujo Jerónimo al latín; asimismo, obras

apologéticas {*Preparación para el Evangelio, Demostración del Evangelio, Teofanía*). Véase T. D. Barnes, *Constantine and Eusebius* (Cambridge, Mass., 1981).

GREGORIO NACIANCENO, hijo del obispo de Nacianzo (Capadocia), de gran cultura como Basilio, se resistió a la ordenación y fue elevado, sin su consentimiento, al obispado de Sasima por Basilio, y fue obispo de Constantinopla en el 380; renunció más tarde y murió en torno al 390. Retórico de gran eficacia, autor de oraciones funerarias sobre Basilio, su hermana Gorgonia y sus padres, escritos teológicos (entre los que se cuenta *Cinco oraciones teológicas*), cartas y poemas, algunos de carácter autobiográfico.

GREGORIO DE NISA, hermano menor de Basilio y Macrina, obispo de Nisa, depuesto por incompetencia y repuesto más tarde, continúa la teología de Basilio y se convierte en un eminente eclesiástico tras la muerte de éste, muriendo en torno al 394. Autor de obras teológicas, místicas y ascéticas, entre las que se cuentan las Oraciones catequéticas, *Sobre la virginidad, Vida de Moisés, Vida de Macrina*.

Historia Augusta, recopilación de biografías imperiales a menudo indecentes que llegan hasta el reinado de Diocleciano, empezando con Adriano, supuestamente compuesta por seis autores diferentes de época de Constantino. Hoy se piensa por lo general que sea obra de un solo autor de la Roma de fines del siglo IV. Véase R. Syme, *Ammianus and the Historia Augusta* (Oxford, 1968); T. D. Barnes, *The Sources of the Historia Augusta* (Bruselas, 1978), y para análisis informáticos, I. Marriott, «The authorship of the Historia Augusta: two computer studies», *JRS* 69 (1979), pp. 65-77.

JÁMBLICO, filósofo neoplatónico de Apamea (Siria), contemporáneo de Constantino, autor de *Sobre la vida pitagórica* y *Sobre los misterios*.

JERÓNIMO, 342-419, monje, asceta y erudito, presente en Roma entre el 382-384, estableció posteriormente un monasterio en Belén. Prolífico autor y traductor de obras griegas, incluyendo obras de Eusebio y la *Crónica* de Eusebio, y también de la Biblia judía (la versión de Jerónimo se conoce como *Vulgata*); autor de obras exegéticas y dogmáticas, a menudo de tono polémico, *De los hombres célebres*, homilías, *Vidas de eremitas*, cartas.

JUAN CRISOSTOMO, alumno de Libanio, sacerdote en Antioquía y obispo de Constantinopla en el 398, depuesto por dos veces, exiliado finalmente en el 404 y muerto en el 407. Acaso el mayor de los predicadores cristianos y autor de muchos sermones, así como de comentarios bíblicos y otras obras. Véase, de forma general, *From Nicaea to Chalcedon* de F. Young (Londres, 1983), 143-59.

JULIANO, emperador (361-63), autor de discursos y otras obras en griego, entre las que se cuentan *Contra los galileos*, *Césares*, *Himno al Rey Helios*, *Misopogon* («Odiabarbás», véase sobre ésta Maud Gleason, «Festive satire: Julian's Misopogon and the New Year at Antioch», *JRS* 76 [1986], pp. 106-119). Véase también R. Browning, *The Emperor Julián* (Berkeley y Los Ángeles, 1976) y W. Bowersock, *Julián the Apostate* (Cambridge, Mass., 1976), además de la novela de Gore Vidal, *Juliano el apóstata* (Barcelona, 1996). S. C. Lieu, *The Emperor Julián, Panegyric and Polemic*, 2ª ed. (Liverpool, 1989), es una recopilación útil de fuentes sobre Juliano traducidas.

LACTANCIO, converso cristiano y antiguo rétor en Nicomedia, tutor posteriormente del primogénito de Constantino, Crispo. Respecto a su obra, *Sobre las muertes de los perseguidores* (DMP) escrita c. 314, véase la traducción y comentario de J. Creed (Oxford, 1984).

LIBANIO (314-93), rétor pagano de Antioquía, Constantinopla y otros lugares; tuvo alumnos tanto cristianos como paganos. Autor de numerosas oraciones; véase *Autobiografía* (Or.I).

MARCOS DIÁCONO, *Vida de Porfirio de Gaza*, vida de Porfirio, obispo de Gaza (396), que se conserva en griego (edición con traducción francesa de H. Grégoire y M. A. Kugener, París, 1930) y en traducción georgiana del siríaco. Algunos especialistas creen que el original se redactó en siríaco y en fecha muy posterior a los hechos que describe. Véase P. Chuvin, *A Chronicle of the Last Pagans* (Cambridge, Mass., 1990), pp. 76-78, 89-90 y notas.

MELANIA LA JOVEN, c. 385-439, rica aristócrata romana, nieta de Melania la Mayor, esposa de Piniano, conversa al ascetismo; objeto de una *Vida en versiones* tanto griegas como romanas.

Notitia Dignitatum, lista oficial de oficios y estamentos civiles y militares, cuya parte oriental data de c. 430. Véase *Aspects of the Notitia Dignitatum* (Oxford, 1976) de R. Goodburn y R. Batholomew; «The Notitia Dignitatum» de J. H. Ward en *Latomus* 33 (1974), pp. 397-434. Referente a algunas de las espléndidas ilustraciones del manuscrito, véase Tim Cornell y John Matthews, *Atlas of the Roman World* (Oxford, 1982), pp. 202-203.

OPTATO, obispo de Milevis (África del Norte), escribió una historia del cisma donatista (365), adjuntando un apéndice de documentos del reinado de Constantino.

OROSIO, autor de *Historia adversus Paganos*, que abarca el período desde Adán al año 417, una historia apologética de Roma, que recalca los desastres sucedidos bajo gobierno pagano.

PADRES DEL DESIERTO, recopilación de dichos y vidas de los ascetas orientales. Véase también Paladio.

PALADIO, autor de la *Historia lausiaca*, recopilación monástica en griego llevada a cabo c. 420.

Panegyrici Latini, recopilación de panegíricos latinos, en su mayoría anónimos, que incluye el *panegírico a Trajano*, obra de Plinio (año 100), pero por otra parte cubre el período de Diocleciano a Teodosio I.

PAULINO DE NOLA, nacido en Burdeos, c. 355, alumno de Ausonio, renunció a sus propiedades y se estableció en Nola, donde se convirtió en obispo c. 410; murió en el 431. Autor de poemas y cartas. Véase «The two worlds of Paulinus of Nola», de W. C. H. Frend, en *Latin Literature of the Fourth Century* (Londres, 1974), ed. de J. W. Binns, pp. 100-133.

PORFIRIO, filósofo neoplatónico y alumno de Plotino, de finales del siglo III, cuya obra *Contra los cristianos* fue destruida por orden de Constantino. Autor de una *Vida de Plotino*, una *Vida de Pitágoras*, *Carta a su esposa Marcella*.

RUFINO, nacido en el 345 en Aquileia, traductor de autores griegos entre los que se cuentan Orígenes, Basilio y Gregorio Nacianceno; tradujo la *Historia Monachorum* del original griego; tradujo y continuó la *Historia de la Iglesia* de Eusebio, basando su última parte en la obra perdida de Gelasio de Cesárea.

SIDONIO APOLINAR (c. 430-80), nacido en Aquitania, terrateniente local, nombrado obispo de Auvernia en Clermont-Ferrand. Autor de poemas en metros clásicos y nueve volúmenes de cartas.

SÍMACO, Q. Aurelio Simaco, nacido c. 345, distinguido senador romano, procónsul de África (373-74), prefecto de la

ciudad de Roma y cónsul. Autor de discursos y diez libros de cartas. Véase J. F. Matthews, «The Letters of Symmachus», en *Latin Literature of the Fourth Century*, ed. de Binns, pp. 58-99-

SINESIO (c. 370— c. 413), terrateniente de Cirenaica, alumno de Hipatia en Alejandría, y más tarde obispo de Ptolemaida (c. 410). Autor (en griego) de cartas, himnos y tratados, algunos semifilo-sóficos: *De Regno*, *De Providentia*, *Dion*, *De los sueños*, y un discurso *De la calvicie*. Véase, en general, *Synesius of Cyrene: Philosopher-Bishop* (Berkeley y Los Ángeles, 1982) de Jay Bregman; *Barbarians and Politics at the Court of Arcadius* (Berkeley, 1992), de Alan Cameron y Jacqueline Long, con Lee Sherry; con todo, las fechas y la interpretación de varias de las obras de Sinesio son muy discutidas.

SÓCRATES, jurista e historiador de la Iglesia, de la Constantinopla de la década del 440, autor de una historia eclesiástica en siete libros que continuaba la de Eusebio.

SOZOMENO, como Sócrates, jurista e historiador de la Iglesia, activo en Constantinopla en la década del 440, autor de una historia eclesiástica en nueve libros que continúa la de Eusebio.

TEODORETO, obispo de Cirro (norte de Siria) en los años 423-66, y polemista cristiano. Autor de muchas cartas.

VEGECIO, autor de *De Re Militan* («De los asuntos militares»), de finales del siglo IV. Véase «The date and purpose of Vegetius, De re militar» de W. Goffart, *Traditio* 33 (1977), pp. 65 y ss.; «The date and identity of Vegetius» de T. D. Barnes, *Phoenix* 33 (1979), pp. 254 y ss.

ZÓSIMO, historiador pagano, activo a fines del siglo V o principios del VI, autor de la *Historia Nueva*, que llega hasta

el año 410, y que seguía estrechamente la historia perdida de Eunapio, así como al historiador Olimpiodoro de Tebas.

B. Mcbain, «An annotated bibliography (to 1980) of sources for late antiquity in English translation», *Byzantine Studies* 10 (1983), pp. 88-109; las pp. 223-247 cubren el período c. 284-602.

LECTURAS ADICIONALES

Por la ingente bibliografía recomendada, solo resaltaremos en cursiva los los títulos de las lecturas adicionales de carácter general (Nota del que elabora la digitalización)

En inglés es fundamental *The Later Roman Empire. A Social, Administrative and Economic Survey*, 2. vols., de A. H. M. Jones (Oxford, 1964), (versión abreviada: *The Decline of the Ancient World*, Londres, 1966); para una introducción véase también (en una escala muy diferente) *The World of Late Antiquity*, de Peter Brown (Londres, 1971), trad. esp. *El mundo en la antigüedad tardía* (Madrid, 1989). G. Alföldy, en *The Social History of Rome*, trad. ing. (Londres, 1985), trad. esp. *Historia social de Roma* (Madrid, 1987), presenta un cuadro altamente colorista del Bajo Imperio romano. Roger Collins, en *Early Medieval Europe 300-1000* (Londres, 1991), proporciona una breve narración militar y política. El vol. XIII de la revisada *Cambridge Ancient History* abarca el período 337-425. En alemán hay ahora una obra imprescindible sobre el Bajo Imperio de A. Demandt (*Der Spätantike*), en la publicación conocida como *Müllers Handbuch des Altertumswissenschaft* (Munich, 1989). *Le monde romain tardif lile — VIIe-siècle ap.f.-C*, de B. Lancon (París 1992), es un libro de

texto en francés breve y útil. Muy recomendable por sus ilustraciones y su orientación es el *Atlas of the Roman World*, de Tim Cornell y John Matthews (Oxford, 1982) (mucho más de historia ilustrada que lo que su título sugiere); también es útil *Rome and Byzantium*, de Clive Foss y Paul Magdalino (Oxford, 1977), trad. esp. *Roma y Bizancio* (Barcelona, 1996).

I. Introducción: el trasfondo del siglo III

Crisis del siglo III: la introducción más realista es *The Roman Empire and its Neighbours*, 2a ed., de F. Millar (Londres, 1981), capítulo 13— Para visiones muy negativas véanse *Social and Economic History of the Roman Empire*, de M. I. Rostovtzeff, 2a ed., rev. por P. Fraser (Oxford, 1957), trad. esp. *Historia social y económica del Imperio romano* (Madrid, 1998), capítulo 10, y *The Social History of Rome* de G. Alföldy, trad. ing. (Londres, 1985, rev. 1988), trad. esp. *Historia social de Roma* (Madrid, 1987), capítulo 6, y su artículo «The crisis of the third century as seen by contemporaries», en *Greek, Roman and Byzantine Studies* 15 (1974), 89 ss. R. MacMullen, en *Roman Government's Response to Crisis, AD 235-337* (New Haven, 1976) también trata de este período. Sobre el difícil problema de la moneda y la inflación véase «Finance, coinage and money from the Severans to Constantine», de Michael Crawford, en *ANRW Prinzipat* 11.2 (Berlín, 1975), 560-93— D. Sperber, en *Roman Palestine 200-400, Money and Prices*, 2 a ed. rev. (Bar-Han, 1991), utiliza los datos de las fuentes rabínicas sobre los precios en el siglo tercero. Sobre las cuestiones económicas más generales así como los datos egipcios, véase *Economic Rationalism and Rural Society in Third-Century A. D. Egypt. The Heroninos Archive and the Appianus Estate*, de D. Rathbone (Cambridge, 1991).

Sobre el «Imperio gálico» véase *The Gallic Empire. Separatism and Continuity in the North-Western Provinces of the Roman Empire*, de J. Drinkwater (Stuttgart, 1987).

Sobre la «inseguridad» y la religiosidad creciente en el siglo tercero véase *Pagan and Christian in an Age of Anxiety*, de E. R. Dodds (Cambridge, 1965), trad. esp. *Paganos y cristianos en una época de angustia* (Madrid, 1975), y también *The Making of Late Antiquity*, de Peter Brown (Cambridge, Mass., 1978).

Acerca de la vitalidad persistente del paganismo véase *Pagans and Christians*, de R. Lañe Fox (Harmondsworth, 1986), y sobre cristianismo y cristianización véase *Christianity in the Roman World*, de R. Markus (Londres, 1974); id., *The End of Ancient Christianity* (Cambridge, 1990— Christianity and the Rhetoric of Empire, de Averil Cameron (Berkeley y Los Ángeles, 1990), y (para una visión escéptica) *Christianizing the Roman Empire AD 100-400*, de R. MacMullen (New Haven, 1984).

II. Fuentes

Existen varias colecciones de fuentes en traducción: *Roman Civilization II*, de N. Lewis y M. Reinhold (New York, ed. rev. 1966); *Roman State and Christian Church I-II*, de R. P. Coleman-Norton (1966); *A History of Rome through the Fifth Century II The Empire*, de A. H. M. Jones (Londres, 1970); *A New Eusebias*, de J. Stevenson (Londres, 1957 y eds. posteriores) y *Creeds, Councils and Controversies*, de J. Stevenson (Londres, 1966 y eds. posteriores). Sobre temas especiales véanse también los libros-fuente de Brian Croke y Jill Harries, *Religious Conflict in Fourth-Century Rome* (Sydney, 1982) y de S. C. Lieu, *The Emperor Julian: Panegyric and Polemic*, *Translated Texts for Historians* (2a ed., Liverpool,

1989). Para referencias sobre el historial de personas concretas consúltese *Prosopography of the Later Roman Empire I*, AD 260-395, de A. H. M. Jones (Cambridge, 1971), diccionario biográfico sobre titulares de cargos; sin embargo sólo están incluidos los cristianos que desempeñaron cargos públicos.

Para una información general sobre autores latinos véase «The Later Principate», en *Cambridge History of Classical Literature*, de Robert Browning (Cambridge, 1982.) (publicada también por separado). *From Nicaea to Chalcedon*, de F. Young (Londres, 1983) contiene discusiones y bibliografías sobre los principales escritores cristianos en griego.

Sobre educación, véase *A History of Education in Antiquity*, de H.-I. Marrou, 3a ed., trad. ing. (Madison, 1982), trad. esp. *Historia de la educación en la Antigüedad* (Madrid, 1985), y también *Guardians of Language. The Grammarian and Society in Late Antiquity*, de R. Kaster (Berkeley y Los Ángeles, 1988), especialmente el capítulo 10. En general, véase *The Conflict between Paganism and Christianity in the Fourth Century*, de A. Momigliano (Oxford, 1963), trad. esp. *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV* (Madrid, 1989), y *History and Historians in Late Antiquity*, de B. Croke y A. Emmett, eds. (Sydney, 1983).

III. El Imperio Nuevo: Diocleciano

Las fuentes principales sobre Diocleciano y la tetarquía son de SHA, *Life of Carus*; *De Mortibus Persecutorum*, de Lactancio, trad. esp. *Sobre la muerte de los perseguidores* (Sevilla, 1990); *Church History VIII*, de Eusebio, *Historia eclesiástica*, trad. grie. (Madrid, 1999); *Caesares y Epitome*, de Aurelio Víctor; *Breviarium* de Eutropio, trad. esp. *Breviario* (Madrid, 1999); *Panegyrici Latini* nn. 11(10) (AD 289);

111(11) (AD 291); IV (8) (AD 297); V(9) (AD 298). Desafortunadamente en la *New History* de Zósimo, trad. esp. *Nueva Historia* (Madrid, 1992), falta el relato del reinado de Diocleciano. Véase en general, para una visión tradicional, *Diocletian and the Roman Recovery*, de S. Williams (New York, 1985) T. D. Barnes, en *The New Empire of Diocletian and Constantine* (Cambridge, Mass., 1982), recoge el testimonio de personajes conocidos en ambos reinados incluyendo a los emperadores y muchas clases de titulares de cargos; véase también LRE, I, capítulo 2, de Jones. R. MacMullen, en *Corruption and the Decline of Rome* (New Haven, 1988), pinta un negro panorama del sistema administrativo del Bajo Imperio. Finanzas, moneda, etc.: *Studies in the Byzantine Monetary Economy c.300-1450* de M. Hendy (Cambridge, 1985) (esencial para el período entero).

Fragmentos del Edicto de Diocleciano sobre precios máximos han sido hallados en lugares diferentes, y una edición consolidada del extensísimo texto latino resultante la ofrece Joyce Reynolds en la obra de C. M. Roueché, *Aphrodisias in Late Antiquity* (Londres, 1989), n. 231; hay una traducción en el texto de Lewis y Reinhold II, n. 129, *History of Rome through the Fifth Century II*, 308 ss., de Jones. El texto latino del edicto de Diocleciano sobre la revalorización de la moneda también está incluido en Roueché, op. cit., n. 230; para una traducción parcial véase «Finance, coinage and money» de Crawford (véase antes), 589 ss. Las leyes de Diocleciano no fueron incluidas en el Código de Teodosio y han de buscarse en el *Codex Justinianus*, parte del *Corpus Iuris Civilis*, y en otras colecciones.

Sobre los aspectos religiosos del reinado de Diocleciano véanse *Roman Government's Response to Crisis*, de R. MacMullen (New Haven, 1976); *Continuity and Change in Ro-*

mán Religión, de J. H. W. G. Liebeschuetz (Oxford, 1979) y «Aspects of the Great Persecution—, en HThR 47, de G. E. M. de Ste Croix (1954), 75 ss. Sobre las reformas militares de Diocleciano véanse las lecturas adicionales del capítulo IX; sobre el tamaño del ejército (no más de unos 400.000) véase especialmente «How big was the Roman army?», de R. MacMullen, en Klio 62 (1980), 451-60, y en P. Beatty Panop. 2, R. Duncan-Jones, «Pay and numbers in Diocletian's army», en Chiron 8 (1978), 541-60 (versión revisada también en su Structure and Scale in the Roman Economy [Cambridge, 1990], 105-17).

IV. El Imperio Nuevo: Constantino

Las principales fuentes sobre Constantino son Church History, de Eusebio (Penguin), IX-X, Historia eclesiástica, trad. grie. (Madrid, 1999); Life of Constantine; Tricennalian Oration; De Mortibus Persecutorum, de Lactancio, trad. esp. Sobre la muerte de los perseguidores (Sevilla, 1990); las cartas y documentos sobre el donatismo incluidas en el Appendix de Optato; Anón. Vales.; New History II, de Zósimo, 9-39; Pan. Lat. nn. VI (AD 307); VII (AD 310); VIII (AD 312); IX (AD 313); X (AD 321). Sobre la moneda véanse las introducciones a Roman Imperial Coinage (RIC) VI (ed. C. H. V. Sutherland) y VII (ed. P. Bruun). Un texto latino de Pisidia, descubierto recientemente, relativo a la reanudación de la persecución por Maximino en el 312 ha sido publicado por S. Mitchell, en JRS 78 (1988), 105-24. Sobre la política religiosa de Constantino y la Iglesia véase el libro-fuente A New Eusebius de J. Stevenson (Londres, ed. rev., 1987); Doctrine and Practice in the Early Church, de S. G. Hall (Londres, 1991) es un compañero útil de las obras de Stevenson, A New Eusebius y Creeds and Councils (véase luego el capítulo 5).

El libro más detallado y extenso sobre Constantino es el de T. D. Barnes, *Constantine and Eusebius* (Cambridge, Mass., 1981), que debería ser complementado con su *New Empire of Diocletian and Constantine* (Cambridge, Mass., 1982). Véase también LRE, I, capítulo 3, de Jones. Hay muchas obras breves como, p. e., *Constantine* de R. MacMullen (New York, 1969); *Constantine and the Conversion of Europe*, A. H. M. Jones (Londres, 1948, reimp. 1978). *Constantine the Great and the Christian Church*, de N. Baynes (1929, 2a ed., 1972) es útil todavía. Véase también *Christianizing the Roman Empire. AD 100-400*, de R. MacMullen (New Haven, 1984) y «What difference did Christianity make?», en *Historia* 35 (1986), 322-43. *Rome. Profile of a City, 312-1308*, de R. Krautheimer (Princeton, 1980), trata sobre las iglesias romanas de Constantino, pero su descripción de Constantinopla en *Three Christian Capitals* (Berkeley y Los Ángeles, 1983) atribuye a Constantino más de lo que las fuentes permiten.

V. Iglesia y Estado: el legado de Constantino

F.G. B. Millar, *The Emperor in the Roman World* (Londres, 1977), 580-607, señala las relaciones de Constantino con la Iglesia, y especialmente con los donatistas, en la perspectiva de los procedimientos imperiales establecidos para los asuntos seculares. Sobre la continuación del donatismo *The Donatist Church*, de W. H.C. Frend (Oxford, 1971) es aún lectura muy valiosa, especialmente por sus énfasis en los descubrimientos arqueológicos, si bien su caracterización de los donatistas como «rurales» y de los católicos como «urbanos» y la idea del donatismo como movimiento «nacionalista» se ha visto que es demasiado dramática; véanse los ensayos varios de Peter Brown, en su *Religion and Society in the Age of St Augustine* (Londres, 1972), y sobre Agustín y el

donatismo la biografía de Brown, Augustine of Hippo (Londres, 1967).

Sobre doctrina y otras controversias después de Constantino véase el libro fuente editado por J. Stevenson, *Creeds, Councils and Controversies* (Londres, ed. rev., 1989), y véase Hall (citado antes, capítulo 4); sobre Roma véase también *Religious Conflict in Fourth-Century Rome* de Brian Croke and Jill Harries, eds. (Sydney, 1982). Sobre la teoría política de Eusebio véase *Early Christian and Byzantine Political Philosophy*, 2 vols., F. Dvornik (Washington, DC, 1963). Acerca del arrianismo véase *Early Arianism. A View of Salvation*, de R. Gregg and D. Groh (Philadelphia, 1981), y especialmente *Arius, Heresy and Tradition*, de R. L. Williams (Londres, 1987); las ideas más antiguas sobre una norma canónica de la que la «herejía» sería una desviación, son cuestionadas en algunos de los ensayos de Rowan Williams, ed.: *The Making of Orthodoxy* (Cambridge, 1989). *Greek Rhetoric under Christian Emperors*, de G. A. Kennedy (Princeton, 1983), supone una buena introducción a la oratoria pública de los grandes obispos griegos del período. Sobre la continuación del paganismo véase *A Chronicle of the Last Pagans*, de P. Chuvin (Cambridge, Mass., 1990); véase también, de G. Fowden, «Bishops and temples in the eastern Roman empire 320-425», en *Journal of Theological Studies* n. s. 29 (1978), 53-78. Sobre cristianos y judíos véase, de F. Millar, «The Jews of the Graeco-Roman diáspora, AD 312-438», en *The Jews among Pagans and Christians in the Roman Empire*, de J. Lieu, J. North y T. Rajak, eds. (Londres, 1992), 97-123; *John Chrysostom and the Jews*, de R. L. Wilken, (Berkeley y Los Ángeles, 1983); *The Jews in Roman Imperial Legislation*, de A. Linder (Detroit y Jerusalén, 1987) (fuentes en traducción). *Cristianización: Christianizing the Roman Empire, AD 100-400*, de R.

MacMullen (New Haven, 1984); «What difference did Christianity make?—, en *Historia* 35 (1986), 322-43; Cristianización del senado romano: «Aspects of the Christianization of the Roman aristocracy», de Peter Brown, en *JRS* 51 (1961), I-II (también en su *Religion and Society in the Age of St. Augustine*, 162-82). Sobre la aristocracia romana tardía, y especialmente Símaco y el Altar de la Victoria, véase *Western Aristocracies and Imperial Court AD 364-425*, de J. F. Matthews (Oxford, 1975, rev. 199D, y más general, véase *The Conflict between Paganism and Christianity in the Fourth Century*, de A. Momigliano, ed. (Oxford, 1963), trad. esp. *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV* (Madrid, 1989).

Sobre las mujeres romanas y el ascetismo véase, de Elizabeth A. Clark, *Ascetic Piety and Women's Faith* (Lewiston, NY/Queenston, Ont., 1986), y su *The Ufe of Melania the Younger* (Lewiston, NY, 1984). Peter Brown, *The Body and Society. Men, Women and Sexual Renunciation in Early Christianity* (New York, 1988), trad. esp. *El cuerpo y la sociedad: los hombres, las mujeres y la renuncia sexual en el cristianismo primitivo* (Barcelona, 1993), expone con detalle el hecho del desarrollo del ascetismo, y véase también, de G. Gould, «Women and the Fathers», en W. J. Shiels y D. Wood, eds., *Women in the Church, Studies in Church History* 27 (Oxford, 1990), 1-13; M. R. Salzman, «Aristocratic women: conductors of Christianity in the fourth century», en *Helios* 16 (1989), 207-20; *Women in late Antiquity*, de Gillian Clark (Oxford, 1993). Sobre el desarrollo del monacato véase *Pachomius*, de Philip Rousseau (Berkeley y Los Ángeles, 1975) y de D. Chitty, *The Desert a City* (Oxford, 1966), *El desierto: una ciudad* (Bilbao, 1991). La penetración social de la cristianización: *The End of Ancient Christianity*, de R. Markus

(Cambridge, 1990); *Politics and Persuasion in Late Antiquity*, de Peter Brown (Madison, Wisc, 1992). *Escritos cristianos y uso del language: Christianity and the Rhetoric of Empire*, de Averil Cameron (Berkeley y Los Ángeles, 1991).

VI. El reinado de Juliano

Una traducción muy útil de fuentes, por otra parte de difícil acceso, la ofrece *The Emperor Julián. Panegyric and Polemic*, de S. C. Lieu (traducido en *Texts for Historians*, Liverpool, 2a ed., 1989), que contiene el panegírico latino de Mameritino sobre Juliano (AD 362), parte de la homilía de Juan Crisóstomo sobre S. Babylos y los himnos siríacos contra Juliano, por Efrén el Sirio. Los escritos de Libanio sobre Juliano están contenidos en la edición Loeb, vol. 1. Gregorio Nacianceno es también importante, como lo son los historiadores eclesiásticos Rufino, Sócrates, Sozomeno y Teodoreto. Sobre la carta siríaca referente a la reconstrucción del templo de Jerusalén, véase «A letter attributed to Cyril of Jerusalem on the rebuilding of the Temple», en *Bull. School of Oriental and African Studies* 40, de S. P. Brock (1977), '267-86.

Hay una serie de libros disponibles sobre Juliano, entre los cuales *La vie de l'empereur Julien* de J. Bidez (París, 1930) permanece como un clásico: en inglés véase especialmente *The Emperor Julián*, de R. Browning (Berkeley y Los Ángeles, 1976) y *Julián the Apostate*, de G. W. Bowersock (Cambridge, Mass., 1978). *The Age of Constantine and Julián*, de Diana Bowder (Londres, 1978), está escrito para una audiencia menos escolar, mientras que *Julián*, de P. Athanassiadi (Londres, 1992, ed. rev., publicado por primera vez como *Julián and Hellenism*, Oxford, 1981), enfoca el interés por Juliano y la relación con la cultura griega. *Juliano ha captado la imaginación de generaciones y la novela Juliano*, de Gore

Vidal (Londres, 1964), trad. esp. Juliano el Apóstata, (Barcelona, 1996) es muy valiosa para descubrir el porqué.

Para la adscripción conservadora de diversos autores de la época al ideal de la independencia de las ciudades respecto de la autoridad central, véase el extenso artículo de G. Dagon: «L'empire romain d'orient au IV^eme siècle et les traditions politiques de l'hellénisme: le témoignage de Thémistios», en Travaux et Mémoires 3 (1968), 1-242; sobre la ocupación gradual del gobierno central en la administración en las ciudades véase, de Fergus Millar, «Empire and City, Augustus to Julián: obligations, excuses and status», en JRS 73 (1983), 76-96. Un panorama interesante de una ciudad concreta y sus élites urbanas en el siglo IV, demostrando el valor que tienen los descubrimientos arqueológicos, nos lo dan P. Cartledge y A. Spawforth, en Hellenistic and Roman Sparta. A Tale of two Cities (Londres, 1989), capítulo 9. Acerca de la valoración de Amiano sobre Juliano (XXV. 4 y en general) véase Ammianus Marcellinus. A Study of his Historiography and Political Thought, de R.C. Blockley (Bruselas, 1975).

VII. El Estado tardorromano: de Constancio a Teodosio

Véanse en primer lugar en LRE, I, los capítulos 5, 15-16 de Jones; sobre la rebelión de Procopio y el problema de la legitimidad, The Roman Empire of Ammianus, de Matthews, 191-203, y los capítulos 11-12 del mismo autor. Sobre el cargo de emperador y la naturaleza del gobierno, Corruption and the Decline of Rome, de R. MacMullen (New Haven, 1988), especialmente el capítulo 2. La burocracia de la Roma tardía es tratada con detalle en Die Spätantike, de Demandt, con gráficos para mostrar su estructura.

Acerca de Ausonio y el valor ocupado por la retórica como un signo del desarrollo social: K. Hopkins con «Social mobility in the Late Roman Empire: the case of Ausonius», en *Class. Quart.* II (1961), 239-300, y Alan Cameron con *Claudian* (Oxford, 1970); compárese con *Guardians of Language. The Grammarian and Society in Late Antiquity*, de R. Kaster (Berkeley y Los Ángeles, 1988), sobre la influencia de los grammatici, profesores que pasaron con esta cualificación por las escuelas. Los duros castigos de los códigos penales son tratados por R. MacMullen en «Judicial savagery in the Roman empire», en *Chiron* 16 (1986), 43-62.

Sobre el patronato y las relaciones sociales dependientes, y para su comparación con otros períodos del mundo antiguo, véase *Patronage in Roman Society*, de Andrew Wallace-Hadrill, ed. (Londres, 1989), con *Corruption and the Decline of Rome*, de MacMullen, capítulo 2; Peter Garnsey y Greg Woolf, con «Patronage of the rural poor in the Roman world», en *Patronage in Roman Society*, de Wallace-Hadrill, ed., 153-67, tratan sobre el patronato pagano y cristiano en 162-7. El relato de Cario Levi sobre su internamiento en el sur de Italia en los años treinta, *Christ stopped at Eboli*, da una descripción viva de una sociedad rural dependiente de un patronato activo. De forma general, sobre las diferencias entre sociedad preindustrial y moderna, véase *Pre-Industrial Societies*, de Patricia Crone (Oxford, 1989).

Sobre las ideas tradicionales de un «sistema de castas» y «totalitarismo» en la Roma tardía, véase, de A. H. M. Jones, «The Roman colonate» y «The caste-system in the later Roman empire», en *The Roman Economy*, ed. P. Brunt (Oxford, 1974), capítulos 14 y 21, con M. I. Rostovtzeff, *Social and Economic History of the Roman Empire*, trad. ing., rev. P. M. Fraser (Oxford, 1957), trad. esp. *Historia social y económica*

del Imperio romano, (Madrid, 1998), capítulo 12 «The oriental despotism» éstas son en cualquier caso exageradas, por las razones dadas en dicho capítulo. Una crítica adicional de J-M. Carrié, en «Le 'colonat' du Bas-Empire», Opus I (1982), 351-70; id., «Un román des origines: les gènealogies du 'Colonat du Bas-Empire'» ib. 2 (1983), 205-51; A. Marccone, Il colonato tardoantico nella storiografia moderna (dal Fustel de Coulanges ai nostri giorni) (Como, 1988). R. MacMullen, con «Social mobility and the Theodosian Code», *enfrs* 54 (1964), 49-53, trata el problema de cómo interpretar el testimonio en los códigos legales. Testimonios adicionales de la movilidad social actual los muestra K. Hopkins en «Élite mobility in the later Roman empire», en *Past and Present* 32 (1965), 12-26; y véase su «Eunuchs in politics in the later Roman empire», en *Proc. Cambridge Philological Society* 189 (1963), 62-80. Sobre los decuriones véase *Corruption*, de MacMullen, 46-9— Sobre el difícil problema de la esclavitud y los colonos en la Roma tardía véase «Circe's pigs; from slavery to serfdom in the later Roman world», en *Slavery and Abolition* 8, de C. R. Whittaker (1987), 88-123, y *The Class Struggle in the Ancient Greek World*, de G. E. M. de Ste. Croix (Londres, 1981), trad. esp *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*, (Barcelona, 1988), con «Late Roman slavery», *Historia* 36 de MacMullen (1987), 359-82; D. Rathbone, «The ancient economy and Graeco-Roman Egypt», en *Egitto e storia antier dall'ellenismo all'età araba*, de L. Criscuolo y Geraci eds (Bologna, 1989), 159-76, esp. 161-7.

VIII. La economía y la sociedad tardorromanas

Véase en general *Imperial Revenue, Expenditure and Monetary Policy in the Fourth Century AD*, de C. E. King, ed. (Oxford, BAR, 1980). *Studies in the Byzantine Monetary Eco-*

nomý c. 300-1450, de M. Hendy (Cambridge, 1985), —que trata más sobre moneda, dinero y política fiscal que sobre economía en general— es difícil de utilizar por la forma en que está ordenado pero valioso por su descripción sobre finanzas y «banking» en la Roma tardía. Sobre la moneda de bronce véase A. G. Carson, P. V. Hill y J. P. C. Kent, en *Late Roman Bronze Coinage AD 324-498* (1971), y sobre el oro, J. P. C. Kent, con «Gold coinage in the later Roman empire», en *Essays in Roman Coinage presented to Harold Mattingly*, de R. A. G. Carson y C. H. V. Sutherland, eds. (1956), 190-204.

Minería: C. Edmondson, «Mining in the later Roman Empire and beyond: continuity or disruption?», en *JRS* 79 (1989), 84-102. Moneda y metales: Jones, *LRE*, 438-48; Hendy, *Studies in the Byzantine Monetary Economy*, 284-333. Grandes propiedades: «Late Roman trade and traders», de C. R. Whittaker, en *Trade in the Ancient Economy*, de Peter Garnsey, Keith Hopkins y C. R. Whittaker (Londres, 1983), 163-80. Las villas de Cartago y Mungersdorf son ilustradas en *Rome and Byzantium*, 41, de Foss y Magdalino, trad. esp. *Roma y Bizancio*, (Barcelona, 1996); véase también *The Roman Villa*, de John Percival (Londres, 1976); *Roman Trier and the Treveri*, de Edith Wightman (Londres, 1970).

Sobre la esclavitud, véanse los puntos enumerados en el capítulo 7, y M. I. Finley, *The Ancient Economy*, 2a ed. rev. (Londres, 1985), trad. esp. *La economía de la Antigüedad* (México, 1978). Algunos de los trabajos recientes más importantes sobre la economía romana tardía son debidos a Andrea Carandini y su escuela; véase *Società romana e impero tardoantico*, de A. Giardina, ed., III (Roma, 1986), y para un análisis, «Marx, Sherlock Holmes and late Roman commerce —, de C. Wickham, en *JRS* 78 (1988), 183-93— Acerca de la distribución de grano véase *Food for Rome*, de B. Sirks (Ams-

terdam, 199D; De la ville antique a la trille byzantine, de J. Durliat (Roma, 1990). Sobre las ciudades, C. Lepelley, en *Les cites de l'Afrique romaine au Bas-Empire*, de 2 vols. (París, 1979), muestra la prosperidad de las ciudades tardorromanas del norte de África, mientras que las relaciones entre Antioquía y su «hinterland» son tratadas en el estudio de J. H. W. G. Liebeschuetz, *Antioch. City and Imperial Administration in the Later Roman Empire* (Oxford, 1972).

Hay varios artículos importantes acerca de la economía en el siglo IV en *Hommes et richesses dans l'Empire byzantin I, TVe-VIIe siècle*, de C. Morrisson y J. Lefort, eds., (París, 1989), por ejemplo los de C. Lepelley, P. Leveau, C. Abadie-Reynal y C. Panella. *Pauvreté économique et pauvreté sociale a Byzance (4e-7e siècles)*, obra de E. Patlagean (Paris, 1977), da una enorme cantidad de información sobre el crecimiento de la población y las condiciones económicas generales en las provincias orientales, mientras se discute que una de las consecuencias fue un incremento del número de mendigos en las ciudades; véase capítulo II y también el análisis de Averil Cameron en *Past and Present* 88 (1980), 129-35. [Anótese que, a diferencia de la mayoría de los historiadores británicos, los estudiantes franceses a menudo consideran el siglo IV como parte de Bizancio].

Peregrinaciones: Egeria's Travels de J. Wilkinson (Londres, 1971); E. D. Hunt con *Holy Land Pilgrimage in the Later Roman Empire* (Oxford, 1982). La historia sobre Arsenio es citada en *The Sayings of the Desert Fathers* de Benedicta Ward, trad. (Londres, 1975), 14. Sobre los «souvenirs» de los peregrinos véase, *Byzantine Pilgrimage Art* de G. Vikan (Washington, D.C., 1982). Sobre las construcciones cristianas, véase *From Classical Antiquity to the Middle Ages. Urban Public Building in Northern and Central Italy AD 300-*

850, de Bryan Ward-Perkins (Oxford, 1984) (el Apéndice 2, enumera las iglesias construidas en este período en Roma, Rávena, Pavía y Lucca); y *Pauvreté économique*, de Patlagean, 196-203— Testimonios literarios del arte cristiano: véase la colección de fuentes de *The Art of the Byzantine Empire 312-1453*, de C. Mango (Englewood Cliffs, 1972), y el capítulo 10 de forma especial.

El desarrollo de la limosna cristiana es un tema importante: *Pauvreté économique*, de Patlagean, 188-96; «Ideals of charity, realities of welfare: the philanthropic activity of the Byzantine church», de Judith Herrin, en *Church and People in Byzantium*, de R. Morris, ed. (Manchester, 1991), 151-64; «Treasure in heaven': property and inheritance among the senators of late Rome», de J. Harries, en *Marriage and Property*, de E. Craik, ed. (Aberdeen, 1984), 54-70; véase también el art. cit. de Garnsey y Woolf (capítulo 8) y más adelante el capítulo 11. La familia del romano tardío ha sido estudiada por Brent Shaw en «The family in late antiquity: the experience of Augustine», en *Past and Present* 115 (1987), 3-51, y véase su «Latin funerary epigraphy and family life in the later Roman empire», en *Historia* 33 (1984), 457-97. Sobre misoginia, virginidad y sexualidad en el pensamiento de los padres de la Iglesia, véase «Misogynism and virginal feminism in the Fathers of the Church», de R. Radford Ruether, en *Religion and Sexism*, de Ruether, ed. (New York, 1974), 150-83; *Adam, Eve and the Serpent*, de Elaine Pagels (Londres, 1988) y «Virginity as metaphor», de Averil Cameron, en *History as Text* de Cameron, ed. (Londres, 1989), 184-205— Las ideas ascéticas no fueron exclusivas del cristianismo: véase también la interesante obra de Aliénor Rousselle, *Porneia* (París, 1983, trad. ing. Oxford, 1988), trad. esp. *Porneia*, (Barcelona, 1989) y sobre el ascetismo neoplatónico, Iamblichus: *On the Pytha-*

gorean Life, trad. Gillian Clark (Liverpool, 1989), con el libro fuente de V. Wimbush, ed., *Ascetic Behavior in Greco-Roman Antiquity* (Minneapolis, 1990). Sobre la vida privada, véase la sección de Peter Brown sobre la Antigüedad tardía en *A History of Private Life* /, de P. Aries y G. Duby, eds. *From Pagan Rome to Byzantium*, de P. Veyne ed. (trad. ing., Cambridge, Mass., 1987). La cita está tomada de G. Alföldy, en *The Social History of Rome*, trad. ing. rev. (Londres, 1988), 210-217, trad. esp. *Historia social de Roma* (Madrid, 1987).

IX. Los asuntos militares, los bárbaros y el ejército tardorromano

Fuentes: Peter Heather y John Matthews, *The Goths in the Fourth Century* (Liverpool, 1991) (fuentes traducidas); sobre Gothic History, de Jordanes, véase la traducción de C. C. Mierow (reimp. Cambridge, 1966); el panegírico de Pacato ha sido traducido por C. E. V. Nixon, en *Pacatus, Panegyric to the Emperor Theodosius* (Liverpool, 1987); los fragmentos de Olimpiodoro están traducidos por R. C. Blockley, con *The Fragmentary Classicising Historians of the Later Roman Empire II* (Liverpool, 1983), y véase también el I (Liverpool, 1981), 27-47.

Sobre la historia temprana de los germanos, véase *The Roman Empire and its Neighbours*, de F. Millar, capítulo 17, y *The Early Germans* de E. A. Thompson (Oxford, 1965). Sobre los godos véase de forma general: *The Visigoths in the Time of Ulfila* de E. A. Thompson (Oxford, 1966); *History of the Goths* de H. Wolfram (trad. ing., Londres, 1988); *A History of the Ostrogoths* de T. S. Burns (Bloomington, 1984); *Goths and Romans*, de Peter Heather (Oxford, 1990), 332-489. Hunos: *The World of the Huns* de O. Maenchen-Helfen (Berke-

ley y Los Ángeles, 1973); *A History of Attila and the Huns* de E. A. Thompson (Oxford, 1948).

Acerca de la batalla de Adrianópolis véase «The battle of Adrianople: a reconsideration», de T. S. Burns, en *Historia* 22 (1974), 336-45 y *History of the Goths*, de Wolfram, 117-39; también de Heather, *Goths and Romans*, capítulo 4. Sobre sus consecuencias en el ejército romano, véase *Barbarians and Bishops. Army, Church and State in the Age of Arcadius and Chrysostom*, de J. H. W. G. Liebeschuetz (Oxford, 1990), capítulos 1-2. Ulfila y la Biblia Gótica son tratados por Heather y Matthews en los capítulos 5 y 6. Sobre el tratado del año 382 véase *Goths and Romans*, de Heather, capítulo 5.

Sobre hospitalitas (alojamiento) véase *Barbarians and Romans AD 418-584*, de W. Goffart (Princeton, 1980), aunque esto no es aceptado por todos. Sobre los subsidios a los bárbaros véase la obra de Heather y Matthews, 23-5. El testimonio de Sinesio y Juan Crisóstomo es importante para la política de Constantinopla en los años cercanos al 400: véase *Barbarians and Bishops*, de Liebeschuetz, y para la política de Estilicón véase *Claudian*, de Alan Cameron (Oxford, 1970). *Britania: Román Britain 55 BC-AD 400*, de M. Todd (Londres, 1981); *Later Román Britain* de S. Johnson (Londres, 1980).

The Limits of Empire de B. Isaac (Oxford, 1990), especialmente los capítulos 4 y 5, es importante para las guerras persas y la frontera oriental, sobre las cuales, *The Román Frontier and the Persian Wars AD 226-363*, de M. H. Dodgeon y S. C. N. Lieu (Londres, 1990), proporciona fuentes anotadas y traducidas. F. Millar, «Empire, community and culture in the Román Near East: Greeks, Syrians, Jews and Arabs», en *Journal of Jewish Studies* 38 (1987), 143-64, plantea la cuestión sobre el deslizamiento del equilibrio hacia oriente. La

teoría sobre defensa en profundidad se encuentra en *The Grand Strategy of the Roman Empire*, de E. Luttwak (Baltimore, 1976), pero véase «Power, force and the frontiers of the empire», de J. C. Mann, en *JRS* 69 (1979), 175-83 y (contra la idea de «gran estrategia») «Emperors, frontiers and foreign relations, 31 BC to AD 378», de Millar, en *Britannia* 13 (1982), 1-23, y *Limits of Empire*, de Isaac, capítulo 4.

Sobre la frontera del desierto véase además *Romans and Saracens. A History of the Arabian Frontier*, de S. T. Parker (Winona Lake, 1986); id., *The Roman Frontier in Central Jordan*. Interim report on the Limes Arabicus Project, 1980-85. 2 vols. (Oxford, BAR Inst. ser., 340 I-II, 1987) y *Rome's Desert Frontier from the Air*, de D. Kennedy y D. Riley (Londres, 1990) (preciosas ilustraciones y un útil examen histórico); sobre el empleo de aliados árabes por Roma véase *Trois études sur l'Arabie romaine et byzantine*, de M. Sartre (Bruselas, 1982), 132-53; *Roman Arabia* de G. W. Bowersock (Cambridge, Mass., 1983), 138 ss.; *I. Byzantium and the Arabs in the Fourth Century*, de Shahid (Washington D.C., 1984).

El ejército en las ciudades: R. MacMullen, *Soldier and Civilian in the Later Roman Empire* (Cambridge, Mass., 1963); Isaac, *The Limits of Empire*, capítulo 6. El ejército romano en general: en *LRE*, el capítulo 17, de Jones; *Das spätromische Bewegungsheer und die Notitia Dignitatum*, de D. Hoffmann (Dusseldorf, 1969); *The Fall of the Roman Empire. The Military Explanation*, de A. Ferrill (Londres, 1986), trad. esp., *La caída del Imperio Romano: la explicación militar* (Madrid, 1989) (pero véanse mis comentarios en el capítulo). *The Limits of Empire*, 208 ss. y «The meaning of "limes" and "limitanei" in ancient sources», en *JRS* 78 (1988), 125-47, ambas de Isaac, éste argumenta discusiones en contra de la antigua in-

interpretación de limitanei como una milicia rural. Sobre los bárbaros federados véase *Goths and Romans*, de Heather, 109 ss.; sobre Constantinopla y la caída de Gainas véase *Barbarians and Bishops*, de Liebeschuetz, especialmente capítulos 4-5, 10, 16, y sobre las consecuencias del asunto Gainas ib., capítulos 11-12.

X. La cultura de finales del siglo IV

Sobre el sistema educativo véase *Byzantine Humanism*, de P. Lemerle, trad. ing. (Canberra, 1986), capítulo 3, y *Guardians of Language. The Grammarian and Society in Late Antiquity*, de R. Kaster (Berkeley y Los Ángeles, 1988); y sobre alfabetización en el Bajo Imperio véase *Ancient Literacy*, de W. V. Harris (Cambridge, Mass., 1985) capítulo 8.

Existe una serie de obras típicas sobre la cultura cristiana y pagana, incluyendo: *Christianity and Classical Culture*, de C. N. Cochrane (Oxford, 1940), trad. esp. *Cristianismo y cultura clásica* (Madrid, 1983), *Christianity and Pagan Culture in the Later Roman Empire*, de M. L. W. Laistner (Ithaca, NY, 1951) (con una traducción de Juan Crisóstomo, *Sobre la vanagloria*) y *Early Christianity and Greek Paideia*, de W. Jaeger (Cambridge, Mass., 1962), trad. esp. *Cristianismo primitivo y paideia griega*, (Madrid, 1995). Hay un valioso capítulo sobre las homilias de Juan Crisóstomo en *Barbarians and Bishops*, de Liebeschuetz (capítulo 15); véase además *From Nicaea to Chalcedon*, de Young, 154-8.

Los argumentos principales en contra de la idea de una «reacción pagana» han aparecido en varios artículos de Alan Cameron: véase especialmente «Paganism and literature in late fourth-century Rome», en *Christianisme et formes littéraires de l'antiquité tardive en occident*, *Entretiens Hardt* 23 (Vandoeuvres, 1977), 1-30; «The Latin revival of the fourth

century», en *Renaissances befo-re the Renaissance*, de W. Treadgold, ed. (Stanford, 1984), 42-58, 182-4, y véase también «Paganism, Christianity and the Latin clas-sics in the fourth century», de R. Markus, en *Latin Literature ofthe Fourth Century de}*. W. Binns, ed. (Londres, 1974), 1-21. Sobre la idea de un resurgimiento clásico en el arte de finales del siglo IV véase *Byzantine Art in the Making*, de E. Kitzinger (Cambridge, Mass., 1977). La urna de Proiecta es comentada por Kathleen Shelton en *The Esquiline Treasure* (Londres, 1981), y véase el intercambio tanto de argumentos como de fecha entre Shelton y Alan Cameron en *American Journal of Archaeology* 89 (1985). Muchos objetos personales del arte cristiano, judío y pagano en la antigüedad tardía aparecen ilustrados y descritos en el catálogo editado por K. Weitzmann, ed., *The Age of Spirituality* (New York, 1979), que da al mismo tiempo una muy buena impresión sobre la variedad y la vitalidad del arte en este período. Existen muchas obras sobre los comienzos del arte cristiano: para un examen general véase *Early Christian Art and Architecture*, de R. Milburn (Berkeley y Los Ángeles, 1991), y sobre los testimonios literarios referentes al arte, véase *The Art ofthe Byzantine Empire 312-1453*, de C. Mango (Englewood Cliffs, 1972), capítulo 2 (fuentes traducidas).

Juicios sobre magia y traición: véase *The Román Empire of Ammianus*, de Matthews, 209-25. Sobre el neoplatonismo y su importancia, véase *Cambridge History of Later Greek and Early Medieval Philosophy*, de A. H. Armstrong, ed. (Cambridge, 1970); *Neoplatonism* de R. T. Wallis (Londres, 1972). Chuvín, en *Chro-nicle of the Last Pagans*, capítulo 8, da una idea del continuado vigor e importancia de las escuelas filosóficas en el siglo V.

Hay una buena y breve introducción sobre el cristianismo y literatura siríacos de la antigüedad tardía en *Holy Women of the Syrian Orient*, de Sebastian P. Brock y Susan Ashbrook Harvey, (Berkeley y Los Ángeles, 1987), 1-12; véase también «The characteristics of the earliest Syriac Christianity», de R. Murray, en *East of Byzantium*, de N. Garsoian, T. Mathews y R. Thomson, eds., (Washington, D.C., 1982), 3-16.

XI. Constantinopla y Oriente

Las dos mejores obras sobre Constantinopla en el siglo IV están en francés: *Naissance d'une capitale*, de G. Dagron (París, 1974), y *Le développement urbain de Constantinople (Ve, VIe siècles)*, de C. Mango (París, 1985, rev. 1992). Sobre el desarrollo de las tradiciones bizantinas acerca de los orígenes de la ciudad véase además el brillante libro de G. Dagron, *Constantinople imaginaire* (París, 1984). R. Krautheimer, en *Three Christian Capitals* (Berkeley y Los Ángeles, 1983), hace una lectura atractiva (las tres capitales son Roma, Constantinopla y Milán), pero resulta una crítica insuficiente sobre las actuaciones de Constantino y sus intenciones sobre Constantinopla. Sobre Éfeso, véase *Ephesus after Antiquity*, de Clive Foss (Cambridge, 1979). Antioquía: *A History of Antioch in Syria*, de G. Downey (Princeton, 1961), capítulos 12-15, y sobre los disturbios del año 387 «The riot of AD 387 in Antioch: the role of the theatrical clagues in the later empire», de R. Browning, en *JRS* 42 (1952), 13-20.

Las diversiones públicas y los enfrentamientos políticos que a menudo se produjeron allí son la materia del *Circus Factions*, de Alan Cameron (Oxford, 1976) (véase especialmente el capítulo 7, sobre la temprana historia, y el 8, especialmente 201-29, sobre las carreras de carros). J. Humphrey, en *Roman Circuses* (Londres, 1986) da una síntesis sobre la

gran cantidad de descubrimientos arqueológicos en los circos (hipódromos en griego) en las ciudades de la antigüedad tardía. Sobre el desarrollo de la aclamación véase «Acclamations in the later Roman empire: new evidence from Aphrodisias», de C. M. Roueché, en *JRS* 74 (1984), 181-99, y sobre las claques y las aclamaciones en el Imperio tardío véase Cameron, 237 ss. y Liebeschuetz, *Antioch, City and Administration in the Later Roman Empire*, 210 ss. C. M. Roueché, en *Performers and Partisans* (Londres, 1992), presenta un material epigráfico nuevo sobre las diversiones, y contiene una exposición nueva sobre su organización; véase también su artículo sobre el teatro en «Inscriptions and the later history of the theatre», de Aphrodisias, en R. R. R. Smith y K. T. Erism, eds.; *Aphrodisias Papers* 2. (Ann Arbor, 1990), 99-108. Los monjes como «tropas de asalto»: *Circus Factions*, de Cameron, 290 s. Sobre Juan Crisóstomo en relación con las diversiones públicas véase *Barbarians and Bishops*, de Liebeschuetz, 181-8. Hay una discusión muy relevante en *Pauvreté économique et pauvreté sociale*, de Patlagean, especialmente capítulo 5, 179 ss. (población), 203 ss. (pobres urbanos), 208 s. (iglesias como teatro), 210 ss. (teatros, hipódromos y violencia urbana); y sobre «el pobre» véase *A History of Private Life* I, de Peter Brown, en Aries y Duby, eds. 277 ss.

Prosperidad de Jerusalén y Tierra Santa: Hunt, en *Holy Land Pilgrimage in the Later Roman Empire*, especialmente 138-54 y el capítulo 10. Patlagean, en *Pauvreté économique et pauvreté sociale*, 310-11, proporciona tablas comparativas de los asentamientos en Palestina en la antigüedad tardía y otros; véanse también las cifras de iglesias rurales (312-13) y monasterios (326-7); continuidad de los pueblos: *ib.*, 236-340. Una gran parte del trabajo importante en Siria ha sido hecho por arqueólogos franceses; para un informe reciente sobre la

Siria septentrional, véase G. Tate, en *Hommes et richesses* (véase capítulo 8), 69-71, 74-5. En cuanto a Israel, véanse, por ejemplo, *The Golan*, de D. Urman (Oxford, BAR Int. ser. 269, 1985) y *The City of Gaza in the Roman and Byzantine Periods*, de Carol A. M. Glucker (Oxford, BAR Int. ser. 325, 1987).

Cristiandad antioquena y alejandrina: D. S. Wallace-Hadrill, en *Christian Antioch. A Study of Early Christian Thought in the East* (Cambridge, 1982). Origenismo y Concilios de Éfeso y Calcedonia: véase *From Nicaea to Chalcedon*, de Young, 141 ss. y capítulo 5. Muerte de Hipatia (desedificante desde el punto de vista cristiano): Sócrates, HE VII 13-15, sobre la cual véase *Chronicle of the Last Pagans*, de Chuvín, 85-90. Ascetismo sirio: «Early Syrian Asceticism», de S. P. Brock, en *Numen* 20 (1973), 1-19, reimp. en Brock, *Syriac Perspectives on Late Antiquity* (Londres, 1984); véase también de Peter Brown, «The rise and function of the holy man in late antiquity», en *JRS* 61 (1971), 80-101, reimp. en Brown, *Society and the Holy in Late Antiquity* (Berkeley y Los Ángeles, 1982), 103-52. Helenismo en relación con las culturas locales: véase *Hellenism in Late Antiquity*, de G. W. Bowersock (Cambridge, 1990). Monacato egipcio: D. Chitty, *The Desert a City* (Oxford, 1966), trad. esp. *El desierto: una ciudad*, (Bilbao, 1990); Young, *From Nicaea to Chalcedon*, capítulo 1; Rousseau, *Pachomius. Para las iglesias y los monasterios egipcios* véase *Early Christian Art and Architecture*, de Milburn, 145-52, y *Egypt after the Pharaohs*, de Alan K. Bowman (Berkeley y Los Ángeles, 1986; reimp. En rústica con adiciones, 1989), especialmente 190-202. Latifundios en el Egipto bizantino: véase J. Gasco, «Les grands domaines, la cité et l'état en Egypte byzantine», en *Travaux et Mémoires* 5 (1985), 1-90, poniendo en duda la visión tradicional. Egypt

in Late Antiquity, de R. S. Bagnall (Princeton, 1993) es un texto importante de carácter general.

XII. Conclusión

La biografía de Agustín de Peter Brown (Augustine o/Hippo, Londres, 1967), trad. esp. Biografía de Agustín de Hipona (Madrid, 1969), debería ser leída por todos los estudiantes, al menos parcialmente. No sólo los escritos de Agustín arrojaron gran luz sobre su época, sino que él mismo es una de las escasas figuras de la antigüedad a las que podríamos haber deseado conocer como personas. La obra clave sobre el Norte de África en la antigüedad tardía es el libro de C. Lepelley (véase arriba, sobre el capítulo 8).

Para las sociedades complejas, véase *The Collapse of Complex Societies*, de J. A. «Tainter (Cambridge, 1988), especialmente el capítulo 5, en donde el Imperio romano tardío es considerado como un caso digno de análisis, y el capítulo 6 (conclusiones generales). Cualquier intento por parte de un teórico general de tratar de una área o de un tema especificados es propenso a atraer la crítica de los especialistas profesionales, y el hecho de que el análisis de Tainter se fio de una diversidad de obras modernas sin intentar distinguir la veracidad de unas y otras en la mayor parte de los casos, mina su credibilidad en los pormenores. Sin embargo, como un modelo general, ofrece una nueva vía de pensamiento sobre un problema antiguo. Para una perspectiva general, considerada a través del testimonio arqueológico véase *The First Millennium AD in Europe and the Mediterranean*, de K. Randsborg (Cambridge, 199D; para la caída del Imperio romano véase especialmente 66-85. También véase «The other transition: from the ancient world to feudalism», de C. Wickham, en *Past and Present* 103 (1984), 3 ss.

El período desde el año 395 hasta el 600 aproximadamente, está estudiado en *The Mediterranean World in Late Antiquity*, de Averil Cameron, Routledge History of Classical Civilization (Londres, 1993); se remite al alumno a él para una lectura de ampliación.

*This file was created
with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
20/03/2010*

ÍNDICE

PREFACIO	2
I. INTRODUCCIÓN: EL TRASFONDO DEL SIGLO III	4
II. FUENTES	22
III. EL IMPERIO NUEVO: DIOCLECIANO	45
IV. EL IMPERIO NUEVO: CONSTANTINO	68
V. IGLESIA Y ESTADO. EL LEGADO DE CONSTANTINO	92
VI. EL REINADO DE JULIANO	116
VII. EL ESTADO TARDORROMANO DE CONSTANCIO A TEODOSIO	135
VIII. LA ECONOMÍA Y LA SOCIEDAD TARDORROMANAS	154
IX. LOS ASUNTOS MILITARES, LOS BÁRBAROS Y EL EJÉRCITO TARDORROMANO	182
X. LA CULTURA DE FINALES DEL SIGLO IV	208
XI. CONSTANTINOPLA Y ORIENTE	232
XII. CONCLUSIÓN	256
TABLA CRONOLÓGICA	267
LISTA DE EMPERADORES	270
FUENTES DIRECTAS	273
LECTURAS ADICIONALES	282